



# EVERMORE

EL CORAZÓN  
DE LA SERPIENTE

SARA HOLLAND

AUTORA DE *EVERLESS*, BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

# EVERMORE

EL CORAZÓN DE LA SERPIENTE



# EVERMORE

EL CORAZÓN  
DE LA SERPIENTE

CADA HOLLAND

SAKA HOLLAND

Traducción de Silvina Poch



Argentina – Chile – Colombia – España  
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Evermore*  
Editor original: HarperCollins Children's Books,  
a division of HarperCollins Publishers, New York  
Traducción: Silvina Poch

1.ª edición: abril 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Evermore, © 2019 by Glasstown Entertainment, LLC  
*All Rights Reserved*

© de la traducción 2019 *by* Silvina Poch

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

ISBN: 978-84-17545-81-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para mis hermanos: Rachel, Ben y Hannah.  
Estoy impaciente por saber a dónde conducen  
los viajes que habéis emprendido.*

La Hechicera vio una sombra plateada que se elevaba del cuerpo roto del Alquimista y salía disparando por la tierra, demasiado rápido como para alcanzarla. Dentro del destello plateado, había algo de color rojo intenso, resplandeciente y palpitante. Demasiado tarde comprendió la Hechicera que el Alquimista efectivamente la había engañado: le había robado el corazón.

*De Historias clásicas de Sempera: el mito de la Hechicera y el Alquimista*

Pero ¿y si la Alquimista no murió realmente? ¿Y si ella encontró una manera de vivir?

De los cuadernos personales de Liam Gerling

## *La Hechicera*

Esta noche convertiré la sangre del Alquimista —la sangre de Jules Ember— en un arma.

Me encuentro en una habitación en los sótanos de Shorehaven, debajo de las terrazas y de los salones de baile. Enfrente de mí hay un prestamista de tiempo que suda mientras mezcla polvos encorvado sobre su mesa de trabajo. Es el último de una larga cola de prestamistas a quienes contraté para que el Alquimista saliera de su escondite. Hasta ahora todos han resultado incompetentes y han muerto por ese motivo. Pero algo me dice que esta noche las cosas serán distintas.

El aire bulle de peligro. Y de promesas.

La gente de Sempera es tan poco creativa con su precioso tiempo, con su sangre de hierro. Cuando no la beben como bestias, la derrochan para que sus plantas florezcan o la utilizan para alimentar sus fogatas y tener calor en invierno.

Pero la cantidad correcta de sangre de hierro podría prender fuego al mundo entero.

Cuando el prestamista de tiempo inclina la ampolla con la sangre de Jules Ember en su pequeño caldero, la luz destella a través de la habitación, como si no estuviéramos debajo de la tierra, como si el día hubiera llegado antes y repentinamente. La ceniza y la suciedad se levantan en forma de nube a mi alrededor antes de que un estallido nos arroje a ambos al suelo y nos haga volar al instante. Pienso en el mundo como una tensa piel extendida en el marco de un tambor de



guerra, de esos que recuerdo desde hace siglos. Alguien acaba de descargar la maza sobre él.

Aun cuando mi espalda golpea contra las tablas del suelo, mi sangre canta triunfal. Una imagen arde detrás de mis párpados: un paisaje en llamas, la silueta de un pueblo ruinoso con un nombre patético: *Crofton*.

Río para mis adentros mientras me levanto con dificultad. El prestamista de tiempo está tumbado en el suelo boca abajo, sacudido por el impacto y jadeando como un pez. «De forma que *sí* eres tú», murmura. Mi verdadero nombre, *Hechicera*, muere en sus labios.

Pero eso no es importante. Dentro del caldero de bronce, emitiendo su propia luz tenue, hay un líquido chispeante y movedizo. Carece de color y tiene todos los colores al mismo tiempo, es difícil mirar directamente a la magia con ojos humanos. El hombre que está muriendo a mis pies lo ha creado a partir de los diamantes más finos de Sempera y solo un año de la sangre de hierro que la dulce Jules Ember abandonó en Everless.

Me acerco el pequeño caldero a los labios y bebo el tiempo del Alquimista. Solo un poco.

Tengo planes para el resto.

El dolor hiere mi garganta como una lanza.

Respiro, viva, me aferro al borde de la mesa mientras mi cuerpo débil tiembla. Espero que el tiempo se fusione en miles de dagas, como aquella noche en Everless, la noche en que finalmente descubrí quién era Jules Ember debajo de su piel, dentro de su corazón. Espero que su tiempo luce por salir de mí como si estuviera vivo.

Pero eso no ocurre. En su lugar, el poder se filtra en mi interior.

La energía fluye a través de la habitación, la magia de cada partícula está esperando para desatascarse y quedar libre en el mundo,

gruñendo como una jauría de perros salvajes.

Vierto unas pocas gotas del líquido en una botella de color verde oscuro para ocultar el contenido de diamante.

Arriba, de nuevo en la superficie, le entrego la botella a Ivan Tenburn, el chico de Everless, que ahora me tiene miedo y la sujeta como si fuera a morderlo. Muy bien, necesito que sea cuidadoso. Necesito que nuestra creación llegue intacta a Crofton.

Donde me entregará al Alquimista.

—Enciende un fuego para mí —susurro al oído de Ivan.

## **A LOS CIUDADANOS DE SEMPERA**

*AVISO: se solicita la captura de Jules Ember de Crofton, asesina de la Primera Reina, la difunta Salvadora de Sempera, la Dama de los Siglos; y de Lord Roan Gerling, hijo amado de Lord Nicholas Gerling y Lady Verissa Gerling, hermano amado de Lord Liam Gerling.*

*Se ofrece una recompensa de quinientos años de sangre de hierro por la captura de la asesina con vida y su entrega a los soldados de la Reina Ina Gold.*



Cuando me despierto, mis manos están cubiertas de sangre.

Es solo un efecto de la luz de la luna y las sombras movedizas. Aun así, me froto frenéticamente con mi capa húmeda, como si un gesto tan simple pudiera borrar el rojo que tiñe mis recuerdos.

Me siento en un rincón del cobertizo de mi amiga Amma, en las afueras de Crofton, los dientes castañeteando, más de miedo que de frío, mientras las tres gallinas de su tía cacarean suavemente y me observan desde el gallinero. La lluvia primaveral repiquetea contra el techo. Cuando era niña y me acurrucaba entre los brazos de mi padre, el sonido de la lluvia era una canción de cuna: su arrullo hablaba de una vida nueva, del incipiente trigo que pronto se cosecharía, se amasaría y se hornearía para convertirlo en pan en un fogón caliente. La lluvia me arrullaba hasta dormirme, tan suave y real como la voz de un ser amado.

Se escucha un tenue redoble de tambores que se torna más fuerte con cada ráfaga de viento. Es el sonido de la fatalidad que se aproxima.

El perfil de Crofton me atrajo desde los bosques: la línea discontinua de tejados recortados contra el cielo que he visto tantas veces. Me doy cuenta de que nuestra cabaña se encuentra a solo diez minutos, y

luego siento una punzada de pena al recordar que ya no nos pertenece a mi padre y a mí. Cambiaría todo el lujo y esplendor de Everless por una noche más junto al fuego con él. Pero también he perdido a Everless: mi primer hogar verdadero, ahora prohibido para siempre.

No pretendía detenerme después de huir de allí, pero cuando apareció ante mi vista el cobertizo tan familiar asomándose desde un campo recién arado, no pude contenerme, mis pies se movieron por su cuenta, como si ocultándome en esta oscuridad tan conocida pudiera volver el tiempo atrás, semanas y meses, y deshacer todo lo sucedido.

Despedirme de Amma, con un poco de suerte.

Eso ocurrió hace varias horas, en mitad de la noche. Hay soldados buscándome. Jules Ember, la asesina de la Reina. Los escucho de vez en cuando, abriéndose paso entre los matorrales y rompiendo ramas torpemente, dándome siempre más tiempo del que necesito para buscar refugio en una cueva o encima de un árbol. Ahora estoy aquí; ahora estoy a salvo...

Suena un chasquido afuera. Es tan fuerte que puedo escucharlo por encima del ruido de la lluvia y de los rugidos distantes de los truenos.

Apoyo el ojo contra un orificio en las viejas tablas que forman la pared contra la que estoy inclinada, temo que algún soldado o sangrador errante haya tropezado con mi escondite. No sé cuál sería peor. Un sangrador vagando por el bosque probablemente me cortaría el cuello y se bebería todos mis años sin detenerse a mirar mi rostro. Pero un soldado me encadenaría y me arrastraría al palacio en un carro para prisioneros. Sin embargo, no es importante. Lo único que veo fuera son los árboles balanceándose con el viento, las ramas inclinándose como brazos tenebrosos y cortantes que parecen señalarme, susurrando...

*¡Asesina! ¡Alquimista!*

Respiro hondo. Por un instante, estoy segura de vislumbrar el rostro de la joven que me atormentaba en mis pesadillas infantiles, recortada contra el fogonazo de un rayo. Ojos pálidos de animal, que llevan la bondad como una máscara; pelo oscuro como el cielo nocturno; y dientes blancos, que enseña en una amplia sonrisa.

Cuando era pequeña, mi padre me dijo que los sueños nunca podrían herirme... pero me mintió. Dos semanas atrás, la joven salió de mis pesadillas e irrumpió en el mundo.

Caro. La Hechicera. Mi antigua enemiga.

Tomo aire y exhalo. Cierro los párpados tratando de calmar mi acelerada respiración, de escuchar la lluvia que golpea de manera constante contra el techo. Pongo las rodillas contra el pecho y dejo que el sonido llene la oscuridad que me rodea, pero no es suficiente para disipar el nudo de ansiedad que crece dentro de mi pecho. En el bosque pude ignorar el miedo. Dejarlo a un lado y permitir que mi atención se concentrase en la tarea que me mantenía ocupada: caminar, cazar, ocultarme. Llegar a Ambergris, la ciudad portuaria en donde me espera un barco para llevarme lejos de las tierras de Sempera, según disposición de Liam Gerling.

Pero ahora que me encuentro aquí, ¿cómo podría marcharme sin despedirme de Amma?

Todos los días, después del amanecer, ella viene a recoger huevos para su desayuno y el de su hermana Alia. Pronto me descubrirá, y no hay nada que pueda hacer salvo esperar. Esperar a ver si mi vieja amiga gritará al verme, si saldrá corriendo en busca de los soldados que seguramente patrullan Crofton día y noche, esperando encontrarme y llevarme con ellos.

Justo cuando pienso esto, la puerta se abre con un crujido. Había estado esperándolo, pero aun así el miedo atraviesa mi cuerpo y

levanto la cabeza súbitamente.

La silueta de Amma está recortada contra la entrada, una manta en los hombros y una cesta tejida en el brazo.

Tiene buen aspecto y la alegría centellea brevemente dentro de mí al ver sus mejillas enrojecidas. Le entregué las monedas de sangre de hierro que Liam Gerling me envió en secreto después de que muriese mi padre, justo frente a las puertas de Everless. Esperaba que la pesada bolsa de monedas la ayudara a construir una vida mejor para Alia y para ella.

Mi amiga se pasa la mano por los ojos adormilados al entrar, luego me ve y se queda paralizada. Yo había intentado levantarme pero también estoy inmóvil. Levanto la vista hacia Amma tratando de ordenar todas las palabras que vuelan por mi cabeza, pero ella habla antes.

—*¿Jules?* —dice en un susurro.

—Amma. —Mi voz se quiebra en su nombre, no está acostumbrada a hablar después de haber pasado una semana en silencio en el bosque, entre Crofton y las tierras de los Gerling. Apoyo una mano contra la pared y la uso para levantarme con dificultad, pero no me acerco a ella. Todavía no, hasta que esté segura de que no se alejará de mí corriendo y gritando.

Amma abre la boca pero luego la cierra conmocionada. Finalmente, murmura:

—Por favor, dime que no lo hiciste.

No tiene que explicar de qué está hablando. El rumor de mis crímenes se ha propagado por todos los rincones de Sempera. Que seduje a Roan Gerling mientras trabajaba de sirvienta en Everless y lo utilicé para poder acceder a los aposentos de la Reina durante su visita. Después le corté la garganta y le clavé a la Reina un cuchillo en

el corazón.

—No lo hice —respondo y mi voz brota ronca y suplicante—. No lo hice, Amma.

Mi amiga permanece en la puerta como una estatua, sus ojos taladran los míos, redondos y brillantes. Luego da un paso cauteloso hacia mí y se queda en medio de un charco de luz que se cuelga por un agujero del techo. Está temblando.

—Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Quién los mató?

—Se llama Caro —contesto con voz levemente vacilante a pesar de que ya había practicado este discurso en mi cabeza. Es difícil pronunciar su nombre, como si la palabra en sí misma fuera una piedra alojada en mi garganta. Todo Sempera cree que soy una asesina. De pie frente a Amma, indefensa y temblorosa, me doy cuenta de que necesito que alguien me crea. Necesito que *Amma* me crea.

Si mi amiga no puede ver a la misma Jules de siempre (si no logra verme como realmente soy), creo que me derrumbaré.

—Caro era la dama de compañía de la Reina —prosigo, luchando por mantener la voz firme—. Ella mató a la Reina y a Roan, y me echó la culpa a mí. Ahora todos piensan que soy la culpable.

Casi digo *Todos excepto Liam Gerling*, pero me contengo a tiempo.

Amma parpadea y luego cierra la puerta del cobertizo. Casi se me para el corazón al ver las sombras titilantes que su farol proyecta sobre las paredes.

—¿Por qué? —susurra, el rostro pálido—. ¿Por qué habría de matar a la Reina su dama de compañía?

Mis ojos centellean repentina y ferozmente.

—No lo sé —miento, tragándome las lágrimas que amenazan con derramarse—. Dicen que goza de la confianza de Lady Gold. Tal vez



Caro cree que será más poderosa con Ina como reina.

Deseo desesperadamente que esta afirmación (esta verdad parcial) sea suficiente. Que desaparezca la línea entre sus cejas y que la tensión de sus hombros se esfume. Pero mientras la arruga y la tensión permanecen, me doy cuenta de lo tonta que es esa esperanza. Amma siempre supo reconocer cuando yo mentía, desde que éramos pequeñas y mis mentiras giraban en torno a sopa derramada y muñecas rotas.

—Dicen que eres una bruja. Que solo una bruja puede matar a alguien tan poderoso como la reina de Sempera. —La voz de Amma es débil.

El estómago me da un vuelco de temor ante la idea de contarle la verdad: yo soy el antiguo Alquimista, la reencarnación del malvado Alquimista. Me preparo y respiro profundamente.

—¿Recuerdas las historias que solía contar? ¿Sobre zorras y serpientes?

—Creo que sí —responde Amma, parpadeando con rapidez.

Más para ganar tiempo que para otra cosa, hurgo dentro de mi bolso. Amma se sobresalta un poco y sigue mis movimientos con los ojos. Ignoro la punzada de dolor que esto me provoca.

Con movimientos lentos y constantes, extraigo el diario con portada de cuero, que rescaté de la bóveda de Everless. El libro que me recuerda a mi infancia, lleno de historias y dibujos; mi padre y yo lo abandonamos cuando huimos del castillo de los Gerling. Primero pensé que eran divagaciones de una niña pequeña hasta que mi padre murió tratando de recuperarlo, con la esperanza de mantener a salvo la información del interior —mantenerme a mí a salvo— de la Hechicera, mi más antigua enemiga. Ahora parece calentar mis manos, rebosante de información secreta... y más que eso: es un

vínculo con el castillo que contiene dentro de sus muros tantos recuerdos que me pertenecen.

*Tenías razón, padre. Estaba en peligro,* pienso con tristeza, sosteniendo el diario entre Amma y yo. Él pensó que la Reina era la amenaza. Pero la verdadera Hechicera había estado esperando, observando desde las sombras durante todo ese tiempo. Me hice amiga de ella, una joven sirvienta más. Yo misma le revelé mi secreto incluso antes de saberlo.

*La zorra y la serpiente. La Hechicera y el Alquimista.*

Amma levanta el farol para ver el diario y aprieta la boca. Pero avanza con cautela y lo abre con una mano, sosteniendo el farol con la otra.

—Tus historias —murmura pasando algunas páginas y luego alza la vista hacia mí. La preocupación y la sospecha se persiguen una a la otra a través de ese rostro que conozco tan bien—. ¿Las escribiste? ¿Qué es esto, Jules?

—No son simplemente historias. Son la clave, la clave de cosas que he olvidado. —El nerviosismo me seca la lengua—. La serpiente... así es cómo me llamaba a mí misma. Y la zorra, esa era Caro.

—La joven que mató a la Reina —agrega Amma, los ojos parpadeantes posados sobre los míos.

—Fuimos amigas hace muchísimo tiempo, antes de que te conociera. Al menos yo pensé que éramos amigas.

—¿Te refieres a cuando vivías con tu padre en Everless? —Algo brilla en los ojos de Amma: la expresión de la niña que me suplicaba hasta el más mínimo detalle que recordara del castillo de los Gerling, aquella que se dejaba transportar por las historias de los miembros de la realeza.

—Algo así —comento y respiro temblorosamente—. Amma, averigüé algo sobre mí cuando regresé a Everless. Te parecerá una

locura en cuanto te lo cuente, pero te pido que por favor me escuches. Y después me marcharé, si eso quieres. —*Pero, por favor, déjame quedarme*, agrego en silencio. He perdido mucho en las últimas semanas: a mi padre, mi hogar, mis amigos, hasta Everless, el lugar que odio y amo al mismo tiempo. No puedo perder también a Amma.

Liam Gerling pasa volando por mi mente otra vez: la convicción en sus ojos cuando, estando en medio del campo, me dijo que yo era el Alquimista. Desearía que estuviera a mi lado, aunque solo fuera para enseñarle a Amma que no estoy loca. Todavía no.

—¿Crees en la Hechicera? —pregunto.

—Por supuesto. —La respuesta de Amma brota sin vacilación. Recuerdo la estatuilla de madera que tiene en la ventana, las hojas y bayas de acebo helado, el sello de la Hechicera, tallado encima de las puertas. Esos mismos motivos decoran santuarios por todo el reino de Sempera. Para Amma, para todo el mundo, la Hechicera es un ser benevolente, y el Alquimista, el malvado ladrón que le robó el corazón. La furia desliza su dedo por mi garganta. Caro tuvo siglos para dar forma a sus historias, mientras que el Alquimista, mientras que *yo*, tengo que empezar de nuevo con cada encarnación, ignorando por completo todo lo que sucedió antes.

—La Hechicera es real —afirmo y cierro los ojos para no tener que ver la reacción de Amma a lo que digo a continuación—: Yo la conocí.

—¿Cómo puede ser? —Amma emite un grito ahogado. Su voz está llena de asombro, de reverencia. Sus ojos se encuentran más abiertos que nunca.

—Caro... Caro es la Hechicera. —Las palabras suenan raras al ser pronunciadas—. Se hizo pasar por una joven sirvienta de la Reina, para estar cerca del poder sin llamar la atención. No es tan fuerte como lo fue alguna vez, de modo que tiene que ocultarse detrás del

disfraz de dama de compañía.

Me estremezco al recordar las palabras que Caro gritó justo antes de matar a Roan delante de mis ojos. *Quiero ser eterna otra vez... No tener miedo de envejecer ni de morir, no tener que beber la sangre de los campesinos como una maldita loba.* Liam me explicó que, cuando le robé el corazón a Caro, le robé la inmortalidad y la dividí en doce partes... en doce vidas. Pero aun así, la Hechicera sobrevivió. Incluso sin su corazón es más poderosa que cualquiera de los habitantes de la Tierra. Más poderosa que yo, aunque no comprendo cómo ni por qué.

—Jules... —Amma me mira con incertidumbre, la cabeza ladeada, como si se tratara de una de las adivinanzas que nos hacíamos de niñas—. No lo entiendo. —Una de las gallinas emite un cacareo suave y levemente inquisitivo—. ¿Cómo sabes que esa tal Caro es la Hechicera? ¿Y por qué habría de matar a Roan?

—Ella me lo dijo. —A pesar de que sabía que me haría estas preguntas, cada vez se vuelven más difíciles de responder. De pronto, brota un recuerdo dentro de mi cabeza y siento que las primeras lágrimas comienzan a quemarme la garganta: la Reina escurriéndose del control de Caro y desplomándose en el suelo como un títere al que le han cortado los hilos—. Ella quería herirme. Estaba tratando de romperme el corazón.

—¿Por qué?

Mi voz brota en un susurro suave y suplicante.

—Porque piensa que así recuperará su poder.

El escaso color que quedaba en el rostro de Amma se esfuma poco a poco. Sus ojos se mueven bruscamente hacia el diario y luego regresan a mí. Las viejas historias y su amiga se encuentran frente a ella. Sé que está comenzando a entenderlo.

—Pero las historias...

—Las historias dicen que el Alquimista engañó a la Hechicera. — Escucho la voz de Liam dentro de mi cabeza mientras pienso en las dos historias, la verdadera y la leyenda, entrelazándose con el correr de los siglos. Dónde difieren, dónde se cruzan—. Él (la mayoría de las personas cree que el primer Alquimista era *hombre*) le ofreció a ella doce piedras, le dijo que eran partes del corazón que le había robado, y la Hechicera las rechazó.

Amma asiente ante el conocido relato.

—Y, en su lugar, ella lo obligó a comerlas. —Los ojos de Amma se abren mucho en la oscuridad. Aflojó los puños y se acercó un poco más a mí. Por un momento, casi puedo imaginar que somos pequeñas otra vez, intercambiando historias mientras nos apiñamos en torno a una fogata, desesperadas por alejar el tiempo gris y frío del invierno.

»Las piedras *realmente* eran el corazón de la Hechicera... su vida, Amma, su tiempo —agrego en un susurro—. Y cuando el Alquimista se las tragó, todo volvió a fluir dentro de él. Pero en vez de perdurar como la Hechicera, su tiempo se dividió en partes. El Alquimista viviría durante un tiempo, moriría y luego volvería a nacer. —Me tropiezo un poco con las palabras. Es una historia que aún no recuerdo haber vivido, aunque sí siento que es auténtica.

—Jules, lo que dices no tiene sentido. —Amma lanza una risa sofocada y me doy cuenta de que está intentando mantener su acostumbrada espontaneidad—. No me cuentes más. Puedes comer y descansar, y, cuando te encuentres mejor, me dirás qué está pasando.

—No, escúchame. —Extiendo la mano hacia ella sin pensarlo. Amma se aparta bruscamente y se me oprime el corazón. Bajo la mano hacia el diario, cuyo peso me resulta tranquilizador. Su suave y envejecida cubierta de cuero me da fuerza, las historias que desbordan de su interior. Lo hojeé muchas veces mientras caminaba por el

bosque. Por momentos, era lo único que me convencía de que no estaba loca—. Yo soy el Alquimista... bueno, la Alquimista.

Las lágrimas brotan de los ojos de mi amiga y se derraman por sus mejillas. Brillan con la tenue luz de la mañana y convocan a mis propias lágrimas.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —susurra Amma.

Es la primera pregunta que no me imaginé que haría y se me corta la respiración. Descubro que estoy sosteniendo el diario contra el pecho como un escudo. Lo apoyo en el suelo y se abre en una página que contiene un tosco dibujo: una zorra atacando a una serpiente que tiene la cabeza levantada, con garras, dientes y colmillos.

—¿Me crees? —pregunto, la voz trémula. No es lo que pretendía decir, pero es lo que brota naturalmente.

Transcurre otro prolongado silencio y luego Amma toma el diario y lo abre.

—Nunca he creído que fueras una asesina —señala suavemente, sus ojos se alzan de prisa para posarse en los míos casi pudorosamente—. Sabía que no profesabas cariño por ella, pero Roan...

Su nombre rompe el dique que contiene mis lágrimas, que se derraman silenciosamente. Amma inhala con fuerza, se tambalea un poco hacia adelante como para abrazarme, y luego retrocede.

—No quería que nada de esto sucediera. Nunca quise...

La respiración agitada me impide concluir la frase mientras Amma camina hacia mí y me envuelve entre sus brazos. Por un instante, siento que me voy a derrumbar... pero de alivio; es la primera alegría que siento en lo que parece una eternidad. Me inclino contra ella, que me abraza con fuerza, y no parece importarle que esté cubierta de la suciedad del bosque. Su olor es familiar, es el olor a hogar y, durante un rato, lo único que hago es llenarme de él.

—Eres mi mejor amiga, Jules —murmura—. Claro que te creo.

Ante esas palabras, mis lágrimas brotan con más fuerza que nunca. Llenan mis ojos y caen por mis mejillas, abriéndose paso a través de días de suciedad.

—Gracias, Amma.

Finalmente, se aparta, la expresión pensativa.

—Entonces, ¿Caro es la zorra y tú, la serpiente?

Su voz, paciente pero escéptica, como si estuviera dudando de una de las locas historias de Alia, hace que me atragante con una carcajada.

—Eso parece.

—Mi Jules, el Alquimista de la leyenda. —El rostro de Amma se pone más serio y apoya el diario con cuidado sobre un cajón para tomarme las manos—. Tendrás que perdonarme si me lleva un poco de tiempo entender todo esto.

—Yo todavía no lo entiendo.

—Incluso cuando los mensajeros de Everless vinieron con noticias, no me las creí. —Baja la mirada, sus ojos se entristecen—. ¿Por eso mató a Roan? ¿Para romperte el corazón, ya que... en principio era de ella?

Asiento mientras se me forma un nudo en la garganta.

—Pero no resultó. —Aunque me siento destrozada, sigo con vida, y me aferro a eso como a una cuerda salvavidas. Las manos de Amma están calientes alrededor de las mías—. Tal vez yo no lo amaba de verdad. O... no lo suficiente.

—No es tu culpa, Jules —comenta Amma—. Quizá tu corazón es más fuerte de lo que crees.

Me encojo de hombros, aunque en lo profundo de mi ser sé que no es verdad. Me siento frágil, como si un golpe en el lugar indicado

pudiera destrozarme por completo. Amma da un paso hacia atrás (siento una punzada de confusión cuando sus manos abandonan las mías), me guía agarrando mi codo y, llevándome hasta un fardo de paja, hace que me siente. Se deja caer junto a mí y coloca el diario en su regazo. Lentamente, va pasando las hojas.

—Aquí dice... —Sus ojos se dirigen rápidamente hacia mí y arruga el ceño—. Aquí dice... *La Zorra perseguirá a la Serpiente durante toda la eternidad.*

—Siempre lo ha hecho. —Quiero sonar relajada, pero, por dentro, se me retuerce el estómago—. Once vidas, y creo que me ha matado en todas.

Amma da un golpecito con el dedo sobre la hoja.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer?

Puedo ver el miedo en sus hombros tensos, pero su voz es muy suave. Es casi tranquilizadora, como si lo único que yo tuviera que hacer fuese pensar detenidamente en cómo sobrevivir.

—Voy rumbo a Ambergris, la ciudad portuaria —señalo con vacilación—. Abandonaré Sempera. —*Por eso necesitaba verte.*

Los labios de Amma se aprietan en una línea fina.

—Bueno, tú sabes lo que es más conveniente, supongo... —Suenan dubitativa.

—¿No estás de acuerdo?

—Es solo que... —Cruza los brazos y luego los descruza, un tic nervioso que significa que está pensando—. Sin querer faltarle al respeto a tu padre, pero eso es lo que él hizo todos estos años, y no parece haber servido de nada.

—Volveré pronto. —No sé si es cierto, pero no puedo soportar la idea contraria—. Cuando tenga la fuerza suficiente para enfrentarme a ella.



—Usa tu tiempo, Jules, antes de que el tiempo se te acabe. —Los ojos de Amma brillan cuando me mira. Me río: es una de sus expresiones favoritas, a pesar de tener un oscuro significado. Vive la vida intensamente, porque cuando eres pobre en Sempera, es probable que no exista un mañana—. Supongo que es mejor que haga todo lo que pueda para que estés lista para ese día. ¿Qué necesitas?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, las lágrimas de agradecimiento aún llenan mis ojos. Ella acaba de darme lo que necesito y más todavía, y siento que su fe en mí podría ser el combustible que necesito para llegar a Ambergris y al barco de Liam. Pero por supuesto que ese no es el caso.

—Un poco de comida, si tienes —respondo sonriendo como una tonta—. ¿Y podría quedarme aquí hoy...?

—Por supuesto —contesta Amma, inclinándose para juntar los huevos. En pocos segundos, adoptó la enérgica eficiencia que siempre tuvo y que le ha permitido cuidar de su hermana sin la ayuda de nadie—. Los soldados ya han venido esta mañana, de modo que yo diría que puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

—Gracias, Amma —exclamo, el pecho hinchado de gratitud.

—Tengo que volver a la carnicería en una hora, pero podré escabullirme después de la estampida de la mañana. Volveré con comida en cuanto pueda. Y, ya que estoy, con un poco de jabón y agua caliente. —Esboza una amplia sonrisa—. Pareces un hada del bosque, con lodo a modo de ropa.

El sonido de mi propia risa me sorprende.

—Jabón, entonces, y me esmeraré todo lo que pueda.

Amma se vuelve para mirarme por última vez y luego sale agitada del cobertizo. Ahora que ha empezado a sonreír es como si no pudiera parar, las comisuras de sus labios se estiran incesantemente hacia

arriba.

—Estaré de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.



A pesar de lo estrecho del cobertizo y de la compañía de las gallinas, duermo bien durante el día por primera vez desde que abandoné Everless, recuperada física y espiritualmente por la presencia de Amma y reconfortada por su conversación. No tengo pesadillas sobre la Hechicera, sobre una niña en un valle oscuro o que corre por el bosque, persiguiéndome o siendo perseguida por mí. En cambio, mis sueños están llenos de los más placenteros recuerdos de Crofton: jugando con Amma en campos inundados de polen en el verano y sentada en la mesa de la cocina con mi padre, la sonrisa orgullosa que él no intenta ocultar. En mi sueño, estamos felices y satisfechos, hace calor, la pequeña cabaña está bañada con el olor ahumado de la carne de venado que traje de una cacería, cocinándose sobre el fuego.

Sin embargo, algo va mal. En algún lugar, más allá de las paredes de nuestra cabaña, se escuchan gritos y aullidos. Mi padre se pone tenso, la sonrisa desaparece de su rostro pálido. El olor a humo es muy fuerte, tiene un dejo acre y raro.

Cuando despierto en la estrecha oscuridad del cobertizo de Amma, el olor persiste.

Me envuelve una sensación de irrealidad mientras me siento y echo una mirada a mi alrededor. Las gallinas están cacareando de pánico. El extremo más alejado del cobertizo está delineado por una luz anaranjada y titilante, y sus dedos resplandecientes se filtran por las grietas de las tablas. Me levanto velozmente y tomo mi bolsa justo

cuando una estela de fuego logra entrar y enciende el heno que está desparramado por el suelo.

Por un momento, tengo siete años otra vez, y estoy en Everless, pegada al suelo mientras a mi alrededor la forja es arrasada por el fuego.

Pero, esta vez, no está mi padre para protegerme, para rescatarme. Estoy sola.

No me permito pensar. Aferrando la bolsa, me doy la vuelta y propino una sonora patada a la pared que está detrás de mí, una, dos, tres veces hasta que la madera podrida cede. Luego abro abruptamente el gallinero para que los animales puedan escabullirse y perderse en el bosque.

Pero cualquier preocupación por perder las gallinas de Amma o por que se incendie el cobertizo desaparece al darme la vuelta y seguir con la mirada el río de fuego que inundó mi escondite.

Porque Crofton se encuentra en llamas.



El pánico me oprime el corazón. El humo está por todos lados.

No muy lejos, el fuego se extiende por los bordes achatados de los tejados de Crofton. Corro por los campos del abuelo de Amma hacia el corazón humeante del pueblo tropezando distraídamente con los adoquines viejos y sueltos y con montículos de tierra recién arada. Tengo que encontrar a mi amiga. Imagino la construcción baja y ancha de la carnicería, donde ella separa la carne del hueso, el puesto del mercado donde Amma y Alia pasan los días.

Toda esa gente, todas esas llamas, toda esa madera.

Mis pulmones están exhaustos, los miembros doloridos, pero sigo corriendo y salto por encima de la destartada muralla que separa el centro de Crofton de las granjas linderas. Llego a la calle principal y me dirijo apresuradamente hacia los edificios apiñados, percibo vagamente a los grupos de personas que circulan en dirección opuesta. Podrían reconocerme, pero eso parece lo menos importante del mundo mientras entro corriendo al pueblo. Una luz anaranjada titila a los costados de las casas enrejadas, brillante como relámpagos cayendo a la tierra. Arriba, una densa nube de humo vuelve borroso el cielo.

*Hechicera, ayúdame a encontrar a Amma, pienso desesperadamente,*

absurdamente, un pánico infantil se adueña de mis miembros. Pero la *Hechicera* ya no es una bendición: es una maldición fatal.

Al poco tiempo, me veo obligada a disminuir la velocidad, el calor quema mi rostro, hace arder mis ojos. A mi alrededor, los edificios de madera humean. Un poco más adelante, la escuela ya es una montaña de escombros. Restos de muebles y de puestos del mercado cubren las calles lanzando humo. Tengo que saltar por encima de objetos en llamas mientras acelero el paso y echo una mirada a mi alrededor en busca de cualquier indicio de vida. El camino es angosto, las llamas están cerca y mi cabello comienza a rizarse con el calor. Un raro olor inunda mi nariz y, al alzar la cabeza de forma brusca, veo que, a pocos pasos, la tienda del prestamista de tiempo se encuentra en llamas. Juraría que puedo escuchar el borboteo de la sangre de hierro derritiéndose.

Me asalta el recuerdo de una fiesta en el jardín de Everless, hace una eternidad. Un fuego en el centro, contenido dentro de un brasero de bronce, que se extendía hacia afuera, alimentado por sangre de hierro, durante horas, días y años, para que las llamas calentaran durante el invierno. Una nueva oleada de pánico se estrella contra mi piel.

¿Durante cuánto tiempo continuará ardiendo este fuego?

«¡Ayuda!», grito, aunque no veo a nadie que pueda oírme. «¡Amma!».

Ninguna voz humana responde a mi llamada, pero, de pronto, el fuego ondea como si una brisa hubiera soplado a través de él y unas chispas aterrizan en mi manga. Sacudo el brazo hacia atrás...

Y me detengo. Hay algo raro en el fuego, incluso más raro que si solo estuviera alimentado por sangre de hierro. Las llamas se retuercen, rojas y amarillas, se encogen y crecen a un ritmo tan regular como la respiración: controlado, constante, *vivo*.

Un estrépito a mis espaldas me arranca de estos pensamientos y me doy la vuelta. Un hombre acaba de salir despedido de una casa que se encuentra a unos pocos metros. Las chispas salen volando por la puerta detrás de él.

Corre velozmente hacia mí, el fuego viene siguiéndolo hasta el camino, fluyendo desde la cabaña. El fuego no se propaga como debería, sino que fluye tras sus pisadas como un ser vivo, lamiéndole los talones, avanzando por la calle con saltos pequeños y frenéticos. Mientras se acerca, las llamas avanzando lentamente detrás, recuerdo a una manada de coyotes que vi una vez cuando cazaba en el bosque: eran seis persiguiendo a un ciervo herido, aullando y saltando con algo semejante al júbilo mientras lo iban encerrando.

—¿Qué estás haciendo? ¡Corre! —El hombre me sujeta del brazo y me arrastra por la calle, en dirección a la granja de Amma. Las llamas parecen retirarse de él cuando estoy a su lado y no me permito pensar qué significa eso.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en un jadeo mientras corro, la voz ronca por el humo y el terror.

—Tenburn... —grita pero la tos interrumpe la frase. Con la otra mano, sujeta algo contra el pecho: una pequeña estatuilla de cobre de la Hechicera, que se supone que trae suerte. Continúa hablando—. Es anormal; no se apaga nunca. Mi esposa huyó hacia la granja Reade, hacia el arroyo... —Aprieta la estatuilla que tiene en la mano, un rezo silencioso que parece pedir ayuda.

*Anormal*, pienso, y luego: *Caro*. Esto es obra de ella. Tiene que serlo.

La figura de la Hechicera no está quemada. Parece intacta. Se burla de mí.

Hundo mi tacón en la tierra e intento arrancar mi brazo de la mano del hombre.

—Suélteme, por favor. Tengo que volver. Mi amiga...

—¡Larys! —Una mujer viene trotando por el camino hacia nosotros. Aun con las manchas oscuras de sus mejillas, la reconozco: Susana, la herrera, que solía visitar a menudo nuestra cabaña cuando necesitaba los consejos de herrero de mi padre. Al principio, sus ojos temerosos están clavados en Larys... pero luego su mirada cae sobre mí y su rostro se alarga hasta convertirse en una máscara del horror. Se detiene y se queda mirándome, como si yo misma estuviera hecha de llamas.

»Serpiente —escupe. Su expresión es claramente de odio. Larys me suelta el codo y retrocede de un salto, los brazos rodean su cuerpo de manera protectora. Como si fuera a saltar y pegarle un mordisco en caso de tener la oportunidad.

Antes de que pueda pensar en nada, la mujer está frente a mí, la mano atornillándome el brazo.

—Mi hermano está muerto por tu culpa. Se le derrumbó la casa encima. Tú has provocado esto —susurra, temblando de terror o de rabia. Echa un rápido vistazo de izquierda a derecha, buscando alguien más a quien contárselo—. *Asesina*.

Y me empuja hacia atrás en medio de las llamas.

Extiendo los brazos, pero no hay de qué aferrarse. Mi tobillo tropieza con los restos de una pared y caigo dentro del fuego. El dolor es deslumbrante, devorador... y luego desaparece.

Cuando la bruma rojiza se disipa, veo que las llamas se han retirado y reagrupado en un anillo a mi alrededor, y estoy tumbada entre los escombros de un edificio. Siento el calor de las llamas, pero la brasa que tengo debajo está fría. Larys y Susana me miran boquiabiertos desde la calle.

—¡Socorro! —grita Susana súbitamente—. ¡Soldados!

—No, por favor... —comienzo a suplicar, pero las palabras mueren en mi garganta. Las lágrimas nublan mi vista haciéndome sentir que estoy en uno de mis sueños. Imagino a la gente que me vio crecer, mirándome y aullando: *Serpiente, bruja, mentirosa, cómo te atreves a aparecer por aquí.*

*Vosotros me conocéis, quiero gritar. Soy simplemente Jules Ember, la hija de Pehr. Este es mi hogar.*

Pero para mí ya no hay *simplemente* que valga. Las historias de Caro se han diseminado por Sempera como una nube venenosa. Soy el demonio escondido en el cuerpo de una chica que asesinó a la Reina y a Roan Gerling, enemiga de la Hechicera y de la propia corona de Sempera. No entiendo qué es lo que Caro ha provocado aquí, pero sé que está dirigido a mí.

Ella matará a todos los habitantes de Sempera si así logra destruirme.

*Amma.* Al pensar en ella es como si el fuego se hubiera metido de un salto en mi corazón y se hubiera extendido allí dentro.

Apoyo las manos en las brasas y me pongo de pie. Larys y Susana se dan la vuelta maldiciendo y huyen despavoridos, como si su peor pesadilla estuviera detrás de ellos. Pero ya no me importa. Igual que cuando vi a Roan caer en el fogón de mi padre cuando era una niña, no pienso. *No puedo pensar.* Algo más grande que yo se ha adueñado de mí, me llena el pecho y mueve mis miembros desde dentro.

Giro y cargo violentamente hacia el incendio, internándome en lo profundo de Crofton en llamas.

El humo recubre mis pulmones como si fuera arena. Quema mis ojos y dificulta mi visión. Pero, en la calle, el fuego se separa y fluye cerca de mis pies igual que el agua del río alrededor de una roca. No me toca mientras corro a toda velocidad hacia el centro del pueblo, hacia



el conocido sendero angosto que conduce a la carnicería de Amma. Tal vez ya ha escapado y está a salvo en las afueras de la aldea, observando el derrumbe y temiendo por mí.

Los crujidos y chasquidos de la madera ardiendo llenan el aire que me rodea. Una cuerda para colgar la ropa, camisas y mantas transformadas en banderas centellantes se desploman frente a mí y caen planeando al suelo como las hojas en el otoño. Toso y grito el nombre de Amma, mientras doblo hacia la calle donde transcurren muchos de sus días.

Y me detengo de golpe.

La mayoría de las construcciones ya han quedado reducidas a cenizas. Este debe ser el lugar en donde se inició el fuego. Y la calle — la *tienda* de Amma— es una ruina humeante, la parte más alta se yergue apenas por encima de mi cabeza. La estructura del interior está a la vista, las despensas al aire, las formas irregulares resplandecen tenuemente con las cenizas.

Un penacho de humo se eleva hacia el cielo y, por un instante, parece tomar la forma de una niña delgada. Mi mente delirante le impone rasgos al humo: bella pero con una sonrisa siniestra. *Caro*.

Escucho su voz dentro de mi cabeza. *Jules, te romperé el corazón*.

Por un momento larguísimo no puedo moverme, no puedo pensar, no puedo respirar. No sabe que Amma es mi amiga. ¿O sí?

Luego, una nueva ola de adrenalina inunda mis miembros y avanzo... a través del calor y el denso humo que lo penetra todo, inflándose en ráfagas de viento, calcinando mi garganta y mi piel, produciéndome escozor en los ojos y en la nariz. Me abro paso a golpes a través de los escombros de la carnicería, las vigas de madera quebradas y las mesas de trabajo astilladas, los restos carbonizados de la habitación donde holgazaneábamos con Amma durante horas y

horas intercambiando historias y cotilleos. Una cortina consumida por las llamas, la mitad de una tetera rota con el revestimiento de cerámica chamuscado. No hay señales de vida. Quizás Amma haya logrado escapar.

A continuación, una viga del techo se desploma con un estrépito pavoroso. En el agujero que deja en la pared, veo algo que paraliza mi corazón.

Amma está sentada y despatarrada contra una viga caída, los ojos muy abiertos y vacíos.

«Amma», susurro.

Corro hacia ella, me caigo de rodillas y la sujeto suavemente de los hombros. Su pecho está quieto. No hay quemaduras en su piel... pero tiene el lateral ensangrentado. Mis ojos vuelan hasta un borrón púrpura apenas visible en su vestido sucio y manchado de rojo y negro. El inconfundible color de la tintura de mava dejado por el arma de un soldado real, y...

El mango de una daga sobresaliendo de su espalda. A pesar de que el metal pulido está manchado de sangre, la reconozco de inmediato: pertenece a Ivan Tenburn, comandante de la guardia de Everless.

Caro ya ha comenzado a cumplir su promesa.

La furia que siento por ella se extiende con violencia por mi cuerpo. Estiro los brazos intentando aferrar los hilos del tiempo, no pidiéndole que se detenga sino que retroceda, que vuelva atrás como hice en Everless para salvar a Roan Gerling, cuando éramos niños. *Salva a Amma*, marca el ritmo de los latidos en mi cabeza.

Lentamente, el humo que me rodea se infla hacia adentro y se encoge hacia el suelo. El gris se agita y se arremolina de una manera que no está conectada con la brisa. En la distancia, me parece que algunas llamas titilan y se apagan. El charco de sangre parece

encogerse y fluir nuevamente dentro de Amma.

Pero luego me inunda un sentimiento profundo y perturbador que me hace sentir que me he equivocado, una honda sensación de náusea que me llega hasta el alma y me debilita las rodillas. Mi cuerpo tiembla mientras la fuerza se escurre rápidamente lejos de mí y, antes de que llegue a darme cuenta de que estoy cayendo, me encuentro en medio de los escombros, sacudida por violentos sollozos, lágrimas negras de ceniza chorrean por mi cara.

Y entonces grito: de dolor, de frustración, de rabia.

Las paredes ruinosas de la carnicería se desploman estrepitosamente y sepultan la mitad del cuerpo de Amma entre sus escombros retorcidos. Detrás, en el callejón que ahora quedó a la vista, hay una formación de doce soldados con uniformes reales de color púrpura. Sus rostros están cubiertos por máscaras de tela.

«¡Atrapadla!», grita uno de ellos.

Floja como una muñeca, la fuerza me abandona y dejo caer la cabeza mientras me van cercando. Apenas noto un destello plateado junto a mi mano: un cuchillo de carnicero brilla cerca del puño inerte de Amma. Cierro los dedos alrededor de la empuñadura y lo guardo bajo la manga, justo antes de que los soldados enmascarados desciendan sobre mí.

Me sacan de Crofton a la fuerza. La legendaria Alquimista, las manos ensangrentadas y socavada por la pena. Mis pies se arrastran por el suelo dejando huellas en los sucios escombros. Todo gira a mi alrededor como si estuviera en un sueño, las palabras de los soldados suenan como si vinieran del otro lado de un cristal. Lo único que puedo deducir con seguridad es que me llevan al palacio, a Shorehaven. A Caro.

Dentro de mi cabeza, una voz débil susurra *Pelea*. Si intento llamar a

la magia que corre por mis venas, convocar a la Alquimista, es probable que pueda detener el tiempo lo suficiente como para liberarme y escapar.

Pero no lo hago. Porque sé, por la forma en que me envuelven con cadenas (apretadas, con tres vueltas alrededor de los brazos y la cintura, como si tuviera la fuerza de diez personas), que los soldados me tienen miedo. No me tocan, así que no descubren el cuchillo. Su temor acalla mi mente aun mientras me arrojan dentro de un carruaje con paredes de metal y me encierran en la oscuridad. La máscara mortuoria de Amma está grabada a fuego sobre la lona negra del interior.

Caro me la quitó, aunque no haya sido ella misma quien empuñara el arma. Ella arrasó Crofton, redujo mi hogar a una montaña de ceniza.

Ahora es mi turno de invadir el suyo.

*Usa tu tiempo, susurra Amma a mi oído.*

No pelearé. Todavía no. Esperaré a que los soldados me lleven a Shorehaven.



La puerta del carruaje tiene una pequeña abertura rectangular, dividida por barras de hierro oxidadas. Durante los tres días siguientes, ese hueco se convierte en mi ventana al mundo. Los soldados me transportan a través de Sempera, evitando los pueblos, manteniéndonos cerca de bosques y valles. Imagino la muchedumbre que caería encima del carruaje para prisioneros que lleva a la asesina de la Reina.

Los soldados pasan comida a través de la abertura, pero apenas como. En mi cuerpo, solo hay sitio para la ira y para un terror profundo y constante. Y, a medida que nos internamos en dirección este, hacia el amanecer, me inunda una creciente sensación de que algo se está alineando conmigo, como si la Alquimista que está sepultada en mi interior conociera el camino hacia el palacio de la costa... y anhelara ser llevada allí.

Tras dos amaneceres, en la brumosa luz matinal, cambia la rendija del mundo exterior que alcanzo a ver: los bosques y los valles dejan paso a colinas bajas y onduladas, cubiertas de arena y salpicadas de matorrales. Los caminos se vuelven más anchos y más regulares. En el lugar en donde nuestro sendero converge con otro, aparecen de pronto más carruajes cubiertos que van en nuestra misma dirección,

rebosantes de cajones de manzanas y balidos de ganado. Incluso el aire es distinto, teñido de aroma a sal marina, denso y cargado de algo parecido al poder.

Estamos cerca de Shorehaven, de la Hechicera.

Me hiere la sangre al pensar en mis pertenencias (especialmente en el diario con las portadas de cuero) dando saltos en las alforjas de los soldados. Aunque murmuran en voz baja, a veces escucho a los guardias hablando a través de las paredes de madera del carruaje.

—Esto no me gusta —comenta en un momento una voz femenina—. Traerla a ella a Shorehaven durante la coronación. El palacio estará inundado de nobles tontos que querrán echarle un vistazo...

—Ya casi hemos llegado —interviene una voz masculina—. Un día más y pasará a ser problema de la Reina y quedará fuera de nuestras manos. —Suelta una oscura risita por lo bajo—. Yo necesito la sangre de hierro. Mi esposa dará a luz en cualquier momento.

Sus voces resbalan sobre mí hasta que dejan de tener sentido, sus palabras no tienen más significado que el rítmico golpe de sus pisadas. Las horas parecen interminables. Cada vez que la compañía se detiene con el fin de que baje a aliviarme, media docena de guardias mujeres vienen detrás de mí, blandiendo rifles y dagas. Sus ojos muy abiertos y sus manos temblorosas me producen una leve y perversa satisfacción. Tienen razón en temerme, todos, aun cuando no sea por las razones que ellos creen. Al pensar en eso, la inquietud florece en mí. ¿Desde cuándo encuentro placer en el miedo de los demás?

La tercera noche después del incendio de Crofton (después de la muerte de mi más antigua amiga), cuando la oscuridad de una noche sin luna se está fundiendo en el alba y creo que voy a explotar por la ira que se agita bajo mi piel, lo escucho: ruido de olas rompiendo

contra acantilados. Me acerco a la ventana, ignorando los pinchazos de dolor que trepan por mi pierna, y miro hacia afuera. El carruaje se desplaza por encima de un angosto puente de madera, que atraviesa dos acantilados, recostados uno sobre el otro.

El mar está al fondo de un precipicio de treinta metros. Magnífico e interminable, el océano se extiende calmo y negro a lo lejos, blanco y espumoso cerca de la orilla. Se me corta la respiración... siempre sentí que, alrededor de Sempera, había una jaula que nos aislaba de otras tierras, que solo existían en las páginas de los libros. Pero aquí está: toda esa agua a punto de atraparnos para devorarnos vivos.

Por el mapa de Liam y por los acantilados que flanquean el agua a la distancia, sé que esto es una cala y no el océano propiamente dicho. Pero es lo más cerca que he estado del mar, al menos en esta vida. No puedo evitar mirar con detenimiento, primero el agua y luego la silueta que se cierne imponente al final del camino. Coronando una elevación de rocas, Shorehaven, el palacio de Sempera, se yergue desde los acantilados y eclipsa a la luna.

El castillo de piedra clara irradia luz. Luce raramente natural, bello en su asimetría, como extraído de los acantilados que lo rodean. Al verlo, un dolor feroz atraviesa mi pecho. Nunca antes había visto el palacio. Por supuesto que no. Pero cuando mis ojos recorren sus cientos de ventanas encendidas, que se recortan contra el cielo nocturno como un candelabro de luces, me doy cuenta de que eso no es totalmente exacto. Conozco el castillo, sé que si me acerco más, habrá hilos de minerales surcando los costados de mármol, junto con oro, rubíes, zafiros y antracita tan sutilmente tallados en la piedra que casi no se notan hasta que el sol sale o se pone. Entonces, el castillo parece estar en llamas.

De pronto, el recuerdo sale a la superficie, como cuando un súbito

olor familiar me sumerge nuevamente en los recuerdos de la infancia. Estuve aquí, en Shorehaven. Aquí sufrí. No como Jules... como la Alquimista. Las imágenes, los sonidos y las sensaciones atraviesan mi cuerpo a toda velocidad: Caro me había capturado, me mantenía prisionera en los calabozos del castillo. Entonces, como ahora, intentó destruirme. Recuerdo dagas, fuego, dolor. Levanto el cuello de mi camisa por encima del rostro para que los soldados no escuchen ese sonido mitad grito ahogado y mitad sollozo que no puedo contener.

El olor a humo de Crofton todavía continúa adherido a mi ropa, aun después de varios días de viaje. Me fija en el momento, me recuerda lo que me queda por hacer. Amma está muerta; Roan está muerto; mi padre está muerto; pero todavía hay gente que está viva, gente a la cual Caro podría acabar para llegar a mí.

*Ella será problema de la Reina*, dijo un soldado. El rostro de Ina cobra forma en mi mente como estaba la última vez que la vi, sonriente y feliz, antes de que yo descubriera la verdad sobre Caro y sobre la Reina. Y sobre Ina... que nacimos juntas de una mujer llamada Naomi en un pueblo llamado Briarsmoor. En medio del fuego y del griterío. Averigüé que éramos mellizas justo cuando todo se derrumbaba. Ahora Ina debe creer... Mi *hermana* debe creer que soy una asesina.

A menos que... ¿Podría ella llegar a creerme, como Amma?

¿Podríamos, las dos juntas, destruir a Caro, dismantelar su reino invisible?

Respiro profundamente, trato de mantenerme lúcida, de templar el rayo de esperanza que atraviesa mi dolor y mi ira.

Al ir aproximándonos, aparece ante nuestra vista un camino más grande e importante, atiborrado de carruajes que se deslizan como escarabajos negros y brillantes. La procesión está iluminada por lámparas de aceite, que cuelgan de los extremos de los altos postes de



hierro alineados junto al camino. Deben ser los nobles de Sempera, que llegan para la coronación de Ina. ¿Se encontrará Liam entre esas paredes?

Por un segundo veo su cara: sus ojos oscuros como la noche, los labios separados mientras susurra una palabra: *Alquimista*.

El nombre me sobresalta. Porque, aun en mis ensoñaciones, es eso lo que escucho. No dice *Jules*. Si ninguno de los dos hubiera sabido la verdad, si yo no fuera más que la hija de otro granjero de Crofton, ¿habría averiguado Liam mi nombre de todas maneras?

Aparto el pensamiento. No es importante. No puede serlo... no con Caro persiguiendo a todos aquellos a quienes quiero. En su lugar, evoco el rostro de Ina: ojos inteligentes en una cara pálida y pecosa, enmarcada por pelo corto y oscuro, que me resultaba familiar antes de saber por qué. Suponiendo que logre escapar de los guardias, es a ella a quien necesito encontrar.

En lugar de unirnos al resplandeciente desfile de carruajes que entra por las puertas del frente, doblamos bruscamente por uno de los senderos más angostos que se abren desde el camino principal como los rayos de una rueda. Me mantengo junto a la ventana enrejada, los dedos enroscados alrededor de los fríos barrotes.

Del lado que mira a la tierra, el castillo está rodeado por un muro continuo de color perla, engañosamente bajo, pero liso y uniforme como el metal. Arriba, alcanzo a ver una luz dorada a través de un vidrio, balcones floridos e iluminados por faroles colgados de cuerdas. Abajo, olas enormes golpean la base de los acantilados, el rocío del agua llega hasta las ventanas más bajas, que están distribuidas al costado del palacio. El agua del mar deja la piedra mojada y brillante.

Repito lo que tengo que hacer para mantener la calma mientras el palacio va creciendo en el exterior. De alguna manera, libre o

prisionera, tengo que encontrar a Ina... y detener a Caro.

Tanteo el cuchillo de carnicero que aún tengo guardado en la manga, como si pudiera darme fuerza.

Las sombras pequeñas y oscuras de los guardias caminan de un lado a otro por encima del muro observando las verjas de la entrada. Incluso por encima del ruido de las olas, puedo escuchar las risas y coros alegres de voces ricas y aflautadas. Hacia la izquierda, el muro liso del palacio desaparece furtivamente en el suelo, de modo que no hay nada entre el palacio y el océano más que una pendiente abrupta: una altura de por lo menos veinte o treinta metros. Abajo, enormes y puntiagudos peñascos asoman traicioneramente a través de las olas, como dientes grises metálicos de un monstruo marino, la quijada abierta para tragarse el palacio entero.

El miedo se estrella contra mí mientras cruzamos una puerta angosta del muro del norte. La verja se cierra detrás de nosotros con un chirrido, dejando afuera el ruido del mar. De pronto, se instala la quietud, solo rota por oleadas de música lejana y el susurro del viento entre los árboles.

Pienso en la carnicería quemada de Amma, en la desamparada forma de su cuerpo. La ira y el dolor ascienden violentamente por mis venas mientras nos deslizamos dentro de un jardín bañado por la luna.

Las puertas se abren y su luz plateada se derrama sobre mí, tan espesa como la sangre. Manos con guantes de cuero entran en el carruaje. Logro salir con rapidez antes de que los soldados puedan sujetarme. Trago un gemido cuando mis piernas se acalambran y tiemblan, y enseguida me desplomo en la hierba fresca. Más allá de los recelosos guardias, el jardín está cubierto de matorrales con flores y árboles esbeltos. Alzo la vista y examino la reluciente hilera de

ventanas, esperando encontrar algún indicio que me indique dónde podría estar Ina.

Y luego...

—Hola, Jules —dice alguien.

Un grito se me congela en la garganta.

Caro se encuentra a algunos pasos de mí en el jardín, inmóvil como una estatua. Su cara está entre las sombras, pero la reconocería en cualquier lugar. La forma de erguirse, cómo se agita su pelo oscuro con la brisa. Quiero retroceder, pero es como si mi cuerpo se hubiera congelado, el aire de los pulmones transformado en hielo.

Ella hace un gesto y los soldados se marchan en fila por la puerta por la que entramos, tan rápidos y silenciosos como ratones tratando de evitar que los atrapen. Antes de desaparecer, uno le da mi bolsa. Caro la abre, extrae el diario y lo sujeta entre los dedos antes de arrojarlo al césped. La ira crece dentro de mí, pero no me muevo: mi padre murió por ese diario.

—Jules —repite, sus suaves palabras se trasladan a través del espacio que se extiende entre nosotras y me envuelven como si estuviera susurrando en mi oído—. Es agradable verte. —Camina hacia adelante, se detiene a menos de un metro de mí y saca una larga daga del cinturón. Un escalofrío me recorre la piel, que se pone tensa, a la espera de un golpe.

Pero Caro no me ataca. Peor... sonrío con un movimiento lánguido y pomposo que parece estirar los segundos y convertirlos en minutos, como un noble sorbiendo sangre de hierro de una humeante taza de té.

Me ofrece el cuchillo, la empuñadura primero, mientras sus dedos sujetan la hoja con delicadeza.

La luz de la luna cae sobre su rostro, tan familiar ahora desde mi

breve estancia en Everless... y de siglos de recuerdos grabados en algún profundo lugar de mi mente. Me sonrío como si fuéramos amigas del colegio que vuelven a encontrarse después de haber estado separadas unos pocos días. Sus dientes brillan en la oscuridad.

Me pongo de pie con la mayor firmeza de la que soy capaz y, en vez de aferrar el que ella me ofrece, extraigo el cuchillo de Amma de la manga. Se encoge de hombros y lo hace girar entre las manos mientras sus dedos se cierran ligeramente alrededor del mango.

No me tiene miedo.

Aun así, sostengo el cuchillo entre ambas, esperando que Caro no pueda ver cómo me tiembla la mano. No es el cuchillo a lo que ella debería temer. Convoco al tiempo en mi sangre, deseo con toda mi voluntad que responda y luego gimo de dolor cuando brota violentamente de mí: más tiempo mágico del que nunca usé hace temblar la tierra bajo mis pies.

Y, sin embargo, nada se detiene. El aire del jardín parece estremecerse, pero el tiempo no se detiene, no se congela. La sangre se agita dentro de mis venas. Algo me retiene e impide que detenga el tiempo o haga que transcurra con lentitud.

La única reacción de Caro es emitir un suspiro.

—Ay, Jules.

—¿Cómo lo haces? —exclamo furiosa, los dientes apretados.

Su risa brota como campanadas en la noche mezclándose con la tenue melodía del interior del palacio, que cae a nuestro alrededor, constante como la lluvia. Caro da otro paso hacia mí y está tan cerca que, si extendiendo la mano, puedo tocarla.

—Olvidaste varias monedas de un año cuando te marchaste de Everless. Deberías ser más cuidadosa con tu sangre.

Un escalofrío involuntario atraviesa mi cuerpo. Había olvidado por

completo esas monedas que dejé aquella espantosa noche en que Caro maquinó una acusación de robo de la bóveda de los Gerling y me manipuló para que vendiera mi tiempo para dárselo a ella. Cuando traté de entregarle mi sangre de hierro, ella no logró consumirla; la sangre se reconstituyó y se quedó atascada en su garganta. Así fue cómo supo, finalmente, que yo era la Alquimista y no Ina.

Caro parece leer el recuerdo en mi rostro.

—Encontré una forma de consumirla, que ha tenido efectos interesantes, cuanto menos —explica mientras una sonrisa se desliza por su rostro—. Tú consumiste todo mi corazón, Jules. Estoy segura de que no te molestará que yo haya tomado un poquito de tu...

—*Basta* —exclamo con un rugido. El mango del cuchillo está duro, frío y rugoso bajo mis dedos de nudillos blancos, un recordatorio de lo que perdí, del motivo por el cual estoy aquí. En un segundo abandono el intento de doblegar el tiempo y arremeto contra Caro con el cuchillo, en un amplio movimiento.

Me arrepiento de inmediato y retrocedo mientras Caro se agacha y su propia daga surca velozmente el aire. No está rugosa ni chamuscada como el cuchillo de Amma, sino que está resplandeciente, espantosamente afilada y adornada con piedras preciosas.

—Pensé que habías superado el deseo de luchar contra mí, Jules. Fallaste en todas tus vidas. ¿Qué te hace pensar que podrías triunfar ahora?

*Amma me dijo que soy fuerte*, pienso absurdamente. Pero la verdad de las palabras de Caro me destruye, me hace sentir horriblemente pequeña junto a las torres abovedadas de Shorehaven. Frente a mí, el poder de Caro se irradia en una onda y trato de no enseñar el miedo que siento.

—Yo te robé el corazón, ¿recuerdas?

Me complace ver que aprieta con furia la mandíbula.

—Incluso con mi poder disminuido, te derrotaré con facilidad —brama—. Y cuando te destruya, recuperaré lo que queda de ti, a pesar de que lo has malgastado en... —Hace una pausa, los ojos elevados hacia el cielo azul oscuro como si estuviera recordando—... *once* patéticas vidas.. No te mataré ahora, Jules. Y no deberías ser tan audaz conmigo, considerando que solo te queda una vida —comenta con desprecio—. En su lugar, te vaciaré y te convertiré en mi marioneta, como he hecho con la pobre y difunta Reina. Todo Sempera verá lo que puedo hacer con el tiempo hasta que te rompa el corazón definitivamente. Después me desharé de Ina y Sempera verá lo que puede hacer una Reina digna del trono. Alquimista, ¿qué otra cosa podría combinar con la sangre de mis súbditos?

Sus palabras caen como hielo por mi espalda. ¿Combinar algo más con la sangre? ¿A qué podría referirse? ¿Qué más podría sacarnos, qué más podría sacarnos de las venas? El miedo me vuelve más lenta. Cuando Caro arremete ferozmente contra mí, solo atino a eludir ligeramente el arma.

—Pero esperaba que primero pudiéramos charlar un poco —señala amablemente—. Te he echado de menos. Y no deberíamos molestar a los invitados de la coronación.

—Mataste a mi amiga —espeto, una marea de furia se eleva dentro de mí y empuja las palabras hacia afuera—. Incendiaste mi casa.

—Tenía que traerte aquí, ¿no crees? No podía permitir que acecharas en las sombras. —Caro ríe burlescamente, pero el brillo de sus ojos parece decir que se siente herida. Luego esa expresión es reemplazada por una sonrisa beatífica, que ilumina su rostro—. ¿Estabas allí? ¿Lo viste?

—Lo vi —replico atacándola otra vez con el cuchillo. Trato de recordar las lecciones de combate que me daba Roan cuando éramos niños, pero eso solo provoca una oleada de furia y desamparo. Caro elude mi ataque sin desviar la mirada.

—Juntas podemos hacer cosas maravillosas al unir nuestros poderes, Jules.

Sus palabras me queman por dentro. Enfrentadas, aferrando cuchillos en nuestras manos, trato de ignorarlas, de apartarlas, porque, ¿qué importancia tiene ahora lo ocurrido hace cinco siglos?

—Amma no hizo nada malo —señalo con furia—. Deberías haberla dejado fuera de todo esto. A todos los habitantes de Crofton.

—Ellos no son importantes. —Su voz es nuevamente alegre y delirante—. Son hormigas en comparación a nosotras, Jules. Todos lo son.

Una combinación de furia y horror hace que mi respuesta se adhiera a mi garganta. Me abalanzo otra vez sobre ella, el cuchillo en alto.

Caro gira y se aleja de mí, su daga es un destello plateado en el aire.

—Te conozco mejor que nadie —comenta casi cantando—. Eres tan impulsiva como siempre.

Mientras habla, evita todos mis ataques en una especie de danza, sus movimientos rápidos, elegantes, eficientes. No parece que tratara de herirme, pero me doy cuenta de que ahora estamos más cerca que antes. Me está atrayendo hacia ella, así como me atrajo hasta aquí, pienso amargamente, tontamente. Una tormenta de frustración se materializa en movimiento, me lanzo hacia adelante con un gruñido... y caigo de rodillas cuando Caro se desliza fuera de mi camino.

—Ina llora por él todas las noches —susurra, un dejo de malicia en su voz—. Él no valía un día de hierro y, sin embargo, ella *solloza* por ese chico infiel.

El recuerdo de la sangre de Roan me quema los ojos, el cuerpo de Amma desplomado en medio de los escombros. También mi padre y otros, un súbito coro de fantasmas dentro de mi cabeza. Durante un segundo, siento que el dolor es más grande que yo, como si fuera a explotar y atravesar mi piel. Salto hacia adelante, un gruñido mudo escapa de mis labios...

Y hundo el cuchillo en el costado de Caro.

No grita, solo respira agitadamente, como si la hubiera abofeteado. Brota sangre de la herida. Una sensación de triunfo, conmoción y disgusto cae estrepitosamente sobre mí. Suelto el cuchillo y retrocedo mientras mi respiración se vuelve más rápida. El mundo da vueltas a mi alrededor, pero una cosa se mantiene nítida: el tosco mango del cuchillo de carnicero de Amma sobresaliendo del encaje de su vestido.

Caro continúa aferrando su cuchillo, pero su mano cae al costado del cuerpo, floja e inútil. La oscuridad dificulta la visión, pero la sangre brilla como el petróleo negro a la luz de la luna, acumulándose en torno a la daga. No puedo despegar los ojos de ella.

—Jules —susurra llevando la mano a la herida. Su sonrisa se desvanece. Su voz es débil y vulnerable, y hace que algo se retuerza dolorosamente dentro de mi pecho.

Luego, la Hechicera cae de rodillas con un golpe seco y patético.

Me estremezco, el instinto me pide que me acerque a ella, que la ayude, pero endurezco el corazón. *No. No. No.* La inteligente dama de compañía de quien me hice amiga en Everless no era más que un invento, una máscara. Caro es la Hechicera. Ella mató a Roan Gerling, a Amma. Ella arrasó Crofton por completo. Eso no puede cambiarlo su respiración entrecortada, la sangre chorreando por sus dedos ni la dolorida curva de su boca que atraviesa su rostro como un tajo.

Su rostro. Algo en él va mal... algo está *cambiando*, sutilmente, bajo



la luz de la luna. Me acerco un paso más. Unas líneas comienzan a extenderse por el mentón, las mejillas, la frente. Los ojos se hunden más profundamente dentro de las órbitas, envolviéndose en sombras violetas. Su piel está más pálida de lo habitual, va tomando el color del pergamino y luego el de los huesos.

De pronto, me doy cuenta de que su pelo negro se está volviendo plateado, como si la luz de la luna fuera algo físico que se adhiriera a ella, pintara su trenza y se deslizara sobre su hombro. Caro lanza un gemido fuerte y prolongado y coloca los brazos alrededor del cuerpo.

Algo me obliga a cruzar la distancia que nos separa con dos pasos largos y rápidos. Sin saber por qué, bajo la mano y la apoyo sobre su pecho, sobre su corazón.

O sobre el lugar en el que solía estar su corazón. Porque en eso, al menos, las historias son ciertas.

Su piel está helada debajo del vestido, como si hubiera dentro de ella un cubo de hielo escondido que, en lugar de latidos, enviara olas de frío que comienzan a entumecer de inmediato la palma de mi mano. El frío se irradia a través de mí, hacia las yemas de los dedos, que se encuentran con la piel del pecho de Caro. El temblor sube por mi brazo hasta que puedo jurar que siento que una garra de hielo se desliza por la parte inferior de mis costillas y rodea lentamente mi propio corazón. El temblor es frío como la muerte. Jadeo y luego exhalo una nube de escarcha, que queda flotando entre nosotras, fina como un velo.

A pesar de que escuché la historia del corazón de la Hechicera cientos de veces, ahora la *siento*. En mi piel, en mis huesos, dentro de mi pecho. *Llevo dentro el corazón de la Hechicera.*

Por un momento, el pulso me empuja más cerca de ella, como si el corazón encerrado detrás de mis costillas estuviera luchando por

volver al lugar al cual pertenece.

«Lo recuerdo», murmura débilmente, más para sí misma que para mí. Su mano, fría como el hueso, se cierra sobre la mía.

Horrorizada, observo su rostro, que continúa mutando delante de mí. Líneas delicadas se diseminan desde los bordes de sus ojos y de las comisuras de sus labios, contra los surcos de dolor esculpidos en su frente, que se van volviendo cada vez más profundos ante mi mirada.

Luego...

Siento un tirón violento en el corazón. Cierro los ojos de golpe y escucho que el mundo se rehace a mi alrededor: un único y silencioso grito. Luz, incluso detrás de mis párpados cerrados.

Y aromas: a cedro mojado, a humo de incienso y un fuerte olor a sangre.

Aun antes de obligarme a abrir los ojos, sé que ya no me encuentro en el palacio. Estoy en... en otro lado.

Debajo de mis rodillas el suelo es húmedo y duro. La luna también ha desaparecido, fue reemplazada por una vela tenue. Caro está en mis brazos, la boca abierta en un grito. El sonido es insoportable.

Salvo que el grito no es de Caro: es mío. La vela, las paredes que nos rodean, la silueta de Caro, todo está congelado en el tiempo. Noto que su vestido es de un azul sucio y no del azul oscuro de seda y encaje que atravesó mi cuchillo. Y luego estoy dando vueltas otra vez. Unos segundos después, me encuentro de nuevo en los patios de Shorehaven.

Caro está en mis brazos, los ojos cerrados. Pero la sangre que se derramaba por la tela de su vestido está regresando a la herida mientras el gris se retira del negro de su pelo.

Se mueve, abre los ojos y me mira. Viva y furiosa.



Aparto de mí a la Caro que ha vuelto a la vida y me levanto con dificultad. El mundo se difumina a mi alrededor. Ella me observa, los ojos brillantes y movedizos, y se pone de rodillas. Las náuseas doblan mi estómago por la mitad. Con un movimiento, Caro cierra la mano sobre el cuchillo y lo extrae de su costado, y luego lo deja caer sobre la hierba.

La visión de la sangre en el acero es demasiado; me siento mareada. Echo una mirada a mi alrededor mientras me alejo de Caro regañándome por pensar que un simple cuchillo mataría a la legendaria Hechicera. Debería recordar que la suerte nunca me acompañó.

No puedo matarla...

Ina. Tengo que encontrar a Ina.

Los guardias me hicieron entrar en el palacio cuando me arrojaron a los pies de Caro. Salgo disparando hacia la entrada más cercana a Shorehaven, una arcada que conduce a un estrecho pasillo, y no me permito mirar a Caro, aunque puedo verla con el rabillo del ojo, tratando de levantarse dando tumbos.

Cada paso agita mis entrañas revueltas, pero no me detengo y atravieso deprisa lo que claramente es un pasillo para los sirvientes. El

pasillo gira suavemente hacia la derecha, imitando el muro exterior, y, a mi izquierda, puedo ver un tramo de escalera a través de una arcada de piedra. Giro en esa dirección, con la esperanza de que, si Caro me está siguiendo, no sabrá si he ido hacia arriba o hacia abajo. Sin pensarlo, elijo ir hacia arriba y me lanzo por los escalones, un piso, dos pisos, tres. Pronto, las piernas me arden ferozmente, pero la adrenalina y la imagen de Ina en mi mente me instan a seguir adelante.

Con desesperación, evoco todos los recuerdos lejanos de Shorehaven, el reconocimiento de que he estado aquí anteriormente. Conozco este lugar. ¿A dónde iría una joven reina mientras espera ser coronada?

Un par de voces bajas y débiles se elevan hacia los techos abovedados... hay alguien más en la escalera. No sé bien si son guardias, invitados o sirvientes. Escucharán mis pisadas fuertes, de modo que me obligo a disminuir el paso y subir los peldaños a una velocidad normal. Mi corazón golpea con tanta fuerza en mis oídos que apenas logro oír la charla de los sirvientes en los pasillos o el rumor de las faldas de seda de las mujeres que entran en el palacio.

Al llegar a un descansillo, tengo que decidir si continuaré subiendo o recorreré otro de los pasillos de los sirvientes. Esta vez, no son los ocultos recuerdos los que guían mis pasos: son los habituales recuerdos de Ina en Everless. Cómo fastidiaba a los guardias que estaban delante de sus aposentos y mentía fluidamente a los lacayos de los Gerling, que se negaban a dejarla salir.

Creo que la conozco y sé que ella querría estar sola. En una torre, tal vez, lo más lejos posible de los guardias.

Decido subir.

Me obligo a apartar los pensamientos del frío que emanaba el pecho

de Caro. Paso delante de varios sirvientes vestidos de dorado en mi camino hacia las escaleras y a través de los estrechos pasillos por donde me llevan mis pies... pero ellos parecen tan agobiados como yo y no se detienen para mirarme.

No hay guardias. Una débil voz en mi interior me dice que eso no es bueno —que es otra trampa—, pero no puedo detenerme a reflexionar, temo que si miro por la barandilla veré el rostro ansioso de Caro alzando la vista hacia mí. Mis pies me llevan hacia arriba y, finalmente, a un salón flanqueado por ventanas, con un par de puertas dobles en el extremo.

Entro en una recámara espaciosa de altos ventanales, iluminada por unas pocas lámparas y abundante luz de luna. A través de los vidrios multicolores, veo las pendientes y las agujas del techo de Shorehaven y, más allá, el resplandor del mar. En el interior de la habitación, hay pilas de libros, muñecas de tela y ropa desparramada por todos lados como pétalos de flores.

Pero luego la veo y mi corazón se contrae del impacto.

Ina.

La nueva Reina, mi hermana, está frente a un espejo alto, de espaldas a mí, empolvándose la cara. Me asalta el recuerdo de aquella noche en que entré en los aposentos de la antigua Reina, convencida de que era la Hechicera, y la vi maquillándose de la misma forma frente al espejo, tan pálida como un fantasma. Pero Ina no es la antigua Reina. No es una sombra ni está condenada.

Con el pulso acelerado, doy un paso dentro del aposento, los ojos fijos en Ina. Contemplando sus hombros caídos, sus ojos apagados, la forma en que se mueve, como si cada movimiento fuera un esfuerzo para ella. Mi amiga.

Mi hermana. Nacida en Briarsmoor de la misma madre, el día en

que se escindió el tiempo, llevada por la Reina y por Caro a Shorehaven mientras mi padre me sacaba en secreto de allí. Me doy cuenta, en ese instante, de que ahora ella es la única familia que me queda.

La mirada de Ina se encuentra con la mía en el espejo. La polvera se resbala de sus dedos, golpea el tocador y estalla en una nube de partículas resplandecientes a su alrededor. Ina se gira violentamente, los ojos desorbitados.

Durante un segundo, creo que correrá hacia mí y me abrazará: veo que el impulso pasa volando por su rostro abierto y confiado... pero luego un odio frío como el hielo inunda la blanca conmoción de sus ojos. Su mano se mueve velozmente hacia una campana de plata, que se encuentra debajo del espejo. Sus dedos flotan sobre ella, lista para traer a los guardias en tropel.

—Ina. —La miro fijamente, la mente lenta, la boca seca—. Por favor, escúchame.

Se mueve lentamente, casi como si estuviera dolorida. Aferra la campana del tocador y también una daga de plata, que yo no había visto previamente, y se levanta del sillón acolchonado.

—Caro me ha dicho que te habían capturado. —Su voz es más tranquila de lo que esperaba, pero más fría que el día de invierno más frío y oscuro de todos los que pasé en Crofton, incluso cuando mi padre y yo casi morimos de hambre.

Mi amiga. Mi reina. Mi hermana. Mirándome con algo parecido al odio en los ojos. Pero lo que no puedo soportar es el dolor sepultado allí, escondido debajo de su furia.

—Lo siento —murmuro sin querer. Una enronquecida súplica de piedad, de comprensión.

—¿Por qué? —Las palabras brotan como en un susurro—. Sé que

has tenido una vida dura, Jules. Puedo entender por qué podrías haber odiado a mi madre, o a los Gerling. Pero yo nunca te hice nada. Roan te *ayudó*. —Su voz es temblorosa pero su daga está firme—. Yo confié en ti.

—Ina —ruego, la voz entrecortada, levantando las manos con las palmas hacia arriba—. Ina, yo no...

Quiero decirle que yo no maté a Roan. Pero antes de que pueda pronunciar el resto de la frase, el rostro de Amma destella ante mis ojos. La forma en que me abrazó en el cobertizo y luego muerta en el terreno carbonizado de la carnicería, su sangre formando un charco a su alrededor.

Yo convencí a Amma de que confiara en mí y ella me creyó. Pero me la arrebataron de todas formas.

La voz se muere en mi garganta de una forma que no tiene nada que ver con la magia.

Ina se acerca sigilosamente a mí, parece que irradiara frío, y siento que mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

—Siempre traté de ser amable contigo y tú me has destrozado la vida. Caro siempre me ha dicho que la gente se aprovecharía de mí por mi amabilidad. Debería haberla escuchado. —Se detiene a un paso de mí, la daga firmemente aferrada al costado del cuerpo. Sus dedos se curvan alrededor de la empuñadura con tanta fuerza que la hoja parece ser parte de ella: una única garra afilada.

Una lágrima y luego otra más atraviesan mi rostro, pero no las seco. Yo no maté a Roan ni a su madre, no soy el monstruo que ella cree que soy... pero eso no hace que sus palabras sean menos ciertas. Ellos están muertos por mi culpa, ambos. E Ina está sola con Caro. Con Caro, que probablemente esté subiendo los peldaños de la torre en este mismo momento.

Me trago el discurso que había preparado para Amma. Es más seguro que Ina crea una mentira.

Evocando una imagen de Caro, de Ivan, de los rostros intercambiables de los Gerling que robaron todas las monedas de sangre de hierro del cinturón de mi padre, retuerzo mi cara en una máscara de ira.

—Tu madre y los Gerling arruinaron mi vida —espeto. La antigua ira se arremolina dentro de mí, despertada por las palabras hirientes de mi lengua—. Ellos mataron a mi padre por el solo hecho de poner un pie dentro de Everless. Pero solo después de que no pudieron matarnos de hambre, junto con toda la aldea.

Ina todavía no ha logrado dominar el arte de ocultar los sentimientos que cruzan por su rostro. E incluso a través de mis lágrimas, los reconozco: confusión, enfado, conmoción, otra vez enfado. Todos caen como un golpe mientras lucho por encontrar las palabras adecuadas. Ahora quiero retractarme de lo dicho y busco algo que decir que le muestre a Ina la verdad, sin ponerla en peligro ante Caro.

Pero no encuentro nada, no hay ninguna parte de la verdad que la mantenga a salvo. Por más que busque y busque, no hay nada.

—La Reina fue una maldición para Sempera, se apropió de la sangre de los pobres. ¿Cuánto valen nuestros años para ti? ¿Para tu madre? ¿Para los Gerling? Vi *morir* gente mientras Roan y tú os atiborrabais de banquetes y de la sangre de hierro de los que se morían de hambre. — Me atraganto, balbuceo y continúo—: La Reina merecía morir.

Ina hace sonar la campana.

El tañido fuerte y claro me atraviesa. Oigo pisadas, muchas, corriendo atronadoramente por el pasillo. Una aguda voz femenina atraviesa la estampida con una orden pronunciada a gritos.



A pesar de que le dije que era el monstruo que ella imaginaba, se me obstruye la garganta por la conmoción y la traición mientras ella avanza (con más gracia mortal de la que le conocí en Everless) y apoya la punta de la daga contra mi pecho. Pero la miro a los ojos, ansiando poder comunicarle la verdad acerca de mí, acerca de *nosotras*, solo con una mirada, recordando el lenguaje silencioso que Amma y su hermana mantenían entre ellas tan amorosamente como un secreto.

Los músculos que rodean la boca de Ina se tensan. La confusión y la desconfianza luchan en su rostro. Se extiende el silencio que hay entre nosotras, más ensordecedor que la embestida de pisadas al otro lado de la puerta. La miro fijamente, las lágrimas caen por mis mejillas, desgarrada entre apartarla de mí o revelarle la verdad aunque no sea lo más razonable.

Finalmente, justo cuando la puerta se abre y los guardias irrumpen a gritos en la habitación (las faldas de Ina arremolinándose en medio de ellos: un sitio de calma total en el centro de la tormenta), Ina aparta la daga de mi pecho.

Luego algo me golpea con fuerza en la sien y todo se funde a negro.



Cuando vuelvo en mí, el rostro de Caro se va definiendo lentamente ante mis ojos, sus rasgos angulosos y sus ojos verdes de cristal, tan bonita como una hiedra venenosa. Por un momento, imagino que estoy otra vez en Everless, tumbada con ella en una cama después de una larga noche, como el día en que Ina, ella y yo fuimos a Laista y bebimos madel para celebrar la inminente boda de Ina con Roan. Y durante unos segundos, me siento feliz. Me siento a salvo.

Y luego regresa el dolor y, con él, la conciencia. El resto de la habitación se vuelve nítida a nuestro alrededor. Altos ventanales muestran un cielo salpicado de estrellas, reflejado en los espejos que nos rodean, de modo que todo parece ser plata y estrellas.

Aún me encuentro en la habitación de Ina, pero ella no está.

Caro —el rostro joven y bonito otra vez, ninguna señal de que le haya clavado una daga en el costado— está encima de mí y me sostiene entre sus brazos. Me mantiene erguida con una mano y, con la otra, desliza un dedo por mi frente. Siento un escalofrío por todo el cuerpo. Caro sostiene la mano lejos de ella y examina fascinada la sangre de las yemas de sus dedos, que se ha vuelto negra con la luz de las estrellas. Susurra una palabra en un lenguaje que no comprendo y brotan llamas de las puntas de sus dedos, encendidas y brillantes como velas, luego se apagan antes de que pueda moverme, dejando sus manos limpias. Como si la llama se alimentara de mi sangre.

Vagamente, pienso en lo tonta que he sido. Pensé que me había convertido en una rival para ella con mi irrisorio control sobre el tiempo. Pero sus poderes están muy lejos de mi comprensión. Por la enloquecida expresión de sus ojos, ni siquiera estoy segura de que la propia Caro los comprenda.

—Deja de jugar conmigo —susurro a través de mi mareo—. Si vas a matarme, hazlo de una vez.

Caro se queda inmóvil y luego inclina la cabeza hacia mí.

—Ya hemos hablado de esto, Jules —dice y, a pesar de la escalofriante expresión de su rostro, su voz suena normal, baja y musical como siempre. Un poco impaciente—. Nunca te haré daño... no hasta que sea necesario.

—Hasta que puedas romperme el corazón —señalo con los dientes apretados.

—Exacto. —Sus ojos están clavados en los míos—. Ahora dime...

Una música repentina y distante interrumpe sus palabras. Resulta un sonido tan raro, en medio de este horror, que me lleva un momento comprender de qué se trata. Instrumentos de cuerda, muchos, amortiguados por las paredes. Tambores distantes que hacen temblar el suelo, tan ligeramente que es probable que no lo hubiese notado si estuviera de pie.

Caro toma una bocanada de aire, la frustración arruga su frente.

—La coronación. Me temo, Jules, que por el momento tendré que abandonarte.

Mete la mano en el vestido y extrae una ampolla que parece estar llena de azúcar moreno. Sin darme tiempo a moverme o pensar, lo acerca a mi nariz... y, cuando inhalo, me envuelve una especie de niebla resplandeciente que extrae la poca fuerza que queda en mi cuerpo. Luego una aguda punzada de dolor recorre el centro de mi cabeza, como si mi mente se hubiera partido en dos.

Me resulta imposible resistirme mientras Caro me aparta de su regazo y me desplomo en el suelo como una muñeca de trapo.

A través del palpitante dolor, oigo la voz de Caro, alta, clara y segura, que me llama desde debajo de la escalera. No puedo distinguir qué me dice, pero desaparece después de unos segundos, sus pisadas se desvanecen y su voz se funde con la orquesta.

Se aproximan dos siluetas oscuras y ondulantes: distingo, a través de mi visión borrosa, a dos guardias del palacio acercándose cautelosamente hacia mí.

No puedo defenderme mientras me levantan de los brazos y me atan las manos contra la espalda con un trozo de cuerda áspera. Intento gritar pero solo consigo pronunciar mal las palabras. Es como si Caro hubiera echado una pesada sombra sobre mi mente,

escondiendo lo que necesito para defenderme.

*No importa, pienso tristemente, porque ¿quién vendría a ayudar a una asesina?*

El rostro de Liam destella en mi mente. *Debería haberlo escuchado,* pienso vagamente. Debería haber escapado a Ambergris. Ahora nuestro plan se ha torcido.

Mi discurso ininteligible parece darles confianza a los guardias. Pronto me arrastran a través de la puerta, descendemos por las escaleras, por un pasillo; la droga que Caro me obligó a aspirar debilita mis miembros y los vuelve inútiles. Lo único que puedo hacer es tratar de recordar qué caminos tomamos (bajamos una escalera de piedra tras otra, atravesamos pasillos cada vez más oscuros y angostos), pero hay un susurro persistente en mi cabeza que suena como si fuera la voz de Caro y mi voz al mismo tiempo, y pregunta: *¿Para qué molestarse? ¿Para qué intentarlo? Nunca lograrás escapar de ella.*

Hasta ese susurro se apaga mientras los guardias me empujan dentro de una celda estrecha y cierran la puerta con fuerza detrás de mí.



En sueños, me convierto en una serpiente, mis largos músculos cubiertos de escamas brillan como esmeraldas. Me deslizo a través de la oscuridad y de las sombras, que estiran sus largos dedos intentando atraparme. Un resplandor dorado pasa a toda velocidad. Una forma esbelta, ojos de color ámbar. La *zorra*, pienso, mis reflexiones quedan reducidas a destellos de sensaciones y sentimientos. Aire helado a través de mi cuerpo, una luz delante mientras la zorra mira hacia atrás. Miedo, un miedo terrible, y un ruido a mis espaldas, como el rugido de un viento fuerte o el aullido de un sabueso, la mandíbula abierta ladrando y gruñendo, pisándole los talones a su presa, cada vez más cerca...

El miedo me despierta de golpe. Al menos, creo que estoy despierta; está muy oscuro como para estar segura. Parpadeo. Mis ojos se posan sobre una franja de luz que corta la negrura. El resplandor viene por debajo de la puerta de mi celda. La adrenalina fluye a través de mí, los restos de la pesadilla. Esos horrendos aullidos.

Apoyo los codos para levantarme y trato de apartar el sueño de mi mente. Parpadeo nuevamente mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad. Estos deben ser los calabozos que están en las entrañas del palacio de Sempera... El suelo es del mismo marfil que todo lo demás,

pero opacado por el polvo y la suciedad. En la cercana oscuridad, puedo distinguir el suelo erosionado por las huellas de los prisioneros. Los miembros se me acalambrian dolorosamente mientras me incorporo hasta quedar sentada.

Reina el silencio, pero el silencio no es absoluto. Si agudizo el oído, puedo oír voces tenues al otro lado de la puerta, ver la luz quebrada cuando los guardias pasean por delante de mi celda.

El tiempo pasa, se escurre como arena entre mis dedos. Me quedo mirando durante horas la pequeña abertura en la puerta de la celda, obligando a mis ojos a concentrarse en el rectángulo de luz. Cuento las motas de polvo que se arremolinan entre las sombras; devoro todas las palabras de los guardias, cada una más amortiguada que la otra por la tabla de madera que nos separa. Trato de escuchar la entonación de sus acentos y adivinar de dónde son. Cualquier cosa que aparte mis pensamientos de la droga que Caro me hizo inhalar. Cualquier cosa con tal de no pensar en el destello de la daga de Caro, la mirada gélida de Ina y el cambio de sus ojos ahora que la luz los ha abandonado.

Cuando una nueva sombra perturba el resplandor que se derrama por debajo de la puerta y se detiene, todo mi cuerpo se pone tenso, alerta.

—Os estáis perdiendo la fiesta —comenta una voz femenina que no reconozco—. ¿Por qué no venís? *Esta* no irá a ningún lado.

—Capitana —contesta un guardia, la voz hosca pero nerviosa—. Tenemos órdenes de Lady Caro de vigilarla.

—Es peligrosa —agrega el otro hombre pateando la puerta con la bota—. Trató de atacar a la Reina sin la ayuda de nadie. Lo vi con mis propios ojos.

Suavemente, usando un codo para incorporarme, me giro hacia la

puerta para escuchar mejor. En este momento, me siento cualquier cosa menos peligrosa... pero la droga parece estar dejando de hacer efecto y mis sentidos regresan, aunque adormilados.

Una mujer (¿la capitana?) entreabre la puerta tanto como se lo permite una cadena y mira en el interior de la celda. Me echa un vistazo rápido mientras me evalúa críticamente. Luego su rostro cambia, abre los ojos muy grandes y articula unas palabras con los labios.

Me quedo mirándola desconcertada. Ella repite las palabras mudas y, esta vez, las reconozco.

*Detén el tiempo.*

Mi mente continúa apagada, dolorida, pero gracias a eso no me pongo a pensar por qué esta capitana me está pidiendo que utilice mi magia. Mi corazón late aceleradamente. Es fácil apoyar las palmas contra el suelo y desear con toda mi voluntad que el tiempo se detenga. En mi nebulosa, casi puedo imaginarme hilos de tiempo brotando de mis manos, rodeando a la mujer y serpenteando alrededor de los dos hombres. Ambos se quedan inmóviles: dos muñecos de cuerda cuyos mecanismos se apagan.

Débil como me encuentro, no puedo mantenerlo durante mucho tiempo, pero no tengo que hacerlo. La mujer cruza el pasillo y pellizca las llamas inmóviles de las antorchas. Sus movimientos son eficientes. Luego retorna a su lugar justo cuando pierdo el control sobre el tiempo.

El mundo cobra impulso. En un segundo, las llamas parpadean hasta extinguirse.

Todo queda a oscuras y ella lanza un aceptable grito de miedo. Luego se escuchan dos ruidos sordos y golpes secos más prolongados. El segundo guardia tiene tiempo de gritar (un sonido breve y

ahogado) antes de caer él también al suelo con un estrépito. Se me corta la respiración. Oigo el chisporroteo de la antorcha cuando la vuelven a encender.

Los pasos de la mujer suenan en el suelo de piedra y la puerta de mi celda se abre de forma parcial con un crujido.

Entrecierro los ojos ante la luz y distingo a una guardia de Shorehaven con una larga trenza en la espalda, con el mismo uniforme que mis captores. No la reconozco. Mientras la mujer permanece en el lugar respirando afanosamente, alguien emerge de las sombras, en el otro extremo del pasillo.

Es Liam.

Casi pienso que se trata de una alucinación causada por la sustancia que Caro me dio en la habitación de Ina, pero mientras entra apresuradamente en la celda, me doy cuenta de que es real. Liam, el que me dijo que yo era la Alquimista, que me sacó de Everless a escondidas de Caro. Nunca podría inventar esa forma precisa y enérgica que tiene de moverse, la forma en que algunos mechones de su pelo escapan de la coleta y se rizan alrededor de su rostro. Está más pálido y demacrado que en Everless, pero refinado con un chaleco militar color verde botella, con sus botones de oro y charreteras que lo hacen resplandecer. El emblema de los Gerling reluce en su pecho.

Le hace una inclinación de cabeza a la capitana, que desaparece silenciosamente por el pasillo, la trenza es la última parte de ella que se pierde al doblar al final del oscuro corredor.

El antiguo temor (a los Gerling, y especialmente a Liam) se agita dentro de mí mientras él atraviesa la celda en tres largos pasos. Retrocedo levemente. Me había enterado de que podría estar aquí en Shorehaven, pero eso es completamente distinto a tenerlo de pie frente a mí en este preciso momento.



Trago con fuerza. A pesar de que mi vista todavía está borrosa, algo cansada, su rostro se destaca contra el haz de luz. Sus ojos pasan rápidamente de la incertidumbre al alivio y al miedo.

—Jules —murmura, y suena como una bocanada de aire contenido que estaba esperando exhalar—. Estás viva.

La última vez que lo vi me ayudó a escapar de los calabozos de Everless y me despidió con instrucciones para encontrarme en Ambergris con su amigo, su amigo libre, sin ataduras de tiempo y sangre. Liam me salvó la vida. No tenía que hacerlo, pero así fue. Se agacha delante de mí y me contempla: la ropa andrajosa, la herida supurante en el nacimiento de mi cabello. El calor emana de él y, con él, la preocupación.

—Nunca llegaste a Ambergris, como habíamos planeado. Pensé que... quizá los sangradores...

Bajo la mirada otra vez. No se me había ocurrido que podría estar preocupado.

—Estoy bien.

*No demuestres nada.*

Existió una razón por la cual abandoné Everless sin decir nada más que *gracias*. Conozco muy poco a Liam... pero también conocía muy poco a Roan, y Caro lo mató de todos modos. En el breve tiempo en que fuimos aliados sucedió mucho entre Liam y yo. El silencio es pesado, peligroso.

Apoyo una mano en la pared buscando equilibrio e intento levantarme pues no quiero enseñar debilidad. Liam se estira como para tocarme y yo retrocedo sin querer. Si Caro descubriese que él me está ayudando...

—No deberías estar aquí —exclamo.

Una mirada herida cruza su rostro durante un breve instante.

—Bueno, entonces somos dos. Razón de más para marcharnos ya mismo. —Me sujeta del brazo y me ayuda a ponerme de pie. Luego aparta la mano con rapidez y se mantiene ocupado desatando las cuerdas que sujetan mis muñecas—. ¿Qué ha pasado? ¿Acaso Caro te ha hecho daño?

Esta vez lo miro a los ojos. Sé que se está refiriendo a la herida de la sien, pero eso no es más que el comienzo de todo lo que Caro ha hecho.

—Mandó que quemasen Crofton —contesto y se me cierra otra vez la garganta de solo pensarlo: los gritos, el humo, el odio de la gente que sobrevivió, el cuerpo de Amma.

El color desaparece del rostro de Liam.

—¿Quemar? ¿Qué quieres decir?

—Incendió el pueblo por completo. —Mi sangre bulle—. ¿No te enteraste? No había ningún Gerling presente.

Avergonzado, baja la mirada, pero su voz es dura.

—No he estado dedicándome a controlar los intereses de mi familia. No he pensado en nada más que en ti, en tu seguridad —agrega enseguida.

—Ivan estuvo allí —señalo suavemente, la garganta teñida de la vieja angustia—. No quedó nada.

Liam se queda quieto, las manos inmóviles en mis muñecas. Su pecho se mueve una vez, en silencio. Luego parece recuperarse y las cuerdas caen al suelo. Echa una mirada por la puerta hacia el pasillo y me hace señas para que lo siga, enlazando una mano debajo de mi brazo.

—Teníamos un plan —murmura bruscamente en voz baja.

—Tú tenías un plan —replico queriendo apartarlo de mí. Imagino los ojos de Caro posados en mí, observando desde algún lugar oculto.

Las palabras brotan más fuertes de lo que esperaba, el fastidio crece dentro de mi pecho y las empuja a través de mis labios. Aun después de todo lo ocurrido, su interferencia continúa irritándome.

Me ayuda a salir de la celda hacia un pasillo estrecho y poco iluminado, su mano firme en mi brazo.

—Ahora no importa. Tenemos que marcharnos.

Me inclino contra la pared mientras él arrastra a los dos guardias hacia dentro de la celda, toma las llaves y cierra la puerta. Sus ojos se encuentran con los míos durante un brevísimo instante. Aunque su rostro se mantiene controlado, veo allí otro destello de emoción, como el brillo de una moneda en el fondo de un pozo. Miedo, por mí. Desaparece en un instante, pero se me contrae el estómago.

Liam desengancha una lámpara de aceite de la pared y la lleva mientras caminamos.

—Al menos dime que Caro no te ha visto.

Mi silencio es suficiente respuesta.

—Jules, es probable que Crofton fuera una trampa para ti —señala Liam con voz dura.

—Ya me di cuenta. —La ira bulle dentro de mí.

—Ella te conoce...

—Ella conoce a la Alquimista —lo interrumpo enfadada, aunque la pizca de verdad se coloca incómodamente bajo mi piel. Caro me tendió una trampa. Sabía que yo iría si Crofton se hallaba en peligro. Hace tan solo unas pocas horas, el cuchillo sobre mi garganta, se burló de mí por mi sentimentalismo. Aun así agregó—: Ella no me conoce a mí.

La pesadilla de la celda brota en fogonazos dentro de mí, los fragmentos de mi pasado alojados en las profundidades de mi mente. Fogonazos de sangre, magia, debilidad y fuerza, la zorra y la

serpiente, y un aullido.

—¿Qué pasa? —pregunta suavemente Liam al ver que me muevo más despacio, entonces acelero otra vez el paso.

—Mis recuerdos están regresando. De otras... de otras vidas. —Intento sonar indiferente. La verdad sigue pareciendo falsa, equivocada—. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Encontré esto en los terrenos del palacio. —Mientras recorremos deprisa los pasillos espeluznantemente silenciosos, Liam extrae algo del bolsillo de su abrigo y me lo muestra. Mi diario.

—No debiste llevarlo encima —adviento con voz trémula—. Alguien podría verte con él y sabría que me estás ayudando.

—Piensa, Jules —dice Liam volviendo a guardar el diario en el bolsillo de su chaqueta, encima del pecho. Disminuye el paso y abre una puerta que está a la derecha. Nos deslizamos dentro de un salón silencioso, flanqueado por puertas bastante separadas entre sí. Un área residencial. En cualquier momento, una de esas puertas podría abrirse de golpe y estaríamos perdidos. Lo único que puedo hacer es rogar que los invitados estén abajo, en la celebración—. Existe otra razón por la cual podría estar buscándote. Dicen que mataste a mi hermano. Nadie cree que seamos aliados.

Me atraviesa un escalofrío mientras capto el significado de sus palabras. Caro e Ivan piensan que Liam quiere hacerme daño. Y *debería*. Él debería odiarme. No maté a Roan, pero él estaría vivo si no fuera por mí y mi obsesión infantil.

Liam no vuelve a hablar hasta que llegamos a un piso superior, cubierto con una alfombra afelpada azul y plateada. Tapando las paredes, hay tapices que representan la historia de Sempera. Sigo a Liam mientras se va desarrollando la vida de la Reina en las imágenes que me rodean: escenas de batallas entretejidas de forma elaborada en

franjas de brillante sangre roja, que resultan grotescas a la vista incluso con luz tenue.

Pero una figura de uno de los tapices atrapa mi mirada. Un hombre de mediana edad encima de un caballo negro sosteniendo una bandera verde y dorada mientras, a su alrededor, se lleva a cabo una batalla encarnizada. Hay un sabueso plateado sentado con orgullo a sus pies. No tiene ningún rasgo que lo distinga, excepto la expresión de su rostro: aun en miniatura, parece aburrido.

Me detengo. Mi mano se levanta sin que yo tenga intención de hacerlo y se dirige al tapiz. Luego la risa lejana de una mujer me devuelve bruscamente a la realidad y continúo caminando con rapidez.

Cerca del final del pasillo, Liam manipula torpemente una llave y me hace pasar a través de una puerta azul. Entramos en silencio y finalmente respiro aliviada.

Es la habitación de una mujer de la nobleza, cubierta de joyas y vestidos desparramados, como si alguien hubiera pasado horas probándose ropa y arrojando distraídamente todo aquello que desechara. Casi piso un collar de perlas que está tirado en el suelo y me asalta la indignación ante la descuidada opulencia, pero es más débil de lo que pudo haber sido alguna vez, mi cabeza todavía llena de fuego y de humo.

Encuentro un sillón acolchado y me siento (mis miembros están rígidos y me pesan) mientras Liam se dirige hacia un ropero que se encuentra en el extremo más alejado del aposento. Está abierto, vomitando seda y terciopelo.

Ahora que estoy quieta, me cae encima todo el peso del peligro en el que nos encontramos.

—¿Por qué arriesgarnos, Liam? —pregunto en voz baja mientras él

hurga en el armario.

Le lleva unos segundos responderme.

—El destino de Sempera está atado al tuyo —responde después de una pausa, de espaldas a mí. Recuerdo lo que dijo cuando me sacó de Everless y me contó que yo era la Alquimista, cuando intentó convencerme de que escapara.

*Si tú mueres, estaremos todos perdidos.*

Un escalofrío me envuelve como un manto al recordar la voz de Caro describiendo cómo me destrozaría y luego ocuparía mi cuerpo, como hizo con la Reina: calzarse mi magia como un guante para manejar el mundo a su antojo. Aparto el pensamiento de mi mente y estoy casi agradecida por la distracción cuando Liam se da la vuelta, las manos llenas de encaje y terciopelo de color índigo.

—¿Qué es eso? —pregunto casi riendo.

Liam parpadea y camina hacia mí. Luego se detiene y apoya el vestido en una mesilla auxiliar.

—Shorehaven estará en alerta máxima por ti —advierte—. No pasará mucho tiempo antes de que encuentren a los guardias que dejamos inconscientes. Los demás estarán alerta ante cualquier suceso extraño, pero Ina y Caro estarán ocupadas con la coronación durante el resto de la noche. No esperarán que tú te escabullas entre los invitados, a la vista de todos. Es nuestra mejor oportunidad para escapar.

—La coronación de Ina —repito. Incluso después de haberla visto, me resulta un pensamiento raro: Ina (mi amiga, mi *hermana*) la nueva reina de Sempera. Luego, me llega el resto de las palabras de Liam y me burlo—. ¿Acaso piensas que solo por llevar un vestido de fiesta Ina no me reconocerá?

Liam toma algo oscuro de encima de la pila de ropa. Un velo, me

doy cuenta.

—Todas las mujeres llevan esto —acota en voz baja con un trasfondo de emoción que no consigo identificar—. En señal de respeto, por lo que debería haber sido una boda.

*La boda de Roan.* Trago el repentino nudo que se me forma en la garganta.

—Si nos descubren, ni siquiera tú podrás justificar esto.

—¿No crees que ya lo sé? —La voz de Liam está teñida de irritación—. Sé que estoy muerto si esto sale mal. Por eso deberías confiar en mí. —Vuelve a sujetar el vestido y lo arroja en mi regazo evitando mirarme—. Cámbiate, así podremos salir de aquí e irnos a Ambergris.

Cierro la mano sobre la tela fría pero no me muevo para vestirme.

—Deberías marcharte antes de que nos atrapen.

Trato de evocar la antigua imagen que tenía de Liam, de mis días en Crofton y en Everless cuando lo consideraba un enemigo: la postura perfecta, el rostro pétreo, los ojos fríos. El viejo Lord Gerling, temido, invulnerable, una armadura de carne y hueso, cruel y egoísta.

Casi funciona, hasta que me dice:

—No me importa el peligro.

—No me digas eso —espeto, dirigiendo los ojos hacia un lugar por encima de su hombro. Está lo suficientemente cerca de mí como para que estire la mano y lo toque.

Pero no lo hago. No puedo. Tengo que alejarlo de mí, como hice con Ina. Es la única manera de que esté a salvo.

Las palabras brotan de mi boca como si fueran veneno.

—Yo... yo no quiero más sangre en mis manos, ni siquiera la tuya.

—No —murmura—. Supongo que no.

Un peso frío se instala en mi pecho. Extiendo las mangas por encima de las manos, aprieto los puños y me concentro en el dolor que me

producen las uñas presionando las palmas y no en la espina que se hunde profundamente dentro de mí con cada palabra pronunciada.

—Te odié durante años. Te tenía *miedo*. ¿Puedes entender por qué ahora me resulta difícil creerte?

Los ojos de Liam inspeccionan los míos como si allí fuera a encontrar una respuesta. Pero no demuestro nada.

Finalmente, dice:

—Ya no somos niños. Me ames o me odies, ahora tenemos un enemigo común.

Me cruzo de brazos para no temblar de forma evidente y espero que Liam lo confunda con ira.

—Eso es lo único que tenemos.

Junto la ropa que Liam colocó en mis brazos y me dirijo a la habitación contigua con la espalda erguida, obligándome a no echar una mirada por encima del hombro, aunque eso es lo único que quiero hacer. Por el camino, aferro una fina daga con su funda que se encuentra sobre una cómoda.

No es el cuchillo de carnicero de Amma, pero es mejor que nada.



Me lavo la cara y los brazos y me quito al ropa de viaje. Mientras tanto, Liam me da instrucciones concisas a través de la puerta. La coronación se está llevando a cabo en este mismo instante (la sola idea me eriza la piel) y, después de la ceremonia, todos se reunirán a celebrar en el salón de baile que mira al este. Allí, la terraza da sobre la cala y, debajo de ella, al pie de una escalera, hay una playa. Cruzaremos el salón de baile, bajaremos por la terraza y por las



escaleras, y nos dirigiremos directamente hacia la playa, donde su amigo Elias, otro invitado a la coronación, tendrá listo un bote para llevarnos lejos de aquí.

Mientras me recojo el pelo y paso el vestido por encima de mi cabeza, quiero preguntarle a Liam si realmente cree que el plan funcionará. Y, aunque la pregunta parece un cuchillo apretado contra mi pecho, también quiero preguntarle si piensa escaparse conmigo, si abandonará su ardid de lealtad y la seguridad que conlleva.

Pero, en cambio, dejo caer el velo silenciosamente sobre mi rostro y el mundo queda cubierto por un trozo translúcido de tafetán gris. Es entonces (mientras Liam me da indicaciones de que diga, en caso de que me pregunten, que soy una prima de Elias, de Connemor) cuando me animo a mirarme al espejo.

El vestido me queda perfecto. Es de terciopelo azul oscuro como una noche de verano, con constelaciones de encaje blanco en los codos y en la clavícula. Un escote profundo en la espalda deja a la vista los omóplatos. Con el rostro escondido debajo del velo y el cuchillo oculto, amarrado a la pantorrilla con mi cinturón de viaje, podría pasar por una invitada a la coronación. Siempre y cuando nadie mire con demasiada atención lo que hay debajo del velo.

Liam se encuentra en la mitad de la descripción del mejor camino a tomar para atravesar el salón de baile, pero cuando salgo del cuarto de baño, sus palabras se apagan. Abre mucho los ojos y separa los labios. Durante un segundo, quiero que esto sea real más que nada en el mundo. Ser bienvenida a la coronación de mi hermana, entrar al salón del brazo de alguien que me mire como Liam me está mirando en este momento, bailar con él sin tener que ocultar mi rostro.

Pero nunca pertenezco a este mundo. E incluso ahora, la mirada de sorpresa de Liam se desvanece en una expresión de fría neutralidad.

Podrá ser mi aliado, pero no puede ser nada más que eso. No puedo darle a Caro más herramientas para que rompa mi corazón, ya me ha quitado demasiado.

Trago saliva, paso delante de él y cruzo la puerta. Con Liam detrás de mí, sigo el sonido de la música, que llega desde abajo.



Al llegar al salón de baile, todo mi temor y mi enfado se desvanecen momentáneamente para dar lugar al asombro.

El suelo y las paredes son de la misma piedra clara que el resto del castillo, con vetas de brillantes hebras plateadas y negras. El techo es una cúpula de cristal, que deja pasar un abanico centellante de rojos, púrpuras y anaranjados: el sol poniéndose sobre el océano. El atardecer derrama luz dorada por las paredes y sobre el suelo, haciendo que las personas que dan vueltas en la pista de baile (tantas, seguramente más de doscientas) parezcan bañadas en oro, incluso a través del gris translúcido de mi velo. Me olvido de quién soy y aprieto con más fuerza el brazo de Liam.

Pero él está tenso bajo mi mano, recordándome que, a pesar de su sonrisa, tiene miedo y nos hallamos en peligro. Con firmeza, me sujeta del codo y bajamos las escaleras hacia la multitud. El borde de mi vestido se arrastra por el suelo y siento el peso de la daga bajo la falda.

Al fondo del salón, el suelo de mármol se eleva en amplios escalones, donde hay una orquesta desplegada sobre los peldaños. Nunca había visto algo parecido: decenas de músicos interpretan la melodía con chelos, flautas, tambores e instrumentos de los que ni siquiera conozco el nombre. Una flauta larga que parece hecha con un

hueso humano. La armonía es bella, pero no puedo evitar un estremecimiento. Mientras avanzamos, la melodía me envuelve como si fuera algo tangible, un lenguaje desconocido para mí, que, sin embargo, me conmueve de maneras que no alcanzo a comprender.

Sobre la orquesta, hay un trono vacío, tallado en madera brillante y oscura.

En la mitad de las escaleras, Liam se detiene y se vuelve hacia mí. Se inclina y me susurra al oído. Trato de no temblar.

—La puerta. Allí. ¿La ves?

Sigo su mirada hacia unas puertas de cristal que están al otro lado del salón, abiertas para permitir la vista de otro jardín exuberante y el ruido distante del embate de las olas. Parece estar muy lejos, un mar de gente bailando entre nosotros y la fuga. Asiento.

Liam sonrío con rigidez a una pareja que pasa junto a nosotros.

—Conduce a la terraza.

Mientras descendemos los escalones, espero que las cabezas de la muchedumbre se vuelvan bruscamente hacia mí, con velo o sin él, y que los gritos de *asesina* llenen el salón.

Pero no ocurre. La multitud, personas con vestimenta militar como Liam o largos vestidos y velos, que se mueven en parejas con complejos pasos de danza, no me están mirando. Se miran entre ellos, los ojos brillantes bajo los velos. Unas pocas miradas se posan sobre mí y se me acelera el corazón hasta que recuerdo los mordaces comentarios que solían circular por Everless, de las variadas y acaudaladas candidatas que Lady Verissa reclutaba para Liam, y que él terminaba rechazando. La joven que camine de su brazo llamará inevitablemente la atención.

Un grupo de gente con copas de vino en la mano camina cerca de nosotros, charlando a todo volumen sobre lo que ofrecen las mesas del

banquete. Uno de ellos, un hombre con una chaqueta de intenso color púrpura, se separa del grupo y se dirige a paso rápido hacia nosotros, los ojos clavados en Liam. Una piedra cae en mi estómago cuando reconozco a Lord Renaldi de mi primera velada en Everless. Él era el hombre que había amenazado con sangrar un año a Bea por haber derramado vino sobre su ropa, antes de que Roan, con su encanto, suavizara la tensión.

—Qué fascinantes son los tiempos que nos toca vivir —exclama con voz demasiado alta, arrastrando las palabras—. Nuestro primer cambio de poder en cinco siglos y tenemos a apenas una chiquilla como reina. —Le sonrío ampliamente a Liam y le palmea el brazo lanzando una carcajada que parece un rebuzno.

Mi espalda se tensa. Ina podrá no confiar en mí, pero me duele oír que hablen así de ella. Requiere de todo mi esfuerzo no arrancar la bebida de la mano del aristócrata y arrojársela a la cara por su tono de voz.

—¿No es así, Lord Gerling?

Liam sonrío, los ojos puro hielo, pero supongo que Renaldi está demasiado ebrio para notarlo.

—Ya lo veremos —responde mientras asiente. Dando por terminada la conversación, se aparta de Renaldi sin dejar de guiarme suavemente mientras me sujeta de la manga.

Sonoras carcajadas se elevan hacia el techo y el grupo se aleja. Mientras Liam baja la mirada hacia mí, descubro que tengo los puños apretados, las uñas clavadas en las palmas de las manos. *¿También desconfías de Ina?*, quiero preguntarle, pero no es el momento ni el lugar.

—Como te dije, nadie notará tu presencia —masculla Liam y coloca la mano en el comienzo de mi espalda. Nadie que nos esté observando

podría darse cuenta, pero su mano en mi cintura es ligera e impersonal, su sonrisa inexpresiva. Formal, distante.

Un grupo de personas se pasea al pie de la escalera y todos los que descienden se detienen y se unen a ellos. Liam me guía en esa dirección mientras yo levanto la cabeza tratando de ver qué hay en el centro. Y luego se me seca la boca.

Una prestamista de tiempo de mediana edad, tan elegantemente vestida como todos nosotros, con un traje de color verde bosque con ribetes de encaje dorado, está sentada en una pequeña mesa con sus relucientes instrumentos frente a ella. Más pequeñas y brillantes que las herramientas de Duade en Crofton o Wick (el prestamista de tiempo que me drenó diez años de sangre en Laista), pero igual de afiladas y amenazantes.

Pero aquí, me asalta una sensación rara e inquietante. Algo es diferente: porque las personas se acercan, sonriendo y charlando mientras ofrecen sus manos voluntariamente. En Crofton la cola que salía de la tienda de Duade era larga y desesperada: las cabezas estaban agachadas y las voces rogaban por lo bajo a la Hechicera que los bendijera con una o dos horas extra. Cuando fui junto a Wick, en Laista, él sacaba una gota de sangre de cada dador y luego les medía el tiempo que les quedaba rociando la sangre con un polvo especial y prendiéndole fuego... y contando cuidadosamente los segundos de vida de la llama para asegurarse de no sacar de más y matar al dador. Ahora la prestamista vestida de verde no mide nada. Todos los que están aquí pueden dar años, hasta quizá décadas, si es eso lo que ella está sacando.

Una pareja se aleja de la mesa y pasa junto a nosotros. Escucho decir a la mujer:

—¡Querido! ¡Ten cuidado de no mancharme el vestido con sangre!

—¿Qué es esto? —Mi susurro es demasiado feroz. Ira ante la injusticia bulle dentro de mí.

Los ojos de Liam se mueven como dardos de un lado a otro. Él ve lo mismo que yo: que esta cola se interpone entre nosotros y la fuga. Sea lo que sea, debemos atravesarla.

—Un diezmo para Ina —murmura sujetándome del brazo y acercándose más a él—. Todos deben ofrecer un año de su propia sangre. Es una especie de obsequio. Lo siento, no me di cuenta de que...

El estómago me da un vuelco. Un *año*. Y a estas personas ni siquiera les preocupa; ríen y sonrían mientras se arremangan y exponen sus brazos y manos como si fuesen vientres de pescados a la luz danzante de la vela. Su piel es suave, inmaculada, sin ninguna señal de haber sido sangrada anteriormente.

Para ellos, un año no es nada. Nunca tuvieron que sacrificar ni uno solo.

Mientras un noble de pelo plateado se aleja de la mesa, la prestamista coloca un corcho en la ampolla de vidrio con la sangre del hombre y la coloca sobre una tela de terciopelo, junto a decenas de viales iguales. El caballero está muy preocupado por sus elegantes ropajes mientras seca una mancha de sangre con un pañuelo bordado.

Tanta sangre, destellando bellamente en ampollas de cristal como si fuera un nido de rubíes. Un hombre que se encuentra detrás de mí percibe mi mirada y arruga el ceño.

—¿Está en la cola?

—Sí —responde Liam por mí, me coloca junto a él y me habla suavemente—. No te preocupes. Daré un año más en tu lugar.

—No se trata de eso —tartamudeo, una media mentira—. Es solo que no creo que mi tiempo pueda consumirse. Le hizo daño a Caro

cuando intentó beberlo, en Everless. ¿Crees que también dañaría a Ina? —Mis palabras se desvanecen cuando otro miedo aun peor penetra dentro de mí. ¿Qué pasaría si Caro lograra apoderarse otra vez de mi sangre? ¿Qué magia negra podría llegar a provocar?

Aunque el velo nos separe, puedo ver conmoción y luego duda deslizarse por el rostro de Liam. A pesar de todos sus años de estudio, no conocía este dato sobre mi sangre.

De pronto, parece más joven de lo que es y siento que estamos expuestos por lo que somos: un chico que, aun con toda su educación e inteligencia, solo tiene diecinueve años, y una chica que posee siglos de recuerdos, conocimientos y magia, pero no puede acceder a ellos.

La cola avanza súbitamente: es el turno de Liam. Me aprieta suavemente el brazo y se adelanta dejándome paralizada, la cabeza dándome vueltas con nueva información: este oscuro diezmo; el ofrecimiento de Liam de dar un año de vida por mí; el terror acuciante ante la idea de que Caro tenga más sangre mía y me haga cómplice de todo el caos y la destrucción que está provocando.

Observo cómo el cuchillo abre la piel de Liam y mi vista se nubla. *Es solo la palma de su mano. Solo eso.* Desvío la mirada para no tener que ver que está sangrando.

Cuando termina, Liam me mira y me sonrío bondadosamente mientras la prestamista de tiempo le venda el brazo.

—Espero que disculpe a mi amor —lo escucho decir destilando todo su encanto—. Es incapaz de ver sangre.

—No es para tanto. —La voz de la mujer, a su vez, tiene el mismo encanto natural y aristocrático, pero con un dejo de dureza—. Puede cerrar los ojos o tú puedes sostenerle la mano.

Levanta la voz dirigiéndose a mí y no me agrada la astucia de su mirada.



—Milady, seguramente no querrá —comenta, una peligrosa insinuación en la voz— perderse el honor de que su propio tiempo corra por las venas de la Reina. También escuché que ella planea fabricar una joya de sangre de hierro para la corona.

Se me hace un nudo en el estómago mientras toda la gente que me rodea comienza a volverse hacia mí y las cabezas se inclinan con curiosidad. Su atención es como una brisa amenazadora, dispuesta a arrancarme el velo y exponer mi rostro de asesina a todo el salón.

De modo que, aunque mis miembros parezcan hechos de plomo, doy un paso hacia adelante.

—Por supuesto —señalo con voz tímida y susurrante mientras me levanto la manga. Liam me rodea con el brazo y, a pesar de mi anterior reticencia a dejar que me tocara, ahora me siento agradecida por ello. Mientras el cuchillo de la prestamista separa la piel de la palma de mi mano, Liam se inclina hacia abajo como si estuviera dándome un beso en la sien para tranquilizarme. En su lugar, sus labios rozan mi oído.

—Todo saldrá bien.

Pero justo cuando la mujer sujeta mi muñeca, el salón se queda en silencio y, a mi alrededor, todas las cabezas se dirigen abruptamente hacia el trono. La prestamista suelta mi mano y se hunde en una profunda reverencia mientras se abre una puerta en la pared que se encuentra detrás del trono y de ella salen dos jóvenes con vestidos de amplio vuelo.

Caro. Y la recientemente coronada reina de Sempera: Ina Gold.



El miedo se filtra dentro de mí —la protección del velo parece frágil con Caro en el salón—, pero no puedo despegar los ojos de Ina. Ella también lleva un velo, pero es translúcido y está entretejido con pequeñas gotas resplandecientes hechas de sangre de hierro. No solo puedo ver su rostro, sino que, incluso desde esta distancia, parece brillar. Su vestido cae sobre la escalera como una cascada negra.

Una corona reluce en su pelo negro. Me doy cuenta con un sobresalto de que sus puntas también son del color rojo y dorado de la sangre de hierro; da la impresión de que la corona hubiese estado sumergida en sangre. Ina se desliza hasta el trono de roble tallado y permanece allí unos segundos antes de sentarse majestuosamente, una reina de pies a cabeza. Todos interrumpen sus conversaciones y se dirigen al estrado; una multitud se congrega a su alrededor, damas y caballeros forman una cola para besarle las manos y pronunciar palabras que no alcanzo a oír.

Me sobresalta el roce de la mano de Liam en la mejilla, a través de la gasa del velo. Una venda de seda asoma por debajo de la manga. Su piel es mucho más cálida que la mía, no sé por qué me sorprende ese detalle.

Me gira el rostro para que lo mire. Está sonriendo, pero puedo ver la

tensión en sus ojos, sentirla en su pulso acelerado. Dejo que me lleve hacia el centro del salón, lejos de la prestamista de tiempo, que se ha quedado realmente absorta por la majestuosa entrada de la nueva Reina como para notar que me he escapado de la cola.

Lo único que quiero es abrimme paso entre la muchedumbre y correr hasta el trono de Ina gritando todo lo que no pude decir unas pocas horas antes. Que soy su aliada, que no puede confiar en Caro, que es probable que su dama de compañía trate de controlarla como hizo con la Reina. Que ella y yo nacimos juntas en un pueblo llamado Briarsmoor, que el nombre de nuestra madre biológica era Naomi.

Pero, en cambio, imito la forma de actuar de todas las demás personas del salón poniendo una mano sobre el hombro de Liam y dejando que me atraiga hacia él: su mano en el comienzo de mi espalda, los dedos de mi mano derecha entrelazados con los suyos. Y, por la rigidez de su mandíbula, me doy cuenta de que tiene miedo.

Echo una mirada hacia ambos lados, segura de que, en cualquier momento, alguien notará que no me sé los pasos y reconocerá que soy una impostora.

Y soy temerosamente consciente de la presencia de Caro al frente del salón. Aunque no puedo verla, su figura ejerce una especie de oscura gravedad. Pero Liam capta mi mirada y sacude la cabeza. Cuando se inclina para susurrar en mi oído, sus rizos oscuros rozan mi mejilla y un temblor recorre mi cuerpo.

—No mires a tu alrededor —murmura con un dejo de brusquedad—. No estés nerviosa. Solo tenemos que llegar hasta la puerta y escabullirnos sin que nos vean.

Mi vestido llega hasta el suelo y oculta las botas de viaje, que todavía llevo debajo. Logré arreglarme el pelo en algo parecido a los elegantes peinados que llevan las demás mujeres, coronas de trenzas

para sujetar los velos. Pero, aun así, siento que llamo la atención, que soy distinta de todos los demás. Solo la gente que tiene siglos corriendo por sus venas sabe bailar así. Yo me muevo torpemente, lo mejor que puedo. La pareja de la cola del sangrado de tiempo pasa bailando junto a nosotros, radiante. A través del velo de la mujer, más ligero que el mío, vislumbro su rostro, sonriéndole tímidamente a su compañero.

Experimento una punzada de emoción y de pérdida de algo que nunca conocí mientras los músicos caen en un estribillo lastimero. En otro mundo... en otra vida, pude haber sido como ella. Me permito imaginarme bailando aquí como una invitada de honor y la idea burbujea dentro de mí como un sorbo de madel. No estaría usando un velo. Nadie lo llevaría porque no habría motivo para estar de luto, solo de celebración. Ina no estaría fría y distante en su trono, sino bailando entre nosotros, tan alegre de Reina como lo fue de princesa.

Y Roan estaría bailando con ella. Liam y yo pasaríamos girando junto a ellos y también sonreiríamos. Tal vez tocarnos, sonreír y compartir risas sería posible para mí, y no solo posible sino también fácil, fluido y libre, en vez de torpe y prohibido.

En vez de mortal.

Pero ese mundo no es este mundo. Hay una veta de tristeza que fluye debajo de todo, de toda la belleza que hay aquí, que se refleja en nuestros velos y en la melodía fúnebre del violín y en Ina, tan cerca y sin embargo tan lejos, intocable. Hay un vacío tan grande dentro de mí, el espacio dejado por todo lo que nunca tuve... todo lo que, hasta hace poco, nunca había imaginado que extrañaría. Nunca bailaré así con Liam ni con nadie, sin preocupaciones.

No hasta que Caro esté muerta.

No antes de que averigüe cómo matarla.

De pronto, me siento abrumada por el deseo de escapar y no sé cómo hacer para no salir corriendo hacia la puerta.

Un joven con piel bronceada y pelo llamativamente dorado pasa dando vueltas a nuestro lado, su brazo roza el mío, y una mujer vestida de seda púrpura viene riendo detrás de él. Veo que le sonrío calurosamente a Liam al pasar. Liam asiente, aunque su sonrisa es tensa. El hombre inclina la cabeza a su vez, luego se mezcla entre la gente y desaparece.

—Ese es Elias —indica Liam a mi oído, una vez que se alejan—. Nos encontraremos con él afuera.

No puedo evitar girar bruscamente la cabeza para observarlo mientras se me seca la boca. Sin saberlo, al pasar rocé a alguien que no es de Sempera, alguien que no tiene tiempo en la sangre. Solo nuestro país carga con esa maldición.

Cuando logro distinguir fugazmente a Elias entre la gente que baila, busco algo raro en sus hombros anchos, en su sonrisa contagiosa y no encuentro nada. A primera vista, parece normal (aunque guapo, claramente acaudalado y elegante), pero ¿acaso estoy imaginando la gracia sobrenatural de sus movimientos, como si la sangre de sus venas fuera de alguna manera más ligera que la de todos nosotros? ¿Es una bendición o una maldición no saber nunca cuánto tiempo te queda?

—¿Podemos confiar en él?

—Tanto como puedes confiar en mí.

La canción vuelve a cambiar a algo más fuerte y más rápido. Echo una mirada furtiva alrededor del salón para no tener que encontrarme con los ojos de Liam mientras nos acercamos lentamente a la puerta de la terraza. *Solo faltan unos pocos minutos*, me digo a mí misma, mi corazón late aceleradamente, *y luego me escabulliré camuflada entre los*

*demás invitados*. Solo otras dos canciones más de esta tensa y nerviosa cercanía y me habré ido.

Pero al movernos hacia la puerta, cada vez estamos más próximos a Caro y la sombra silenciosa de su presencia junto al trono.

Liam se inclina para susurrar otra vez. Me obligo a no reaccionar, a no temblar ante su cercanía.

—Al final de esta canción, tendremos nuestra mejor oportunidad — advierte. En el exterior alcanzo a ver una franja de océano pintado de atardecer. Mientras observamos, dos mujeres dejan de bailar el vals y cruzan la puerta. En el fondo, Caro alza la cabeza y las sigue con la mirada. Mi corazón late violentamente.

—Tendrás que fingir que disfrutas de mi compañía —me susurra al oído. Si no estuviera tan nerviosa, reiría ante lo frío e irritante de su comentario mientras me guía graciosamente por el salón. Pero dentro de mí no hay lugar para la risa, solo para el miedo.

Liam cambia de dirección y se dirige hacia la puerta. Me toma por sorpresa y me quedo un paso más atrás, por lo cual me acerca más a él, sujetándome con más fuerza de la parte baja de la espalda. Se me corta la respiración, pero él no lo nota o finge no hacerlo.

Entonces, descubro que ya hemos recorrido la mayor parte del salón de baile y nos acercamos a la puerta de cristal, que está abierta y conduce al exterior. Liam me sujeta más fuerte y yo me obligo a sonreír, a mantener su mirada, a transmitir una relajada elegancia mientras nos aproximamos al borde de la multitud justo cuando termina la canción. Mi pulso se agita al tiempo que las preguntas disparan por mi mente. ¿Ya están libres los guardias? ¿Los ojos de Caro están posados en mí? No me atrevo a darme la vuelta para fijarme, pero siento pinchazos en la nuca. Liam se aparta de mí sin soltarme la mano y, aunque odie admitirlo, es lo único que mantiene

alejado mi miedo.

Caminamos juntos hacia la terraza jardín que rodea la esquina del palacio. En el extremo más alejado, la terraza se extiende sobre los acantilados. La tierra que hay debajo no es más que peñascos y arena, aunque aquí arriba hay árboles esbeltos y flores enormes, casi lo suficientemente exuberantes como para lograr que me olvide de los escarpados acantilados salpicados de sal que flanquean el palacio.

Pero el constante rugido de las olas debajo de nosotros es suficiente para no permitirme olvidar, y mis músculos se tensan de miedo y adrenalina. La libertad está muy cerca. Puedo escuchar las olas que me llevarán lejos de aquí.

Vislumbro el mar a través de los árboles. La cala está salpicada de barcos: embarcaciones de placer y veleros señoriales, donde ondean los banderines de las cinco familias terratenientes más poderosas de Sempera, además de algunas otras insignias que no reconozco. Mis ojos se posan inmediatamente en una elegante embarcación que exhibe los colores de Connemor, rojo y dorado: el barco de Elias, que nos sacará de aquí. A doce metros de la costa, está situado de manera poco adecuada en la oscuridad, meciéndose al compás de las olas. No sé cómo lograremos llegar hasta él sin que nos vean.

Liam me sostiene la mano mientras caminamos y pasamos junto a algunas personas que se han alejado del salón; la música del interior se rinde gradualmente ante el ruido de las olas. Una mujer gira la cabeza y nos observa mientras avanzamos. Se ha levantado el velo y ha dejado a la vista un rostro fuerte, bonito y bronceado, y noto que sus ojos oscuros se detienen en Liam. Es más que un vistazo casual. El miedo oprime mi pecho al pensar que ha percibido algo inapropiado.

Pero no es nada, me digo a mí misma. Liam es alto, guapo, llamativo con su ropa de gala. No es sorprendente que reciba miradas

prolongadas.

Estamos tan cerca del mar que puedo sentir la sal en la lengua. Mis piernas ansían entrar en acción, pero la mano de Liam se mantiene firme alrededor de la mía, obligándome a no correr, a actuar como cualquier joven que abandona el baile para disfrutar de los jardines.

Y allí es cuando todo sale mal.

La música se detiene, pero no se va apagando poco a poco como cuando termina una canción, sino abruptamente. Yo había dejado de escucharla, ya que estaba mezclada con el ruido de las olas, pero mis oídos detectan silencio donde deberían detectar sonido.

Y, de golpe, sé, con certeza, que Caro ha descubierto que no estoy en la celda. Mi mano vuela hacia mi pierna y tantea la empuñadura del cuchillo debajo del vestido, y solo porque sé que hay dos mujeres caminando detrás de nosotros no extraigo el arma.

A Liam le lleva un segundo más captar el silencio amenazador, pero, cuando lo hace, sus ojos se abren desmesuradamente, su cuerpo se tensa y su paso vacila.

—¿Corremos? —susurro, aunque no hay a dónde ir salvo bajar o volver a entrar al salón.

Liam niega con la cabeza, un movimiento apenas perceptible. Su rostro está blanco en la creciente oscuridad.

—Ella no sabe dónde estás —responde, la voz tan baja que tengo que aguzar el oído—. Solo que te encuentras en algún lugar del palacio. Todavía podemos marcharnos sin que lo noten.

Asiento, pero la sangre de Roan estalla en mi mente y mis piernas me gritan que me aleje velozmente de Liam, que ponga toda la distancia que pueda entre él y yo... porque soy peligrosa, letal. Lo único que puedo hacer es seguir caminando. Mis dedos se retuercen ante el esfuerzo que hacen por no aferrar el cuchillo y, en su lugar, tiro



del velo y me cubro más la cara.

Mientras caminamos, el silencio da paso a un clamor de voces confundidas cuando la gente que estaba en el salón comienza a volcarse hacia la terraza. Liam me sujeta la mano con más fuerza. Puedo escuchar voces de confusión a mis espaldas, personas gritando unas por encima de las otras, intentando averiguar qué es lo que está sucediendo.

*¿La asesina de la Reina?*

*¿Aquí?*

*¿Se ha escapado?*

De pronto, el miedo se apodera de mí, tan fuerte como cuando Caro me sostuvo entre sus brazos, y mis rodillas se doblan sin previo aviso mientras el mundo se balancea a mi alrededor. Liam no vacila ni un segundo: con su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él, como si estuviera sosteniendo a su amada, que ha bebido alguna copa de más. Luego me empuja a través de la muchedumbre. La tensión que había entre nosotros queda momentáneamente olvidada, me apoyo contra él y trato de juntar valor de los lugares en donde mi cuerpo está apretado contra el suyo.

Puedo ver el final de la terraza, la bajada hacia el parque. Solo un breve descenso...

Pero entonces aparecen los soldados. Son doce y entran en el palacio por una puerta lateral, anchos hombros y brillantes pecheras desplegándose a través de la terraza de mármol. Los guardias se dirigen hacia los invitados, aferrando fuertemente del brazo a hombres y mujeres. Una copa cae al suelo y se hace añicos. Un guardia le habla a la mujer que la dejó caer, que vacila unos segundos antes de levantarse el velo.

Están registrando a los invitados, buscándome a mí. Y el pánico

inunda mis venas.

Liam echa a correr, arrastrándome con él. Los sorprendidos invitados se apartan de nuestro camino mientras avanzamos tratando de pasar a los guardias antes de que formen una línea. Una ráfaga de viento salobre levanta mi velo y deja mi rostro a la vista...

Luego mis ojos están llenos de luz, que cae desde arriba. Se ha abierto de golpe la puerta de una terraza aún más pequeña, que se encuentra encima de nosotros, y las antorchas inundan de luz el lugar en donde estamos e iluminan mi piel. Aparecen Caro e Ina, sus rostros tan familiares, pero el de Ina está endurecido de ira, de odio. Y el de Caro, retorcido en una sonrisa aterradora.

A mi alrededor, la gente se detiene y mira hacia arriba, hipnotizada por la luz que brota a raudales de Shorehaven. A continuación, Ina apunta la mano directamente hacia mí.

Los gritos son cada vez más altos. Los soldados cierran filas delante de nosotros, la coraza dorada como una línea de sangre de hierro bloquea el camino de fuga.

*No*, pienso mientras cientos de rostros se giran al mismo tiempo en nuestra dirección. Me ven a mí, todos ellos... y lo ven a Liam, de pie a mi lado. Muy cerca.

Un pensamiento se cristaliza en mi cabeza. Sin importar lo que me suceda a mí, Caro no puede atrapar a Liam. Extraigo el cuchillo... y me abalanzo sobre él.



Aun en medio del caos, capto un vistazo fugaz en la cara de Liam. La distante arrogancia que tenía en el salón de baile ha desaparecido en el acto. Su boca abierta y sus ojos desorbitados me dejan sin aliento y el dolor atraviesa mi cuerpo.

Necesito que parezca real. En el aire, arqueo el cuchillo sobre su pecho, del hombro a las costillas, apuntando hacia el lugar en donde sé que tiene mi diario guardado en el bolsillo. Hundo la punta en su chaqueta, que solo perfora la tela y el diario de cuero que está debajo.

Funciona. A nuestro alrededor, la gente continúa gritando. Liam retrocede tambaleándose, la mano en el pecho, y yo voy tras él, el cuchillo levantado dramáticamente otra vez, sin despegar mis ojos de los suyos. Mientras se aleja, apoyando la mano en la empuñadura de su espada, veo que en su rostro se hace la luz.

Le lanzo otra cuchillada, un ataque poco preciso, descuidado, pero no me animo a acercarme más. Agradezco cuando una guardia arrastra a Liam hacia atrás y arremete contra mí. A pocos centímetros de sus manos extendidas, me doy la vuelta y me muevo enérgicamente hacia adelante, blandiendo el cuchillo mientras escapo. Los invitados se apartan velozmente de mi camino, pero los guardias se van acercando por detrás. Corro con todo lo que tengo, ignorando

el ardor en el pecho y en los pies. Cientos de miradas golpean mi espalda y puedo sentir la presencia de Caro, imaginar en el aire los indicios de su horrendo poder, que ya contemplé en Everless.

No soy lo suficientemente rápida. Un enorme guardia se choca conmigo desde atrás y lanza mi cuerpo contra la barandilla de la terraza con tanta fuerza que casi me caigo por el borde. El aire abandona mis pulmones pero, a través del dolor, lanzo el cuchillo a ciegas hacia él. El hombre suelta una maldición y salta hacia atrás, pero, a estas alturas, ya estoy rodeada, acorralada por cinco guardias a dos metros de mí, de espaldas al océano. Detrás, la terraza sobresale encima del agua. Abajo, rocas enormes, pálidas y escarpadas se precipitan por una pendiente hacia la cala. La embarcación de Elias se mece en el agua oscura, las velas se agitan en un adiós.

Estoy atrapada.

No tengo opción.

Ataco con mi poder, tratando de congelar a los guardias en el tiempo como moscas en la miel... pero es como si no existieran en el mundo del tiempo. Mis intentos de detenerlos resbalan sobre ellos, como el agua alrededor del aceite. El pánico me oprime el corazón y alzo la mirada hacia las figuras lejanas de Caro e Ina en la terraza superior.

Busco con desesperación el rostro de Liam entre la multitud que me mira boquiabierto. Lo veo en la mitad de la terraza, rodeado de una aglomeración de solícitos guardias e invitados, que me observan con impotencia.

«¡Arréstenla!», grita Ina, su voz golpea contra la espalda de los guardias.

Mientras ellos dan un paso al frente y avanzan hacia mí, echo una mirada hacia el mar por encima del hombro.

La distancia es lo suficientemente grande como para que un salto no sea una muerte segura, pero tampoco un acto prudente. Podría romperme una pierna y que Caro me arrastrara nuevamente hacia el calabozo, esta vez, completamente indefensa. También existe la posibilidad de romperme el cuello y que todo se acabe en un instante. Pero si permanezco aquí, deliberando, los guardias me entregarán nuevamente a Caro. Y Liam ya me ha liberado dos veces de su cautiverio.

¿Sería ella tan descuidada como para permitir que sucediera de nuevo? ¿O esta vez, finalmente, me destruirá?

No. Si no puedo matarla ahora, tengo que alejarme de aquí hasta que pueda terminar lo que comencé.

Arrojo el cuchillo hacia la guardia, que se acerca en primer lugar, delante del resto de sus compañeros, y me doy cuenta demasiado tarde de que se trata de la misma que ayudó a Liam a sacarme de la celda. Afortunadamente, no tengo la habilidad ni la fuerza para dar en el blanco y el arma pasa volando por encima de su hombro y repiquetea sin causar daño contra el suelo de mármol. Pero brotan más aullidos de la multitud y los guardias intercambian miradas de alarma. Aprovecho el momento para levantarme el vestido alrededor de los muslos —desearía poder arrancármelo, pero no hay tiempo—, paso por encima de la barandilla y me quedo en el borde exterior, el mar revuelto debajo, muy lejos de mí, y solo me separan de él la escarpada pared del acantilado y las rocas apiladas.

Se escuchan más aullidos y gritos ahogados. A cierta distancia, los ojos de Caro se clavan en los míos, dos estanques serenos en un océano de pánico. Miro hacia abajo solo el tiempo suficiente como para hacerme una idea de dónde se encuentran las rocas y, de inmediato, el vértigo se apodera de mí. Pero la decisión ya está

tomada.

Me doy la vuelta y salto de la cornisa.

El viento llena mis ojos y mis oídos. Las olas y los barcos diminutos y distantes pasan de forma difusa a mi alrededor. Apenas tengo el ánimo necesario para doblar las rodillas y disminuir levemente la velocidad del tiempo (imperceptiblemente, espero) antes de chocar contra la piedra con una fuerza que podría romperme todos los huesos. Mis tobillos se deslizan hacia fuera con un crujido escalofriante de roca y carne, lanzándome con fuerza hacia un lado.

Durante unos largos minutos, permanezco tumbada allí, aferrándome con todas mis fuerzas a la roca que tengo debajo para no deslizarme dentro del océano. Miro hacia arriba y veo una multitud de rostros recortados contra el cielo nocturno, las miradas posadas en mí... y los guardias, que ya están colgando cuerdas de los barrotes de la barandilla, preparándose para descolgarse y caer sobre mí.

Me enderezo, todavía mareada por la caída, y paseo la mirada entre el agua y sus pequeñas siluetas. No tengo a dónde ir y solo puedo continuar deslizándome por la enorme roca hacia el mar. Ya estoy completamente empapada de agua gélida y salada; el terciopelo de mi vestido cuelga inútilmente de mi cuerpo, la falda rasgada por las afiladas rocas al igual que las palmas de mis manos.

Podría intentar nadar hasta el barco de Elias, pero aun desde aquí puedo ver que la marea es muy fuerte, las crestas blancas de las olas parecen bestias hambrientas tratando de morderme.

La idea de ahogarme, de ir hacia la muerte como un animal asustado, lanza una corriente de adrenalina por mi cuerpo. Con cada respiración entrecortada, el tiempo se propaga con más fuerza por mis venas, gritando por liberarse. Cierro los ojos e intento reunir la magia difusa en mi sangre y transformarla en una tormenta. El tiempo puede

ser una nube que se expande fuera de mí y va atrapando todo lo que encuentra a su paso. Puede ser un ariete. Y ahora...

Levanto la vista nuevamente hacia los guardias que están descendiendo y el aire se atormenta en mi garganta. Memorizo dónde se encuentran, recortados contra el cielo nocturno. Y luego cierro los ojos e imagino que empuño el tiempo como si fuera un látigo, una línea resplandeciente de luz que traza un arco sobre el océano y la playa rocosa. Lo imagino entretejiéndose a través de las cuerdas, envejeciendo las fibras, diez años en un segundo, cincuenta, cien, aferrando mi magia más profundamente que nunca. Consume mi fuerza, y tengo que acordarme de respirar mientras me duele el pecho por la falta de aire. Pero, aun a esta distancia, siento que está funcionando, que me libero de las cadenas invisibles que me puso Caro... y sé que las cuerdas de los guardias comenzarán a deshilacharse y se cortarán.

No me pongo a pensar en lo que esto significa hasta que el primer soldado se desploma hacia el mar ennegrecido.

Llegan gritos desde arriba. Abro los ojos mientras algunos guardias comienzan a caer cada vez más rápido golpeándose contra las rocas. Otro no es lo suficientemente veloz: la cuerda se rompe y se precipita hacia abajo gritando. No lo escucho aterrizar entre las olas, pero siento que las náuseas trepan por mi garganta. Otra persona, dos, probablemente muertas por mi culpa.

Pero mientras el pensamiento cruza mi mente, ya estoy desviando mi atención hacia las rocas que sostienen a los tres guardias que quedan, me imagino cómo quedarán después de siglos de recibir el embate de estas olas, lisas y encogidas y, finalmente, cayendo al mar. Me concentro con cada milímetro de fuerza que me queda. Se va aflojando la firmeza con la que estoy aferrada. Si me golpeara una ola,

no sería capaz de impedir que mi cuerpo desapareciera bajo el agua.

Pero, incapaz de continuar sujetándose, uno de los guardias se suelta, comienza a deslizarse y apenas logra aferrarse a una roca que está más abajo. Los otros dos, un hombre muy corpulento y la capitana de la trenza, ahora suficientemente cerca de mí como para verles los rostros aterrorizados, se desploman hacia mí. La mujer es quien se queda más cerca y se sujeta de una roca separada de la mía por seis metros de agua.

«Jules», grita.

Pero no puedo contestarle. Toda mi atención está dedicada a mantener el equilibrio, luchar contra las olas que me aferran los tobillos como si fueran seres vivientes. He dejado de desgastar las rocas, pero un crujido profundo y terrible se ha levantado entre ellas.

Como las rudimentarias piezas de dominó de madera con las que Amma y yo jugábamos cuando éramos niñas, no puedo detener lo que he comenzado. Y las rocas comienzan a desplomarse, rodando por la pendiente escarpada y arenosa del castillo, empujando a otras consigo por el camino. Al principio, solo una o dos, y luego media docena, y después sobreviene un momento terrible, en el cual sé lo que sucederá justo antes de que suceda.

Deseo que el tiempo se detenga, pero estoy agotada, sin fuerza. Nada se detiene.

Una por una, todas las rocas del acantilado comienzan a desplomarse. Si da la impresión de que se mueven lentamente, no puedo distinguir si es por mi poder o solo por el terror puro que deforma mi percepción. Pero se están cayendo, con un monstruoso y profundo crujido, una tras otra. Bajo mis pies, la piedra tiembla, amenazando con ceder.

Me doy la vuelta, los aullidos de la terraza aporrean mi espalda, y



salto desde mi roca al mar.

El frío me golpea primero. Encima del agua, era una noche templada y primaveral... pero el mar mantuvo celosamente encerrado el invierno más profundo, guardándolo para que ahora pueda envolverme. Como si unas manos hechas de hielo estuvieran aferrando mis miembros y tirando hacia abajo, hurgando en mi garganta y buscando a tientas aquello que es caliente y vital y me mantiene viva. No puedo moverme, ni siquiera impulsarme hacia la superficie o defenderme de las olas que me hacen dar vueltas, cabeza arriba y cabeza abajo. Mientras giro, las burbujas brotan velozmente de mi nariz y boca y no sé si el resplandor plateado en mis ojos es la luz de la luna en el agua o mi cerebro fabricando imágenes en una desesperada súplica.

Soy vagamente consciente de que están cayendo rocas a mi alrededor, chocan contra la superficie con un estrépito profundo, resonante y amortiguado por el agua, que hace repiquetear mis huesos. A causa de los impactos, el agua se arremolina contra las corrientes existentes, sacudiéndome entre ellas como una muñeca de trapo. No puedo hacer nada para evitar las rocas, no tengo forma de saber dónde van a caer... No tengo aire.

Obligo a mis miembros a moverse e intento nadar en dirección hacia donde creo que es arriba; mi cabeza atraviesa la superficie durante un momento —distingo fugazmente a la guardia nadando hacia mí— antes de que una ola me lleve hacia abajo. A pesar de toda la magia y de todos los recuerdos ancestrales que giran frenéticamente dentro de mí, estoy indefensa ante el agua. Cuando atravieso la superficie por segunda vez, ni siquiera tengo tiempo de respirar antes de que una ola me arrastre todavía más abajo. El pánico brota en mi mente mientras siento el ardor de mis miembros, el fuego entra sigilosamente. Puntos

negros titilan en los bordes de mi visión. Voy a morir así, ahogada.

No quiero morir.

*No puedo morir.*

Una súbita ola de fuerza enciende mi cuerpo, comienza en mi corazón y dispara hacia afuera. Me hace gritar en una ráfaga de inútiles burbujas, extender violentamente las manos y los pies, y comenzar a luchar otra vez contra la corriente. El tiempo parece saltar por mis venas.

Pero no puedo controlar el océano, es muy vasto y caótico. Ya puedo sentir miles de años serpenteando entre sus aguas y fluyendo a través de mí. Lo único que me queda es mi propio cuerpo, y ahora me retraigo en su interior, atraigo mi magia hacia dentro, deseo que mis segundos no pasen, suplico con el corazón que se posponga el momento de entregarlos. Una rara sensación produce un cosquilleo sobre mi piel: siento que la sangre está fría y fluye lentamente, como si estuviera transformándose en plomo dentro de mis venas.

Nunca antes había intentado paralizarme a mí misma dentro del tiempo. Vagamente, pienso que podría matarme, pero aun en mi mente frenética y debilitada, sé que, si esto continúa, ya estoy muerta. Me quedan unos pocos minutos, menos de esa conciencia, menos todavía si una de esas rocas cayera en el lugar en donde me encuentro, luchando contra las olas. Mi propia sangre me arrastra hacia abajo. Unos dedos se cierran con fuerza alrededor de mi muñeca. Es lo último que siento antes de no sentir nada más.



Soy vagamente consciente de que alguien tira de mí hacia arriba, fuera del mar. Unas manos me colocan de lado sobre una superficie dura y me golpean los omóplatos hasta que comienzo a toser y a escupir toda el agua que he tragado. Me levantan y me apoyan en un banco, una manta me envuelve. Estoy demasiado débil y congelada como para moverme e incluso para abrir los ojos, para hacer cualquier cosa que no sea escupir agua e inhalar grandes bocanadas de aire. A mi alrededor, oigo pisadas y voces difusas, y el rabioso embate de las olas a través de la madera de lo que debe ser el suelo de una embarcación, como si estuvieran furiosas de haberme perdido.

Luego... dolor. Montañas de dolor atraviesan mi cuerpo, firme, lacerante e infranqueable. Lanzo un grito, no puedo contenerme.

Alguien apoya mi cabeza en su regazo y luego seca suavemente el agua de mi rostro y aprieta más la manta alrededor de mi cuerpo hasta que el dolor cede y se convierte en un latido débil. *Caro*, pienso lejanamente, su retorcida ternura.

Pero estas manos son grandes, cálidas y suaves, levemente familiares. Cuando consigo abrir los ojos, no es *Caro* quien se encuentra ante mi mirada. Es *Liam*, el ceño arrugado por la preocupación, el rostro muy pálido.

—Estás viva —susurra por segunda vez desde que los soldados me arrastraron a Shorehaven.

—Eso creo —logro pronunciar débilmente.

Detrás de él, veo a la guardia —que no debe ser realmente una guardia— izando con velocidad una vela oscura que se confunde con el agua, tan negra que parece tejida de la misma noche. Más allá de ella, veo a Elias, el amigo de Liam, colocando más tela negra sobre la cubierta para tapar los flancos del barco. Una bandera roja y dorada está arrugada a sus pies.

—Jules, ella es Danna, de Connemor —indica Liam, siguiendo mi mirada hasta la mujer—. Ella te sacó del agua.

Danna me mira e inclina bruscamente la cabeza. Ella podrá haberme salvado, pero imagino que no habrá olvidado que la arrojé accidentalmente al mar al tratar de huir del palacio.

—Y, por supuesto, este es Elias —agrega.

—Es bueno conocerla finalmente, señorita Ember —exclama el amigo de Liam. Hay un dejo de tensión en su voz, pero tiene un acento musical y una amplia sonrisa blanca que no se inmuta mientras el viento del mar le azota el pelo. Sujeta un rollo de cuerda y se lo arroja a Danna—. He escuchado hablar mucho acerca de la legendaria Alquimista de Sempera.

Se me sonrojan las mejillas. Quiero hacer preguntas, pero estoy demasiado alterada y exhausta como para hablar. No aparto las manos de Liam cuando me ayuda a incorporarme. Tiritó violentamente, incluso debajo de la manta. Siento como si me hubieran arrancado las entrañas y las hubieran reemplazado con agua salada.

Liam pasa hacia el otro lado para quedar frente a mí. Detrás de él, se alza la silueta de Shorehaven, más lejos de lo que imaginaba, las luces

del salón de baile no son más que un resplandor distante en contraste con las ruinas de la playa, donde las rocas han caído al mar. El polvo flota en el aire.

El viento de la cala infla las velas negras con un suave chasquido, llevándonos hacia mar abierto. Aquí todo está más tranquilo, lejos de las olas que rompen contra la orilla. El alivio se escurre dentro de mí al observar el palacio humeante alejándose cada vez más.

Mientras rodeamos el palacio, se encienden pequeñas luces y comienzan a arrastrarse alrededor de la cala: son las fuerzas de Caro sobre los barcos, lo sé, registrando el agua buscándome a mí o mi cuerpo. Mi corazón palpita, como si supiera que lo están buscando. Apoyo la mano sobre mi pecho, tratando de acallar esa incomprensible magia que me une a Caro.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto con voz ronca.

—Una hora —responde Liam y extrae un mapa, como no podía ser de otra manera—. Cuando el palacio esté fuera de nuestra vista, Elias nos dejará en la costa, donde podremos alquilar un carruaje. Con el caos del palacio, será menos probable que la gente note que él ha desaparecido.

Tengo la garganta seca. Trato de seguir la ruta que está marcando en el mapa, pero mi vista se vuelve borrosa y se me entrecorta la respiración mientras intento mantener controladas mis emociones.

—¿Y eso también es cierto para ti? ¿Alguno de los asistentes a la coronación notará que has desaparecido?

Liam alza la vista, los ojos inexpresivos.

Se me cae el alma a los pies. Ya lo conozco lo suficientemente bien como para saber que prefiere no decir nada antes que mentir.

—Estuviste inconsciente durante nueve minutos. Y aún lo estabas cuando Elias me recogió en la orilla —explica, la voz ronca y cansada.

*Nueve minutos.* Sin pensarlo, aprieto las manos de Liam para asegurarme a mí misma que estoy presente, que estoy sobre del agua, que estoy segura.

—Pensé que estaba muerta —murmuro y escucho mi voz como si estuviera lejos—. ¿Cómo puede ser que no esté muerta?

—Tú te salvaste a ti misma. —La voz de Liam es baja; entiendo lo que dice porque está muy cerca, nuestros rostros a treinta centímetros. Dentro de mí, algo me dice que me aleje, pero es lo único que puedo hacer para mantenerme erguida y apretar con fuerza la manta alrededor de mi cuerpo tembloroso—. No respirabas cuando Danna te sacó del agua. Tu corazón no latía. Ellos no se dieron cuenta al principio de que estabas... paralizada. Pensaron...

Su voz se astilla y veo que él también está temblando. Su pelo, normalmente recogido hacia atrás, se ha soltado y cuelga en mechones húmedos alrededor de su cara.

Me inunda un impulso cálido y repentino, arrollador como una ola, y me inclino hacia adelante y lo abrazo, apoyando mi cara sobre su hombro, queriendo únicamente sentirme segura. Siento que todo su cuerpo se tensa y luego, lentamente, se relaja. Sus manos suben y se posan sobre mi espalda, y por un instante considero la idea de detener el tiempo.

Me separo. Cuando hablo, mi voz brota débil, ronca y asustada... no solo por Caro, sino también por el contacto con Liam.

—Pensé que... que moriría.

Un ruido suave y acongojado se escapa de la garganta de Liam y cierra los ojos durante un momento. Echo una mirada a Elias y a Danna por encima del hombro, pero ellos ya se han retirado a la proa del barco, Danna timonea y Elias examina el oscuro horizonte con prismáticos. Su cuerpo se mantiene inmóvil mientras observa

atentamente hacia delante; es un valeroso intento de darnos privacidad a Liam y a mí.

—Siento mucho —murmuro— lo que hice en la terraza. Cuando te atacué.

Liam parpadea y desliza la mano por el diario, que aún está guardado en su bolsillo.

—Tenías que hacerlo.

—El viento nos acompaña —grita Danna—. Si se mantiene así, es probable que lleguemos a Ambergris antes del amanecer.

—¿Ambergris? —Me siento con tanta rapidez que Liam se estremece—. ¿Es allí adonde vamos?

—Y luego a Connemor —responde inclinando la cabeza hacia mí—. ¿Acaso no es ese el lugar al que deberíamos ir?

Dejo caer la cabeza entre las manos mientras me invade la súbita sensación de que si la embarcación no estuviera debajo, el peso de esta decisión me arrojaría hacia el fondo del mar. A pesar de que ahora nos encontramos lejos del castillo, rodeando la costa y dirigiéndonos hacia el sur, imagino que Caro está mirando por una de las ventanas de Shorehaven (uno de esos guijarros distantes de luz dorada), los ojos apuntados directamente sobre mí.

—Tengo que detenerla. Me dijo que mientras estuviera viva no dejaría de perseguir a la gente que quiero.

Liam apoya una mano en mi brazo.

—Sé que quieres acabar con Caro, pero tú eres demasiado importante como para arriesgar tu vida, Jules.

—¿Estás tan seguro de que fallaré? —Aparto el brazo de su mano.

Liam lanza un suspiro de exasperación, la típica imagen de señor arrogante.

—No he querido decir eso. No debes exponerte. Otra persona puede

ocuparse de Caro.

Mi instinto me grita que está equivocado, muy equivocado.

—¿Quién? No todos somos Gerling, Liam. Yo no tengo a alguien que obedezca mis órdenes.

Se pasa la mano rápidamente por el pelo y sé de inmediato que tengo razón.

—Matar a Caro... no es algo propio de ti, Jules. Una vez te vi cuidar a un ratoncito hasta que se recuperó, después de que alguien lo echara de la cocina.

—Eso sucedió hace muchísimo tiempo —comento con frialdad—. Tú no me conoces tan bien como crees. Ya intenté matarla una vez.

Liam se pone rígido. Al otro extremo del barco, Elias deja caer un remo.

—¿Tú... qué?

Justo cuando mis palabras están fuera, en el aire, es cuando me doy cuenta de lo disparatadas que resultan. Liam, Danna y Elias, los tres se detienen y me observan, los ojos grandes e incrédulos. Trago el repentino nudo que se ha formado en mi garganta.

—Los guardias me llevaron inmediatamente con ella. Tenía mi cuchillo... al principio, pensé que la había matado; sangraba tanto... pero su rostro comenzó a cambiar y luego toda la sangre regresó dentro de ella, como si yo nunca la hubiera apuñalado. No puedo entender qué ocurrió. —Me estremezco al recordar a Rinn, la mujer que conocí en Briarsmoor, que había pasado diecisiete años reviviendo su muerte una y otra vez.

Me reclino contra la dura madera de la barandilla del barco y me concentro solamente en el telón negro de cielo y agua que nos rodea, tratando de recordar exactamente lo que vi. Observo la imagen del rostro de Caro, su conmoción dibujada difusamente debajo de mí. El



sonido de un grito, *mi* grito, envía un estremecimiento de miedo a través de mi piel. Cierro los ojos. Había algo más. Algo, lo vi con el rabillo del ojo, un destello de oscuridad, como una sombra parpadeante. Si me diera la vuelta, podría verla...

—Eso solo empeora las cosas, Jules. Tú no puedes matarla. Ella es la *Hechicera*. —Liam lanza un resoplido de frustración—. Ella es la Hechicera y tú intentaste matarla con un cuchillo.

Sus palabras hacen añicos los restos de coraje que tenía. Toda mi historia, todo el poder de Caro, perdidos para mí. No soy más que una campesina de Crofton. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero Liam no se detiene.

—Caro y tú habéis mantenido esta batalla durante años. Créeme, me he pasado la mitad de mi vida estudiándola. La mejor solución es escapar, vivir el resto de tu vida escondida. *Segura*.

Las lágrimas comienzan a caer. Liam retuerce las manos y me pregunto si estará pensando en secarme las mejillas. Podría huir a Ambergris, a la seguridad que organizó Liam. Abordar el barco y dejar que me lleve a Connemor, una costa donde el tiempo todavía es indivisible, una tierra en donde Jules Ember podría olvidar para siempre la palabra *Alquimista*.

Pero si Caro incendiara todo Sempera y no me encontrara... ¿qué le impediría cruzar el mar para encontrarme? ¿Acaso un océano detendría a la joven que esperó once vidas para romperme? ¿Impediría que Caro le cortara a Liam la garganta si descubriera lo que hizo?

Mi corazón late la respuesta contra mi pecho. *No, no, no*.

La voz de Amma resuena dentro de mi cabeza. *Usa tu tiempo, antes de que el tiempo se te acabe*.

No me escaparé —no puedo— a la tierra libre, sin ataduras de

tiempo y sangre.

Lucho contra el nudo que tengo en la garganta, una maraña de pensamientos que no puedo expresar.

—Ella destruyó mi hogar y mató a mi amiga. No iré a Ambergris.

—Jules... —comienza a decir Liam después de tomar una profunda bocanada de aire.

—Cuando me contaste que era la Alquimista, has dicho que tengo la sabiduría de mis vidas anteriores. He luchado contra ella durante años, como mencionaste... Tiene que existir algún tipo de conocimiento encerrado dentro de mí que me ayude a destruirla.

—Sí, pero... —Su voz se apaga, los labios apretados en una línea fina. Puedo ver en su rostro lo que está pensando: *no* tengo la sabiduría de mis vidas anteriores. Ellas revolotean a través de mi mente como sombras.

—Mis recuerdos regresan cuando visito lugares en los que he estado antes. —Pienso en la sensación lúgubre que tuve de haber sido torturada en el palacio—. Si voy a Connemor, no podré averiguar más cosas sobre esas vidas previas. Tiene que existir alguna información que me ayude a derrotar a Caro, pero está aquí, en Sempera. Y también está aquí. —Tomo el diario de cuero del interior de la chaqueta de Liam y mis nudillos rozan su pecho—. Una información tan peligrosa e importante como para que mi padre muriera por ella.

Las palabras quedan flotando en el aire frío de la noche. Alimento una pequeña esperanza dentro de mi pecho: pronunciar las palabras puede convertirlas en realidad.

La boca de Liam se abre y luego se cierra.

—¿Qué harías? ¿A dónde irías?

De inmediato, Elias grita desde el otro extremo del barco, como si hubiera estado esperando para hablar.

—Siempre nos queda Bellwood.

El nombre me suena familiar; me lleva un momento reconocerlo como el instituto en el que Liam pasó su infancia, lejos de Everless.

—¿Bellwood? —pregunto.

Elias y Liam intercambian una mirada, un mensaje no verbal se transmite entre ellos. Luego, el rostro de Liam se suaviza, una expresión resignada y gélida.

En la cara de Elias, sin embargo, comienza a dibujarse un júbilo travieso.

—Se me ha ocurrido que el hogar ancestral de la Alquimista sería un buen lugar para comenzar a redescubrirte.

A pesar de mi confusión, la palabra *hogar* toca una fibra sensible dentro de mí y asiento. No sé por dónde empezar y Bellwood es una opción tan buena como cualquier otra. Antes de que Liam pueda oponerse o continuar interrogándome, le pregunto:

—¿Y tú qué vas a hacer?

Liam dirige los ojos justo por encima de mi hombro y observa la costa de Sempera mientras pasamos delante de ella, como si fuera a encontrar allí una respuesta.

Finalmente responde:

—Acompañarte.

Es lo que temía que diría.

—No puedes desaparecer así como así. ¿Qué explicación darías? Tú... tú tienes responsabilidades en Everless. —No logro mantener toda la emoción fuera de mi voz. Se filtra gradualmente y solo puedo esperar que Liam interprete la aspereza como irritación y no como una loca y desenfrenada esperanza.

—Tú eres más importante que Everless.

Aprieto los puños. ¿Cómo puede ser que sus palabras me dejen fría

y, al mismo tiempo, enciendan un fuego dentro de mí?

—Si me dejas y regresas al palacio, es probable que ella no sospeche de ti.

—Jules, tú has tomado la decisión de quedarte. Ahora deja que yo tome la mía.

Antes de que pueda decir algo, se pone de pie y se aleja. Quiero gritarle que no me siga, que morirá y, al mismo tiempo, quiero rogarle que se quede conmigo hasta que todo termine, de un modo u otro. Quiero gritarle que tuve once oportunidades de vencer a la Hechicera y siempre fallé. Que, por lo que sabemos, esta es la última oportunidad de la Alquimista, y estoy tan confundida como asustada, de Caro, de él... de la posibilidad que se acerca sigilosamente como un lobo al acecho, de que esto sea otra trampa de Caro...

Pero, por encima de todo, quiero gritarle que tengo miedo de los secretos que puedan estar encerrados dentro de mí.

En su lugar, solamente digo:

—Entonces, vayamos a Bellwood.



Una vez que nos encontramos lejos del palacio y en aguas más calmadas —tan quietas que Elias no quiere alejarse mucho por temor a que su velero quede varado por falta de viento—, nos despedimos de Danna y de él. Llevo puesto uno de los vestidos de Danna, apropiado para la situación, largo y gris, una mejora significativa con respecto al robado, aunque me quede muy holgado. Ella seguirá el viaje hacia el norte para reunir dinero y suministros de aliados de la familia de Elias, deduzco por los fragmentos de conversación que logro escuchar, mientras que él volverá a Shorehaven para hacerse presente y recopilar noticias. Pero mis ojos tienden a cerrarse cuando no me concentro en mantenerlos abiertos.

Liam y yo subimos a un pequeño bote salvavidas y él rema hasta la orilla. Mis rodillas están apoyadas contra su espalda y mi propia espalda se raspa contra el borde trasero del bote. Parecería que estamos a pocos minutos de darnos la vuelta si se levantara una brisa y nos golpeará en el ángulo equivocado. Sus brazos se mueven con la inalterable determinación de las manecillas de un reloj, y los músculos de su espalda rozan rítmicamente contra mis rodillas.

Pronto comienzo a quedarme dormida por el movimiento, el cansancio se adueña de mí con rapidez. La única iluminación es un

escaso trozo de luz de luna, que va muriendo, y convierte el perfil de Liam en una escultura blanca como el hueso y negra como la tinta. Ansío tocarla, sentir su calor y recordarme a mí misma que él no es una estatua, sino que está vivo, lleno de ardor y energía... Pero no lo hago.

En cambio, comienzo a deslizarme dentro de sueños superficiales. En mis últimos restos de conciencia, espero y temo encontrarme con Caro, en la oscuridad del sueño. Pero más que nada sueño con Amma, chispeante y llena de vida: ir juntas a escondidas al bosque y arrodillarnos a la orilla del arroyo. Jugar con barquitos de papel que fabricábamos con pergamino, que yo le había robado a mi padre mientras fantaseábamos sobre el día en que finalmente habríamos de conocer el mar.

Chocamos contra la orilla con un golpe suave y mis párpados se abren. Después de toda la noche en el bote, la oscuridad del cielo empieza a abrirse para dar paso al amanecer y siento una punzada al pensar en Amma. Nuestra amistad era un constante estribillo que comenzaba con *algún día*. *Algún día* iremos al mar. *Algún día* abandonaremos Crofton.

A Amma le robaron la posibilidad de cumplir con todo aquello que iba a hacer *algún día*.

Bajamos de la embarcación, mis piernas un poco inseguras al pisar el suave musgo de la costa, y luego la lanzamos a la deriva de un fuerte empujón. Le damos la espalda a las olas mientras el bote se vuelve cada vez más pequeño a medida que el horizonte se va iluminando.

Mientras caminamos y los peñascos rociados de sal van dejando paso a las planicies rocosas, trato de concentrarme en la tarea que tenemos por delante. Destruir a Caro. Caro, la legendaria Hechicera

de carne y hueso, que se paseó por Sempera durante siglos, acumulando poder y conocimientos que yo desconozco. Me estremezco otra vez al recordar cómo hundí el cuchillo en su cuerpo, el suave susurro del metal desgarrando la carne. A medida que nos movemos, las sensaciones estallan una y otra vez dentro de mi cabeza y, de pronto, me siento abrumada. Me dirijo trastabillando hacia la orilla del arroyo que bordea el sendero. Apoyo las rodillas y, ahuecando las manos, arrojé agua fría en mi cara enrojecida.

Veó mi reflejo en la superficie del agua... y me cuesta reconocer el rostro que me mira y parpadea. No había visto mi semblante desde que escapé de Everless. Ahora mis mejillas parecen afiladas como dos cuchillos brillando por la luz reflejada en el arroyo. Mi imagen tiembla con la corriente que fluye con lentitud y que parece cambiar y formarse nuevamente con cada segundo que pasa. Susurros imaginados brotan desde el bosque: *asesina... bruja*.

Armándome de valor, agregó: *Alquimista*, es lo que tendré que ser si quiero terminar con el reinado de Caro.

Una mano me sujeta del hombro y doy un salto. Cuando me giro, me encuentro con Liam.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —mascullo. Pero mi boca está seca y mi estómago está vacío. Liam extiende la mano para ayudarme a ponerme de pie. Lo ignoro y lo empujo al pasar delante de él para volver al camino de tierra.

Los pueblos y la naturaleza salvaje pronto dejan paso a los suburbios de una ciudad: Montmere. No tiene nada que ver con Crofton o Laista, que están rodeadas de bosques y campos; esta es una ciudad propiamente dicha, con caminos y ríos que convergen en ella. Mi mente vuela hacia aquellos momentos en que nos sentábamos con Amma, un mapa de Sempera extendido sobre las rodillas, y su abuelo

recorría con el dedo los ríos y los pueblos, contándonos historias de sus viajes cuando era más joven. Montmere se encuentra en el corazón de Sempera, en la parte más antigua, por donde se decía que deambulaban la Hechicera y el Alquimista. Bellwood está ubicado en el centro de una enmarañada red de ríos y caminos más estrechos. A pesar de la hora tan temprana, carros y carruajes pasan traqueteando junto a nosotros y puedo oler el aroma a pan y a pescado, a café y a fruta, y escucho el sonido del tintineo de las monedas de sangre de hierro que se arrastran a su paso. Encima de nosotros, los postigos se abren para dejar pasar la brisa, y no hay mendigos rondando por las calles, coreando suavemente *una hora, una hora*.

Liam me prestó su capa. Levanto la capucha y echo una mirada furtiva a las pulcras calles onduladas y empedradas desde debajo de ella. A pesar de que tengo que agachar la cabeza cada vez que alguien pasa a mi lado, no puedo evitar experimentar una sensación ligera y zumbona en el pecho. Montmere me resulta rara y, sin embargo, siento algo fuerte dentro de mí, como si hubiera estado antes aquí. Recuerdo con vaguedad haber leído en la biblioteca de Everless un libro de historia que sostenía la teoría de que se trataba del lugar de nacimiento del Alquimista, pero la idea me pone incómoda y la aparto. Es el tipo de lugar al que siempre rogaba a mi padre que me llevara cuando era niña, cuando vivíamos en Everless, cuando quería devorarme el mundo.

Escucho un gran estrépito delante, pisadas fuertes y gritos con acento de Shorehaven. Instintivamente, giro hacia la derecha por un callejón y Liam me sigue; nos quedamos quietos con los hombros contra la pared. El miedo nubla mi mente, pero el grupo pasa de largo.

—¿Crees que saben que estamos aquí? —le pregunto en voz baja



cuando regresamos a la calle.

Se encoge de hombros, pero veo que su ceño se frunce por la preocupación.

—Lo dudo. Es solo que están por todos lados.

El rostro de Ina brota súbitamente en mi mente, la forma en que me miró cuando la encontré en su habitación: una expresión de ira rayana en odio. La sola idea de que ella me odie se transforma en una punzada de tristeza y de temor que me atraviesa dolorosamente otra vez. Pero aún peor que eso es la posibilidad de que Caro maneje a Ina como a un títere, como hizo con la Reina anterior y como amenazó hacer conmigo. Recuerdo sus palabras de aquel día sangriento en que la enfrenté en Everless (cuando le susurró al oído a la Reina y le robó la mente para controlarla), y me aferro a la esperanza de que la mente de Ina sea más fuerte que la de la Reina, que Caro todavía no haya invadido su cabeza con los tentáculos de su magia.

Después de que las voces de los soldados se desvanecen, Liam me guía hacia la cima de una colina, a una parte más calmada de la ciudad, donde las anchas calles están prácticamente vacías. Un alto muro de piedra se eleva a lo largo de un lado de la calle durante varios metros, más allá del cual puedo ver las copas de los árboles y escuchar el tenue gorjeo de los pájaros. El camino se dobla levemente hasta llegar a una enorme verja de roble y hierro forjado en la que puede leerse una sola palabra hecha con incrustaciones de bronce retorcido: *BELLWOOD*.

Al aproximarnos a la verja, veo que el metal está cubierto por una serie de ranuras. Liam no vacila, extrae tres monedas de un día de su bolsa y las coloca en tres ranuras diferentes: la tercera, la séptima y luego en la primera. Escucho un débil chirrido de engranajes y luego las verjas se abren con un suave chasquido: una cerradura con

combinación.

Liam empuja la puerta. Al otro lado, veo una extensión de césped verde y brillante, llena de edificaciones de ladrillo cubiertas de enredadera. Por todas partes, árboles color ceniza han comenzado a florecer con pequeñas explosiones de violeta y amarillo dando la sensación de que hay guirnaldas colgadas por todas partes. Al no ver a nadie, Liam me hace señas y entro tras él.

Me siento terriblemente cansada, pero espero tener un aspecto presentable. Mi cabello está controlado y cubierto por la capucha de Liam. Con el vestido de Danna, puedo hacerme pasar por una estudiante, o, al menos, eso es lo que Liam me dijo. No tengo ni idea de cómo visten los estudiantes ni de cómo se comportan, o si me parezco en algo a ellos.

El miedo me ha mantenido despierta y en movimiento, nunca llegué a dormirme profundamente. La luz del día parece plantear una nueva amenaza... pero Bellwood, y lo que esté oculto aquí, nos enseñará un camino a seguir. Tengo que creer en eso, confiar en el pasado, de lo contrario, no seré capaz de seguir poniendo un pie delante del otro.

—¿Esto es seguro? —pregunto mientras entramos y caminamos debajo de la escasa protección de los árboles frutales que rodean el sendero.

—Más seguro que ningún otro lado —responde pasándose la mano por el pelo y acelerando el paso—. Si eso sirve de algo. Y, desde aquí, podremos controlar las travesuras de Caro.

Un antiguo resentimiento se agita en el fondo de mi garganta.

—¿Para ti incendiar una aldea es una *travesura*?

—No. Pero para Caro, sí.

Aprieto los dientes y reprimo la ira como si estuviéramos otra vez en los sótanos de Everless.

—Vamos, deberíamos estar dentro antes de que suene la primera campanada de las ocho.

Subimos la colina jugando una carrera con el sol naciente hacia la pulcra colección de edificios cubiertos de enredadera y rodeados por una baja muralla de ladrillos, que remata en unas puntas de hierro bruñido. Liam creció aquí... después de que el incendio destruyera la herrería de mi padre y que sus padres lo enviaran lejos de Everless. Aquí es donde se transformó en el chico que dedicó su tiempo a estudiar los mitos del Alquimista y que arriesgó su vida más de una vez para protegerme.

Ahora el cielo está inundado de luz. Nos mantenemos bajo la sombra de la muralla exterior, Liam camina ligeramente delante de mí. Acelero el paso, decidida a permanecer a su lado.

—Todos deberían estar dormidos aún —me indica en voz baja—. Pero tendremos cuidado, por si acaso. —Él no puede ocultarse aquí, pues es muy reconocible. La idea hace que mi estómago se agite con inquietud. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Caro e Ina aten cabos y se den cuenta de que me está ayudando? ¿Acaso ya lo han hecho?

—Es precioso —digo, impaciente por romper el silencio que hay entre nosotros—. ¿Cómo fue crecer aquí?

Liam me mira, la expresión entre sorprendida y vacilante, como si no estuviera seguro de que realmente quiero saberlo. Como no aparto la mirada, una ligera sonrisa asoma en su rostro y mi corazón late con fuerza.

—Mis padres me enviaron aquí como un castigo —murmura—. Muy lejos de Everless, de las fiestas, de las cacerías, del lujo. Pero nunca lo sentí así. —Examina las siluetas delineadas en dorado de los edificios, una suavidad desconocida en el rostro—. Yo *quería* aprender. Me gustaban las clases, los profesores. A los de los primeros cursos no

se les permitía ir a la biblioteca (demasiados libros que podían desmontarse con solo mirarlos), pero yo entraba furtivamente por la noche para leer las historias.

Me retraso un poco para que no se dé cuenta de que lo observo con atención. No sé si alguna vez lo había escuchado pronunciar tantas palabras en una sola exhalación. Me hace extrañar Everless con un dolor feroz. Y tal vez sea solamente el sol del amanecer, pero hay un resplandor en sus ojos del que me resulta difícil arrancar la mirada.

—¿Cómo conociste a tus amigos? —consigo pronunciar las palabras en un intento de que continúe hablando. Me doy cuenta de que aquí tiene que haber todo un mundo de gente que él conoció, personas a las que respetó, personas con las cuales estudió y se relacionó. Hasta incluso personas a las que amó.

Su sonrisa regresa de golpe, ahora aún más llena de luz. El cambio que se produce en él me resulta sorprendente.

—Elias y yo nos conocimos en primer curso. Era nuestra primera clase —relata, y los bordes de sus ojos se arrugan—. Principios de la Historia de Sempera. Llegamos primeros y nos sentamos en la primera fila y no detrás como todos los demás. Nadie nos había dicho que el académico que impartía esa clase tenía un aliento terrible.

Lanzo una carcajada, demasiado sonora, pero no puedo evitarlo. Con la alegría en su voz, siento que estamos quitándonos el peso de años, que somos niños y la historia ha cambiado para que seamos amigos. La comisura de su boca se levanta hacia arriba y me mira.

—Siempre deseé que tú también hubieras podido venir aquí, Jules —comenta con voz queda—. Te habría encantado.

—Solo dices eso porque sabes que soy la Alquimista —señalo con una sonrisa torcida.

—No —repite con sorprendente convicción—. A *ti*, Jules Ember, a

ti te habría encantado. —Agita la mano en el aire—. La biblioteca más grande que hayas visto en tu vida; quedarte hasta tarde con tus compañeros de estudio intercambiando historias, como solías hacer en Everless con nosotros y los niños sirvientes.

Mi corazón se retuerce de recuerdos, un sentimiento agridulce. Añoranza por la vida que nunca tuve, pero también una sensación de calidez porque Liam tiene razón. Aun ahora sus palabras me conmueven, pintando cuadros de felicidad en mi mente. Él me conoce mejor que nadie, supongo.

—Puede ser —admito, tratando de aplacar los sentimientos que han echado a volar dentro de mí como una bandada de aves. No serviría de nada sentir nostalgia por el castillo de los Gerling, ya que no puedo volver allí.

—Pero sí, es cierto, se dice que el Alquimista recorrió toda esta ciudad cuando la zona aún estaba en estado salvaje. Este era tu hogar. —Se aclara la garganta y cambia de tono como si hubiera hablado demasiado—. Tenía pensado volver a Bellwood después de la boda de Roan, aunque mi madre tenía otros planes —comenta mientras me guía a través del campus: por un puente curvo y por debajo de un techo formado por una variedad de ramas de árboles, a través de una amplia plaza de hierba, a lo largo de senderos adoquinados, alrededor de altos edificios de ladrillos con aspecto antiguo y atemporal—. No te preocupes. Nadie se preguntará por qué estoy aquí...

Unas voces detrás de nosotros me hacen dar un salto. Me doy la vuelta, los músculos tensionados y la mano de Liam en mi brazo, como para colocarme detrás de él... pero no son soldados. Son estudiantes, dos chicas y un chico, tambaleándose por haber bebido demasiado madel, riendo y zigzagueando mientras emergen de un edificio, a pocos pasos de nosotros.

—¡Larga vida a la Reina! —grita la joven de tez morena a modo de saludo, alzando ante Liam una copa imaginaria—. ¡Ya veremos cuánto dura esta!

Liam se queda paralizado como una liebre que ha visto a un zorro, pero ellos siguen caminando. Sin embargo, la mirada de la chica se detiene en mí. A pesar del maquillaje corrido y del paso vacilante, sus ojos oscuros son agudos y penetrantes, y me dejan congelada.

—Ella me ha visto —susurro una vez que pasaron—. Ella ha visto mi cara.

Liam frunce el ceño, pero sacude la cabeza como para desestimar mis palabras.

—No te preocupes por ella. —Sus ojos siguen al trío hasta que desaparece—. Aun si te reconociera, cosa que dudo, nadie toma a Stef en serio.

Pienso en su poderosa mirada.

—¿Por qué no?

—Es la hija ilegítima de uno de los Chamberlayne —responde encogiendo un hombro.

El nombre me produce un escalofrío en la piel. Los Gerling son la familia más influyente de Sempera y es de conocimiento público que son crueles con los sirvientes. Pero, según los rumores, casi se los considera amables comparados con los Chamberlayne.

—Entre sus ancestros hay muchas brujas de los arbustos —continúa Liam—. Y ya la has oído, tiene la mala costumbre de andar por ahí hablando de traiciones cuando bebe demasiado madel.

—¿Una bruja de los arbustos? —En la mayor parte de Sempera, se tolera a las brujas de los arbustos como un entretenimiento para supersticiosos: un entretenimiento que vacía a las aldeas pobres como Crofton de sus exiguas monedas de sangre de hierro, según mi padre.

Se rumoreaba que la antigua Reina recolectaba brujas poderosas, aunque algunos afirmaban que las mataba si le disgustaban. Me estremezco al recordar lo cercano a la verdad que estaba ese rumor. ¿Qué dirían los habitantes de Sempera si supieran que la Reina mantenía a su lado a la Hechicera o, más bien, que la Hechicera mantenía a la Reina a su lado, bajo su dominio, y se deshizo de ella con un frío golpe de cuchillo?

—Me sorprende encontrarme con una bruja de los arbustos en Bellwood —comento, tratando de apartar mis pensamientos—. ¿No se necesita dinero para visitarla?

Liam se ruboriza, se aclara la garganta pero no hace ningún comentario. Caminamos un poco más hasta que, finalmente, disminuye el paso. Nos encontramos con una antigua ruina, la estructura de un edificio del tamaño del cobertizo de carruajes de Everless, con paredes de piedra agrietadas, dos capiteles derruidos y una torre en pie, como un pequeño castillo. La deteriorada construcción está rodeada por un círculo de tierra desnuda, o, tal vez, de ceniza, como si la hierba y la nieve se hubieran confabulado para mantenerse alejadas de este lugar.

Pero algo me llama, me atrae hacia él y tengo que hacer un esfuerzo para no avanzar y poner las manos en la ceniza.

—¿Acaso es...?

—El Fuerte de la Ladrona. —Asiente Liam—. Donde alguna vez vivió la Alquimista.

Se me corta la respiración. La ruina es una mancha gris de tres torres terminadas en punta y recortadas contra el cielo frío y azul. Trato de imaginarme qué aspecto habría tenido antes de derrumbarse, un refugio... un hogar.

—¿Qué pasó con el fuerte? —pregunto antes de pasar por encima

del borde de un hueco irregular en la pared y entrar en su ensombrecido interior. Nunca recibió los rayos del sol, y el polvo (o tal vez las cenizas) amortiguan por completo el sonido de nuestras pisadas. Resulta raro que el viento y la lluvia no lo hayan arrasado por completo. Lo que queda de las paredes sugiere la existencia de un gran espacio circular rodeado de un patio con arcadas semidestruidas, que conducen a distintas direcciones. Por una pared, sube una escalera sinuosa y muy empinada, que se corta abruptamente en el techo. Mientras deambulo por las ruinas, Liam me sigue a cierta distancia. Soy consciente de sus ojos posados sobre mí. Siento un hormigueo cálido en la piel a pesar del frío: la temperatura resulta distinta aquí dentro, hace más calor que en el exterior.

—La Reina lo quemó hace siglos y se perdieron la mayoría de los secretos del tiempo de sangre —responde Liam. Me observa un momento y su mirada produce más oleadas de calor en mi interior—. Al menos, la mayoría. Quedaron algunos libros... la gente no se da cuenta de cuántos secretos puede contener un libro.

Asiento. Se me pone tensa la garganta al pensar en el revuelo de páginas de mi diario, los pétalos de ocultos conocimientos apretados en el interior, chatos, secos y sin vida, cada uno más indescifrable que el anterior. Estar aquí, entre estas ruinas, ¿me ayudará a descubrir lo que podría estar escondido en el libro por el que mi padre dio la vida?

—Mira. —Liam alza la mano para señalar una arcada que se encuentra en el otro extremo del recinto, un arco intacto que mira al este y enmarca a la perfección el sol matinal. Sujeta mi mano y me estremezco; me conduce hacia afuera por uno de los arcos derruidos y luego otra vez al interior a través de la entrada intacta.

Abro la boca para preguntarle por qué estábamos caminando en círculos... pero luego el aire se me atora en la garganta.



En el interior, la habitación se ha transformado. En lugar de sombras, está llena de luz, el sol del verano entra a raudales por algunas arcadas con vidrios. Las demás conducen a otras habitaciones, a través de las cuales puedo ver bibliotecas, una tina de porcelana y un jardín rebosante de verde. Grandes tapices decoran los espacios entre las puertas y las ventanas. El sucio suelo de piedra ha dejado paso a baldosas limpias y relucientes, cubiertas de una alfombra azul en este salón y una mesa cargada de comida en el centro. Comida rara, levemente familiar, pan, vino y flores. Y fuera, a través de las cortinas de gasa, puedo ver el cielo azul y diáfano de un mediodía de verano.

—¿Qué es esto? —mi voz escapa en un suspiro.

—Un hechizo —Liam suena alegre. Señala hacia la arcada por la cual entramos, donde se materializó una cortina de la nada—. Si atraviesas esa arcada con algo que haya pertenecido a la Alquimista, puedes entrar dentro de este... este... —Señala con un gesto todo lo que lo rodea y, por una vez, no encuentra las palabras para expresar lo que está viendo.

Pienso en Briarsmoor, el pueblo detenido en el tiempo, con doce horas de retraso con respecto al resto del mundo, su única habitante atrapada en un círculo eterno de vida y muerte como una mosca en ámbar. Pero aquello era aterrador, grotesco. Esto resulta tranquilo, correcto. Es la misma sensación que la que percibía al entrar en nuestra cálida cabaña para escapar de un viento huracanado de invierno, cuando vivía con mi padre en Crofton.

—Lo descubrí de casualidad cuando entré llevando tu diario — señala Liam un poco avergonzado—. Espero que no te parezca mal.

—¿Que no me parezca mal? —repito, confundida—. ¿Por qué podría parecerme mal?

Me mira con rareza.

—Porque este es (fue) tu hogar. El hogar de la Alquimista.

Respiro profundamente y aspiro el olor del lugar: pan, flores y algo más, algo dolorosamente familiar. Recuerdo haber leído sobre este sitio hace mucho tiempo, en la escuela de Crofton o en la biblioteca de Everless, no estoy segura. Unos doscientos años después de que la Reina sofocara la invasión extranjera y ocupara el trono, la desigualdad de Sempera se había pronunciado y la sangre de hierro había dejado de ser una brillante promesa para los pobres para convertirse en una sentencia de muerte. En medio de todos estos sucesos, un grupo de académicos intentó liberar al país, desvinculando el tiempo de la sangre, y la Reina los hizo quemar como advertencia, tanto para los habitantes de Sempera como para los extranjeros, de que los secretos de la sangre y el tiempo eran solo de ella.

*O solo de Caro*, pienso. La Reina no habría quemado este lugar —no habría quemado mi hogar—, de no haber sido por orden de Caro. Durante todos esos años, ¿estaba Caro tratando de encontrar a la Alquimista, de encontrarme a mí? ¿O solo trataba de borrar todos los indicios de mi influencia, todo aquello que me importaba, de la faz de la Tierra? Por un segundo, la pérdida se disuelve dentro de mí como la sangre de hierro en una taza de té. Es como si reviviera otra vez todo lo ocurrido en Crofton, el impacto mitigado durante siglos, pero doloroso a pesar de todo. Mi alegría ante la magia se desvanece.

—¿Por qué se llama el Fuerte de la Ladrona? —El eco de la mujer de Crofton que me gritó vuelve a flotar dentro de mi cabeza, una letanía que no puedo quitarme de la cabeza. *Ladrona. Serpiente. Asesina.*

Liam parpadea, como si pudiera ver el dolor en mis ojos.

—No sé cómo empezó —habla lentamente, como eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Pero según una inscripción en la

pared, la propia Alquimista le puso ese nombre. Y sus seguidores, en sus escritos. Ella... tú, reivindicaste el nombre para ti misma.

Las palabras despiertan un leve calor dentro de mi pecho, como una cerilla encendida.

—Y algo más —agrega Liam señalando hacia la parte superior de la escalera, que se extiende a lo largo de la pared en ambas direcciones —: Desde abajo se accede a los túneles, así que puedes recorrer Bellwood sin que te vean. Los estudiantes sí utilizan los túneles, pero actualmente no muy a menudo. —Alza la mano y señala hacia arriba —. Y allí... —En vez de la escalera que vi antes, que no llevaba a ningún lado, ha aparecido una puerta de madera con detalles de bronce.

Sin esperar una respuesta, me guía hasta la escalera y asciende por ella. Luego extrae una llave elaborada y antigua, con un cordón de cuero, y me la extiende.

Me invade una nerviosa levedad mientras la sujeto. Giro la llave dentro de la cerradura (raspa un poco pero se mueve fácilmente) y rozo a Liam al pasar junto a él para entrar; me lleva un momento reconocer la sensación de emoción anticipada, ya que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me sentí verdaderamente contenta por algo. Ahora crece en mí la sensación de que estoy regresando a algo familiar y amado y, aunque sé que debo tener cuidado, no puedo evitar subir las escaleras dando saltos, rozando la pared con los dedos durante el ascenso. Las paredes y los escalones están hechos de ladrillos de piedra, alisados por el tiempo; deberían resultar fríos, pero no es así. La cálida luz del sol entra a raudales por las pequeñas ventanas colocadas en las paredes redondas, volviendo doradas las motas que flotan en el aire. Todo me resulta familiar, *natural*, y algo dentro de mi pecho se hincha con júbilo y me impulsa

hacia arriba.

La vista del final de la escalera me obliga a detenerme en seco y Liam choca contra mi espalda segundos después. Nos encontramos en lo que debe ser una de las tres torres puntiagudas que vi antes, una habitación de piedra que resplandece con la luz rojiza del amanecer.

El lugar es seco y huele a papel viejo y a canela. En vez de una ventana... falta la mitad de la pared, y los bordes irregulares dejan paso a una vista de los edificios de ladrillos rojos de Bellwood y de las granjas de labranza que se extienden a continuación. El cielo matinal está inundado de rosas pálidos, anaranjados y lavandas, pero no siento el frío de fuera. Dentro, una alfombra de color rojo intenso cubre el suelo; y, en el centro de la habitación, hay una cama voluminosa cubierta de telas verdes y doradas, a los pies, un baúl rebosante de ropa. Hay un pequeño lavabo contra una pared y un escritorio contra otra. Libros con cubiertas de cuero están apilados azarosamente por el suelo.

—¿Cómo puede ser posible? —mi voz brota en un susurro. Liam me mueve suavemente a un lado para poder entrar en el dormitorio. Se detiene a mi lado y observa todo con veneración en los ojos.

—Mira. —Sujeta mi mano y me sobresalto, y luego me lleva con gentileza hasta la ventana. Al mirar hacia afuera, puedo ver el mosaico de techos de Montmere, el campo que empieza a ponerse verde. Liam alza nuestras manos entrelazadas y las extiende juntas hacia fuera de la torre. Siento el aire fresco de la temprana primavera durante un segundo antes de que vuelva a bajar nuestras manos rápidamente.

»Es tu dormitorio, Jules —comenta suavemente—. Tú construiste aquí un hogar.

Apenas logro escuchar a Liam por encima del rugido de mis oídos.

Los recuerdos específicos me resultan esquivos, formando un remolino fuera de mi alcance. Pero la sensación está allí: este era mi hogar y aquí me sentía segura.

—El Fuerte de la Ladrona se incendió, pero tú fuiste capaz de preservarlo como estaba aquel día —prosigue Liam, la emoción precipitando sus palabras y haciendo brillar sus ojos—. Solo las personas leales a la Alquimista, que poseen algo de ella, tienen acceso a este lugar. Yo tenía tu diario. Aquí dentro, siempre es verano... la lluvia y la nieve no entran nunca. Y, si lo miras desde fuera, es una ruina.

—Congelado en el tiempo —murmuro, maravillada de que alguna vez pude haber hecho algo semejante. Liam asiente. Finalmente, aparto la vista de él y echo un vistazo a mi alrededor. Todo está limpio y, si bien no es nuevo, tampoco es antiguo, como si acabara de salir a hacer un recado y volviera de nuevo a mi hogar. Mi *hogar*.

—A veces solía sentarme abajo a leer. Espero que... no te parezca mal —señala Liam, el rubor danzando intensamente en sus mejillas.

Me lleva un momento asimilar sus palabras y luego una carcajada brota de mí. Al principio, me sorprende, hacía tanto tiempo que no me reía, tanto tiempo que no me sentía verdaderamente feliz por algo... Liam abre mucho los ojos.

—Por supuesto que no me parece mal —agrego rápidamente—. Me parece muy bien.

La sonrisa de Liam se apaga ligeramente, y eso me recuerda poderosamente su expresión cuando tenía nueve años, en Everless, paseando la mirada de un rostro a otro para evaluar la reacción de los niños sirvientes ante un antiguo dato que él recitó de un tirón. Siempre lo había considerado pretencioso por eso: colocar delante de nosotros sus conocimientos como una bolsa de monedas de sangre de

hierro, esperando ver la impresión que nos causaban. Pero, al analizar el recuerdo otra vez, veo la desilusión en los ojos del pequeño Liam, el deseo de conectarse ardiendo en ellos, junto con inseguridad.

—Es maravilloso —continúo apresuradamente—. Me encanta este lugar. Me siento... segura.

Su sonrisa se vuelve más amplia y algo salta dentro de mi pecho.

—Aunque odio tener que admitir que Elias tenga razón, creo que es seguro, Jules —afirma—. Caro no parece saber que algo ha sobrevivido.

Consigo reprimir una carcajada.

—Qué tranquilizador. —Me doy cuenta de que Liam sigue sujetando mi mano. Desliza su pulgar contra la palma, tan levemente que no estoy segura de si estoy imaginando el roce cálido sobre mi piel.

Se me tensa la garganta. Dentro de la seguridad de estas paredes, siento que estoy fuera del tiempo, lejos del alcance de Caro, invisible a todos los habitantes de Sempera salvo Liam, que se encuentra frente a mí. De pronto y de golpe, quiero abrazarlo.

Sin embargo, nada sucede. Una corriente de decepción se dispara dentro de mí y retiro mi mano de la suya.

—¿Hay algo aquí que nos ayude a acabar con Caro?

Me obligo a mirarlo a los ojos cuando vuelve a sonreírme.

—Tal vez. ¿Quieres ver a qué hemos venido?



Me siento en la mesa de madera del salón de abajo mientras Liam camina de un lado a otro. Sus ojos brillan de la forma en la que solo lo hacen, como aprendí recientemente, cuando está hablando de algo relacionado con la historia. Detrás de él, hay un sencillo tapiz: un mapa de Sempera, simple y deshilachado, realizado en azul y oro. Se vuelve hacia mí, las manos estiradas frente a él, como si estuviera delante del salón a punto de dar una clase. Por un instante, vuelvo a tener siete años y estoy observando a un Liam mucho más joven trotando detrás de Roan por los jardines de Everless, mientras recita algún dato esotérico que se va con el viento.

—Elias y yo hemos reunido relatos de la Hechicera y el Alquimista durante los últimos años.

Liam tiene una amplia sonrisa en el rostro. Es raro, tanto júbilo en su mirada, desconectado de la pesadumbre que suele llevar como una capa sobre los hombros. No puedo evitar que una sonrisa también tuerza las comisuras de mi boca.

—Creía que no estabas muy convencido de venir aquí.

—Bueno... la forma de derrotar a la Hechicera es un enigma, ¿verdad? Los enigmas pueden resolverse. —Aclarándose la garganta, toma una pila de papeles de un estante y se agacha frente a mí,

apartando los platos con el codo antes de apoyar cuidadosamente cada hoja. Algunas son tan antiguas como el diario; otras son más nuevas, a juzgar por la textura del pergamino. Una que tiene una ilustración rudimentaria del rostro de una niña (que no es Caro ni soy yo) está garabateada en la parte de atrás de lo que parece ser un libro en el que se lleva el registro de los impuestos de los Gerling.

Examino las hojas desparramadas pero solo distingo dibujos y fragmentos de historias de *la zorra y la serpiente*. El nerviosismo se arremolina en mi interior, disipando la alegría que sentí al observar trabajar a Liam.

—¿Qué se supone que debería ver aquí?

Liam señala con el dedo, su índice flota de una hoja a la otra.

—Estudié todo esto de atrás hacia delante. Al principio, solo por el misterio de la Alquimista. —Se sonroja pero continúa hablando—. Pero después detecté un patrón. Aquí, aquí y aquí, los símbolos alquímicos para el veneno y la muerte se encontraron en escritos que dejaste cuando te marchaste, y en otros informes escritos de datos que, creo, se suponía que la Alquimista dejaría para los siguientes — explica más animadamente de lo que parecería apropiado al estar hablando de veneno y muerte—. Por lo que pudimos averiguar, todos son de diferentes vidas... al menos siete de ellos. Suponemos que se trataba de información que tú intentabas pasar a las siguientes generaciones.

—O recordar —agrego automáticamente cuando algo se agita dentro de mí.

Liam frunce el ceño pero continúa.

—Los símbolos... siguen apareciendo en historias que narran la muerte de la zorra.

Me asalta un raro sentimiento —¿envidia?—, junto con una ola de



confianza.

—No recuerdo haber inventado historias sobre la muerte de la zorra... pero eso solo puede significar que tengo razón. He estado pensando en la muerte de la zorra. En la muerte de la Hechicera.

Liam se sienta sobre las rodillas.

—Esta historia habla acerca de la garra de un sabueso que atraviesa la piel de la zorra. Esta otra es de un diente que le quita la vida de una sola mordedura. Lo cual no es muy interesante hasta que te enteras de que, en el lenguaje oficial de Sempera, se utilizaba la misma palabra para *garra* y para *diente*, lo cual implica que debían estar refiriéndose a lo mismo. Los eruditos que trabajaban en esas historias tradujeron el mismo término de distinta manera.

Liam me mira expectante, pero no digo nada, mareada con la avalancha de información. Además, la amargura se está acumulando tan velozmente en mi pecho que tengo miedo de hablar. Todo ese tiempo, mientras mi padre y yo vivíamos día tras día, comida tras comida, Liam estaba sentado aquí investigando el misterio que me rodeaba, el misterio de la Hechicera, que estaba buscándome en Sempera, oculta detrás de símbolos esotéricos y capas de secretismo. *Él sabe más de la Alquimista que yo*, pienso amargamente.

—Y hay más —agrega vacilante.

—Genial —mascullo.

Liam ya se está dirigiendo hacia la pared, donde aparta con cuidado el tapiz. Debajo, la pared es de piedra lisa. Excepto por algo que está tallado en ella. Un antiguo glifo, raro y, sin embargo, familiar, con la forma irregular de un círculo con detalles y adornos que emergen de él. El reconocimiento de lo que estoy viendo me atraviesa como una puñalada. Me levanto y me aproximo.

Desde más cerca, puedo ver que el glifo no tiene una sola forma sino

varias, entrelazadas en un imposible laberinto de curvas, espirales y esquinas en ángulo recto. Sencillos círculos y cuadrados se transforman en líneas quebradas que terminan bruscamente en signos que pertenecen (o podrían pertenecer, hasta donde yo sé) al antiguo idioma de Sempera. Todas las formas están apiladas unas sobre otras tan elaboradamente como están entrelazadas las pequeñas ramas y la paja en el nido de un pájaro, uniéndose para componer la forma sólida que divisé a cierta distancia. Con la nariz casi pegada al glifo, veo que las líneas delicadas están, en realidad, grabadas en la piedra. La herramienta debe haber sido increíblemente pequeña y afilada. Dentro de cada ranura hay un fino polvo dorado, que hace que el glifo brille suavemente con la luz que se filtra por la ventana.

—Esto me resulta familiar —murmuro temblando descontroladamente y, al echar una mirada por encima del hombro, veo que los ojos de Liam se hallan muy abiertos—. No exactamente igual, pero algo similar a esto estaba tallado en la puerta de la tienda de Calla, la bruja de los arbustos de Crofton. No tan complicado ni tan... bello.

El glifo es *realmente* bello, casi de otro mundo, nunca antes he visto algo tan elaborado y complicado. Cierro los ojos y trato de recordar la tienda de Calla en detalle, antes de que mi padre me prohibiera visitarla. Siempre pensé que él solo estaba tratando de ser estricto, de asegurarse de que no me transformara en una joven supersticiosa y dilapidara mi sangre de hierro en los símbolos y atavíos de una bruja de los arbustos. Pero ahora descubro que impidió que me enterara de los secretos que yacían dentro de mí. Me encantaba escuchar las historias de la bruja, sin saber cuánta verdad podían contener.

—Calla me contó que servía como protección... —*Del espíritu del Alquimista*, recuerdo dejando la frase incompleta—. Pero una vez

regresé y lo habían quitado.

—Mi madre ordenaba limpiezas de rutina de todos los pueblos de nuestras tierras, para quitar los antiguos símbolos alquímicos. Lo hacía, en general, cuando quería ganarse los favores de la Reina. — Liam señala detrás de nosotros, donde falta la pared, donde el Fuerte de la Ladrona, derruido, parece abrirse hacia la noche.

—Entonces, esto... —Vuelvo a fijar los ojos en el glifo, tratando de descifrar alguna forma entre tantas. Mi mente zumba—. ¿Qué significan estos símbolos? No estarían tallados en una pared si no fueran importantes, ¿verdad?

Levanto la mano para tocar la pared y luego me detengo, paralizada por el miedo. Después de un instante, Liam se acerca y sigue las líneas con la confianza de una prolongada familiaridad.

—Es una especie de lenguaje antiguo utilizado por los viejos académicos y los alquimistas. Algunos de estos signos son aun anteriores al antiguo idioma de Sempera y nadie sabe dónde se originaron. —Señala una sencilla línea curva—. Esta indica agua. —Se detiene y luego desliza el dedo por encima de un círculo, que tiene un círculo más pequeño en su interior—. Esto parece una cabeza canina, pero esto de aquí es el tiempo propiamente dicho. Los alquimistas (tú y tus seguidores) transmitieron su historia como pudieron, a pesar de que la Reina, o tal vez Caro, la destruía una y otra vez. La transmitían en fragmentos, en cuentos. Tenían que proteger sus conocimientos de la Hechicera, de modo que nada fue sencillo para ellos.

—Claro que no. —Pero mis viejas historias ya están aflorando en mi mente. *Cuando la Serpiente robó el corazón de la Zorra, lo devoró entero.*

—Nos llevó años descifrar lo que significaban, y todavía más tiempo distinguir unos de otros. Pero este, que se repite muchas veces, significa *arma*, igual que en los papeles. Y este, el más grande de todos,

significa *amor* o *corazón*. Pero este... —Se aleja de la pared—. Este es la *maldad*. Colocado de esta manera, forma una especie de frase: *un arma contra una gran maldad*.

—¿Un arma contra una gran maldad? Contra *Caro* —susurro. La emoción se desliza como un frío por mi espalda. De pronto, todos mis recuerdos parecen danzar tentadoramente cerca de la superficie, como si lo único que tuviera que hacer fuera dar un paso y caer en ellos. Con el rabillo del ojo, me parece ver que algo se mueve sobre mi hombro... pero cuando giro súbitamente la cabeza, no hay nada.

Vagamente, oigo la voz de Liam por encima de mi hombro.

—Hay otros símbolos cuyo significado aún desconozco. Me ha llevado años buscar discretamente, pero no puedo encontrar ningún registro de ellos, y Elias tampoco...

Pero sus palabras suenan lejanas, como si estuviera en el otro extremo de un largo túnel. Me estremezco.

Mi vista se vuelve borrosa. Todo se desdibuja, excepto el glifo de la pared que tengo enfrente, que ahora parece tornarse más nítido, más visible. Mi respiración y los latidos de mi corazón se aceleran y busco a Liam detrás de mí, repentinamente desesperada por algo, por alguien, que me fije a este momento. Pero antes de que pueda tocarlo, se disuelve ante mi vista, su voz se apaga y es reemplazada por una maraña de voces desconocidas. Llegan de todos lados, familiares en cierta manera, pero aterrorizadas.

Mi visión se aclara. Respiro y siento el aroma de algo dulce y penetrante. Liam no está. El Fuerte de la Ladrona está entero pero carece del brillo que tenía hace un momento, la luz de fuera de las ventanas es igual a la de dentro. Parece más real. Y estoy rodeada de gente: hombres y mujeres con ropas de colores intensos y brillantes.

Y se encuentran en medio del caos.

Corren de un lado a otro, gritando, tomando libros de los estantes y metiéndolos debajo de sus capas, agrupándose alrededor de la ventana para observar la noche. Junto a la puerta, un anciano de tez oscura reparte espadas a los que pasan y, cerca de mí, hay una joven demacrada pero de ojos brillantes junto a una mesa, sus manos tiemblan mientras envuelve frascos de vidrio en telas y los mete en una bolsa de arpillera. Mientras la observo, una lágrima se desliza por su mejilla.

*¿Qué sucede?*, intento preguntar, pero las palabras brotan deformadas y amortiguadas, como si estuviera hablando debajo del agua. De todas maneras, la mujer gira bruscamente hacia mí y extiende la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—Tenemos que marcharnos, milady —advierde, la voz dura por el miedo y las lágrimas contenidas—. Ella está aquí. La Hechicera.

Abajo, se escucha un estruendo terrible; alguien grita. Y, a través de la puerta abierta, llega olor a humo desde las escaleras.

*Recuerda*, pienso frenéticamente mientras el pánico me atraviesa antes de que pueda llegar a registrar qué debo recordar: pánico, porque sé que la Hechicera está aquí, por mí, y sé que no voy a cruzar las puertas de Bellwood con vida. Observo cómo mis manos se extienden hacia la pared de piedra, siento el dolor mientras deslizo los dedos por encima de los símbolos una y otra vez, hasta que mi piel está desgarrada y sangrando, y mi sangre se disuelve en la piedra que está debajo formando un mensaje. *Agua. Plomo. Rubí. Maldad. Arma. Garra.*

Mi dedo ensangrentado se dirige hacia otro símbolo más, con la forma de una luna creciente... y se detiene.

Me doy la vuelta y me encuentro con la Hechicera. Su cabello oscuro y suelto está cubierto de sangre y ceniza, aunque hay un lazo de seda

azul en medio de los mechones. Mis ojos descienden sobre su vestido desgarrado, que deja a la vista una franja de piel chamuscada (rosada, irregular y caliente) justo sobre su corazón. La marca resplandece en el creciente calor.

—¿Creíste que podrías huir? —ruge Caro y se lanza hacia mí quitándose el lazo azul del pelo y envolviéndolo alrededor de mi cuello en un movimiento fluido.

Y luego...

Negro, vacío. Estoy en otro sitio, aunque el espacio que me rodea es tan oscuro que no sé dónde estoy.

El dolor explota en todo mi cuerpo. El calor late en la palma de mi mano, en forma intensa y persistente. Miro hacia abajo y abro los dedos. Mi puño dolorido, en carne viva y palpitando.

En la palma tengo una joya color sangre del tamaño de una moneda de un año, afilada de un lado, como si la hubiera extraído de una gran bestia. La gema está rodeada de una serpiente de piedra que se desenrosca hasta convertirse en un mango. Una daga. *Garra. Diente. Arma.* Horror y asombro en partes iguales fluyen a través de mí. La joya derrama luz carmesí sobre mis dedos, como si estuviera sangrando sobre mi mano. Al mirar atentamente la luz que danza sobre el acero, veo una imagen reflejada que me sonrío...

No. Caro me sonrío. El rostro de la Hechicera refractado una docena de veces sobre la superficie cristalina de la daga.

Y... Caro está allí, está realmente *allí*. En el suelo, debajo de mí, la cabeza ladeada hacia atrás, los ojos muy abiertos.

*Yo hice esto.*

Y ahora debo ocultarlo, protegerlo. *Recordar.* Debo escapar...

Súbitamente, una mano me sujeta el brazo y grito.

—¡Jules! —alguien ruge. La voz de un chico, conocida. El grito y el

rugido se apagan en mi cabeza, la oscuridad se disuelve en una luz pálida y la habitación va volviéndose nítida lentamente...

Ahora reina el silencio y solo estamos Liam y yo.

Él tiene la vista dirigida hacia mí, pálido y con los ojos muy abiertos, pero no mira mi rostro. Sigo su mirada hasta mis manos y me embarga una intensa conmoción justo antes de que me ataque el dolor. Mis dedos están ensangrentados, las uñas desgarradas. Tengo los puños blancos y apretados con manchas rojas, igual que en mi visión. Despacio, el corazón latiendo con fuerza, abro la mano...

Y no hay nada. Nada más que aire.



La decepción inunda mi pecho, de manera tan fuerte y repentina que tengo que esforzarme para contener un sollozo. Estoy de rodillas junto a la mesa, temblando, odiando la forma tan sencilla en que la visión arrebató la tranquilidad y la calidez del Fuerte de la Ladrona. Mi estómago se agita. Liam se agacha a mi lado, me acaricia el brazo. Tengo que alejarlo... Pero no puedo. No lo hago.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? —pregunta gentilmente.

Pero las palabras vuelan a mi alrededor como el viento, sin llegar a materializarse. Me siento tan pesada y confundida como cuando despierto después de haber dormido durante el día y veo que la luz ha ido desapareciendo hacia el crepúsculo. Los rostros aterrorizados de las personas de mis sueños (alquimistas menores, ahora me doy cuenta, mis seguidores) destellan en mi mente. La Hechicera vino aquí, al Fuerte de la Ladrona, a atraparme. Colocó el lazo alrededor de mi cuello para tratar de asfixiarme. ¿Lo logró? ¿Cuántos alquimistas escaparon? ¿Cuántos sucumbieron al humo de la Hechicera?

Respiro con pesadez, de forma entrecortada. Liam me rodea con el brazo y me atrae hacia él. Abre la capa y la coloca encima de mí, como una manta. Calentándome, ocultándome. No me había dado cuenta hasta ahora de que estaba muerta de frío y temblando ferozmente. El



corazón de Liam late de nuevo junto a mí; esta vez siento la tensión en sus músculos, el rebote sordo de las palabras pronunciadas para reconfortarme. Debería apartarme, lo sé, pero siento que me desmoronaré si lo hago. El Fuerte de la Ladrona —mi hogar— desplegó frente a mí la promesa de grandes revelaciones para luego arrebatármela de modo abrupto.

—Tranquila —murmura Liam en mi pelo. Me atrae más cerca de él, a pesar de que a estas alturas ya he dejado de temblar, y me rodea con el otro brazo, como si pudiera protegerme de los que quieren hacerme daño. Aún puedo sentir la tensión que hay en él... pero también hay calidez, para compensar el frío nudo de miedo de mi pecho.

Las imágenes dan vueltas por mi mente, unas se adelantan a las otras, revolotean detrás de mis párpados cerrados tan velozmente como esos coloridos libros animados que tenía Roan Gerling cuando éramos niños. Trato de ordenarlas, de encontrarle sentido a lo que acabo de ver. A mi lado, Liam permanece callado. Ninguno de los dos se mueve hasta que el silencio ha reinado durante varios minutos. Cuando hablo, es para decir:

—Vi algo. Una especie de arma.

—¿Un arma? —repite Liam, los ojos desorbitados.

—Sí. —Me miro la mano, como esperando que la daga con rubíes siga allí. Con un sobresalto, recuerdo a Caro a mis pies, la boca abierta y retorcida en un grito. La misma imagen que vi después de apuñalarla en los jardines de Shorehaven—. No sé qué era esa daga ni de dónde vino, pero la *sentí*. Era tan real como sujetar...

Me detengo abruptamente al darme cuenta de que aferré la mano de Liam para demostrar la verdad de mis palabras. Con rapidez, desengancho mis dedos de los suyos. Y me aparto levemente de la protección de su capa, señalo los papeles que aún están

desparramados delante de nosotros y luego el resplandeciente glifo de la pared.

—¿Y si es el arma que mencionaste en tus papeles? El símbolo de la pared... —Me doy la vuelta para observar el glifo dorado tallado en la piedra—. ¿Por qué otro motivo podría yo tener una visión tan clara de ella?

Liam aguarda unos segundos antes de asentir y luego se aclara la garganta.

—Es posible, supongo. Tal vez sea algo que creaste en una vida anterior. ¿Está aquí?

Exhalo con fuerza. La emoción ante lo que vi y la frustración ante Liam por mostrarse renuente se encuentran en mi pecho como el aire frío y el aire caliente: una tormenta en gestación.

—No... no lo sé.

—¿Viste dónde estaba? —pregunta Liam, el semblante demudado.

—No. —Cierro los ojos con fuerza, tratando de recordar las imágenes, pero ya se desvanecieron—. Me hallaba en esta habitación... el Fuerte estaba ardiendo y Caro entró a buscarme, pero luego la visión se volvió... negra. Vacía, excepto por la daga. Sabía que tenía que esconderla en algún lugar y recordar dónde, pero no sé...

Las palabras tienen un sabor amargo en mi garganta. Me quedo callada y dejo caer los ojos sobre mis manos pálidas y ensangrentadas. *Yo soy la Alquimista*, me digo a mí misma. Pero no me siento poderosa aquí, atemorizada, escondida, con depredadores dando vueltas del otro lado de la puerta. Lo que sí siento es que brota en mí una repentina frustración ante todo lo que no sé, todo lo que no entiendo...

Ante el creciente instinto de escapar de Sempera para siempre,

exactamente como quería Liam que hiciera antes de que me fuera a Crofton, como insistió cuando huimos de Shorehaven.

Miro fijamente la parte oscura de sus ojos, mis entrañas agitándose y retorciéndose debido a las dudas. ¿Cuántos años he perdido? ¿Cuántos años pasé en Crofton haciendo garabatos mientras Liam Gerling estudiaba partes de mí que yo misma desconozco en libros con olor a humedad? ¿Cuántos años estuve condenada a seguir siendo una extraña para mí misma, para la Alquimista sepultada en las sombras dentro de mi cabeza? Ni mi antiguo hogar me da la bienvenida, al menos no del todo. Me duelen las yemas de los dedos, ensangrentadas y arañadas, en donde recrearon mi visión. También me duele el corazón.

Si la Alquimista permanece sepultada dentro de mí para siempre, revelándose en fragmentos de recuerdos rotos, nunca completa... ¿quién soy, entonces? Ni Jules Ember ni nadie.

Me levanto y retrocedo de espaldas hacia la puerta. De pronto, la necesidad de estar sola (y de salir del engañosamente bello Fuerte de la Ladrona) es abrumadora.

Liam también se pone de pie y me mira con incertidumbre.

—No —murmuro—. Necesito pensar.

—No puedes irte, Jules. No es seguro...

—¡No! —Mi voz es más fuerte, casi un grito.

Liam parpadea, la mano que había extendido hacia mí ahora cae a un lado de su cuerpo. Veo el dolor que cubre sus ojos, pero, de todos modos, me doy la vuelta y bajo las escaleras casi corriendo.

En el exterior, respiro a grandes bocanadas el aire fresco de la primavera, aunque no me ayuda mucho a disipar la confusión. Más que nada, es el olor a humo lo que aún persiste en mi nariz y el sonido de los gritos en mis oídos.

¿Cuántos cientos de años atrás fue esa noche, ese fuego que quemó el Fuerte de la Ladrona y esparció a los alquimistas menores en el viento? ¿Cuánta gente murió entonces, como ahora, por mi culpa? Su desaparición (porque realmente desaparecieron, lo sé en lo más profundo de mi ser) todavía me atormenta. *Ellos me seguían*, susurra una conciencia más vieja que mi cuerpo. Confiaban en mí.

Esta fue distinta de las otras visiones que he tenido, tanto en Everless como cuando andaba viajando por los caminos. No estaba corriendo por el bosque ni encadenada en un calabozo, indefensa, siguiendo un camino predeterminado como la rueda de un carro. Estaba *allí*, en el Fuerte de la Ladrona, con los alquimistas menores, compartiendo su terror y su adrenalina. Estaba viva en el recuerdo, podía moverme, hablar y sentir. Y después... el peso de la rara daga de rubíes en mi mano, tan real como el dolor de mis uñas rotas o el calor de la mano de Liam sobre mi brazo.

Me arrodillo en el suelo y respiro profundamente entre la hierba fresca, desesperada por sentir la fuerza enorme y real de la tierra debajo de mí. Las imágenes y las sensaciones del recuerdo se desvanecen un poco y son reemplazadas por el olor agradablemente húmedo del suelo, junto con el silbido del viento a través de los árboles. Los recuerdos estaban flotando en el aire de esa pequeña habitación, cubriendo mis pulmones, pero ahora he logrado salir del alcance de la nube.

Alzo la cabeza y me vuelvo para mirar el Fuerte. He dejado a Liam allí dentro con lámparas ardiendo, pero desde fuera, como antes, solo parece ser una ruina bella y vacía.

La sospecha se infiltra dentro de mi cabeza. Todo esto podría ser un truco cruel de Caro... otra parte de su juego perverso. Como cuando manipulaba a la reina anterior, deslizando tentáculos de su magia

dentro de su cabeza...

¿O no se trata de Caro, sino de mi propia debilidad? ¿Acaso me estoy derrumbando, enloqueciendo, sin tener la fuerza para mantener siglos de recuerdos?

No. La forma del glifo flota detrás de mis ojos, escrito con mi propia sangre en un dorado resplandeciente. El glifo y el Fuerte de la Ladrona... juntos me deslizaron dentro del recuerdo, las formas y las líneas entrelazadas por encima de mí como una red.

Un mensaje que había quedado olvidado y esperando... por mí.

La daga. Estaba en mi mano; aún puedo sentir su luz, su calor, un mudo grito de sentido desde mi pasado. Su empuñadura era una serpiente... eso tiene que significar algo. Flexiono y retuerzo los dedos como si pudiera hacerla aparecer por pura voluntad. Cierro los ojos con fuerza y trato de imaginarme tallando esas formas raras, de imaginar más de lo que sucedió antes, lo que estaba intentando tan desesperadamente recordar. Trato de eliminar la negrura del último recuerdo, de descorrer las gruesas y oscuras cortinas de mi cabeza, de revelar cualquier indicación de dónde se llevó a cabo.

Pero es inútil. Los recuerdos danzan tentadoramente alrededor de los bordes de mi mente, matices de sentido titilando como luciérnagas en el crepúsculo.

A lo lejos, una conmoción de voces me hace abrir los ojos abruptamente. Me da un vuelco el estómago al notar que me he alejado mucho del Fuerte. Hay pinos a mi alrededor, alfombras de piñas bajo mis pies. Débilmente, puedo escuchar el ruido distante de la ciudad. *No es seguro*, me había advertido Liam.

El miedo me inunda. No debería haberme alejado de Liam cuando los recuerdos nublan mi mente de esta manera.

Luego, un poco más adelante, en el camino que lleva hacia la puerta

principal, distingo una figura. Me lleva un momento reconocer que se trata de la silueta de una persona, porque ella (una chica con ropaje de estudiante) está quieta. Se halla sentada en la hierba, de espaldas a mí, encorvada sobre algo que está en el suelo. Queda claro por la inmovilidad de su cuerpo que está completamente concentrada en lo que está haciendo. Una porción de sol se mantiene detrás de ella, lo contrario a una sombra.

Sé que debería salir corriendo, pero el instinto me impulsa hacia delante. Está oscuro entre los árboles y hace frío. Lo suficientemente oscuro, espero, como para que no pueda distinguir los rasgos de mi rostro.

Estoy debatiéndome entre llamarla o no cuando una ramita cruje bajo mis pies. Antes de que pueda pensar, la joven se levanta de un salto y se da la vuelta, desparramando las cosas extendidas en el suelo a su alrededor... distingo el brillo de metal y el blanco de huesos.

Los atavíos de una bruja de los arbustos.

—¿Quién anda ahí? —exclama la chica. Reconozco que es una de los jóvenes borrachos que pasaron antes junto a nosotros: Stef, la joven que Liam dijo que provenía de una familia de brujas de los arbustos, que gritó burlonamente *Larga vida a la Reina*. De cualquier manera, ahora ya no está ebria en absoluto. Sus ojos oscuros examinan los árboles y su postura es tensa, como si estuviera lista para escapar o pelear.

Podría quedarme quieta o intentar alejarme sigilosamente. Pero el recuerdo continúa aferrándose con sus garras y gruñéndome al oído. Una idea brota en mi mente... peligrosa y desesperada.

Antes de que supiera que yo era la Alquimista y Caro la Hechicera; Caro, Ina y yo visitamos a una bruja de los arbustos en Laista. Esa fue la noche antes de que todo cambiara para siempre: Ina buscaba hacer

una regresión de sangre, el ritual del campo en el que puedes retroceder sobre tu propio tiempo y permitir que los recuerdos perdidos salgan a la superficie, momentos para hojearlos como las páginas de un libro. Como en tantos pueblos aislados y desparramados a lo largo de Sempera, la bruja de los arbustos de Laista era un fraude... pero su tienda llena de humo sacó a la luz muchos recuerdos vívidos que estaban sepultados dentro de mí. Esos recuerdos recobrados me condujeron a Briarsmoor, donde descubrí la verdad sobre mi nacimiento.

Si Stef realmente es una bruja, tal vez pueda ayudarme en lo que Liam no puede. En lo que ni siquiera yo puedo ayudarme.

De modo que doy un paso hacia adelante, entro en el charco de luz que hay entre nosotras y la llamo.



—Stef.

Contengo la respiración mientras gira abruptamente la cabeza y me mira, la temeridad de lo que acabo de hacer vibra dentro de mí. Ya es muy tarde para volver atrás. Su mirada aguda e imperturbable desata el miedo en mi interior como un pedernal golpeando una piedra. Tal vez el comentario ligero que hizo anteriormente acerca de la Reina no era más que una forma de llamar la atención. Si ese es el caso y ella me reconoce como Jules Ember de Crofton, buscada por el asesinato de la Reina, es probable que me haya condenado por una desesperada necesidad de ayuda.

Pero, afortunadamente, no me reconoce, o, al menos, si me reconoce, no lo demuestra. Sus ojos viajan lentamente por mi rostro, su boca se achata en un gesto de sospecha.

—He oído decir que eras una bruja de los arbustos. —Un intento de entablar conversación. Pongo un tono de voz audaz y enérgico, que imagino tendría una estudiante si esto fuera simplemente un entretenimiento.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta fulminándome con la mirada.

—Liam Gerling —respondo recordando la lección que me enseñó mi padre y que Everless me hizo entender: di la verdad todo lo que



puedas, para que las mentiras sean más difíciles de detectar. Mientras hablo, trato de mirar furtivamente los objetos desparramadas alrededor de sus pies y mi corazón se acelera ante el espectáculo. Trozos de metal retorcido con formas raras, adornos tallados de poco valor que podrían ser de madera clara o de hueso, un pequeño cuenco de bronce con polvos.

Sus ojos se abren asombrados y luego se achican nuevamente.

—Gran compañía. Nunca te había visto antes.

—¿Y son ciertos los rumores? —pregunto encogiéndome de hombros.

Con aire de enérgica eficiencia, Stef junta los objetos en el trozo de terciopelo color borgoña, donde se encuentran apoyados. Sujeta una cuerda de cuero de la hierba, ata la tela formando una bolsa y la sujeta a su cinturón.

—¿Qué rumores? —dispara, sin despegar los ojos de mí—. Hay varios. Tendrás que ser más específica.

—Que sabes de alquimia menor. Y que no le profesas cariño a la Reina —agrego la segunda afirmación impulsivamente y luego me detengo, el corazón latiendo a toda prisa. ¿Se dará cuenta de que estoy tratando de tantear sus lealtades?

Me observa fríamente, demostrando el mismo recelo que tengo yo. Pero detecto un destello de risa en sus ojos, ante mi audacia, espero.

—No le profesaba cariño a la *antigua* Reina. Todavía no sé qué pensar acerca de la huerfanita. Pero dudo de que mi vida vaya a cambiar de alguna manera.

Se me contrae el estómago ante el comentario burlón sobre Ina, pero reprimo la ira.

—¿Y la alquimia? —pregunto—. Necesito un servicio y puedo pagarlo.

Me echa una mirada inexpresiva.

—Si yo tuviera lo que tú estás buscando, ¿por qué habría de decírtelo, desconocida?

—Porque necesito la ayuda de una bruja. Es... importante — respondo, el corazón acelerado.

—¿Y de qué se trata? —inquire con tono de indiferencia mientras se pone de pie.

Froto mis manos sudorosas en el vestido de Danna. Stef parpadea al percibir el gesto.

—De recordar cosas que he olvidado —contesto—. Quiero hacer una regresión de sangre.

Stef da un paso hacia mí. Es alta, de piel morena, con largas trenzas que caen sobre sus hombros. Su túnica de color verde está en perfecto estado, a pesar de haber estado sentada en el suelo del bosque.

—Las regresiones de sangre son para mujeres de la nobleza o locas desesperadas. —Sus ojos recorren mi cuerpo con rapidez y luego ascienden otra vez y vuelven a posarse en los míos, me evalúa con expresión impávida—. Tú no eres una mujer de la nobleza y debe ser importante si vienes a mí buscando ayuda. Pero si este es el caso, ¿cómo has podido olvidar el recuerdo?

Mi corazón late más ligero. Parece estar estudiando mi expresión y deseo desesperadamente que haya estado recluida en el campus estudiando las últimas semanas, que no haya visto los carteles con el boceto de mi rostro pegados por toda la ciudad.

—Son las historias de alguien que ya no está. —No es una mentira.

—Todos hemos perdido a alguien. Recordar sus historias no los traerá de vuelta. —El rostro de Stef permanece pétreo. Luego, en voz más suave, agrega—: La gente olvida para poder sobrevivir.

A pesar de sus palabras, hay un dejo de cautela en su voz que

despierta esperanza dentro de mí, una cierta curiosidad que tiñe su semblante. Ahora soy yo quien da un paso adelante.

—Por favor. Te pagaré por tu tiempo, pero realmente necesito ayuda.

—Tendrás que buscarla en otro lado. —Su voz se vuelve más fría. Me da la espalda (habiendo concluido, en apariencia, que no supongo una amenaza para ella) para terminar de reunir sus pertenencias. Un pequeño cuenco, un cuchillo corto que brilla en medio de una alfombra de flores—. ¿Liam Gerling también te contó que la antigua Reina ejecutó a la mitad de mi familia por practicar magia?

—No —contesto tragando con fuerza.

Se vuelve hacia mí, una sonrisa triste y desdeñosa dibujada en el rostro.

—Bueno, yo no estoy buscando terminar de la misma manera.

—Y sin embargo estás aquí, en el bosque, practicando magia —comento de inmediato.

Se gira bruscamente, las cejas muy arqueadas, pero no dice nada. El silencio me alienta.

—Lamento mucho enterarme de lo que le ha ocurrido a tu familia —digo con calma. Trazo un círculo con dos dedos sobre mi torso, haciendo el signo del reloj, una señal tradicional de respeto cuando se está de duelo—. Lo único que necesito es una simple regresión de sangre. Y como ya te he dicho, puedo pagarla.

—Si has oído rumores sobre mí —señala Stef retorciendo la boca—, supongo que también has oído rumores sobre mi familia. Admito que al ser la hija de un Chamberlayne puedo permitirme ciertas discrepancias... —Su mano se dirige inconscientemente hacia la bolsa del cinturón—. Pero no voy a arriesgarme a hacer regresiones de sangre para chicas desconocidas que me siguen por el bosque.

Ahora... adiós. —Se da la vuelta y echa a andar, la capa de seda verde flota detrás de ella.

—¡Soy Jules! —Mi voz se rompe en mitad de la exclamación.

El eco del grito —*Jules, Jules, Jules*— parece inundar la arboleda. De inmediato, deseo poder retractarme. Me quedo inmóvil en el lugar mientras Stef gira lentamente hasta quedar frente a mí. Mi nombre flota en el aire entre nosotras, una serpiente venenosa que extiende la cabeza lista para atacar. Una señal de advertencia, de peligro.

—Jules —repite Stef despacio, pensativa. Estudia de nuevo mi rostro y me parece ver que sus ojos se agrandan levemente, casi imperceptiblemente. Me quedo quieta—. ¿Supongo que no serás Jules Ember?

Mi silencio es respuesta suficiente.

La respiración de Stef brota como un silbido entre sus dientes. Se mueve hacia adelante, los pies silenciosos en el suelo, pero no se me escapa la manera en que una mano se dirige a la cintura. Me pongo tensa, preparándome para utilizar mi magia si extrae un cuchillo de la capa, pero se detiene a poco más de un metro de mí.

La sonrisa de Stef se tuerce con lentitud a través de su rostro, como un lazo con el calor.

—¿Realmente mataste a la Reina?

—No. —El sudor gotea por mi espalda mientras niego con la cabeza.

—Oh, es una pena —exclama, el rostro demudado—. De haberlo hecho, tal vez consideraría la idea de ayudarte.

—Iba a hacerlo —suelto intempestivamente. Ya conté una parte importante de la verdad, ¿qué importancia tiene si también revelo el resto?—. Pero ella no era más que una marioneta. Otra persona movía los hilos—. Me aclaro la garganta y trago mi miedo—. Es a *ella* a quien quiero matar.

—¿Tú? —pregunta, las cejas enarcadas nuevamente. La confusión, la curiosidad y hasta un dejo de miedo se enfrentan en el rostro de Stef, pero la parte razonable de ella parece haber ganado, o no me cree, porque da media vuelta—. Buena suerte con eso —exclama por encima del hombro.

La frustración me revuelve las tripas. *Sí, yo, quiero gritar. ¿Quién sino? ¿Quién sino la Alquimista?*

Hay una manera de demostrárselo. Mi cuerpo se mueve más rápido, antes de que yo pueda cambiar de idea.

Levanto las manos y lanzo mi mente hacia arriba. Antes de pensar demasiado lo que estoy haciendo, encuentro los árboles en el aire y detengo el tiempo alrededor de ellos, para que las ramas que rodean a Stef se queden inmóviles a pesar de la brisa. El mundo se queda en silencio, el canto arrebatado de las gargantas de los pájaros. Stef se detiene.

Alza una mano para tirar de una de las trenzas apretadas que enmarcan sus mejillas. Los segundos se vuelven más densos a su alrededor, como la miel. No puedo interpretar su expresión. La emoción tuerce su rostro en partes iguales de asombro, furia y...

Reconocimiento.

Con un estremecimiento, suelto la magia. El viento murmura otra vez a nuestro alrededor, los gorjeos de los pájaros vuelven a estallar en el aire. Durante un instante, los sonidos son frenéticos, apresurados, como si estuvieran recuperando el tiempo perdido.

Después de unos segundos, habla:

—Mi madre me dijo que vendrías algún día... —Hace una pausa y da otro paso hacia mí, y su voz se convierte casi en un susurro cuando finalmente menciona quién soy—: Alquimista.

Por debajo, las emociones continúan allí: tanto la ira como el

asombro.

El corazón me da un vuelco. Escuchar esa palabra de una desconocida hace que la emoción suba y baje velozmente por mi espalda, junto con el terror.

—¿Tu madre? —inquiero, y de inmediato deseo poder retirar mis palabras, suenan realmente jóvenes y tontas.

Stef ignora mi pregunta. No parece percibirla, o no le molesta.

—Es cierto, ¿no? —Me mira fijamente y luego sujeta mis manos todavía abiertas entre las suyas y las vuelve como si fueran a revelar un gran secreto... o un truco. Luego, en un suspiro, su rostro pasa de la sorpresa a la furia. Aparta mis manos con dureza y yo las apoyo contra el pecho.

»Si eres la Alquimista, más razones tengo todavía para mantenerme muy lejos de ti. —Su voz se eleva por encima de los cantos de los pájaros y del rumor de la brisa. Recuerdo lo cerca que debemos estar de Bellwood, pero a Stef no parece importarle—. Tú has sido una maldición para mi familia. ¿Acaso tu lucha con la Hechicera no ha provocado ya suficiente daño?

Se me oprime el corazón mientras absorbo el significado de sus palabras. Recuerdo a los seguidores de la Alquimista que vi hace menos de una hora, en mi visión en el Fuerte de la Ladrona. ¿Habrá antepasados de Stef entre los muertos? Pero aún necesito ayuda —y ya estoy involucrada, me recuerdo con amargura, evocando las palabras de Amma—, de modo que respiro profundamente.

—Es cierto. No te estoy pidiendo que seas parte de nada —señalo—. Solo necesito una regresión de sangre. Como ya te he dicho, te pagaré.

Stef estudia mi rostro durante un instante, el ceño fruncido por la concentración. Luego cruza los brazos sobre el pecho.

—Cinco años.

Respiro profundamente. La cantidad hace que me estremezca. ¿Cuánta gente en Crofton murió por menos? Pero aunque no lo vi con mis propios ojos, sé que Liam tiene suficientes monedas de sangre en su alforja. Con un vuelco del estómago, acepto.

—Está bien. Cinco años.

—Estos son rituales reales, prácticas que existen desde hace mucho, realizados por mi familia durante siglos. No es una magia tan poderosa como la tuya, pero —señala Stef con tono cortante mientras sus ojos vuelven a posarse en mis manos— no es un fraude ni un truco de salón. Tal vez no veas nada o tal vez veas algo que no quieras ver.

—Empecemos. —Asiento con la cabeza para expresarle que estoy de acuerdo.



Con la capucha cubriéndome la cabeza, sigo a Stef a los dormitorios de los estudiantes para que pueda recoger los elementos necesarios para la regresión de sangre. Una sensación de triunfo resuena dentro de mí y ahoga el miedo. Estoy retrasando mi regreso al Fuerte, no tengo prisa por ver a Liam. Juro que, aun a cierta distancia, siento que el aire se caldea con su enfado hacia mí: por correr tras el peligro, por revelar de manera apresurada mi identidad a Stef.

Pero ¿acaso no dijo él mismo, en una ventosa noche en Laista, que yo me lanzaba hacia el peligro con el corazón abierto? Liam sabe que la respuesta es sí. Siempre.

Me sorprendo al descubrir que los oscuros y hundidos pasillos que conducen al dormitorio de Stef no parecen ser muy diferentes a los

pasillos mal ventilados de la servidumbre en Everless. Pero, desprovistos de los sirvientes que se mueven apresuradamente por los pasillos del castillo de los Gerling, llevando la ropa a la lavandería con las piernas doloridas, los sombríos túneles de Bellwood resultan más ligeros. La historia flota en el aire, saturada de una muda sensación de júbilo.

Stef tiene su propia habitación. Es pequeña y estrecha, solo iluminada por una pequeña ventana con vistas a la ciudad. Tengo que agacharme para no golpearme la cabeza con las vigas. En un rincón, hay un escritorio cuadrado. Abre el cajón inferior y extrae una caja de madera, que está llena de objetos.

Permanezco detrás con cierta incomodidad, curiosa pero sin querer husmear mientras ella llena la bolsa de cuero con un cuenco del tamaño de su mano, un mortero de madera y varios fajos de hierbas. Me alcanza un cuadernillo gastado, escrito en el idioma antiguo de Sempera. Es visiblemente viejo, la textura suave entre mis dedos. Huele un poco a metal y a ceniza, o a los perfumes agrídulces que toda bruja de los arbustos parecen tener en su tienda. Luego atraviesa el dormitorio dando grandes pasos, levanta una tabla de madera del suelo y deja a la vista una hilera de relucientes botellas de vino. Esconde una bajo la capa, murmurando:

—Te debo una, Ruthie.

Una vez escondidas la bolsa y la botella, se incorpora y me mira expectante.

—¿A dónde vamos?

Siento que la sangre se retira de mi rostro. No me importaría llevarla al Fuerte (es *mi* hogar, después de todo), pero Liam está allí. Aunque ella sabe que soy la Alquimista, es peligroso dejar que vea que Liam está conmigo.



—Ya estoy a un paso de que me expulsen —comenta intencionalmente—. No haré magia en mi propia habitación. ¿Dónde vives?

La duda me carcome, pero no voy a arrepentirme ahora. *Usa tu tiempo*, como decía Amma.

El silencio entre nosotras es tenso mientras la guío hacia el Fuerte de la Ladrona, la calma parece crepitar de peligro. Una oleada de estudiantes pasa riendo a nuestro lado en dirección opuesta y el terror me revuelve las tripas. Siento como si estuviera otra vez en Shorehaven, los pies colgando del acantilado, nada debajo salvo rocas escarpadas y una profunda caída. Los ojos de Stef también se mueven frenéticamente de un lado a otro. *Está nerviosa*, pienso, y eso libera algo de tensión de mis músculos. Es a mí a quien se debe temer... y no a ella.

Dejo a Stef esperando mientras subo la escalera. El Fuerte es mi secreto y puedo compartirlo, pero Liam tendrá que marcharse antes de que la deje entrar. Nadie tiene que saber que él está conmigo.

Pero cuando atravieso la arcada y entro en mi espacio de tiempo robado, Liam no está.

*Seguramente ha salido a buscarme*, eso es todo, me digo a mí misma, tratando de disipar el miedo que crece en mi garganta. Pero la imagen de un soldado llevándoselo a la fuerza hace que la bilis se cuele con sigilo dentro de mí.

Sin saber bien qué hacer, le grito a Stef que suba. Cuando llega a la habitación de la Alquimista, sus labios se separan y los ojos se abren mucho mientras devora el espacio y se detiene en la imagen veraniega de Bellwood, que aparece del otro lado de la pared destruida, derramando rayos de sol sobre el piso.

—Mi madre me habló de este lugar cuando era una niña. Nunca

imaginé... —Sus ojos se desplazan maravillados por encima de la pared rota y en su rostro se va dibujando una sonrisa, rápida y efímera, pero real.

—Hace un rato, me contaste que ella te habló de mí. ¿Qué te dijo? ¿Yo...? —Me detengo por lo raras que resultan las palabras en mi boca —. ¿Ella conoció a la Alquimista?

Stef no responde enseguida. En cambio, se dirige a la mesa y comienza a colocar sus utensilios. Finalmente, responde:

—De niña, sí. Creció escuchando las historias de la Alquimista y la Hechicera, como todo el mundo... aunque nuestras historias se pasaban de una generación a otra, no se hallaban en los libros. Pero cuando mi abuela murió a tu servicio, ella dejó de soñar contigo. Las historias que me contó eran más bien advertencias.

—Oh —murmuro suavemente, débilmente. Me retuerzo las manos, la culpa arde en mis entrañas. Pero, al mismo tiempo, no puedo evitar sentir una pizca de envidia. ¿Qué habría pasado si, en vez de ocultar la verdad con mentiras, mi padre hubiera sido sincero conmigo cuando era una niña, después de haberme salvado de la Reina (de Caro) en Briarsmoor? ¿Y si Liam me hubiera hablado de mi pasado en vez de guardárselo para sí mismo, como un puñado de monedas de sangre de hierro ocultas debajo de un colchón? ¿Acaso yo habría rehuido la verdad como Stef? ¿Habría escapado?

¿O sería *realmente* la Alquimista, más fuerte y más poderosa que mi enemiga?

Las emociones florecen en mí, intensas y enmarañadas. Stef creció con la magia y siento el deseo de desahogarme con ella.

—Acabo de descubrir hace poco algunas cosas sobre mis vidas anteriores. No conozco a nadie de mi pasado, solo a la propia Hechicera...

—Cuanto menos sepa, mejor —interrumpe Stef agitando la mano para callarme.

—Claro, por supuesto. —Aprieto los labios tratando de evitar que el aguijón de la decepción se refleje en mi rostro.

—Es difícil quitarse las viejas costumbres —comenta con un suspiro—. Mi madre solía decirme que cada cosa en Sempera, quizá hasta toda la naturaleza, alguna vez tuvo magia. Que, aun hoy, puedes extraer magia de una piedra, si sabes cómo hacerlo.

Haciéndome una seña para que me una a ella en la mesa, Stef coloca en su mano una hoja negra en forma de punta de flecha, una fruta de color rojo intenso del tamaño de la mitad de una ciruela y un cordel con hojas plateadas que me resultan familiares. Su voz es cortante, pero me parece advertir una nota subyacente de emoción.

—Una hoja con forma de pica del árbol más viejo de Sempera, para conectarte con el pasado. El mildiú de la vid, un veneno de alto volumen para eliminar el presente de tu mente y, por último...

—Acebo helado. —Trato de mantener un tono ligero de voz—. Solo crece en lugares en donde la Hechicera haya practicado su magia.

Lo sé porque la propia Caro me lo dijo. En mi mente, ella sonríe.

—La magia poderosa siempre deja algo —afirma rotundamente la joven.

Stef rompe en pedazos la hoja, la fruta y el acebo, y deja que se sacudan en el recipiente de bronce, que se encuentra sobre sus rodillas. Con el mortero, tritura impacientemente la mezcla y hace girar el tazón mientras golpea. A continuación, satisfecha, apoya el mortero en el suelo y destapa el vino robado con una suave explosión. El aroma dulzón se extiende entre nosotras y llena la habitación.

Despacio, vierte el líquido rojo en el recipiente y las plantas flotan en una brillante superficie malva. Al principio, no ocurre nada... pero

pronto surge de la mezcla un hilo de humo de color verde claro. La poción no tiene nada que ver con el líquido que la bruja de Laista conservaba en una botella. Justo cuando pienso que la rara voluta de humo parece el tallo de una flor, el extremo que se extiende hacia mí explota de color: una corona de cinco pétalos dorados rodeando un centro rojo y vibrante. Se me corta la respiración en el pecho.

—Es precioso. Nunca había visto nada semejante.

Observo asombrada mientras Stef arranca la flor de humo del tallo con los dedos índice y pulgar. El capullo casi translúcido parece flotar hacia arriba, hacia el techo abovedado: un pájaro sujeto por la punta del ala.

—Escucha atentamente. Concéntrate en lo que deseas recordar — indica.

Abro la boca para protestar: hay tantas sombras arremolinándose en mi pasado, que todas estallan en mi cabeza al mismo tiempo. Me esfuerzo por apartarlas, por concentrarme en el objeto que parece más real: la daga de rubíes. Necesito saber qué es, de dónde vino. Dónde está.

Mientras intento quitar todo de mis pensamientos excepto la imagen de la daga, Stef comienza a susurrar en el antiguo idioma de Sempera. Mi mente se aferra a los sonidos, empieza a tambalearse y a girar, se vuelve tan delgada como el humo que me rodea...

Con la mano libre, Stef inclina mi mentón hacia atrás, abre mi boca en un suave movimiento y luego vierte en ella la flor de humo. El humo se disuelve instantáneamente en mi lengua, dulce como la miel, luego frío como el hielo, luego caliente como una llama...

Y, aunque estoy sentada y completamente quieta, percibo cómo me voy desplomando con rapidez.

Siento que las paredes se van cerrando sobre mí desde todos lados.

Me encuentro en una habitación pequeña, más pequeña que el Fuerte de la Ladrona y desprovista de luz. Tengo las manos apoyadas sobre una pared y me estoy concentrando, volcando tiempo dentro de la piedra para erosionarla y derrumbarla, hasta que finalmente cede y me llena las manos de polvo.

Envuelta en humo, me impulso hacia arriba y caigo en un nuevo recuerdo. Caro se encuentra en una oscura planicie, el rostro en sombras, con las palmas levantadas hacia mí. Sus ojos tienen una expresión trastornada, están enrojecidos y llenos de lágrimas, y tiene las manos resbaladizas y cubiertas de sangre. Me doy la vuelta y echo a correr.

Después... sigo corriendo, pero la luz del sol invade la oscuridad con la fuerza de una explosión. Mis rizos vuelan mi alrededor y no estoy llorando sino riendo, y me persiguen. Un guijarro pasa volando por encima de mi cabeza y salpica la superficie del río que se encuentra cerca. Me agacho jadeando para dibujar una forma infantil en una roca con una rama negra y carbonizada en un extremo. De pronto, el agua se levanta violentamente en una gran ola...

*Muy poderosa*, grita una voz desde algún lugar remoto y las imágenes intermitentes se disuelven en una negrura completa y sin estrellas. La daga cubierta de rubíes aparece girando en el aire delante de mí, como si hubiera surgido repentinamente de la nada.

Luego, algo ejerce una fuerza violenta dentro de mi cabeza. Siento que me elevo en una luz acuosa, jadeando, lista para atacar...

Pero solo veo el rostro de Liam frente a mí, los ojos como llamaradas.



Me quedo inmóvil. La ira bulle en su rostro... y también, por debajo, la confusión. Liam se balancea sobre las plantas de los pies como si fuera a saltar. Su mirada vuela de mí a Stef. Su aspecto es de pies a cabeza el del lord frío y arrogante que conocí en Everless. Se me cae el alma al suelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, en un ataque verbal.

—¿Qué haces *tú* aquí? —replica ella, que ya está de pie, en actitud de guerrera, los hombros hacia atrás y los ojos desafiantes.

Me levanto de manera vacilante, aún mareada por la violenta avalancha de recuerdos.

—Stef, Liam está viajando conmigo. Liam... ella me está ayudando a hacer una regresión de sangre.

Stef me lanza una mirada acusadora.

—Dijiste que habías escuchado rumores a través de él. No dijiste que *viajabas* con él.

—Tampoco dije lo contrario. —Me siento tan joven como el sonido del comentario burlón. La cabeza dando vueltas, me inclino hacia adelante por encima de la mesa.

—¿Por qué habrías de compartir los secretos de la Alquimista justamente con un Gerling?

Liam frunce el ceño y me doy cuenta de que Stef acaba de tocar una fibra sensible.

—No soy mi familia. Jules sabe que puede confiar en mí. ¿Acaso tú puedes decir lo mismo, bruja de los arbustos?

—No me hables a mí de mi familia, pequeño lord —escupe Stef—. Mi abuela murió al servicio de la Alquimista. Mi padre se niega a reconocermme porque está avergonzado de tener una bruja de los arbustos como hija, así que me envió lejos, a un instituto donde todos murmuran sobre mí. Jules —Stef gira súbitamente hacia mí—, hay a otros que te apoyarán y que no apoyan a la corona. No tienes que depender de un Gerling...

—Liam me salvó la vida —comento—. Confío en él.

Stef se queda inmóvil y un silencio tenso se instala en la habitación. Los ojos de Liam están vacíos y la boca apretada... de frustración, diría yo, ante la posibilidad de perder el control de la situación. Finalmente, su cara se afloja y me hace un leve gesto afirmativo con la cabeza en señal de aprobación.

—Stef —digo, la voz áspera—. Quiero intentar nuevamente la regresión de sangre. Por favor.

Una mueca tuerce su boca. En voz baja, más para sí misma que para nosotros, murmura:

—Mi madre y mi abuela estarían horrorizadas si se enteraran de que su Alquimista depositó su confianza en un Gerling.

—Jules. —Hay un tono raro en la voz de Liam, como si estuviera tratando de no estallar—. No me parece...

—Cuéntame qué viste —interrumpe Stef, con voz cortante.

Liam también se queda en silencio y ambos me miran. Cierro los ojos, tanto para no ver sus miradas curiosas como para describir la serie de imágenes. Cuando termino de relatarles la avalancha de

imágenes que he visto, concluyendo con el oscuro vacío que rodeaba a la daga, estoy temblando de calor y de frío. Stef me observa fijamente, el único rastro de vacilación en su rostro es la leve tensión de sus labios apretados.

—Jules, no creo que otra regresión de sangre vaya a ayudarte.

—Pero... tiene que ayudarme —concluyo débilmente. Lágrimas ardientes y desesperadas queman mis ojos—. ¿Por qué lo dices?

Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, extrae una ampolla de vidrio de su bolsa de cuero y la llena con el resto del líquido del cuenco de bronce.

—El recuerdo puede adoptar muchas formas, pero nunca es un espacio vacío, en blanco y alterado como describes. Suena como un sueño.

—No —comento amargamente—. No estaba soñando. No es un producto de mi imaginación. Liam, cuéntale lo que encontraste en tu investigación —mi voz brota como una súplica.

Liam se mueve incómodo y su rostro se enrojece.

—Registros de las antiguas historias dan cuenta de un arma que matará a la Hechicera. Hay símbolos grabados en la pared —señala el glifo esculpido en la piedra— que sugieren lo mismo.

Aunque los ojos de Stef están entornados, queda claro que lo está escuchando, y luego se vuelve otra vez hacia mí.

—No creo que sea un producto de tu imaginación, Jules, no dije eso. Solo sé que tu mente parece... dispersa. Afectada por la magia.

—¿Afectada? ¿Qué quieres decir?

—Cuando le sacaste el corazón a la Hechicera, le sacaste magia pura, y luego la cortaste en pedazos. Es como... —hace gestos mientras busca la palabra precisa— cortar el cielo en pedazos. Nadie sabe de qué manera esa magia podría cambiarte. —Hace una pausa y



se queda mirando la ventana, los ojos nublados por el pensamiento—. Quizás estás demasiado lejos de esta arma como para verla con claridad. Pero para la Alquimista, la memoria son momentos y los momentos son tiempo. Quién sabe cómo podría interactuar la magia con ellos.

Mientras reflexiono sobre esto, la atención de Stef se posa en mi diario. Sus manos se quedan quietas y luego se levanta. Cruza la habitación y se sienta en uno de los sillones, apoya el diario en su regazo y comienza a pasar las hojas.

Instintivamente, me muevo hacia ella. Es raro ver a una persona que es casi una extraña hojeando mi diario. Quiero arrebatárselo, pero me contengo. Sus movimientos parecen ociosos, pero sus ojos están concentrados.

—Probemos algo... un viejo truco. Dame tu cuchillo —propone de pronto. El diario se inclina hacia abajo y veo que está abierto en una página en blanco, el pergamino amarillento enroscado por los años.

—Jules... —exclama Liam poniéndose tenso.

Le toco la cintura y se queda en silencio. Busco el cuchillo que dejé en la mesa de noche. Mi pecho está rígido por algo, no es esperanza exactamente, pero algo parecido. Temo examinarlo con demasiado detenimiento, en caso de que se desvanezca.

Cuando le paso el cuchillo a Stef, me sujeta la muñeca y sostiene la punta de la hoja junto a mi pulgar izquierdo.

Liam maldice por lo bajo, pero ella apoya el cuchillo y hace brotar una gota brillante de sangre. Presiona mi pulgar cortado encima del pergamino.

Liam se lanza abruptamente hacia adelante, pero se detiene cuando inclino la hoja de papel para que pueda ver lo que está sucediendo. Mi sangre no empapa el pergamino ni lo estropea, sino que separa el

papel en finos hilos rojos, que se dividen para seguir lo que parecen ser senderos preestablecidos de antemano.

Palabras. La sangre está formando palabras, arremolinándose para formar frases y palabras con una letra familiar. La letra de la Alquimista, mi letra, como aparece en el diario. El aire me abandona.

*Busca el río rojo.*

—«Busca el río rojo» —murmura Liam, leyendo del revés. Sus ojos se desvían velozmente hacia la pila de libros del escritorio y sé que está pensando en todos los demás secretos que podrían estar ocultos allí—. ¿Cómo lo has hecho?

—Desde luego que eso no es asunto de un Gerling —responde Stef con calma.

La respiración de Liam atraviesa los dientes con un silbido de frustración.

—Si esto es un truco...

—No es un truco. Como ya he dicho —repite con frialdad—, mi familia ha estado siempre al servicio de la Alquimista. —Alza los ojos hacia los míos—. No quiero involucrarme en nada de todo esto —agita la mano, hay desdén en su voz—, pero nunca le haría daño.

Liam y Stef continúan discutiendo en voz baja, pero en lo único en lo que puedo pensar es: *Busca el río rojo.*

Mi sangre se expande. Siento que el conocimiento se arremolina allí dentro, los secretos cantan en mis venas fuera de mi alcance. Yo debo haber escrito esa nota, debo haber realizado esa magia en una vida pasada. Muchos ríos pasan por Sempera, la mayoría llevan el nombre del pueblo que atraviesan, pero no sé nada de un río rojo. Cierro los ojos e imagino los mapas de Sempera que mi padre me enseñaba a dibujar cuando era niña. *Debemos conocer nuestra propia tierra.* El estómago me da un vuelco mientras me pregunto si él insistía en eso

porque sabía que algún día yo tendría que escapar.

Las imágenes me llevan a un lugar muy profundo de mi ser, pero cuando trato de seguirlas, me topo contra otra irritante pared en blanco. Sus palabras zumban en mis oídos.

—Basta —exclamo bruscamente.

Liam y Stef se quedan en silencio, luego Stef se pone de pie, el diario en las manos.

—Tengo una propuesta para ti, Alquimista —señala.

—¿Qué? —Mis mejillas me arden ante el título, pero Stef me mantiene la mirada.

—Déjame leer esto —propone—. Como paga, en vez de las monedas de sangre de hierro.

Miro a Liam sin querer. Parece afligido, pero debe haber aprendido antes la lección, porque permanece callado.

—¿Lo cuidarás? —pregunto después de respirar hondo.

—Lo mejor posible. —Su voz es firme—. Te lo traeré esta noche.

Asiento y Stef inclina la cabeza en señal de agradecimiento. Luego sale rápidamente sin despedirse.

Después de que la puerta se cierre detrás de ella, Liam respira lenta y prolongadamente.

—No me gusta ni un pelo que ese diario se aleje de nuestra vista —comenta con voz tensa.

—Ella ya sabe que soy la Alquimista —señalo. Cualquier secreto que esté más allá de eso parece pequeño y sin importancia en comparación—. Y además, ella encontró lo del río rojo... tal vez halle algo más.

La desesperación se escurre dentro de mí junto con la esperanza. Me levanto y camino hasta la pared abierta.

—Tiene que tener un significado. ¿Sabes algo de un río rojo?

—Tal vez haya algo en mis papeles... —masculla Liam retirándose

hacia su pila de libros de la estantería. Baja uno por uno mientras me coloco junto a la ventana, intentando encontrar aunque sea el más mínimo atisbo de sentido a lo que vi durante la regresión de sangre. A pesar de que la imagen titila, se vuelve difusa, recuerdo la piedra que pasó volando junto a mis rizos y cayó a mis pies en el río. Recuerdo haber dibujado una serpiente y una zorra en una roca. *Como cuando garabateaba de niña en los márgenes de mi diario.*

Meneo la cabeza tratando de aflojar alguna respuesta sepultada profundamente, pero nada aflora. Al volver a la ventana, observo a Stef atravesar a grandes pasos el parque que está debajo, hacia los dormitorios. Desde esta distancia y altura, su capa verde parece una hoja rodando por el suelo. El sol se disuelve en el horizonte. Stef se da la vuelta, se cubre los ojos con la mano y mira hacia la torre... agito la mano para saludarla y solo un segundo después caigo en la cuenta de que, debido al hechizo del tiempo, ella no verá más que una ventana vacía.

—Jules —dice Liam, y me sobresalto—. No existe ninguna mención de un río rojo en las versiones académicas del mito, salvo el río en el que Caro te ahogó durante tu primera vida. —Se muerde el labio—. Queda bastante lejos, junto a una ciudad llamada Pryceton. Es territorio de la familia Chamberlayne y sé con certeza que ellos mantienen la ciudad fuertemente armada. Creo que no deberíamos viajar hasta allí a menos que estemos absolutamente seguros de que es necesario correr el riesgo. Pero mira esto...

Guiándome suavemente por el hombro, me lleva hasta el mapa de Sempera y me muestra un grueso hilo azul que corta al país en dos.

—Aquí es donde se supone que te mató la Hechicera. —Señala un lugar marcado con un alfiler rojo. Su dedo recorre el azul y luego se detiene a solo unos centímetros de donde se encuentra Bellwood en el

mapa, y golpea el lugar justo como para enfatizar lo dicho—. El agua emite un resplandor de color rojo cuando el sol sale o se pone, como si sobre él pesara una maldición. O, al menos, eso es lo que cuenta la leyenda.

—¿Está muy lejos?

—Solo a una o dos horas, si cortamos por Montmere.

—Viví aquí una vez —balbuceo, pensando en el Fuerte de la Ladrona, escondido por mí para ser usado posteriormente. Tal vez haya más fragmentos de mí ocultos cerca de aquí, diseminados en un momento de supervivencia y desesperación. Observo la sangre seca de mi pulgar y recuerdo el raro mensaje escrito con mi propia mano —. Es un lugar por el que empezar.



No puedo pensar en dormir hasta que Stef reaparece con mi diario. Mientras me lo extiende, sus ojos están pensativos. Quiero preguntarle qué ha leído, pero me siento raramente cohibida, así que solamente le doy las gracias y le deseo buenas noches.

Una vez que se marcha, Liam y yo pasamos la noche en el Fuerte: yo, acurrucada en la cama junto a mi diario, y Liam al otro lado de la habitación, en el suelo, usando la capa como manta. Él tiene sus propios aposentos en Bellwood, pero se niega a dejarme sola.

A la mañana siguiente, Liam trae un plato con pan y fruta, y una hora después abandonamos Bellwood, vestidos con sencillas capas marrones con capucha, de las que usan los estudiantes y que Liam pidió prestadas. Trato de no advertir que la sencillez de su ropa lo vuelve más guapo, que, despojado de los colores y la ropa elegante de los Gerling, parece más auténtico. Más libre, aunque continúa agobiado por la pena y la insatisfacción.

El olor de Montmere —excrementos de caballo y pan, tierra removida y una película de humo— es reconfortante después del leve aroma a incienso del Fuerte, que no percibí hasta que nos marchamos. Se me oprime el corazón. Estar nuevamente en la carretera hace que me sienta muy expuesta, como un blanco esperando que una flecha lo

perfore.

Pero, aun así, mis venas vibran de entusiasmo. *Hoy encontraremos el arma*, me digo a mí misma, *o información que nos acerque más a ella*. Luego podremos volver a Shorehaven y me libraré para siempre de la Hechicera. Finalmente estaré a salvo, y también Ina y Liam.

Detengo esa idea de golpe, antes de que pueda convertirse en algo peligroso.

Algunos de los umbrales que pasamos están salpicados de violetas marchitas o cubiertos con una tela color púrpura. Mi corazón se anima ligeramente: son recordatorios de lo que deben haber sido celebraciones por la coronación de Ina. En mitad del camino, nos topamos con un alto y estrecho poste de madera. Está cubierto de arriba abajo con lazos, cada uno atado con un nudo de diferente tamaño.

—Uno por cada año de su gobierno, señorita —clama una voz débil. Me sobresalto y desvío la vista (no pensé que alguien nos hubiera observado), pero la anciana se limita a mirarnos con una sonrisa bondadosa. Extiende la mano, que está llena de lazos—. Añade uno y la Reina Ina gobernará un año más. Vale nada más que una moneda de una hora.

Metó la mano en mi bolsa y saco una moneda de una hora. Al principio, solo quería mimetizarme con la gente... pero cuando sujeto el lazo de seda que me entrega la mujer, sé que es más que eso. Echo de menos a mi hermana y quiero hacer algo, lo que sea, para sentirme más cerca de ella. Para prometerle que esto terminará pronto. Para ambas.

Con la capucha cubriéndome bien el rostro, me aproximo al poste. Me atraviesa la misma añoranza que sentí en la fiesta de la coronación. Mientras coloco la seda sobre la madera, pienso que

desearía que mi acción fuera simplemente una celebración. Mi hermana es la Reina. Creo que será una buena Reina... la mejor posible en una tierra tan corrupta como esta. Pero, en cambio, tengo que ocultar una lágrima de la vendedora mientras hago un nudo con cuidado y me alejo.

Liam elige un camino utilizado por los comerciantes, que bordea los alrededores de Montmere; argumenta que los comerciantes están acostumbrados a los extraños... y no se meten donde no los llaman.

—Sé que el río está al otro lado de la ciudad, pero no estoy seguro de cuál es el camino después de eso. Tenemos que preguntarle a alguien.

Mientras caminamos, puedo notar, puedo *sentir*, el peso que carga Liam. Puedo percibirlo en su manera de caminar: los hombros encorvados como si llevara una pesada carga sobre la espalda, más taciturno que nunca. Me doy cuenta de que, en los últimos días que pasamos juntos, no ha mencionado ni una sola vez su casa o su familia, excepto cuando le saqué el tema.

—¿Qué noticias tienes de Everless? —pregunto mientras recorremos la carretera vacía. He evitado hacerle preguntas para no molestarlo. Pero Everless también es una parte de mi infancia. La gente que vive allí es importante para mí. Los pasillos de Everless serpentean a través de mi destino como la sangre a través de mis venas... junto con sus secretos.

El dolor atraviesa su rostro, permanece un momento y luego desaparece.

—Es un caos, si realmente quieres saberlo —responde, la voz irritada—. Mi padre está vaciando las arcas tratando de encontrarte. Ivan dirige el lugar y Caro lo tiene bajo su poder. Sin Roan... —su voz se apaga.



Una tristeza pesada y fría se instala dentro de mí. A pesar de todos sus defectos, Roan mantenía unidos a los habitantes de Everless y era querido por todos. Sin él, debe ser un lugar mucho más oscuro.

Tal vez, si sobrevivimos, Liam pueda cambiar Everless para mejor. La idea me genera calidez a pesar del gélido aire matinal, una pequeña luz de esperanza en mi pecho. Quiero alimentar su llama. Juntos, Liam y yo podríamos...

No puedo permitirme pensar en eso. En su lugar, pregunto:

—¿Qué saben tus padres?

—Antes de que me marchara a Shorehaven, les dije que iba a retomar mis estudios en Bellwood, después de la coronación. —Mira hacia adelante, su garganta se mueve mientras traga saliva—. No quise contarles nada por si... por si Caro regresaba a Everless.

De solo pensarlo, me corre un escalofrío por la espalda.

—¿Por qué habría de volver?

—Porque espera que *tú* lo hagas —responde mirándome fijamente.

Se me cae el alma al suelo. Sabía que mi presencia en Everless pondría a todos en peligro. Pero este recordatorio extra de que no puedo volver nunca... hace que me sienta más sola.

Más adelante, diviso una pequeña figura que se acerca con rapidez. Se me endurece el pecho pero luego exhalo una bocanada de aire al ver que es solo un niño, con el mismo paso alegre y ligero de Hinton, el joven sirviente de Everless. Tiene colgada una banda amarilla: el uniforme de un joven contratado para llevar noticias y mensajes dentro de las ciudades.

—Pregúntale sobre el río —susurro. Me desvío del camino y me oculto en una estrecha abertura entre dos casas, comportándome como si estuviera regresando a mi hogar.

Liam camina unos metros más y, unos segundos después, una voz

infantil lo saluda.

—¡Buenos días, señor!

Me asomo por la esquina de la casa. Sin mirarme, Liam se mueve sutilmente como para quedar frente a mí y el chico tiene que volverse en la otra dirección. Me oculto en el callejón y apoyo los hombros contra una dura pared de madera.

—¿Noticias del día? —escucho que el niño dice esperanzado—. Solo una moneda de una hora, señor. —Un momento después—: La Reina Ina continúa recibiendo peticiones de todos los rincones de Sempera —lee—. Como primeras medidas de su reinado, ha establecido un diezmo temporario además de prometer aliviar el hambre y garantizar una recompensa de quinientos años a la persona que le entregue a la traidora Jules Ember.

Oculto en las sombras, me estremezco. Lo dice con cierto orgullo. El niño prosigue con las noticias, en voz alta y pomposa.

—Hay rumores sobre la presencia de un clima extraño a lo largo de la costa oriental...

—Tengo otra pregunta para ti —lo interrumpe Liam. Echa una rápida mirada hacia ambos lados del camino y luego vuelve a posar los ojos en el chico—. Estoy de paso. Puedes decirme si existe por aquí algún lugar para nadar en donde el río sea rojo.

Ante la pregunta, el niño se queda inmóvil.

—Perdóneme, señor, pero si yo fuera usted no lo buscaría —responde—. El espíritu del Alquimista ronda por allí. Si uno toca el agua, le roba los años. Casi le sucedió a un amigo mío, se lo juro...

El corazón golpea en mis oídos. ¿Acaso el mensaje oculto en mi diario podría llevar a un lugar tan cercano? Sigue un breve silencio, en el que Liam busca en su bolsillo y se escucha el débil y fugaz tintineo de otra moneda.

—Pero si yo realmente quisiera encontrarlo —insiste amablemente Liam—, ¿a dónde debería ir?

Después de unos segundos, el niño se encoge de hombros, levanta la mano y señala más allá de Liam, más allá de las casas y hacia los densos bosques que rodean la ciudad.

—Allí —responde con tono apagado mientras hace girar la moneda de sangre una y otra vez en la palma de su mano—. Camine en línea recta y siga el río hacia el sur hasta llegar a un claro con una pequeña cascada. Allí es donde llega la luz, dicen. Pero de verdad, señor, yo no iría.

—No te preocupes —comenta Liam en tono ligero—. No iré. Gracias por las noticias.

El niño se da la vuelta para marcharse y yo me escondo nuevamente en el callejón mientras pasa. Le doy tiempo como para que se aleje un poco por el camino y luego regreso junto a Liam.

Echamos a andar en silencio, como para no llamar la atención. Después de media hora de desviarnos del camino y escabullirnos entre los edificios en la dirección que nos señaló el niño, el pueblo ya se ha quedado atrás y el bosque se extiende hacia adelante, silencioso y oscuro, como si estuviera ahuyentando la luz del sol naciente. Nos detenemos al comienzo del bosque. La oscuridad se filtra en mi interior, como el humo al elevarse hacia el cielo, y se me tensa la garganta.

Mis dedos se retuercen con el repentino deseo de estirarme y aferrar la mano de Liam. Pero los cierro y me interno en primer lugar entre los árboles, Liam va medio paso por detrás.

De inmediato, las sombras se pliegan a nuestro alrededor y nos sumergen en un silencio raro y repentino. Los sonidos que esperaba del bosque, el ligero rumor de las hojas y la conversación de los

pájaros, están aquí pero suavizados, lejanos. Cuando entramos en el bosque los matorrales son densos y estoy súbitamente agradecida de tener un vestido de mangas largas, capa y botas. Protegen mi piel mientras avanzo resueltamente a través de las ramas, de las hojas recientemente verdes y de las espinas.

Tras unos pocos minutos, encontramos el río, como el niño indicó — aunque aquí es más bien un arroyo— y lo recorremos hacia el sur, en sentido contrario a la corriente. El aire se va volviendo más frío y más denso. Pesado, cargado como el aire de Everless.

A continuación, la certeza se adueña de mí, una sensación similar a la que sentí cuando entramos al Fuerte de la Ladrona. *Ya he estado aquí.*

Deliberadamente, dejo que mi mente se disperse, permito que mis pies me lleven adonde ellos quieran mientras mis manos apartan ramas. No existe un sendero entre los matorrales, excepto las huellas borrosas dejadas por los ciervos, pero no siento del todo las ramas mientras arañan mis manos y mis brazos. No estoy en ningún recuerdo ni en ninguna visión... todavía soy Jules, mis pensamientos lo suficientemente nítidos como para que una vaga sensación de miedo se enrosque dentro de mí mientras nos aventuramos más y más. Detrás, la vista de la ciudad filtrándose a través de los árboles se ha esfumado por completo.

Mis nervios comienzan a arder, con lentitud al principio, pero cada vez más rápido con cada paso, hasta que parece que alguien hubiera extendido una red de llamas sobre todo mi cuerpo. ¿Qué encontraremos cuando lleguemos al río rojo? Si no encontramos el arma, no tendremos nada, no tendremos esperanza de derrotar a Caro. Y si la encontramos...

Y si la encontramos, tendré que usarla, tendré que acabar con ella.

El pensamiento es inesperado, las palabras *acabar con ella* me

recuerdan la sensación de la daga hundiéndose en el costado de Caro. Me estremezco, mi estómago y mi corazón se retuercen: la idea de volver a hacerlo es horrorosa. Mis propios sentimientos son un oscuro laberinto. Debo matar a Caro (tengo que hacerlo) y, sin embargo, la idea parece imposible. Porque solo imaginarlo me enferma y porque el arma que necesito (la extraña y resplandeciente daga del Fuerte) no aparece por ningún lado a pesar del hecho de que, hasta donde yo sé, siempre estuvo en mi poder.

Una idea inconexa se instala dentro de mí. ¿Y si yo misma escondí el arma deliberadamente? No de Caro... ¿y si la escondí de mí misma?

Pero no tiene sentido. Si le robé el corazón a Caro, debo haber estado tratando de hacerle daño. Incluso de matarla, de impedir que continuara esgrimiendo su poder sobre todo Sempera. Ella es mi enemiga.

Después de lo que parece un tiempo prolongado de silenciosa caminata, con el suave gorgoteo del río a nuestro lado, llegamos a un claro en el bosque, un valle lleno de luz veteada. Aunque a estas alturas el sol debe estar en lo alto del cielo, el entramado de ramas lo filtra, proyectando una red de sombras sobre nosotros. Más adelante, la corriente se vuelve más lenta y se ensancha en un vasto curso de agua que fluye apaciblemente. Al otro extremo, exactamente como dijo el niño, hay una pequeña cascada, que cae estrepitosamente y rocía el aire con una neblina plateada que hace que los árboles resplandezcan.

Se me corta la respiración. La escena es bella y me vuelvo automáticamente hacia Liam, deseando ver la imagen reflejada en sus ojos. Se quitó la capa mientras caminábamos y sus hombros se mueven debajo de la tela blanca de la camisa mientras se aparta el pelo de la frente. Los labios entreabiertos, los ojos muy abiertos... y

aprovecho el momento solo para mirarlo.

—¿Crees que está aquí? ¿El arma? —pregunta.

No puedo evitar sonreír. Ahora él me está preguntando a mí y no yo a él.

—No lo sé. Pero pronto lo averiguaremos.

Mis pies me impulsan otra vez hacia delante, hacia una gran roca hundida en el fango, la mitad dentro del agua y la mitad fuera. Levanto la falda con una mano y me quito las botas para poder caminar por el río y examinarla desde todos lados. Puedo sentir la mirada de Liam sobre mí, pero estoy demasiado emocionada por el tirón que siento en el pecho en cuanto me meto en el río, como para preocuparme por lo raro que esto pueda parecer. El agua fría envía una placentera agitación por todo mi cuerpo.

Y luego la veo: una marca clara en la roca oscura, unos cuantos raspones superficiales formando una serpiente retorcida y una zorra, sentadas una junto a la otra.

Se me para el corazón. Fascinada, extendiendo la mano para tocar la imagen. Cuando rozo la piedra húmeda con los dedos, el aire se mueve a mi alrededor, parece que se contrae y luego vuelve a expandirse, mis sentidos inundados por el olor de las flores silvestres.

Otro recuerdo grabado en mi mente.

Levanto los ojos para llamar a Liam, pero no está. En su lugar, hay una joven en la orilla del agua, al otro lado de la corriente. Muy delgada y jadeando, con el cabello oscuro y mojado alrededor de los hombros, su rostro me resulta incluso más familiar que el mío.

Mi antigua enemiga.

Caro.



Liam ha desaparecido. Yo he entrado en otro mundo... en otro tiempo.

El valle ha cambiado. Es igual y distinto al mismo tiempo. Los árboles son espigados y, en lugar de formar un denso techo abovedado, forman una especie de ligero enrejado, que deja pasar chorros brillantes de luz por encima del agua. Los pájaros cantan escondidos en sus ramas. El aroma a tierra caliente y a flores silvestres flota perezosamente en la brisa.

Luego, la pequeña parte de mí que es capaz de observar lo que me rodea como Jules Ember es derribada por una oleada de sentimiento que no es mía.

El pánico irrumpe en el corazón de la Alquimista, en *mi* corazón. Me martillea las costillas, constante y atronador, trata de desprenderse de mí y escapar. La sangre fluye de modo violento por mis venas, e imágenes desordenadas e incomprensibles centellean con intensidad a través de mi mente. Un gran salón con una puerta resplandeciente. Una mesa llena de metal y polvos brillantes. Caro... Caro a mi lado y un hombre alcanzándome una ampolla reluciente. La sonrisa de oreja a oreja, que quiebra su cara.

Luego... culpa. Olas de culpa, rompiendo una y otra vez. Caigo de

rodillas al borde del agua, jadeando, un dolor agudo en el muslo.

Bajo los ojos y me encuentro con la daga de rubíes clavada en la tela de mis pantalones. El impacto se filtra raudamente a través de mí. La hoja no está en la funda, sino calzada apresuradamente en mi cinturón. La empuñadura con la serpiente enroscada arde bajo mis dedos y parece como si vibrara, como si estuviera viva. Es bella, elegante, afilada y...

La sangre resbala por la hoja: una mancha roja húmeda y brillante.

«No, no, no», murmuro suavemente. Las manos trémulas, hundo la daga dentro del río al lado de mis rodillas y la sangre se extiende por el agua. Cuando la saco, brilla otra vez y me embarga el alivio... pero, en pocos segundos, mis dedos frotan una mancha roja que no ha desaparecido, una gotita roja que rodea ceñidamente la empuñadura. Sumerjo otra vez la daga y la froto, pero cada vez que la vuelvo a sacar, está manchada. Me meto cada vez más hondo hasta que el agua me llega al cuello y, de pronto, estoy llorando, los hombros suben y bajan en callados sollozos.

Una ramita cruje en algún lugar y me quedo inmóvil. Alzo la vista, alerta. Un perro me está observando con sus ojos negros como el carbón.

Se me oprime el pecho. Pánico.

Luego, una figura surge de entre los árboles, justo detrás de la cola rígida del sabueso: Caro, el pelo oscuro y corto. Con el agua hasta el cuello, la veo antes de que ella me vea a mí: los ojos color musgo examinan el claro, la cabeza rota despacio como si hubiera captado mi olor.

Caro me ve y se queda inmóvil, y luego camina despreocupadamente hasta el borde del agua.

—Antonia. —Su voz es ligera, relajada, pero sé que no debo confiar



en eso—. Pensé que te encontraría aquí.

Me quedo quieta, mis ojos se mueven rápidamente entre Caro y el sabueso.

—¿Acaso Ever te envió para castigarme?

Como respuesta, Caro se limita a suspirar, luego se quita las botas en la orilla y se levanta la falda.

—No. Siempre tan melodramática. Solo vino a averiguar qué pasa contigo. ¿Qué ha ocurrido hace un rato? —pregunta, su voz se traslada a través del agua.

—¿Te has hecho daño? —exclamo, haciendo un gran esfuerzo por mantener una voz uniforme.

—¿Daño? ¿A mí? Nunca podrías hacerlo. —Caro sonrío, pero la sonrisa desaparece inmediatamente—. En caso de que te lo estés preguntando, Ever se encuentra bien. Pero nos has asustado, Antonia.

Debajo del agua, aferro la daga con fuerza.

—Lo siento. Yo... perdí el control.

Me sonrío otra vez, pero me doy cuenta de que la sonrisa es menos vivaz que la anterior. La sospecha acecha detrás de sus ojos. Aun mientras da un paso hacia adelante, ladeando la cabeza juguetonamente, y desliza una mano chata por la superficie del valle, lanzando una ola de agua brillante hacia mí.

Salto hacia atrás riendo con fuerza, pero el sonido llega hueco y forzado a mis oídos. Caro se adelanta. Un escalofrío recorre mi cuerpo, que no tiene nada que ver con el agua fría ni con la brisa de verano que juega sobre mi piel mojada.

Como si leyera mis pensamientos, me hace señas para que me acerque.

—Sal, Antonia. Ven a casa.

—¿Y si no lo hago? ¿Él me lanzará a los perros? —le disparo, la voz

hosca y débil.

—Sabes que eso no es más que una broma —se mofa Caro, aunque, de todas maneras, se aleja del perro que está junto a ella, como si estuviera tratando de alejarse de la mentira—. Él no está enfadado, te lo juro. ¿Qué esperabas que sucediera al experimentar con magia tan poderosa como la tuya? La gente saldrá herida. Solo los fuertes sobrevivirán.

El temor se apodera de mí, pero camino por el agua y sostengo la daga hacia ella, la empuñadura primero. Caro avanza graciosamente, el agua deslizándose por su atuendo como dedos oscuros. Sujeta el arma que le ofrezco y la sostiene como sostendría un rollo de tela fina. Sus labios se curvan en una sonrisa mientras lo observa.

—Destruye todas las habitaciones que quieras, Antonia —dice como en un susurro—. Si eso es lo que se necesita para crear algo como esto. Mira.

Levanta la daga y, durante un breve instante, se me tensa todo el cuerpo, esperando que el arma caiga. Pero Caro solo la agita en el aire admirando la forma en que destella con los rayos de sol que se filtran entre los árboles, como si no fuera pesada en absoluto. Desearía poder quitársela y arrojarla, dejar que se desplome hasta el fondo del valle y desaparezca para siempre en la arena suave. El miedo tira de mi piel. La certeza de que esto está mal surge de lo más profundo de mis entrañas. No deberíamos permitirlo.

—Tú combinaste la fuerza con esta daga. —La voz de Caro es de asombro, casi reverencial—. Esto es exactamente para lo que hemos estado trabajando. Y mira lo que puedo hacer, sin que me haga más daño.

Corre apresuradamente hasta la orilla y arranca una flor de color amarillo intenso de la tierra, que se marchita en la palma de su mano

hasta quedar inerte... y luego se va llenando nuevamente de fuerza y color antes de abrirse y cubrir sus manos de polen verde y amarillo. Quitar la vida y devolverla, todo con la misma facilidad con que respira.

Cuando me mira para evaluar mi reacción, su sonrisa amplia y orgullosa languidece y frunce el ceño.

—¿Por qué no estás feliz?

—Estoy feliz. —Mi corazón late más rápido.

—No me mientas. —Su voz suena más ligera que nunca, pero hace que el miedo me estremezca. Se acerca más a mí y hace girar la daga distraídamente en la mano. ¿Es mi imaginación o por un segundo la punta está dirigida hacia mi garganta?

Parpadeo. La hoja está otra vez dada la vuelta y Caro me la ofrece con su sonrisa habitual.

—Es maravilloso, Antonia —comenta mientras la sujeto—. Tu poder. No lo temas. —Su mano sube hasta mi hombro y se apoya allí un segundo, caliente como el fuego a través de la tela mojada de mi vestido.

—No le temo. Tal vez tú deberías hacerlo —repongo con rapidez.

—¿Por qué habría de temerle? —pregunta ladeando la cabeza hacia mí—. El poder es imparable. Algún día *nosotras* dos juntas seremos imparables, lo sabes.

—Nada es realmente imparable —comento en voz baja, deslizando la daga en el cinturón—. Solo tienes que encontrar algo más fuerte.



Cuando abro los ojos, el vapor se eleva suavemente de la superficie del agua y su calor rodea mi cintura. Mi pelo y mis enaguas están empapados, pero el vapor me envuelve. Segura. Protegida.

Sin embargo, luego se vuelve más denso, lo suficiente como para hacer que la figura que se acerca a mí parezca una sombra andante. Me inunda un pánico animal y la palabra *Hechicera* palpita en mi sangre. Ella está aquí y ha venido a por mí.

Después, la silueta me sujeta de la muñeca y grito, y el grito parece enviar oleadas y oleadas de frío dentro del agua, aniquilando todo tipo de calor. El crujido de las formaciones de hielo cubre los ruidos del bosque como un fino encaje, mientras el vapor que nos rodea pronto se convierte en nieve. En un solo movimiento, caen sobre la superficie del agua innumerables fragmentos congelados que se desmoronan dentro del río.

—¡Jules!

*Liam.* Ya no estoy dentro del recuerdo. Respiro y me recuerdo que soy Jules y que, por supuesto, es Liam quien se aproxima, sus labios teñidos de azul por el frío repentino. A mi alrededor, la luz ha cambiado, los árboles son más grandes y más viejos de lo que eran, aparentemente, hasta hace solo un momento. Recuerdo la expresión

del rostro de la joven Caro (poder puro y ávido) y, de golpe, sé dónde estoy, *cuándo* estoy.

Estoy temblando, violentamente. Hace tanto frío...

—Lo siento, lo siento... no quise hacerlo. Esto nunca me ha ocurrido antes. —Mi voz suena más irritada de lo que pretendía, pero, en pocos segundos, el agua vuelve a estar a una temperatura normal. Ahora que he recuperado los sentidos, me doy cuenta de que los dos estamos metidos en el agua. La chaqueta de Liam está arrugada encima de una roca cercana. Me quedo con la boca abierta—. ¿Qué... qué ha pasado?

—Empezaste a caminar hacia dentro del agua —relata Liam después de aclararse la garganta.

—Yo... estaba corriendo, me parece. —Miro hacia abajo. El río corre alrededor de mi cintura, cuando, en el recuerdo, el agua no sobrepasaba mis rodillas—. Era de nuevo Antonia. El recuerdo debe haber sido de siglos atrás.

—El vapor comenzó a levantarse —señala Liam cambiando de posición— y era tan denso que no podía verte. No sabía qué estaba ocurriendo.

Ahora la vergüenza se filtra sigilosamente dentro de mi cabeza. Siento que se me sonrojan las mejillas.

—Estaba enfadada. Y también asustada. —Recuerdo la sangre salpicada sobre la daga y que había intentado lavar la hoja como si no soportara verla—. Yo había herido a alguien. A Caro, me parece.

Pasan unos segundos y me preparo para que él se aleje de mí. En cambio, se acerca más, murmurando algo sobre el frío, a pesar de que puedo ver que el calor sube rápidamente a su rostro. Me invade un sentimiento desgarrador aun mientras me doy la vuelta ligeramente hacia un lado, desviando la mirada y resistiendo el deseo de abrazarlo. Todos mis sentidos parecen haberse agudizado. Me siento

hiperconsciente de cada mínimo sonido y movimiento, la oleada de calor en su cuello y en su semblante, la leve salpicadura mientras se va acercando y se detiene al encontrarse a poco menos de un metro de mí. El agua sube lentamente por la tela blanca de su camisa. Las gotas de agua caen en su pelo oscuro y lanzan destellos, y algo tibio e inquieto se agita debajo de mis costillas.

—¿Qué has visto? —pregunta, la postura rígida, los ojos posados con cautela sobre mi rostro.

La cara más joven y sonriente de Caro se desliza raudamente delante de mi vista, sus ojos que parecen pasar por distintas tonalidades de verde.

—Tenía la daga y estaba huyendo de algo que había hecho. Pero Caro me había encontrado, como siempre.

Sacudo la cabeza para despejar toda la avalancha de emociones. Liam me aprieta el hombro gentilmente y no lo aparto, aun cuando su mirada se torna un poco más suave. Colocando un brazo alrededor de mi cintura, de modo tal que apenas puedo sentir su piel a través de mi camisa mojada, me conduce hacia la orilla. Me siento en una roca lisa y él me cubre los hombros con su capa. Cuando dejo de temblar, me pregunta:

—Olvídate de Caro. ¿Has averiguado algo del arma?

—Sí —susurro, dando las gracias a la nitidez de su mente para que yo no tenga que soportar esta carga en soledad. Con todos los detalles posibles, le cuento lo poco que sé sobre la daga que fabriqué (que Antonia fabricó): un arma adornada con rubíes y combinada con fuerza. Que vibraba de poder, que Caro acercó la punta de la hoja a mi garganta. Mientras lo relato, la imagen de Caro ligeramente más joven parece alejarse de mí y empequeñece hasta que se parece a la ilustración de un libro en vez de un recuerdo real. Mi acelerado

corazón se calma; al menos hasta que la Caro que conozco de esta vida aparece para tomar su lugar: fría, cruel, voraz.

—¿Qué crees que significa? ¿Es eso lo único que necesitamos? ¿Fuerza?

—No lo sé —responde Liam suavemente.

¿Sería de verdad posible que el arma estuviera unida a la fuerza? Pero la duda de Liam se hace eco en mí y enseguida descarto la idea. Si fuera solamente fuerza, Caro podría haber usado el arma contra mí. No, derrotar a la Hechicera demandaría algo más que fuerza.

—No importa si no podemos encontrarla. ¿Hubo algo más, algo específico?

Tengo que examinar cuidadosamente mi revoltijo de pensamientos.

—Hablamos de un hombre, Ever. —Entorno los ojos por la mitad, desdibujando el claro que me rodea, tratando de recuperar el recuerdo. Evoco la mezcla de asombro y miedo mientras menciono su nombre—. Caro quería llevarme hasta él.

Liam baja la vista hacia el agua, un leve color tiñe sus mejillas.

—Lord Ever, mi ancestro.

Las palabras quedan flotando en el aire, obvias ahora que ya están fuera. El hombre de las historias (el lord malvado) no tenía nombre hasta ahora. No estaba en mis recuerdos ni en mis pesadillas infantiles. Pero es como si al pronunciar su nombre en mi visión le hubiéramos insuflado vida. El miedo tensa mi piel, gotas de frío se forman en mi espalda.

—No estoy orgulloso de eso —prosigue Liam, cortante.

Respiro profundamente. Él es más que su sangre, me digo a mí misma. He visto a miembros de su familia disolver años en una taza de té como si fuera un terrón de azúcar. Liam no tiene nada que ver con ellos. Tiene buen corazón.

—Tal vez signifique algo... tal vez en Everless haya algo —sugiero. Mi piel se tensa como advirtiéndome: *No puedo volver*—. No hay ningún río, pero sí un lago...

—Ivan está allí —Liam me interrumpe abruptamente—. Mi padre está allí. Es probable que Everless sea todavía más inseguro para ti que Shorehaven. Además, registré el lugar y lo único que hay es vajilla de porcelana inservible y monedas polvorientas de sangre de hierro. No podemos arriesgarnos. —Hay un ligerísimo dejo de remordimiento en su voz. Deja caer un poco los hombros, desvía la mirada hacia la cascada y seca el leve brillo de vapor de su cara—. Lord Ever está muerto y enterrado. No hay nada en las historias que no supiéramos anteriormente.

—Tal vez las historias estén equivocadas —comento automáticamente. Las mejillas de Liam se enrojecen, una advertencia... pero no retiro lo dicho. No tengo por qué. Continúo—: Las historias han sido de gran ayuda, pero no son infalibles.

—Yo no he dicho que fueran perfectas, pero me condujeron hasta ti, ¿no? —Cambia abruptamente de tema—. ¿Viste algo relacionado con matar a Caro?

—A ver... —Mi mente trabaja dándole mil vueltas al momento recordado para examinarlo desde todos los ángulos como si fuera una moneda de sangre de hierro. Me miro las manos y contemplo lo que averigüé. Las manos de la Alquimista cuando era Antonia, que crearon fuerza y la combinaron con la hoja de la daga. Las mismas manos que combinaron el tiempo con la sangre.

»Combiné la fuerza con la daga —razono en voz alta—. Eso prueba que el arma que vi *realmente* existe. Le agregué fuerza o... no sé, algo poderoso como para matar a la Hechicera. Eso mismo le dije a Caro. Prácticamente la amenacé.



Liam menea la cabeza de un lado a otro mientras fija la mirada en algún lugar distante.

—Jules, ninguna historia habla de un arma como la que tú has descrito. Ni siquiera en la guerra más sangrienta de Sempere.

—Solo porque no esté registrada en algún lugar no significa que no haya sucedido. —Necesito que sea verdad... porque sé que hay información oculta en algún sitio que nos ayudará a liquidar a Caro—. La difunta Reina destruyó los secretos del tiempo y de la sangre para ser la única que los conociera, ¿verdad? ¿Quién sabe qué otros secretos quedaron enterrados por la historia?

—¿Te has planteado...? —Se detiene súbitamente y luego me mira, la boca apenas curvada hacia abajo.

—¿Qué? —La emoción, e incluso la esperanza, estallan dentro de mí. Espero que termine, que brote de su boca un brillante giro de lógica, algún detalle pasado por alto que lo aclare todo.

—¿Te has planteado que estos recuerdos pudieran ser una mentira? —pregunta después de tomarse un momento para pensar—. ¿O simplemente otra de las trampas de Caro?

Ofendida, inhalo profundamente. Una parte de mí reconoce que, si yo estuviera en el lugar de Liam, podría pensar lo mismo... pero la otra parte, la irritada, quiere gritarle. Porque si no confío en mí misma (si estoy equivocada y la verdad no está dentro de mí, lejos de los trucos y los engaños de Caro), siento que podría derrumbarme por completo.

—¿Por qué? ¿Porque no hay *fuentes* comprobables? Tus informes hacían referencia a un arma.

Se pasa la mano por su pelo aún húmedo y exhala una bocanada de aire con frustración.

—Incluso Stef dijo que había algo raro en tus recuerdos.

—*Raro...* —Me pongo de pie y me quito su capa de los hombros. Todo mi cuerpo está en llamas—. Tú dijiste que Stef no sabía de qué hablaba. Además, no hemos llegado hasta aquí por un capricho. Mi diario decía que buscáramos el río rojo. Tú nos trajiste aquí, ¿recuerdas? Y *encontramos* algo rastreando mi pasado.

—Tuvimos suerte, y no tenemos tiempo de recorrer todo Sempera tratando de ordenar las piezas del rompecabezas. Vinimos aquí con un objetivo y fallamos. No estamos más cerca de encontrar el arma —espeta Liam—. Mientras tanto, los perros de Caro te están rastreando.

—No sé qué hacer salvo colocar las piezas lo mejor que puedo. —Aprieto los puños—. Tal vez deberías haberme dicho antes quién era.

—Tal vez no deberías volver nunca más a Everless —agrega fríamente.

Vuelvo la cara para esconder las lágrimas que llenan mis ojos, la ropa repentinamente fría y húmeda contra mi piel. Sobreviene un momento de silencio y luego, a mis espaldas, escucho que Liam se pone de pie. Lenta, amablemente, se acerca a mí con cuidado y vuelve a deslizar la capa sobre mis hombros.

—Lo siento, Jules. —Sus palabras son más suaves, imploran de una manera que despiertan un tipo de miedo dentro de mí distinto del que Caro despertó alguna vez. Y lo que es más atemorizante es que le creo —. No puedo dejar que tú... no puedo soportar la idea...

*Por favor, no sigas hablando, pienso, porque ya sé lo que quiere decir. No puedo soportar la idea de perderte.*

Trago saliva y parpadeo. La pena y el miedo de su voz amenazan con disipar mi ira. Entonces decido materializarla, volverla fría, dura y permanente como la piedra.

—Este mundo sería mejor si tu familia nunca hubiera existido —escupo—. Nada de esto habría ocurrido.

Transcurre un instante, prolongado e insoportable, tan largo que pienso que he congelado el tiempo accidentalmente. Luego Liam recoge su capa del suelo y se la coloca, los movimientos tensos y súbitos controlando su ira. La culpa y el miedo me atraviesan como una punzada de dolor, pero no me importa.

Es el precio por mantener su seguridad.

Antes de que pueda continuar cuestionándome, se da la vuelta y se aleja de mí a paso rápido, adentrándose directamente en el bosque. Las emociones acumuladas no se disipan mientras caminamos fatigosamente de regreso a Bellwood, sin hablarnos. Cuando emergemos del bosque y comenzamos a recorrer los edificios con cúpulas de Montmere, permanecemos en silencio. Pasa una joven vendiendo flores con una cesta colgada del brazo. Las rosas color sangre me recuerdan a la flor en la palma de la mano de Caro... cuando le quitó la vida y luego se la devolvió sin esfuerzo.

Yo tomé ese poder de ella, al menos parte de él. Una rara mezcla de orgullo y confusión se adueña de mí ante ese pensamiento. Ahora ella depende de otros para mantener su fuerza. Recuerdo a la difunta Reina, pálida y fría, incluso mientras vivía. Lo que dijo Caro después de caerse. *Bebí cientos de años de sangre de hierro y detesto el sabor que tiene.*

El sol se pone, deslizándose suavemente una capa de oscuridad sobre nosotros. En la noche que se aproxima, es más fácil dejar vagar la mente. Desearía más que nunca que la senda fuera más clara, que yo fuera más poderosa, que mi pasado no estuviera envuelto en el misterio. Elevo una plegaria por todos aquellos que perdí; Roan, mi padre, Amma. Pido que cuando regresemos a Bellwood, la senda para desarmar a la Hechicera se abra frente a nosotros, brillante, esplendorosa y clara.

No, no es una plegaria... es una promesa.

Observo la espalda de Liam, y deseo poder decirle todo esto. Debajo de la capa, sus músculos se mueven con sombría determinación.

Delante de nosotros aparece la puerta principal de Bellwood. Elias se encuentra allí.

Experimento una repentina sensación de alivio al verlo a salvo y con vida... pero la visión de lo que está detrás hace que mis pies se queden pegados al suelo. Es una silueta oscura montada a caballo, seguida de un grupo de soldados. La figura está envuelta en una capa de pies a cabeza y se mueve con una gracia casi sobrenatural, que hace que el hielo descienda por mi espalda.

*Viene a buscarme, susurra una voz calma y débil dentro de mí.*



Liam lanza un brazo protector delante de mí antes de arrastrarme hacia una hilera de arbustos. Es la mejor protección que tenemos, aparte de arriesgarnos a hacer un despliegue de magia. A su lado, apoyo mi cara contra la húmeda hierba primaveral para sofocar mi respiración.

Ni siquiera me atrevo a mirar atrás hacia la entrada, pero estamos lo suficientemente cerca como para detectar la voz de Elias, e incluso a través del sonido de mi corazón latiendo en mis oídos, me parece percibir la tensión que hay en ella.

—Gracias por la escolta, aunque era innecesaria. Connemor también ha tenido su buena cuota de asesinos...

Parece llevarles una eternidad entrar en el instituto al hombre extraño montado a caballo y a los soldados (son bastantes, seguramente una docena). Los latidos de mi corazón no se apagan con sus pisadas. Está completamente oscuro cuando Liam y yo nos ponemos en camino hacia el Fuerte de la Ladrona. Elias se encuentra justo al otro lado de la arcada, esperando a que entremos.

Arriba, Liam comienza de inmediato a caminar de un lado a otro. Es más fácil mantener la calma cuando lo veo tan consternado. Elias me sonrío aun cuando Liam explota:

—¿Quién era ese... el hombre a caballo?

—Hola a vosotros también. —La sonrisa de Elias vacila brevemente—. Un mercenario que Ina contrató para que te encontrara a ti, Jules Ember. La Reina *insistió* en que me escoltara de regreso a Bellwood... ya que estoy realmente impaciente por retornar a mis estudios.

—¿Saben que estoy aquí? —pregunto.

—No lo creo —responde Elias después de una pausa—. Pero este cazador no es muy parlanchín. No tengo la menor idea de qué información posee. Nadie sabe nada sobre él: de dónde es, por qué fue elegido por ella. —Cambia los pies de posición—. Caro parece confiar mucho en él. Le ordenó a la mayoría de los soldados que vigilen los puertos y los ríos, dejando que el Cazador controle todo el interior. Pensé que podría ser un ardid para mantener a la gente en calma, pero ella parece confiar de verdad en que él puede encontrarte.

Hielo corre por mi espalda. ¿Qué clase de magia o de dispositivo le habrá dado Ina, a través de Caro, a este cazador? Los soldados distribuidos a través de Sempera eran suficiente amenaza, pero el hombre de la capa (cuya simple silueta me dejó congelada), quién sabe de qué es capaz. Hay demasiadas amenazas acechando en mi pasado. Pensar que existe otro enemigo más merodeando por los rincones de Sempera envía una oleada de cansancio a través de mi cuerpo.

—Hay algo más. —Elias baja los ojos al suelo con timidez—. Linfort, el director de Bellwood, ha solicitado la presencia de Liam en una cena de bienvenida para el Cazador y sus soldados reales.

—¿Acaso sabe algo? ¿Que Liam me está ayudando? —pregunto mientras la sangre desaparece de mi rostro.

—No —responde Elias, descartando la posibilidad—. El Maestro Linfort no podría guardar un secreto semejante aunque le ofrecieras

monedas de mil años. Él solo quiere jactarse de la presencia de su preciado Gerling ante invitados importantes. No te preocupes, Jules.

—Tenemos que marcharnos. Ya —exclama Liam deteniéndose de golpe.

*No, pienso. A pesar de la llegada del Cazador —una extensión de Caro—, el interior del Fuerte de la Ladrona es el lugar en el que me he sentido más segura desde que me escapé de Everless. Además, el recuerdo de la cascada vuelve a inundar mi mente y, esta vez, viene acompañado de una nueva sensación: un leve cambio de poder. No habré enfrentado a Caro entonces, pero sus palabras persisten: *Tu poder. No le temas.**

*No le temo.*

Quiero que sea cierto. Ya no quiero vivir con miedo.

Pero sé por la expresión de pánico en la cara de Liam que él no lo aceptará.

Así que, en su lugar, digo:

—Elias tiene razón. No podemos marcharnos ahora. Si no te presentas en la cena, despertarás sospechas.

Me interrumpe el estallido de un corcho. Elias sonríe con picardía: extrae una botella de vino de su bolsa. Sirve un vaso bastante grande y me lo alcanza.

—Mientras tú te vas, Jules y yo nos divertiremos. Después de todo, hasta ahora hemos sobrevivido a la Hechicera.

—Ignóralo, Jules —comenta Liam con altivez. Y le advierte a Elias —: Este no es momento para tus bromas macabras.

—Todo lo contrario: siempre es momento. —Elias se estira y se recuesta en el sillón—. Vosotros, los de Sempera, tenéis muy poco humor.

—¿Sí? —El desafío proviene de mí—. ¿Y entonces cómo sois los de

Connemor?

—Me alegra mucho que haya preguntado, señorita Ember —señala Elias con una sonrisa—. En primer lugar, somos famosos por ser impresionantemente guapos. Nuestra alegría (supongo que eso viene de no tener inviernos que duren una eternidad). Y en Connemor, cuando sientes algo, está mal visto sepultarlo debajo de varias capas de rigidez y formalidad.

»Y no me fulmines con la mirada —prosigue Elias desviando los ojos hacia Liam—, ¿no es esto acaso lo que siempre soñaste, estar aquí con...? —Elias levanta la mano y señala con vaguedad hacia mí, y luego la deja caer cuando Liam se pone de pie con rapidez. Intensamente ruborizada, me doy cuenta de lo que quiso decir: *estar aquí con la Alquimista*.

De pronto, la postura de Liam se torna rígida, los dedos tamborilean sobre la mesa.

—Iré a cenar, pero nos marcharemos en cuanto regrese. Al menos uno de nosotros tiene que tomarse esto en serio —advierte.

Sus palabras hirientes se enredan en mi piel, pero no me opongo. Una vez que Liam ya no está, la tensión se escurre de mí y me desplomo en la cama. Es más fácil olvidar la leve emoción que me provoca el imaginar a Liam sentado allí, los libros abiertos en el regazo, soñando con la Alquimista... conmigo.

En el exterior, suenan las campanas de la torre del instituto (para ocasiones especiales, me explica Elias) y luego se desvanecen en la noche. La agitación de los pájaros en los árboles ha dado lugar a los primeros grillos de la estación. Le cuento todo a Elias: sobre Stef, el arma con forma de colmillo, hecha de gemas y de piedra, con una serpiente de metal tallada alrededor, y la clave hallada en mi diario que espero nos conduzca a ella.



Me escucha con interés. Sus modales, encanto acentuado por una gran intensidad, me fascinan. Una vez que termino el relato, Elias saca varias botellas más de vino y algo de comida.

—¿Dónde las conseguiste? —pregunto.

—Las robé del palacio cuando anduve dando vueltas por allí, por supuesto. Quedaron muchas después de la coronación, ya que terminó abruptamente.

—Sí, lo recuerdo —comento echándome a reír.

—Tu descubrimiento merece una celebración —agrega de manera contundente.

—¿Descubrimiento? ¿Qué descubrimiento? —Mantengo un tono de voz sarcástico para no dejar ver que quiero que me responda sinceramente.

—Tú sabes que existe un arma en algún lugar que habrá de matarla. Lo único que tienes que hacer es encontrarla —contesta simplemente. Luego se inclina y me aprieta la mano—. Pero lo más importante de todo... es que estás aquí.

El aire tiene la agradable tibieza del verano. Nos sentamos juntos en el escritorio y comemos pan, queso y manzanas. Finalmente, y después de varios sorbos de vino, reúno el coraje necesario para husmear.

—Liam y tú conocéis mi historia. Es justo que yo conozca la tuya.

—Es un relato aburrido, señorita Ember —argumenta Elias.

—Ayudaste a que me salvaran la vida. Creo que ya puedes dejar de llamarme *señorita Ember*. —Esbozo mi mejor sonrisa—. Solo Jules está bien, gracias.

Exhibe los dientes en una brillante sonrisa.

—Muy bien, Solo Jules. —Su acento suaviza el sonido de la *j* de mi nombre—. No te envidio eso de viajar sola con Liam, aunque sea solo

durante unos días. Me sorprende que todavía recuerdes cómo se habla.

El tono de su voz no es mordaz, como cuando Ina o Caro se burlaban de Liam en Everless. Es cálido, cariñoso, tal vez hasta un poco sobreprotector. Me recuerda a algo que Amma y yo solíamos hacer, burlarnos una de la otra antes de que otro pudiera hacerlo, porque una broma de alguien a quien quieres no duele. La tristeza circula dentro de mí. Bebo un sorbo de vino para alejarla.

Se me ocurre que es probable que Elias conozca a Liam Gerling mejor que ninguna de las personas con las que me relacioné en Everless (tal vez mejor que nadie en el mundo) y experimento una oleada de curiosidad.

—Tú eres de las tierras libres, sin ataduras; ¿cómo fuiste a dar con nuestras costas?

—¿Las tierras sin ataduras? —Elias ríe, no de mala manera, pero siento que me sonrojo—. Esa sí que es una forma exótica de llamarnos. Vosotros, los de Sempera, sois los únicos distintos al resto del mundo. La única tierra con magia.

—Nunca he salido de Sempera —respondo—. De modo que no podría saberlo.

—La mayoría de la gente nunca lo ha hecho, en ninguna dirección. —Se inclina hacia mí—. Ellos os tienen miedo. —Debe notar la conmoción en mi rostro porque echa a reír—. No, no a *ti*, Jules. Les tienen miedo a Sempera y a su magia. Deberías oír las historias que se cuentan de este lugar. Algunas dicen que, en cuanto apoyas un pie en las costas de Sempera, la propia tierra te drena hasta la última gota de sangre. El miedo jugó a favor de la Reina anterior.

Eso sí sé que es cierto.

—Así que tu familia era valiente... te envió aquí a estudiar, y...

—Bueno, mi familia, nosotros somos una especie de embajadores. Y también académicos. Teníamos una dispensa especial de tu Reina para entrar en Sempera cuando nadie más podía hacerlo. —Elias estira las piernas hacia delante. Permanezco en silencio para no dejar ver que no tenía idea de que pudiera existir una familia semejante—. Durante siglos, casi todos los jóvenes de nuestra familia han pasado algún tiempo en otra tierra que ellos escogieran, aprendiendo costumbres, historia, comercio, antes de volver a nuestras propias costas para asumir los compromisos oficiales. Se dice que esa práctica hace que nuestro país sea más fuerte, más seguro, mejor —agrega rápidamente.

—¿Mejor? —La sospecha se despierta dentro de mí. Puedo entenderlo (incluso a través de la envidia que siento), pero, de otra manera, lo que Elias describe se parece vagamente a lo que hacían los Gerling con la sangre de hierro. De alguna manera, se parece a robar.

Elias señala hacia afuera, hacia un enorme edificio cubierto de enredaderas con techo a dos aguas, cuyas ventanas emiten una luz dorada en la oscuridad.

—Mira, puedes ver la biblioteca, donde pasé los últimos seis años.

—¿Qué estudias? —pregunto con demasiado entusiasmo, pero descubro que deseo saber todo sobre Elias y de este lugar, de su vida aquí, de la vida que comparte con Liam. Es una clase rara de deseo: ternura por un lado y envidia por el otro.

—¿Oficialmente? —Elias alza las cejas—. Filosofía.

Me echo a reír. Nunca había oído hablar de que existiera un filósofo en Sempera.

—¿Y... extraoficialmente? —inquiero de inmediato.

Analiza la pregunta deslizando el dedo alrededor del vaso de vino.

—El tuyo no es el único país que se infectó de magia. Al nuestro también le ocurrió una vez... y juramos, hace mucho tiempo, no

permitir que volviera a suceder.

—¿Infectado de magia? ¿Qué quieres decir? —Es una rara forma de definirlo, muy similar a la de Stef.

Se queda callado y bebe vino.

—Varios siglos atrás, dos habitantes de Connemor nacieron con la habilidad de cambiar de forma. Dicen que eso fue solo el comienzo... que cuando eran pequeños, ellos perfeccionaron sus habilidades y buscaron incrementarlas. Te ahorraré los detalles, pero basta decir que lo consiguieron. El poder los consumió por completo. Se convirtieron en el mal en estado puro.

Asiento, cautivada. No puedo imaginarme a Caro aún más consumida por la magia, más malvada de lo que ya es. Me estremezco ante la idea.

—Connemor los derrotó... —prosigue Elias— con el tiempo y con grandes sacrificios. Elegí venir a tu tierra para estudiar todo lo que pudiera acerca del tiempo de la sangre. Es mejor ser consciente de la clase de magia que acecha en los oscuros rincones del mundo.

Pienso en Caro... cuanto más intento saber sobre ella, sobre mi pasado, más rápido se escurre entre mis dedos cualquier conocimiento que creo tener. Recuerdo la irrupción de la Reina, el incendio del Fuerte de la Ladrona como un mensaje para advertir que los secretos del tiempo solo le pertenecían a ella. La masacre de los académicos que trabajaban aquí.

—No me puedo creer que pienses que estar ahora en Sempera es muy seguro.

Los dientes de Elias vuelven a brillar con su famosa sonrisa.

—¿Acaso no lo sabes, Jules? Todo lo que realmente vale la pena es peligroso.

—Hace unas pocas semanas, no habría estado de acuerdo contigo —

mascullo. Mis antiguas ambiciones destellan por mi mente: una pequeña y cuidada cabaña en las afueras del pueblo; una parcela de tierra suficientemente fértil como para alimentarme a mí y a mi familia; paredes para mantenernos calientes y seguros durante el invierno—. Entonces... ¿estás aquí fuera de servicio?

—Bueno, no es solo el servicio lo que me mantiene ahora aquí. Es algo más... personal. —Elias bebe un trago de vino y vuelve a observarme como si me estuviera evaluando.

—¿Por qué? —pregunto con preocupación.

Elias lanza un suspiro de desconcierto.

—Porque —responde— mi mejor amigo está enamo...

—Detente —grito antes de que la palabra abandone su boca y me balanceo hacia atrás sobre las rodillas, las palabras de Elias me impactan como algo físico.

Permanezco sentada en silencio mientras esa información penetra dentro de mí, me siento inundada por la enormidad de lo que aún no sé. El rostro de Liam surge fugazmente detrás de mis ojos. Finalmente, recupero mi voz, aunque brota lenta y calladamente.

—No lo digas. Ya he perdido a demasiada gente, no puedo... no puedo pensar en eso.

Elias me examina con atención. Nos quedamos un rato en silencio, bebiendo el vino y observando la salida de la luna al otro lado de la ventana. Casi puedo sentir sus palabras instalándose dentro de mí, como tinta negra que se mezcla con mi sangre, que se inscribe en mis huesos. Como si al pronunciarlas se encendiera una luz de alarma para Caro, para el Cazador, como una sentencia de muerte para Liam.

Elias rompe el silencio.

—Siempre pensé que, si conocemos el pasado, podemos cambiar el futuro. Pero tú, Jules, estás en una posición única para hacer

exactamente eso.

—¿Qué quieres decir? —Me pongo tensa, incómoda por la manera en que sus palabras llegan hasta mis pensamientos más íntimos.

Elias se queda callado durante varios minutos, la cara inmóvil bajo la luz de la luna mientras las lámparas se van extinguendo. Siento instintivamente que está tomando algún tipo de decisión, evaluando una opción.

—Tú sabes mejor que nadie que el pasado tiende a repetirse... — Una risa amarga escapa de mis labios—. Pero eso no significa que el pasado *tenga* que repetirse necesariamente. Debemos creer que podemos cambiar el futuro. De otra manera, nada tendría sentido.

Abro y cierro la boca, todavía incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Su discurso agita algo en mí, pero tengo miedo de examinarlo de cerca. El rostro de Caro se forma en mi mente y permanece allí, los ojos del verde oscuro del cristal de las botellas, los labios curvados en una sonrisa. La idea de romper el ciclo de muerte lanza un escalofrío a través de mí, tan profundo como mis huesos.

—Por lo menos, ten en cuenta que quiero ayudarte, Jules, porque Liam es como parte de mi familia. —Bebe un sorbo de vino. Otra sonrisa traviesa ilumina su rostro—. O tal vez solo estoy aburrido. Aun así, piensa en lo que podría ocurrir, en lo que podrías conseguir —señala con un tono juguetón y otro terriblemente grave enredados en su voz. Hay algo familiar en su discurso. Descubro abruptamente que Caro le decía cosas similares a Antonia—. Si yo tuviera tus habilidades...

—No las tienes —comento bruscamente—. No tienes mis habilidades y no tienes ni la menor idea de lo que eso significa.

Espero que Elias vuelva a reír, pero no lo hace. En cambio, se queda mirándome fijamente, más inescrutable que nunca.

—Entonces, Solo Jules —dice con calma—, ¿qué vas a hacer *tú* con ellas?

Una imagen se materializa, rápida y nítida, como una marca caliente de hierro sobre mi piel. Un futuro... pero un futuro en el que fallé, en el que Caro recuperó su vida y su corazón, en el que los cuerpos de todos a quienes alguna vez traté de amar están enterrados bajo la tierra fría.

Si existe alguna razón por la cual estoy viva es para impedir que se concrete ese futuro. Respiro profundamente.

—Voy a encontrar el arma que matará a Caro —anuncio después de respirar profundamente—. Y si Caro me encuentra antes de que lo logre, moriré antes de que pueda atraparme nuevamente.

Elias arruga la frente, pero ante mis palabras, en su rostro no se refleja el tremendo horror que se habría reflejado en el de Liam. Y, de golpe, descubro por qué lo necesito.

—Prométeme —ruego fervientemente—. Prométeme que si ella me encuentra, me matarás antes de que pueda llevarme para experimentar conmigo, para drenarme la sangre, para torturar a quienes amo con la esperanza de destruirme hasta que finalmente lo logre.

Elias se mueve incómodo.

—Jules...

—Solo quiero... —tartamudeo, la garganta ardiendo de sentimientos—. Es solo cuestión de tiempo antes de que Caro descubra que Liam ha estado ayudándome, si es que ya no lo ha hecho. Debes saber que, si me destruye, recobrará sus poderes; es probable que su reinado sea eterno. Y quién sabe hacia cuántas costas más se extenderá.

Elias parpadea y es la primera vez que se muestra aturdido. Baja los

ojos pero no dice que no.

—Prométemelo. Si no lo haces por Sempera, hazlo entonces por tu familia. Sé que quieres que Liam sobreviva a todo esto —agrego en un susurro vehemente.

Bebe varios tragos de vino mientras el corazón me late violentamente en el pecho.

—Es posible sobrevivir pero no vivir de verdad, y no sé si Liam viviría de verdad sin ti —comenta en voz baja. Bebe el resto del vino y le cae una gota en la camisa, dejando un reguero rojo—. Pero está bien, Jules, te doy mi palabra.

Después de que su promesa se desvanezca en el aire, parece que no quedara nada más por decir. Pero no tengo que añadir nada porque algo pequeño y brillante aparece de la nada y traza una curva encima de nuestras cabezas cortando el pesado silencio. Por un instante, pienso que es una estrella fugaz, pero luego choca contra el tapiz que está al otro lado de la habitación y cae al suelo con un tintineo. La cara de la difunta Reina, grabada en sangre, hierro y tiempo, nos observa desde abajo.

Una moneda de sangre de hierro.

Elias se aleja de la mesa y sujeta la moneda. Una expresión de miedo y sorpresa se desliza a través de su rostro mientras la hace girar en la palma de su mano.

Luego camina hasta donde termina el suelo y sus ojos se pierden en la noche mientras menea la cabeza de un lado a otro.

—Está muy oscuro...

Se escuchan suaves pisadas desde abajo, después en la escalera. Un escalofrío me recorre la espalda.

Alguien golpea la puerta.





—¿Quién más sabe de la existencia de este lugar? —pregunto, dominada por una rara mezcla de miedo y posesividad.

—Nadie más. —Elias se mantiene relajado e inalterable como siempre. Pero no se me escapa que su mano se dirige a la empuñadura de la daga que está debajo de su elegante chaleco.

Cruza hacia la pared abierta, mira hacia abajo y sacude la cabeza. No hay nadie allí.

Me vuelvo hacia la puerta, el corazón me late acelerado. Por primera vez, me siento vulnerable aquí; de pronto, el hechizo del fuerte parece escasa protección. Oigo pasos débiles a través de las paredes de piedra, rápidos, ligeros. Luego un golpe en la puerta. Miro a Elias, pensando que el Cazador está en Bellwood.

Encoge los hombros. *Tú decides*, parece decir.

Tengo la boca seca pero no me pienso ocultar como un ratón en el Fuerte de la Ladrona, el hogar de la Alquimista. Quienquiera que sea debe tener algo que me pertenece.

Estiro la mano, taneo el mango del cuchillo en mi cinturón y cierro los ojos durante un breve instante, conjurando el tiempo dentro de mi sangre, preparándome para atacar si tengo que hacerlo. Luego abro la puerta y retrocedo, todo mi ser paralizado durante un segundo,

cuando diviso una esbelta silueta femenina en las sombras. *Caro*.

Pero no es ella, me doy cuenta mientras distingo sus rasgos: alta, tez morena, vestida con una toga estudiantil. No es Caro, no es el Cazador. Stef. Ladea la cabeza hacia mí y sus ojos descienden por mi brazo hasta mi mano, posada en la empuñadura del cuchillo.

—Lo siento —me disculpo bajando las manos con rapidez—. Nos has asustado.

Stef alza un hombro, una silenciosa disculpa.

—Pensé que la moneda sería suficiente advertencia. No quería interrumpir un momento a solas con Liam Gerling. —La miro boquiabierta y Stef se vuelve a Elias—. Connemor. No muy arrugado todavía, por lo que veo.

Elias esboza una amplia sonrisa, aunque su postura sigue tensa.

—No por muchos años más, brujita. Liam ha salido a dar una vuelta.

Stef me mira y también lanza una franca sonrisa.

—Linfort también. Motivo por el cual vamos a realizar una pequeña reunión en los túneles. ¿Quieres salir? ¿Ahora que no está tu guardián?

Una actitud defensiva se enrosca en mi interior y tomo aire para salir en defensa de Liam (él solo está intentando hacer lo que cree que es mejor), pero Stef me mira y arquea una ceja antes de que yo pueda hablar, como si supiera lo que voy a decir y no se sintiera impresionada.

—Vamos —exclama—. Es un truco genial el que hiciste aquí dentro con el tiempo, pero ¿cuánto tiene esto? ¿Diez pasos de ancho, con gran cantidad de paredes vacías y reverberantes? —Camina a través de la habitación midiendo la distancia en pasos para demostrar que tiene razón, su capa se arrastra por el suelo mientras llega hasta la pared y

gira de manera exagerada—. No me digas que no te mueres de ganas por salir —agrega.

Asiento con cierta vacilación. No puedo evitar sentirme algo complacida de que aún quiera salir conmigo después del desastre de anoche y tras haber leído mi raro diario. Y además, ella tiene razón: deseo ardientemente salir del Fuerte de la Ladrona, olvidarme del río rojo y de los recuerdos que contiene, y del Cazador. Stef sonrío y mira a Elias por encima del hombro.

—A mí no me molestaría —comenta Elias, una de las comisuras de su boca se curva hacia arriba—. Pero existe un pequeño problema y es que Jules es la persona más buscada de Sempera...

—Pero nadie sabe que está aquí —interviene Stef—. Y ciertamente no esperarán verla en una fiesta. Mira. —Hurta en su morral hasta que extrae un pequeño paquete de terciopelo. Se dirige hasta la mesa y desenrolla la tela. Al principio, pienso que será más magia de bruja de los arbustos, pero la tela revela un grupo de ampollas de vidrio llenas de pintura para el rostro y polvos compactos, brochas guardadas en bolsillos.

»Puedes acompañarnos —le espeta a Elias por encima del hombro—, pero no pienso gastar mi maquillaje en ti. Ya eres muy guapo así como estás. —Se vuelve hacia mí y emite una amplia sonrisa—. Siéntate.

Sujeto el respaldo de la silla, una energía nerviosa zumba en mi interior.

—¿Realmente crees que eso será suficiente? —Deseo escapar del Fuerte más que nada en el mundo, pero la idea de salir a caminar con tan solo algo de maquillaje en el rostro como disfraz, me parece que es como estar completamente desnuda.

—No me cabe la menor duda —afirma Stef.

Corre la silla con impaciencia y me siento. Elias observa, una sonrisa tenue e inescrutable en el rostro, mientras Stef lleva a cabo este tipo de magia mundana. Como no tengo un espejo, miro la sonrisa de satisfacción que se va dibujando gradualmente en la cara de Stef, y la expresión de desconcertado aprecio en el de Elias. No puedo evitar pensar en el día en que me uní a Ina y a Caro para ir a Laista a celebrar la boda de Ina, en que me maquillaron y me transformaron. La calidez que existía entre nosotras, hasta que averigüé la verdad y todo se hizo añicos.

Después de un rato, Stef deja sus elementos. Polvos compactos abiertos y tubos de pintura cubren la mesa. Luego estira un rizo de mi cabello y observa cómo el bucle marrón rojizo vuelve a su lugar. Sus ojos se iluminan repentinamente, busca otra vez en el estuche y extrae un misterioso recipiente. Sumerge en él un peine (que huele a rosas) y cuando pasa el peine por mi cabello, los mechones caen rectos y brillantes.

Saca un espejo pequeño del estuche de terciopelo y lo gira hacia mí.

—¿Suficientemente distinta para ti?

Abro la boca sorprendida y sujeto el espejo para poder ver más de cerca.

No hay nada drásticamente distinto en mi rostro, pero, por algún motivo, parezco distinta. Mayor. Mis cejas y mis pómulos están más marcados, mientras que los huecos de las mejillas y los círculos debajo de los ojos se han rellenado. Esta chica no ha pasado la tarde chapoteando en un río ni ocultándose de un cazador. Mis labios están rojos y gruesos. Parece que tuviera veinticinco años, sonrojada por la sangre de hierro, rara, elegante y renovada.

Liam se pondría furioso si supiera lo que estoy imaginando, pero algo dentro de mí desearía que él pudiera verme así. Que fuéramos

simplemente estudiantes y, una noche cualquiera, pudiéramos escabullirnos para ir a bailar. Aun cuando sé que no es posible, no puedo evitar aferrarme a eso.

—Impresionante —admite Elias y sus ojos se encuentran con los míos—. Jules, yo no soy tu guardián. Si quieres ir a la fiesta, podemos ir.

Mi corazón late deprisa.

—Quiero ir.



Stef nos guía a través del campus oscurecido, pegando saltos de manera notoria al caminar. A pesar de que ya debe ser tarde, hay gente afuera dirigiéndose lentamente hacia los dormitorios, desde el edificio que Elias explicó que era la biblioteca, o deambulando en grupos por los senderos, sus risas elevándose en la noche. Siento un cosquilleo en la piel, pero, como prometió Stef, nadie nos presta atención. Nos conduce a uno de los dormitorios; una vez adentro, descendemos unos escalones hasta que salimos a un túnel oscuro de paredes de piedra.

—¿A dónde me has traído? —pregunto riendo nerviosamente.

—Todo va bien, Jules —esta vez es Elias el que habla—. Debajo del instituto está lleno de túneles. Se realizaron para ayudar a la gente a moverse durante el invierno, pero ahora en general los usamos para otras cuestiones. —Sonríe, la luz de las antorchas de las paredes hace brillar sus dientes blancos. Y, en efecto, cuando aguzo el oído, puedo escuchar voces en lo profundo del túnel, música, risas. Stef trota en esa dirección y Elias y yo la seguimos hasta que salimos a un espacio

más grande donde se cruzan varios túneles.

Está lleno de estudiantes que se han quitado sus togas y ahora se pasean en vestidos y chalecos. Encima de una larga mesa colocada contra una pared, hay un despliegue de botellas —cerveza, vino y madel—, y, en un rincón, dos chicas interpretan una canción con un violín y un tambor. La gente las rodea y grita los nombres de las canciones que quieren que interpreten: «El guardia de la Reina», «Una hora para amar». Los jóvenes se saludan unos a otros, ríen y se abrazan.

La música rebota en las paredes replegándose sobre sí misma, y la gente se balancea siguiendo el ritmo, los cuerpos apretados unos contra otros. No se parece en nada a la refinada belleza del baile de la coronación de Ina o incluso al bar de madel de Laista: es ruidoso, oscuro, sofocante y estimulante. En la luz tenue, es difícil distinguir los detalles de los rostros, muy ruidoso como para escuchar una voz determinada. Lentamente, siento que mis músculos se van relajando.

Fue muy temerario por mi parte venir, lo sé, pero el ruido aleja todos los miedos hacia los bordes de mi mente. Stef no se equivocó hace un rato. ¿A quién se le ocurriría buscar a Jules Ember en un lugar como este?

Elias se vuelve hacia la mesa y gira la cabeza de inmediato, una bebida destella en sus manos. Me la alcanza, vino tinto en un viejo vaso de hojalata, bebo un sorbo y siento cómo el calor fluye a través de mí. Hay mucho ruido como para poder hablar, así que nos colocamos con la espalda contra la pared y observamos a la multitud. No tengo ni la menor idea de cómo se baila, pero *quiero* bailar, como si la música fuera una fuerza magnética que impulsara mi cuerpo hacia adelante.

La resisto y permanezco junto a Elias. Mis ojos se posan sobre Stef,

que está en medio del grupo. Los faroles resplandecen en su piel morena mientras baila muy cerca de una bella joven de cabello rubio, sus pies se mueven con rapidez haciendo unos pasos que no puedo seguir bien. Me echa una mirada por encima del hombro y me guiña el ojo, y siento que una gran sonrisa se dibuja en mi boca.

Aquí, bajo tierra, donde nadie conoce mi nombre ni mi rostro, siento que podría llegar a ser otra persona al volver a salir a la superficie. Ni la Alquimista, ni siquiera Jules Ember. Como si pudiera transformarme en otra chica como cualquiera de las de la fiesta, y al salir a la luz de la luna, sería para dirigirme a una cama segura, debajo de un techo que no estuviera roto. Un hogar, un pasado y un futuro que no estuvieran bañados de sangre ni escritos en un idioma desconocido.

Una vez que la canción se va apagando, Stef reaparece junto a nosotros. La chica rubia está a su lado y, detrás de ellas, hay otros tres estudiantes, los ojos clavados en Stef.

—¡Muéstranos tu magia! —le ruega una chica, riendo—. ¡Convoca a la Hechicera para que bendiga esta fiesta!

El corazón golpea con fuerza en mi pecho. Me cuido de no reaccionar, aunque siento la tensión de Elias a mi lado, ante los gritos de la joven.

—¡Vino! Que alguien me traiga una jarra de vino caliente y especiado —grita Stef. La joven rubia se aleja y regresa enseguida con una jarra de madera, el vapor humeando desde arriba, y la apoya en las manos de Stef.

—Acercaos —exclama Stef con tono dramático. Los estudiantes se apiñan a nuestro alrededor, los hombros de extraños apretados contra los míos. No había estado rodeada de tanta gente desde la cocina de Everless, y resulta aterrador y reconfortante al mismo tiempo.

Stef tiene en la mano una moneda de una semana, el bronce brilla en la luz tenue, y se escucha un leve susurro cuando se desliza dentro del vino. Me obligo a sonreír junto con todos los demás, aunque mi corazón continúa latiendo con fuerza. A continuación, Stef abre la otra mano dejando ver una colección de objetos pequeños: acebo helado, descubro al mirar más de cerca, con sus raras bayas oscuras y sus hojas plateadas. Un escalofrío desciende por mi espalda al recordar lo que Caro me contó: que el acebo helado crecía en los lugares en donde caminó alguna vez la Hechicera. Parecería que no puedo pasar una hora entera sin algo que me la recuerde.

Stef aprieta el puño y luego lo abre encima de la copa, dejando caer los trozos plateados y azules en el vino, como hizo en mi regresión de sangre. El olor que brota ahora de la jarra es raro, metálico y embriagante a la vez, y me doy cuenta de que estoy inclinada hacia delante como los demás para ver qué sucederá.

—Acebo helado y sangre de hierro —entona Stef con voz profunda y cantarina—. Una combinación de los poderes del Alquimista y de la Hechicera.

Inhalo una bocanada de aire y luego tengo que transformarla rápidamente en una tos, cuando un chico de cabello rizado se da la vuelta y me observa. Hace tanto tiempo que no paso un rato con amigos que no tengo ni idea de si Stef se está burlando deliberadamente de mí. La miro con ojos asesinos, deseando que sienta el calor de mi mirada, aunque ahora tiene los párpados cerrados y balbucea por encima del vino en algo que se aproxima a la antigua lengua de Sempera. Mis dedos se hunden en el brazo de Elias sin darme cuenta.

—¿Qué está haciendo?

—Nada —responde, los ojos en blanco—. El acebo helado endulza el



sabor del vino barato. Hace esto en todas las fiestas para asustar a los estudiantes nuevos. Es solo por diversión.

Mi risa suena falsa en mis propios oídos. Deslizo la mano por el codo de Elias y lo aparto de allí hacia el grupo que está bailando en el centro. Las instrumentistas han comenzado a tocar otra melodía, rápida, ligera y dulce, y los movimientos ya no parecen tan complicados ahora que tengo algo de alcohol dentro de mí. Elias sujeta mis manos y me hace girar una y otra vez. Cuando la multitud se abre, diviso a Stef al otro lado de la habitación, bebiendo el vino humeante y siendo todavía el centro de atención de sus incrédulos seguidores. Agito la mano en su dirección hasta que levanta la cabeza e interrumpe el truco que está realizando.

A estas alturas, Elias está bailando con un grupo y no nota que me escabullo y me abro paso hacia Stef. Siento la sangre caliente, el corazón ligero. Ella se halla en un estado similar, a juzgar por el tinte rosado de las mejillas y los ojos brillantes mientras agita las manos en una danza complicada, cortando el humo que ahora brota de su vaso. Cuando la gente que la rodea ríe con sus movimientos, se alza dentro de mí una rara mezcla de celos y tristeza: su magia es solo un entretenimiento más en una noche llena de ellos, algo para mirar embobada entre el madel y la danza.

Entro en el círculo y sujeto el brazo de Stef.

—Necesito un poco de aire —casi le grito al oído. La fiesta se ha vuelto más ruidosa desde que llegamos, más atestada de gente—. ¿Vienes conmigo?

Stef echa una mirada de irritación pero sus ojos se agrandan cuando ve que soy yo. Mira por encima de un hombro y lanza un guiño a la joven rubia.

—Es solo un instante. No me eches mucho de menos.

Una vez que ya ha guardado todo y ha metido el resto del acebo helado en un bolsillo escondido dentro de la camisa, la guío por uno de los nuevos túneles y reímos mientras pasamos por delante de una pareja enredada en un profundo abrazo. Una vez que quedamos fuera de vista, Stef se detiene, se sienta y se apoya contra la pared, pasa el dorso de la mano por la frente. La música y el ruido de la fiesta nos llega flotando por el túnel, pero aquí está más calmo y tranquilo. Me siento junto a ella, dando las gracias de tener la oportunidad de recuperar el aliento.

—¿Has encontrado algo interesante en mi diario? —le pregunto, alentada por la bebida.

—No lo leí —responde encogiéndose de hombros.

Mis cejas se juntan en señal de confusión. Stef me mira y ríe.

—Solo quería hacer enfadar a Liam Gerling. —Las dos últimas palabras caen de sus labios teñidas de decepción.

—¿Por qué no te gusta? —pregunto sin pensarlo. Luego escucho mis propias palabras y me apresuro a hacer algunas salvedades—. Lo que quiero decir es que te entiendo. A mí tampoco me gustaba, hasta hace poco.

Stef me mira, una sonrisa pequeña y cómplice estira su boca.

El rubor se desliza sigilosamente por mi cara y bajo la vista.

—¿Acaso tú no perteneces también a una de las cinco familias?

—No oficialmente, pero entiendo tu argumento. —Suspira e inclina la cabeza hacia atrás. Una música suave flota en el silencio, las notas caen alrededor nuestro como una lluvia tenue—. Es solo que pensé que, si alguna vez llegaba a conocer a la Alquimista, mi madre estaría a mi lado.

Echo una mirada hacia la fiesta, hacia el grupo de estudiantes.

—¿Es esto lo que realmente deseas hacer con tu vida? ¿Pequeños

trucos y secretos que ninguna de las personas que te rodean llegará a entender jamás?

Stef ríe, pero hay un dejo de agudeza en su risa.

—Da la casualidad que mis secretitos me gustan —replica—. Espero que no te haya molestado ese asunto con el Alquimista, la Hechicera y el acebo helado. A estas alturas, es un hábito. —Esboza una sonrisa arrepentida—. Olvidé que esta noche tenía compañía ilustre.

—No hay problema —comento automáticamente. Y es cierto. Tal vez debería proteger más mi historia, pero tengo una sensación de afinidad con esta bruja sonriente y amarga—. ¿Quién sabe? —agrego, tratando de sonar despreocupada y no anhelante—. Tal vez el acebo helado haya desbloqueado algo dentro de mí.

—No estaba mintiendo antes, Jules —afirma Stef mirándome de soslayo—. No sé de qué otra manera ayudarte. Lo siento. Pero pensé en otra persona que quizá sí podría.

—¿Sí? —Mi corazón se acelera—. ¿Quién?

—Mi primo Joeb. Es el hijo de Althea, una de las brujas de los arbustos más poderosas de nuestra familia. Ella murió recientemente en... circunstancias sospechosas.

—¿Qué tipo de circunstancias? —pregunto mientras se me contrae el estómago.

—Parecía que había muerto de vieja, que se le había acabado el tiempo, pero nosotros sabíamos que tenía almacenadas suficientes monedas de sangre de hierro. Y un pariente dijo que faltaban algunas cosas de su casa, cartas viejas, reliquias.

*Caro*, pienso lúgubrementemente. La realidad me aplasta con violencia, expulsando los sonidos del júbilo ligero que se filtraban por el oscuro pasillo.

—Lo siento.

Stef se encoge de hombros con un movimiento breve y controlado, y sé que se está comportando de manera relajada por mí. ¿Cuántas veces hice lo mismo?

—No éramos cercanas —comenta—. Althea y Joeb eran excéntricos, incluso más que el resto de la familia. —Baja la mirada—. Pero, obviamente, su muerte hizo que todos se pusieran muy nerviosos.

—¿Joeb también es brujo?

—No que yo sepa —responde meneando la cabeza—. Pero lleva un registro de la historia de nuestra familia, desde los tiempos de la Hechicera y el Alquimista. Si le caes bien, es probable que los comparta contigo. Además, se rumorea que colecciona e intercambia utensilios, la mayoría son cataplasmas y amuletos falsos, pero podría saber algo acerca de tu arma.

—Créeme —agrego riendo—, tengo que aprovechar todas las oportunidades que se me presenten.

—Me alegra que estés aquí, Jules —comenta Stef con una sonrisa ladeada. Luego saca algo de un bolsillo interno del vestido y me lo extiende, inclinando la palma de la mano hacia la antorcha. Al principio, pienso que tiene más acebo helado, pero no: es una pequeña piedra gris y pulida, con una cara tallada toscamente sobre ella.

—Mi madre me la dio —explica colocándola en mis manos. Está fresca, fría en realidad, a pesar de haber estado en su bolsillo—. Dijo que era un símbolo destinado a recordarte que el mal no siempre tiene el rostro que imaginas. Me ha protegido hasta ahora. —Se sonroja y baja la mirada—. Bueno, muéstrasela a Joeb cuando lo veas y él sabrá que te ha enviado alguien de la familia.

Mientras me da indicaciones de cómo llegar a la cabaña de su primo, miro el pequeño objeto que tengo en la mano, tratando de que mi rostro no delate mi confusión. Es la talla más simple del mundo,

solo una leve cresta para la nariz y muescas para los ojos y la boca, como la estatuilla de piedra de la Hechicera que mi padre tenía en la repisa de la ventana.

Un fuerte ruido proveniente de la fiesta nos paraliza: unos gritos se elevan por encima del zumbido general y, unos segundos después, la música vacila y el silencio se extiende por encima de la multitud. Me pongo de pie sin pensarlo mientras guardo la piedra en el bolsillo y aferro el cuchillo. Ella también se levanta. Intercambiamos miradas de preocupación y luego Stef se marcha con pasos largos a través del túnel. Corro detrás de ella pues no quiero quedarme sola.

La música ya se ha apagado y la habitación está casi en silencio cuando regresamos. Casi todos están apiñados en el medio del recinto, la espalda hacia nosotros, un murmullo de voces bloquea lo que está sucediendo allí dentro. Stef se abre paso a los codazos y yo me deslizo detrás de ella.

Y entonces veo lo que ha captado la atención de todos, que está en el centro del círculo.

Liam está aquí, y cuando entro dentro del círculo, sus ojos se dirigen a los míos, pasando de la frialdad a la furia. El fuego irradia de él en oleadas, me dirige fuera de la arcada y me lleva hacia dentro de los túneles.

—Liam, estás actuando de manera ridícula —susurro con toda la dureza posible, aunque sé que no es verdad.

Elias permanece detrás de nosotros saludando despreocupadamente a los estudiantes, que nos observan con curiosidad. Cuando ya nos alejamos lo suficiente por el oscuro pasillo, Liam se detiene de golpe y se vuelve hacia mí. A pesar de estar enfadado (enfurecido, por la forma en que su pecho sube y baja), su presencia me produce alivio.

—Estás a salvo —susurro sin querer.

—Sí. Justo cuando bajamos a cenar, llamaron al Cazador para que condujera una inspección de los dormitorios. —Sus ojos se mueven frenéticamente—. Tenemos que marcharnos. No debería haber dejado que Elias y tú me convencierais de ir a la cena. ¿Tienes tus pertenencias?

Aferro la correa de mi bolsa y siento el peso del diario que está en el interior.

—Sí, y tengo una idea de a dónde podemos ir a continuación. Stef me habló de una bruja de los arbustos llamada Althea, una tía lejana, que murió recientemente en misteriosas circunstancias. —Me estremezco—. Tal vez fue obra de Caro.

—Jules —exclama Liam, echando chispas por los ojos—, tenemos que abandonar no solamente Bellwood, sino Sempera.

—¿Y qué hacemos con Althea?

—Seguramente la atrapó un sangrador —responde Liam.

Pasó tanto tiempo desde que yo llevaba una vida normal con mi padre que casi me resulta reconfortante recordar las amenazas de Sempera. Los sangradores, las personas que acechaban en los bosques y en las ciudades, liquidando a la gente para quedarse con su tiempo.

—No, no fue un sangrador. A ella le *extrajeron* su tiempo. Su hijo está vivo, tenemos que...

—No vale ni una moneda de una hora.

El estómago se me revuelve ante esa expresión, solo utilizada por los nobles, para quienes una hora no vale nada.

—Estás equivocado. Es Caro. Debe ser Caro. —Mi mente comienza a desbocarse. ¿Por qué otra razón habría ella de perseguir a alguien que es una extraña para mí y no alguien a quien yo quería o que estaba conectado conmigo?—. Ella mató a todos los que fueron mis aliados. El hijo de Althea tiene los papeles que recolectó su madre. Tal vez

sabe algo... acerca del arma o acerca del río rojo. Y tiene que existir una razón por la cual Caro haya hecho esto.

—¿Una *razón*? —Las palabras de Liam son súbitamente ardientes—. Tú deberías saber que Caro no necesita una razón para asesinar. Si *realmente* fue ella, es probable que tan solo estuviera aburrida.

Abro la boca para señalar que yo conozco a Caro mejor que él, pero mi voz se desvanece cuando el rostro de Roan destella fugazmente detrás de mis ojos. Aunque haya fallado, ella lo mató para romperme el corazón. Luego, recuerdo otro rostro... el de la Reina, echado hacia atrás y horriblemente vacío, manchas de sangre sobre los labios y los dientes. ¿Acaso ella mereció morir a manos de Caro?

Un sonido débil y ahogado escapa de la boca de Liam. Antes de que pueda detenerlo, desliza las manos por mis brazos, acercándose más a él. Puedo sentir que está temblando.

—Escúchame —exclama, la voz ronca, doliente y desesperada—. Mañana, Bellwood estará inundada de soldados... están registrando todo. Este lugar ya no es seguro, ni ningún otro de Sempera. He reservado una habitación para nosotros en la Hora Verde, una posada local. Pasaremos la noche allí y luego nos reuniremos con Elias en la mañana y llegaremos a Connemor lo más rápido que podamos.

Durante un brevísimo segundo quiero decir que sí, sujetar su mano y llevarlo a costas lejanas. La habitación ya es pequeña y está atiborrada de escritorios. Demasiado atiborrada para la carga que crece entre nosotros, el grito frustrado que se arremolina en mi garganta. Solo que no es un grito... es una pregunta completamente armada y enceguecedora.

¿Me amas?

Aparto a Liam con todas mis fuerzas.

—No me iré contigo.

—No me iré sin ti —replica. En un solo segundo, sus ojos se congelan, la sombra se convierte en hielo. Reconozco la raya cruel de su boca... y, de golpe, sé que está planeando llevarme lejos, aun cuando sea contra mi voluntad, como me arrastró fuera de Everless.

Pero no es una decisión que le corresponda tomar a él.

Retrocedo velozmente y alzo las manos para detener su movimiento. A lo lejos, Elias cruza la puerta con rapidez. Ninguno de ellos puede detener la burbuja de tiempo que sale volando de mis palmas abiertas, los lazos invisibles que los inmovilizan en el lugar.

Les doy la espalda y echo a correr.





Sigo las indicaciones de Stef con el mayor cuidado que la oscuridad me permite. La suerte me acompaña: la noche está estrellada y la luna brilla sobre mí, iluminando el rudimentario mapa que ella dibujó.

Finalmente, después de una hora de caminata, llego a una zona salpicada de tierras de labranza. La tierra recién arada en hileras ordenadas me recuerda a la pequeña parcela de tierra donde mi padre y yo vivíamos en Crofton y se me oprime la garganta. Bajo la luz de la luna, logro distinguir la silueta de una cabaña pequeña y ruinoso, el resplandor de una única vela detrás de una ventana cubierta por una lona.

El nerviosismo cubre mi garganta mientras levanto la mano para llamar a la puerta. Al ver que nadie responde, empujo suavemente la puerta. No está cerrada y se abre con facilidad bajo mi mano.

Dentro, el aire huele a hierbas amargas y chamuscadas, y a tierra mojada. Me detengo un instante en la negrura y agudizo el oído. La única luz del interior proviene de una vela que se encuentra en el medio de la habitación, a la altura de la cintura; chisporrotea débilmente.

Con cautela, me interno en la oscuridad. La luz de la luna desaparece y parece que se apaga la llama de una vela.

Mientras mis ojos se van adaptando a la oscuridad, veo que alguien ha creado un santuario en el centro de la sala: un ingenioso adorno de hierbas, botellas de pociones de vidrios de colores, la única vela encendida. Vagamente, recuerdo santuarios con adornos similares de la bruja de los arbustos de Crofton, todos pedidos y pagados con sangre de hierro por algún familiar del muerto. La única diferencia es que la variedad de ofrendas que tengo frente a mí parece más genuina, realizada de manera mejor pensada, aunque no podría determinar exactamente cómo lo sé. Tal vez sea el miedo que me rodea en este momento o mi deseo de encontrarle sentido a este viaje, de confiar en Stef a pesar de la insistencia de Liam en que semejante riesgo es desatinado.

Me interno más en la habitación. A esta distancia, puedo ver que el santuario está rociado tenuemente con algo que reluce como el oro en polvo. El brillo me atrae hacia adelante y estiro el dedo para juntar un poco. La llama calienta la palma de mi mano, pero, al mismo tiempo, un escalofrío raro e inesperado se desliza sobre mi piel.

Luego, alguien se aclara la garganta a mis espaldas.

Me doy la vuelta.

Es un hombre: alto y de anchos hombros, pero con aspecto de desnutrición. Es imposible saber qué edad tiene. De pelo oscuro y desgredado, semblante pálido y surcado por arrugas, podría tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta años. La camisa, que se ve mugrienta aun en la tenue luz de la lámpara, le queda muy holgada. El olor a alcohol desaparece cuando se inclina hacia adelante sobre una tosca mesa de cocina para encender la lámpara.

Debe ser Joeb.

Se me hace un nudo de miedo en el estómago cuando me doy cuenta de que se encuentra entre la puerta y yo.

Job me mira detenidamente con ojos rojos y somnolientos, y da un paso adelante.

—¿Quién eres? —Su voz es ligeramente pastosa, pero posee cierta gravedad.

—U-una aprendiz de bruja de los arbustos —tartamudeo, recordando las instrucciones de Stef de no mencionar su nombre. Espero que esté tan borracho como para no reconocer mi imagen en los dibujos que distribuyó Ina, si es que los ha visto—. Una pariente lejana. Me enteré de la muerte de Althea y... —Extiendo las manos esperando que él continúe la frase, pero no dice nada—. Quería expresarle mis condolencias.

Job me mira con los ojos entornados.

—No sé quién eres.

Siento que se me oprime el corazón al recordar los días posteriores a la muerte de mi padre, lo alejada que estaba del mundo. Me relajo levemente. Yo no traté de ahogar mi pena en el alcohol, pero puedo entender que alguien lo haga. El hombre podría ser bondadoso, me digo a mí misma mientras contengo el deseo de escapar. No quiero arriesgarme a molestarlo más, antes de lograr que me dé algún tipo de información.

—Nunca vi a Althea —comento suavemente—. Aunque es posible que ella me haya conocido a mí.

—Bueno, ya no está —acota Job con dureza. Posa los ojos en el santuario y luego los desvía nuevamente hacia mí—. No has traído ninguna ofrenda. ¿Qué quieres realmente?

Señalo el santuario sin mucha convicción, ya perdida dentro de mi mentira. Me aferro a cualquier cosa que me ayude a tener una mejor relación con él, averiguar qué sabe del arma sin irritarlo.

—Enseñarle mis respetos y... saber más de ella.

Prende una cerilla y pasa delante de mí para encender un atado de hierbas. El incienso comienza a arder de inmediato y llena el aire de un humo dulce y un color azul grisáceo que flota entre nosotros.

—En Sempera, ya nadie honra a las brujas de los arbustos. Eso ocurría en épocas anteriores, que ya desaparecieron hace mucho tiempo. Así que tú intentas robarle. —Hace una pausa y deja que una amplia sonrisa se deslice entre sus rasgos—. Pero hay gente que roba para bien y gente que roba para mal. ¿Cuál eres tú?

¿Robar para bien? ¿Es acaso una velada referencia a la Alquimista? Su mirada es muy directa, pesada y, sin embargo, no revela nada. Con una sacudida del estómago, temo que Liam tuviera razón. Esto no es más que una pérdida de tiempo, una situación peligrosa, y estoy hablando con un hombre loco y ebrio... aunque su forma de hablar sea desconcertantemente clara. En ese mismo instante, decido marcharme por la puerta y calculo si seré lo suficientemente rápida como para detener el tiempo y pasar deprisa a su alrededor.

Pero no puedo, no todavía; no antes de averiguar si Althea sabía algo acerca de cómo derrotar a Caro. Me obligo a mirarlo a los ojos y a contar una parte de la verdad. Algo audaz, para obtener alguna respuesta.

—Creo saber quién mató a Althea —afirmo. Abre los ojos y da un paso hacia atrás—. Y quiero saber por qué.

El hombre me sostiene la mirada, desafiante, durante un rato más prolongado, y luego algo sale de él y afloja los hombros.

—Siéntate —exclama con brusquedad, la voz baja y repentinamente llena de pena. Se sienta a la mesa y toma una pequeña botella de una bolsa que cuelga de su cinturón.

Otra vez, mis pies sienten ansias de escapar. Había llegado hasta la puerta esperando encontrar un aliado oculto a pesar de la incierta

advertencia de Stef, pero el tono afligido de este hombre (su falta de reacción al escuchar que yo podría saber quién es el asesino de su madre) es mucho más inquietante que la violencia física. Caminé todo este trayecto, me recuerdo a mí misma, escapé de Liam, y es probable que el Cazador todavía esté registrando los dormitorios de Bellwood... no puedo retroceder ahora. Afirmándome contra la duda, sigo la mano extendida del hombre y me siento a la mesa.

—Te llamas Joeb, ¿verdad? —le pregunto amablemente mientras tomo asiento.

Ya desplomado sobre su dolor, al hombre le lleva un momento asentir, como si tuviera que bucear en su memoria para realizar el movimiento. Mientras se arremanga y quita el corcho de la botella de vidrio, es más fácil ver las arrugas que se extienden por su piel. Las marcas comienzan entre los nudillos, están grabadas sobre sus brazos y desaparecen debajo de las mangas levantadas.

Tengo que sofocar una fuerte inhalación de aire cuando me doy cuenta de que no son arrugas sino cicatrices increíblemente finas.

—Ella usaba mi sangre de vez en cuando —comenta siguiendo mi mirada y bebiendo un sorbo de la botella—. Siempre decía que era por mí. Para hacerme grande con magia, como ella lo fue alguna vez, y su madre antes que ella.

—¿Estaba intentando... darte magia? —pregunto. Algo se agita dentro de mí, y azota mi pecho como la cola de una serpiente—. ¿Tú puedes hacerlo?

—Si eres poderoso, puedes hacer cualquier cosa —responde con una risa breve y amarga—. Si no lo eres... —Se señala a sí mismo—. Me temo que los esfuerzos de mi madre fueron en vano.

Ahora que no está de pie, Joeb parece más viejo. Una sensación de lástima mezclada con un *déjà vu* me atraviesa como una puñalada: la

cabaña estrecha y minúscula, la lentitud de los movimientos y de las palabras del hombre. Por un instante, es como si estuviera otra vez en mi propia cabaña, un santuario de mi padre ardiendo en el rincón.

Trago con fuerza y aparto el pensamiento. Necesito concentrarme en extraerle información. Mientras la luz anaranjada del farol va enseñando la habitación, echo un vistazo a mi alrededor entrecerrando los ojos para ver mejor los detalles. Es más simple que el arreglo de la falsa bruja que Caro, Ina y yo visitamos en Laista cuando estábamos juntas en Everless. En un rincón, hay una pequeña mesa cubierta de relucientes jarras y ampollas de vidrio, una balanza de madera y atados marrones de hierbas secas cuelgan sobre el fuego. El aire está pesado por el humo y el incienso, el aroma metálico de la sangre de hierro y algo más que no logro ubicar.

*Poder*, susurra una voz dentro de mí. Débil, pero presente.

Cuando Job habla, me sobresalto.

—¿Por qué será —pregunta, la voz hueca y monótona— que solo después de que mi madre muriese, tuvimos este desfile de gente expresando sus buenos deseos? Cuando durante su vida ella tuvo que luchar por cada moneda de sangre de hierro que ganó. —Sus palabras aún resultan difusas, pero el significado (el sentimiento) está perfectamente claro. Mientras habla, espolvorea algo en su taza: reconozco el brillo dorado y rojizo de la sangre de hierro, pero no son monedas, sino láminas delgadas. Se me oprime el estómago. ¿Acaso Job es un sangrador?

—¿Quién más vino? —pregunto con cautela.

—Gente de todo tipo —responde con indiferencia—. Brujas de los arbustos y prestamistas de tiempo, soldados y locos. Todos se marchan cuando se dan cuenta de que ya no queda nada que puedan llevarse. O cuando comprenden que yo no tengo su talento.

Se me cae el alma al suelo. Stef dijo que Job tenía los papeles de Althea, que podrían contener una clave para destruir a la Hechicera. La mente me da vueltas tratando de pensar en la combinación de palabras que me ayudarían a conseguir información sin irritarlo. Echo una mirada a mi alrededor...

Y es entonces que noto la pequeña estatuilla de la Hechicera apoyada contra el santuario y el frío se escurre dentro de mí.

—¿Tu madre veneraba a la Hechicera?

Job escupe y luego ríe débilmente.

—No. Pero la Hechicera es parte de nuestro legado.

—¿Legado? —Descubro que mi mirada retorna hacia la mesa, tratando de esconder mi miedo mientras doy la impresión de no querer perderme detalle de cada palabra—. ¿Qué quieres decir?

—En mi familia, hay brujas de los arbustos que se remontan a los tiempos de la Hechicera. Brujas de verdad, no las impostoras que encuentras con un cartel colgando encima de sus tiendas —espeta—. La tatarabuela de mi madre conoció a la Hechicera y al Alquimista. Althea tenía talento. Pero yo no, y no tengo hijos —comenta amargamente—. Aunque, si sabes quién mató a mi madre, seguramente ya sabes algo de eso. —Job lo afirma tan sencillamente que, al principio, no reconozco el peligro que conlleva.

—Yo... yo no estoy segura. —Mi voz brota áspera—. Creo que fue la dama de compañía de la Reina. Una joven un poco mayor que yo, cabello oscuro, ojos verdes. —Mi tartamudeo se esfuma cuando veo que Job se pone rígido y sus ojos brillan.

—Ambas —dice lentamente—. La difunta Reina y la joven.

Se me corta la respiración.

—¿Tú... tú lo viste?

—Las vi marcharse, cuando terminaron con ella —responde

agitadamente. La apatía ha desaparecido de su voz y sus ojos ahora centellean como el acero—. Llegué muy tarde como para salvarla. Ella había estado hablando mal de la Hechicera otra vez. —Se inclina hacia adelante, sus largas uñas se clavan en la mesa—. Siempre le decía que no difundiera esas historias, pero ella nunca me escuchaba.

—¿Ha-hablando mal de ella? —Es prácticamente imposible evitar el tartamudeo de mi voz.

Me detengo. Me mira con una astucia que no me gusta. Cuando inspiro, se incorpora de la silla.

—Tú sabes algo, ¿verdad? —exclama, repentinamente animado. Da un golpe sobre la mesa y doy un salto. La llama de la vela titila y luego vuelve a brillar con fuerza.

Mi corazón late apresuradamente con la certeza de que, en esta cabaña, hay información, alguna verdad, si tan solo pudiera encontrarla.

—La joven que asesinó a tu madre... ella *era* la Hechicera —afirmo sin detenerme a respirar—. Y yo estoy buscando un arma que la matará.

Dejo de hablar abruptamente al darme cuenta de que ya he dicho demasiado. He revelado que la dama de compañía de la Reina era una antigua diosa, he afirmado que quería matar a la Hechicera. Debo parecer una loca, a pesar de todo lo que me contó Stef acerca de la historia de Job.

Despacio, como tratando de no perturbar a un ciervo en el bosque, coloco el antiguo diario sobre la mesa y lo abro en la página que tiene mi sangre. *Busca el río rojo.*

—Esperaba que tú pudieras ayudarme a desentrañar qué significa esto.

Al levantar la vista, veo que una sonrisa se va extendiendo



lentamente en el rostro de Job, una sonrisa que me gusta menos que sus bruscos comentarios de borracho. Cuando habla, su voz es clara como el cristal:

—El río rojo, rojo de sangre —recita, como una retorcida canción infantil.

—¿Rojo de sangre? —Mi mente da vueltas de manera vertiginosa—. ¿Qué significa eso?

—¿La sangre de quién se ha derramado a través de Sempera? —pregunta encogiéndose de hombros.

No tengo que responderle en voz alta. La de la Alquimista. La *mía*. Mi instinto me grita que huya... pero he llegado muy lejos como para marcharme sin nada.

—¿Y el arma? ¿Alguna vez has oído...?

—¿Para matar a la Hechicera? ¿Qué podría matar a alguien tan poderoso como ella? —Su cara marcada estalla de ira y luego se disuelve en una beatífica sonrisa. Mi cabeza da vueltas con sus cambios de humor—. Ella es pura ambición, ¿verdad?

—Ella es pura maldad. —Las palabras escapan de mi boca. Espontáneas, peligrosas.

Job se mueve en el asiento y flexiono las manos inconscientemente, el pulso acelerado, el estómago revuelto.

—Ahora no solo desea recuperar su corazón —prosigue Job—, también quiere el alma del Alquimista. Entonces nada podrá detenerla: será capaz de hacer cosas inimaginables. Elaborar la inmortalidad. Hasta controlar el tiempo. No solo sobrevivirlo, ir hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Quitar la vida solo con el contacto de su mano. Gobernará Sempera durante miles de años y se sentará en el trono hasta mucho después de que yo me haya convertido en polvo.

—No, eso es imposible. —No sé por qué estoy intentando convencer

a Job, pero no puedo detener mis palabras ni eliminar el dejo de súplica de mi voz.

—Nada es imposible. —Ahora ya está de pie, la luz de la lámpara hace que su sombra se difumine en el suelo—. La Hechicera misma me lo dijo. La oigo susurrar, en mis sueños.

De pronto, sus movimientos ya no son lentos, ya no son vacilantes. Un cuchillo ha aparecido en su mano, su voz se torna fría y autoritaria. Y, sin embargo, algo en ella me hace obedecer cuando me ordena que camine hacia adelante.

Me levanto y, temblando, me dirijo hacia el santuario, Job pegado a los talones. Me corto la palma de la mano con el cuchillo y ni siquiera siento el dolor. La extiendo para que la sangre gotee sobre la vela titilante.

La llama se eleva súbitamente con una luz brillante, un faro de magia apuntando directamente hacia mí.

Y Job se lanza hacia mi cuello.



La sangre salta en mis venas, se congrega para salir en mi defensa antes de que mi mente pueda alcanzarla, un calor intenso inunda mi cuerpo. Lanzo mis manos hacia adelante y la cabaña se sacude con su fuerza.

Esta vez, no reprimo la magia.

Joeb viene volando hacia mí, las manos extendidas hacia mi garganta, pero aferro la botella de la mesa. Él lanza un grito mientras le golpeo en la cabeza, el impacto lo derriba y lo aleja de mí. Se desploma contra el suelo con las manos y las rodillas.

Avanzo sobre él, la sangre rugiendo en mis oídos. Puedo sentir el tiempo fluyendo por mis manos como si fuera algo físico, tan cambiante como el agua y tan fuerte como el acero. Como si estuviera creciendo, mi fuerza presiona contra las paredes y contra el techo, como si pudiera flexionar los dedos y derribar la cabaña... y a su dueño con ella.

Joeb se recupera con rapidez y se pone de pie con un rugido salvaje. Tal vez corre por sus venas más sangre de la que él quiere admitir. Se arroja otra vez sobre mí y mi tiempo no puede detenerlo. Todo su peso choca contra mi cuerpo, arrojándonos a los dos al suelo con un estrépito monumental. Las estrellas explotan a mi alrededor cuando

mi cabeza golpea contra el suelo. Aunque tengo los ojos cerrados, una luz insoportable inunda mi visión, seguida por un dolor cegador.

Un grito se adhiere a mi garganta. Mis manos encuentran las muñecas de Joeb y tratan de apartarlas de mi cuello con esfuerzo mientras mis piernas lanzan patadas frenéticas. Intento aferrar la magia de mis venas, rastreando todo mi cuerpo para encontrarla, pero Joeb está muy cerca y es muy pesado, despierta un pánico animal en mí y el tiempo se escurre de mis manos.

—¿Por qué haces esto? —pregunto con un rugido, mientras intento dispersar el pánico con furia—. Tu madre me seguía, ella...

—Los días de la Alquimista han terminado, ¿entiendes? La Hechicera me perdonará la vida —gruñe apretando los dedos con más fuerza alrededor de mi cuello. El olor a alcohol de su aliento mezclado con el aroma a incienso, ahora punzante y venenoso, me llenan la nariz y la garganta. Casi siento compasión por él. Casi.

Descargo el codo contra las costillas de Joeb, que le corta la respiración, y él se aleja jadeando. Apoyándome en la mesa, me levanto y recupero el control del tiempo. Aunque logra ponerse de pie y se abalanza sobre mí, alzo las manos, reuniendo el tiempo que me rodea en las palmas como una costurera puede unir la tela y el hilo.

El humo flota inmóvil en el aire; las llamas de la vela ya no se mueven. El pecho de Joeb se paraliza, aunque en sus ojos todavía hay una chispa de vida, de miedo. Me concentro en lograr que su pecho se expanda más lentamente, que se calmen los latidos de su corazón, mientras dejo que avance el resto del tiempo... y lo único que escucho es silencio, y puedo ver que su mandíbula se mueve tratando de encontrar aire donde no lo hay.

De pronto, sé que podría matarlo si quisiera.

Luego dejo que el tiempo transcurra: Joeb cae al suelo con estrépito

y aterriza con la espalda aferrándose el pecho.

—Lo siento —exclama en medio de los jadeos. Casi le creo, pero no tiene importancia que lo lamente—. Ella sabía que vendrías a investigar. Dijo que me perdonaría la vida... si...

Toma algo del cinturón, que emite destellos plateados, y lo arroja. El acero pasa a milímetros de mi cara, siento la ráfaga de aire silbando junto a mí y cualquier idea que tuviera de contenerme huye velozmente de mí. Cierro los ojos y dejo que el tiempo fluya libremente de mis manos y que envuelva a Job mientras se retuerce en el suelo y suelta un aullido.

En algún lugar, que parece muy alejado de mí, una puerta se abre de golpe y Elias grita mi nombre. Pero no puedo detenerme, ni siquiera puedo abrir los ojos. Job aúlla, su voz va cambiando de manera rara mientras lo arrastro hacia adelante a través del tiempo, envejeciéndolo tan rápidamente que su respiración no logra seguirle el ritmo. Y no se detiene: ya no está bajo mi control.

Unas manos aferran mis brazos justo cuando el lamento de Job se apaga. Finalmente, abro los ojos con esfuerzo y me encuentro a Elias frente a mí, el horror dibujado en su rostro. Sus manos continúan enganchadas alrededor de mis brazos, apretándome. Detrás de él, una forma irreconocible yace inerte en el frío suelo de piedra.

Me siento conmocionada al ver lo lejos que he llegado... lo que he hecho. Job está muerto, lo sé de inmediato: su piel está floja y gris, los ojos del tamaño de platos giran en una nube de color blancuzco, como la ropa sucia. Mientras permanezco junto a él, el corazón golpeando como un tambor de guerra por mis venas, su cabeza se ladea y queda colgando hacia un costado. La ceniza brota de su boca en un chorro constante. Denso, gris y abundante.

Luego me arrastro lejos de él, lejos de su cuerpo y de la mesa dada

la vuelta, y echo a correr... hacia dónde, no lo sé. A mi alrededor, parece que todo el mundo se mueve más despacio y no sé si yo soy la responsable.

No me importa. No podría detenerme aunque quisiera. Mi cuerpo está tomando sus propias decisiones, como si pensara que al moverse lo suficientemente rápido me permitirá escapar de lo que acabo de hacer. Matar a un hombre. *Asesina*. ¿Tiene alguna importancia que Job también me habría matado si pudiera?

No puedo evitar recordar lo que Caro me dijo en el palacio: que le robé el corazón solo porque podía hacerlo, porque quería su poder. No... no sucumbiré a sus trucos y mentiras. No pensaré lo peor de mí.

Y, sin embargo... algo me oprime el corazón. ¿De qué soy realmente capaz? ¿Por qué no puedo recordar lo que ocurrió? ¿Por qué las memorias de mis vidas pasadas son tan difíciles de encontrar?

El pueblo pasa volando a mi lado, una casa oscura, un perro extraviado y una ventana iluminada desfilan demasiado rápido como para verlos, como si mi poder sobre el tiempo me abarcara por completo y me enviara corriendo a toda velocidad a través del país, mientras la tierra entera se mueve a un ritmo más lento. De alguna manera, aunque parece que solo transcurrieron segundos, estoy en Montmere pidiendo indicaciones para llegar a la posada que Liam mencionó, y lo único que hay en mi mente es la idea de escapar. Las lágrimas caen por mi rostro, cruzo con violencia la oscura entrada de la Hora Verde.

Elias está dentro caminando nerviosamente de un lado a otro. Se queda paralizado cuando me ve, sus ojos se dirigen con rapidez hacia mí y me contempla con atención. Luego, sin decir una palabra, señala una puerta que está al final del pasillo.

No me sigue cuando paso corriendo a su lado.

Después, cierro la puerta con fuerza detrás de mí y comienzo a tirar de mi ropa, desesperada por liberarme de cualquier vestigio de Job, de cualquier recordatorio de lo que hice.

Cuando ya estoy descalza y casi desnuda, me doy cuenta de que Liam está sentado contra la pared más lejana —esperándome— despierto. Tiene la camisa desabotonada y el pelo suelto, que cae sobre su rostro en suaves ondas.

Mi pulso no se ha calmado en absoluto desde que me escapé de la cabaña de Althea. Ahora hasta parece haberse vuelto más fuerte, tapando el sonido de mis pisadas sobre el suelo de madera. Algo (culpa y alivio, pánico y miedo, todo entretelado en esta sensación que me oprime el corazón y que aún me niego a ponerle un nombre) me transporta a través de la habitación, me hace caerme de rodillas frente a Liam mientras un sollozo desgarrar mi garganta.

Me estiro hacia él, ansiando que me toque, que el fuego arrase el recuerdo de la muerte.

Los ojos de Liam están increíblemente oscuros y humedecidos por el sueño. La habitación está casi negra, pero como la adrenalina continúa fluyendo a través de mí, puedo verlo perfectamente: cada sombra de sus pestañas sobre los pómulos, la forma en que su cuello se hincha con el pulso, los labios abriéndose con el sonido de mi nombre. Sus dedos se extienden hacia adelante para entrelazarse en mi cabello.

Y me inclino hacia adelante para recibirlo. Sus brazos suben y me rodean y, en lo que dura un suspiro, nuestros labios se unen.

La calidez cae como una cascada sobre mí. Su piel está caliente, casi febril, y mis manos se meten en su pelo y sus labios se mueven contra los míos, murmurando mi nombre. Me sube a la cama, me coloca encima de él, apretándome con fuerza contra su cuerpo, acallando mi temblor y llenándome de una clase de ansia completamente distinta.

Sabe a sal y a sándalo, y sus manos se deslizan suaves por mi espalda, moviéndose para aferrar mi cintura. Me sujeta como a algo precioso; el suave contacto de su lengua en mis labios me provoca un suspiro — un sonido lento, que se desvanece en el aire que ya ha desaparecido entre nosotros— y no se parece a nada que de lo que haya escuchado antes.

Mi corazón golpea más despacio para latir al mismo ritmo que el suyo, el pulso de su sangre, fuerte, constante, recién salido del sueño, me susurra desde todos los lugares en que nuestros cuerpos están apretados uno contra el otro. Mi sangre frenética y movediza encuentra estabilidad en su pulso constante, aquietándose y arremolinándose, ruidosa y callada, todo al mismo tiempo.

Podría hacer que este momento no terminara nunca. Liam no tendría miedo, lo sé por la forma tierna en que su mano se levanta para recorrer mi mejilla, por el asombro en su jadeo cuando se separa un instante para respirar y luego busca mi boca de nuevo. Si no me apartara, él se quedaría aquí conmigo para siempre, lo sé.

Pero no puedo hacerlo, no puedo detener el mundo entero. No para siempre.

De modo que, aunque sea una de las cosas más duras que he hecho en toda mi vida, lo suelto. Me separo y, aún sentada en su cama, en sus rodillas, absorbo la expresión de sus ojos, somnolienta, tierna y ávida a la vez. Me permito maravillarme ante lo bello que es. Y luego quita las manos de mi cintura y las sostiene entre nosotros, una conexión y una barrera al mismo tiempo, mientras la conciencia inunda sus ojos haciéndole ver que nada de esto ha sido un sueño.





Permanecemos inmóviles durante lo que me parece un rato largo. El remordimiento me atormenta. Espero que él hable, o incluso que su rostro salga del asombro amodorrado que ahora lo envuelve.

—¡Jules! ¿Qué ha pasado? —No estoy segura de si está hablando del beso o de lo que ha sucedido antes: lo que me hizo salir corriendo de Bellwood, lo que me trajo aquí, me echó en sus brazos, la causa de mi pulso acelerado. Sus brazos y sus piernas están paralizados, sus dedos aún enroscados alrededor del dorso de mis manos. Su piel irradia calor. Suavemente, recorre el hueso de mi muñeca y me gira las manos hasta que las palmas quedan hacia arriba y dejan ver el corte que me hizo Job.

»Estás sangrando. —Su contacto es tan ligero que mis ojos comienzan a arder con lágrimas nuevas—. Cuéntame. Elias y yo... no hemos encontrado a Stef, hemos estado buscándote por turnos.

Considero la idea de mentirle... pero no puedo soportar sola el peso de lo ocurrido: *maté* a una persona.

La adrenalina del beso continúa fluyendo a través de mí; bastan unos segundos de silencio para que la excitación y el delirio se transformen en miedo. En todo esto, hay algo que es aún más terrorífico (romper el silencio que hay entre nosotros; no callar la

espantosa verdad de lo ocurrido) que cualquier cosa que alguna vez haya hecho. Pero no existe otra manera de eludir la verdad que mentir. Y además, lo que es aterrador, es que no *quiero* mentirle a Liam.

Y se lo cuento todo.

Cuando termino de relatarle todo lo sucedido, Liam sale de la habitación para hablar con Elias. Después de contarle lo de Joeb, su ataque y muerte —toda esa oscuridad—, nuestro beso permanece ignorado, y yo lo mantengo así, fingiendo preocuparme por las mantas y evitando sus ojos mientras Liam abandona la habitación. Justo cuando la puerta se cierra detrás de él noto un trozo de pergamino arrugado en la mesa de noche. Sin pensarlo, aún temblando por la adrenalina, sujeto la nota y la aliso para leerla.

Hijo:

*Regresa a casa de inmediato. La comitiva de la Reina ya ha llegado y no puedo continuar justificando tu ausencia. Sabes muy bien que ella ha estado tomando medidas para castigar a aquellos que son desleales. No voy a permitir que una nueva tragedia caiga sobre nuestra familia.*

Lord Nicholas

Ante esas palabras, el terror me hiela la sangre. ¿Acaso he firmado su sentencia de muerte?

El sonido de pisadas fuera de la habitación me sobresalta. Dejo caer la nota de mis dedos entumecidos justo cuando Liam regresa.

—Le pedí a Elias que nos diera unos minutos. No sabía si querías compañía o... ¿prefieres que te deje descansar?

Sus palabras se van diluyendo, un dejo de esperanza en su voz me dice que quiere que me quede. El color sigue en sus mejillas; su pelo

sigue alborotado donde yo deslicé los dedos.

—Liam. —La palabra se escapa de mi boca como una exhalación, como si hubiera recibido un golpe en el pecho, y no tengo ni la menor idea de qué decir.

Pero no tengo que pensar. Él se arrodilla frente a mí, extiende la mano y entrelaza sus dedos con los míos, apretando mi mano como si yo fuera su único sostén en el mundo. Yo también le aprieto la mano y encierro el sollozo que crece en mi pecho.

Las mofas de Caro resuenan en mi cabeza. La veo enseñándome los dientes en señal de burla, escucho sus promesas de dejarme vacía y romperme el corazón. Recuerdo la diabólica ambición de sus ojos cuando apoyó el cuchillo en la garganta de Roan, creyendo que su muerte me destruiría.

Ah, cómo se reiría si supiera lo que acabo de hacer.

Liam continúa observándome, los ojos suaves, suplicantes, esperando que diga algo. Me ha protegido desde que ambos éramos niños, aun mientras yo lo odiaba y le temía. Y desde el principio, tuve razón en temerle aunque no supiera por qué. Desde el principio, él podría llegar a ser el que rompa mi corazón.

Dedo por dedo, aparto mi mano de la suya. Las lágrimas caen por mis mejillas, ardientes y furiosas por lo que sé que debo hacer para salvarlo. Lo mismo que hizo mi padre, lo mismo que hizo Liam, durante toda mi infancia.

Tengo que mentir.

Tal vez eso sea el amor. Tal vez sea lo que me permitió aferrarme al corazón de la Hechicera durante siglos.

Me pongo de pie y camino alrededor de la habitación levantando su ropa, que está doblada junto a su esterilla para dormir, y la guardo en su bolsa de viaje.

La cabeza de Liam se levanta bruscamente ante el sonido metálico del broche.

—¿Qué haces? —susurra.

Mi voz brota ronca, la garganta revestida de lágrimas no lloradas.

—Tienes que volver a Everless. Yo... —Las palabras se atragantan en mi garganta, como negándose a engañar a Liam—. Iré con Elias a Connemor.

Me mira desconcertado y se pone rígido.

—¿En serio?

A través del dolor, el corazón me grita que me retracte, pero no puedo. Besarle fue como dibujarle un blanco en el pecho, y si no regresa a Everless ahora mismo, su padre lo encontrará. Y luego... Caro.

—Tenías razón, tendría que haber huido desde el principio. — Abandono la ropa y me siento junto a él. Mi cuerpo está pesado y movedizo a la vez, mi propia impotencia presiona el interior de mi piel. No hay nada que pueda hacer, nada, excepto convencerlo de que regrese a Everless, donde puede estar más seguro de lo que estará junto a mí—. Estoy segura de que Elias aceptará llevarme.

—Claro —dice Liam, confundido—. Claro que nos llevará...

Deja la frase sin terminar y yo logro esbozar una tímida sonrisa. La pena y el remordimiento me oprimen el corazón mientras recuerdo la promesa que me hizo Elias en el Fuerte de la Ladrona. Que él mataría a la Alquimista para garantizar que a Liam no le pasara nada.

—Liam. —Bajo la voz y me obligo a seguir respirando para que mi voz no se quiebre—. Tienes que volver a Everless. Haz como si nada de esto hubiera pasado.

Liam me mira sin comprender y no dice nada. Más allá de que su inteligencia suele crisparme los nervios (su mente veloz

adelantándose constantemente a la siguiente respuesta, antes de que yo haya logrado siquiera procesar el enigma), ahora la extraño terriblemente. El silencio me resulta insoportable. Mi voz corre peligro de quebrarse, de modo que no hablo más. Cruzo los brazos sobre el pecho, tratando de calmar el dolor helado que se clava en mis pulmones con cada respiración.

—¿Irás sola? —pregunta.

—Sí. —Ahora mi voz efectivamente se quiebra. Trago saliva y lo intento otra vez, reacomodando las palabras antes de que no pueda resistir no decirle la verdad—. Es hora de despedirnos.

—¿Esto es lo que quieres? —insiste.

—Sí.

Se queda callado durante un largo rato. Solo me mira fijamente mientras los ojos trabajan en la búsqueda de la respuesta a un misterio. Finalmente asiente, con fuerza, como la caída de una guillotina, y luego termina de juntar sus pertenencias desperdigadas por la habitación. Permanezco sentada observándolo impasible, como un fantasma de mí misma.

Por un momento, parece paralizado, pero luego estira el brazo vacilante, sujeta mi mano y le da un apretón antes de asentir otra vez.

La otra mano recorre mi mejilla con las yemas de los dedos, de forma tan rápida y ligera que no puedo decir con seguridad que no lo he imaginado.

Lo miro profundamente a los ojos.

—Prométeme que te cuidarás.

—Te prometería cualquier cosa —murmura.

Saca su pequeño diario de sus pertenencias y lo coloca en mi mano, cerrando mis dedos sobre él con los suyos. Luego desliza los labios por mi frente en un rápido movimiento antes de cruzar la puerta

silenciosamente, sin siquiera darme la posibilidad de susurrarle un adiós.



En algún momento, me quedo dormida acurrucada contra el respaldo con los brazos alrededor de las rodillas, debajo el colchón mojado por mis lágrimas. Algunas horas después de que Liam se fuese, cuando me despierto ante los débiles rayos del sol, Elias está en la mesa, con aspecto sombrío. Pero solo se limita a preguntar:

—¿Cuál es el plan, Alquimista? —El atisbo de una sonrisa triste y burlona revolotea sobre sus labios.

Dejo que una lágrima más resbale por mi mejilla. La enjugo y, por un segundo, me sorprendo de lo distintos que son Liam y Elias. Amma y yo también éramos lo opuesto en apariencia. Un destello de su risa resuena dentro de mi cabeza.

Recupero la compostura y le relato a Elias mi interacción con Job, la retorcida canción infantil que me recitó cuando le enseñé la extraña frase de mi diario. *El río rojo, rojo de sangre*. Le cuento que él había sugerido que se refería a la sangre de la Alquimista, a la muerte de la Alquimista. Aunque Job me atacó (aunque no pude confiar en él), no me mintió. No tenía razón ni mente para hacerlo.

—*Busca el río rojo*. ¿Tú crees que eso, de alguna manera, está relacionado con tu muerte? —Elias frunce el ceño—. Tú moriste más de una vez.

—Pero sabemos que al menos una muerte se produjo en un río. Eso es lo que dicen las historias.

Elias se echa hacia atrás.

—Cuando Caro te obligó a comerte su corazón en tu primera vida.

—Según las historias —prosigo después de asentir—, yo le ofrecí devolverle el corazón transformándolo en doce piedras. Ella me forzó a comérmelas (pensó que la había engañado, como había engañado al Lord) y luego, furiosa, me ahogó en el río.

—¿Y tú quieres ir allí?

—Aun cuando las historias no sean verdaderas, *contienen* verdades.

—Asiento—. Tal vez yo estaba indicándome esa historia a mí misma, ese momento... porque algo importante ocurrió entonces. Tal vez fuera alguna clave para derrotar a Caro. Tal vez *siempre* fue un truco y yo tenía la intención de destruirla en ese mismo momento.

Hurgo en mi bolsa y extraigo las anotaciones de Liam. Me duele el pecho al sujetarlas, pero las llevo adonde está Elias y las extiendo sobre la mesa.

—En las historias, nunca se menciona el nombre del lugar, pero él encontró un oscuro académico que llegó a la conclusión de que el verdadero sitio era el Valle de la Alegría.

—Entonces... iremos al Valle de la Alegría.



En el exterior, el día ha amanecido frío y neblinoso, un reflejo del paisaje gris que hay dentro de mi pecho. El Valle de la Alegría se encuentra a varios kilómetros, en las afueras de Montmere, cerca de una ciudad llamada Pryceton, y primero tendremos que atravesar la



ciudad.

Debido a que Ayleston está inundada de soldados y civiles buscando sacar provecho de mi arresto, Elias y yo probamos un nuevo disfraz: desgarramos nuestras túnicas y ensuciamos la tela como si hubiéramos estado viviendo en el bosque por unos días, hasta que tenemos un aspecto aceptable de sangradores. Cuando volvemos a salir a las calles para buscar un carruaje público, noto que la gente se reúne en grupos, desdichadas expresiones en los rostros. Mi corazón comienza a golpear con fuerza, suponiendo que me han visto... pero luego logro oír fragmentos de las conversaciones.

—Más de mil años...

—Que la Hechicera maldiga a la asesina por arrojar esta tragedia sobre nosotros, y que le robe sus horas mientras duerme...

—Los soldados comenzarán a sangrarnos la semana próxima...

Me vuelvo hacia Elias pero él ya está hablando con alguien de la multitud. Cuando regresa, me cuenta que la Reina ha hecho circular un anuncio. Sus soldados están recorriendo las ciudades y los pueblos de Sempera y comenzarán a drenar los años de los ciudadanos al azar, si no encuentran a Jules Ember antes de que comience la semana. Eso continuará hasta que ella se entregue.

La furia me revuelve el estómago.

—Esa no puede ser Ina, tiene que ser Caro: más motivos para apresurarnos.

Afortunadamente, al abandonar el pueblo, Elias elude la cabaña de Joeb y nos abrimos camino hacia la calle principal, donde un carruaje público habrá de llevarnos hasta el Valle de la Alegría.

Mientras viajamos, rodeados de silencio, la realidad de lo sucedido la noche anterior penetra en mi corazón: *maté a una persona*.

*No tenías alternativa*, susurra una voz a mi oído.

Dejo caer la cabeza entre las manos. Es cierto que Jobb estaba al servicio de Caro. Pero, al mirar hacia atrás, esas circunstancias no parecen importantes. Él estaba vivo y ahora está muerto. Por mi culpa, por culpa de la Alquimista.

Con pensamientos como este, el día pasa en medio de una presión atroz: cambiamos de un carro a otro mientras los árboles se van volviendo más tupidos, manteniendo la cabeza baja cuando pasamos junto a grupos de soldados. El momento de mi despedida de Liam continúa asaltándome furtivamente adondequiera que voy.

Finalmente, al atardecer, llegamos al final del recorrido del carruaje público. Después de descender, Elias señala, a través de los árboles, la sombría boca de un desfiladero y luego un mapa que lleva con él. *Pertenece a Liam*, me doy cuenta con una punzada de dolor. El Valle de la Alegría está al fondo de todo. Algo dentro de mí se extingue como una vela soplada con rapidez y me quedo helada. Todos estos días de ocultamiento. Todos estos viajes desesperados y ahora, finalmente, tendré que encarar mi propia muerte... mi primera muerte.

Pero ¿lograré encontrar el arma que causará la muerte de Caro?

Contemplo la vista y se me corta la respiración mientras trato de aquietar los rápidos latidos de mi corazón. Alguna vez fue una llanura poco profunda atravesada por un río; durante los últimos mil años, el agua y el viento fueron erosionando y formando un pequeño valle, separando la tierra unos treinta metros hacia abajo.

Diviso un camino que corre a lo largo de la cañada —ahora vacío—, pero distingo las huellas en donde las ruedas de los carros han revuelto el lodo. No podemos permanecer mucho tiempo aquí.

Al fondo, el río es un lazo verde y liso. El caudal es ancho y se mueve con lentitud. No está tan lejos como pensé al principio, pero los flancos de la cañada son empinados y escarpados, arbustos ralos y

árboles raquíticos se proyectan hacia afuera en ángulos extraños. No hay nada de la magia brumosa que sentí en el valle. Pero, aun así, algo me atrae hacia ella, me hace examinar las paredes de la quebrada buscando una forma de descender.

—Jules, ¿estás segura de lo que estás haciendo? —pregunta Elias asomándose con cautela—. Si alguien se acerca, será difícil escapar.

—Sí —repongo, aunque la duda se alza dentro de mí apenas contemplo el desfiladero. Pero no tengo alternativa: necesito saber qué hay abajo, en mi pasado.

—Me parece que hay un sendero un poco más adelante. Bajaré antes para asegurarme de que no haya nadie por allí.

Pero yo ya estoy agachada junto al borde, me he aferrado a una rama que cuelga de un árbol y he comenzado a descender. No puedo ver qué hay debajo, pero algo dentro de mí me dice que, si extendo el pie derecho, habrá un punto de apoyo. Y allí está. Desciende por mi espalda esa súbita y familiar sensación de reconocimiento, fría y emocionante a la vez. *Ya he estado antes aquí.*

*Morí aquí.*

Me dan náuseas y me siento mareada, casi me doblo y vomito.

—Jules —escucho la voz ligeramente preocupada de Elias que viene desde arriba, pero ya he descendido demasiado por el borde de la cañada como para volver a subir, aun si quisiera hacerlo. Inclino la cabeza hacia atrás y lo veo arrodillado sobre el borde... pero el sendero que descende parece menos evidente desde aquí, o tal vez sea la memoria la que me está guiando. Elias frunce el ceño.

»Bajaré para asegurarme de que no venga nadie —indica—. En este lado, son unos doscientos cincuenta metros. —Levanta la mano y señala hacia donde se dirige la corriente del río. Su tono es ligero, pero no puede ocultar el dejo de preocupación que tiñe sus palabras—.

Podemos encontrarnos abajo.

Espero, aferrada a la pared como una araña, hasta que las pisadas de Elias se desvanecen en el suave gorgoteo del agua que está más abajo. Llego al fondo de la cañada y me doy la vuelta. El agua resplandece delante de mí, llamándome hacia ella.

*Morí aquí*, recuerdo otra vez con un escalofrío.

Quiero llamar a Elias y mis ojos se posan en su pequeña y distante figura, pero mi vista se vuelve borrosa y cambia de manera vertiginosa. Vagamente, siento que mi mano se mete en el bolsillo de mi capa para buscar la brújula mientras el color del cielo se sumerge de la descolorida palidez de una tarde de primavera en el azul dorado de un atardecer de otoño.

La simple belleza del río me cautiva, aun mientras subo con dificultad hacia la orilla, las piernas doloridas y los pulmones ardiendo por la carrera. Me llena la mirada, me obliga a entrecerrar los ojos mientras examino el borde del agua en busca de cualquier indicio de vida. Pero no busco a Elias, me doy cuenta, al ver que los árboles ahora no tienen brotes sino que están desnudos, por la llegada del invierno.

Ya no estoy esperando a Elias. Estoy esperando a Caro.



Mi mente choca contra el recuerdo, una explosión de sensaciones y sentimientos, que arden hasta que queda una sola certeza entre las cenizas.

*Tengo que devolver el corazón de Caro.*

Me arrodillo a la vera del río, semioculta detrás de una roca chata e inclinada en caso de que alguien ande paseando por aquí. Por el tono colorido de las hojas que me rodean —tienen un tinte rojo, como si sangraran—, me doy cuenta de que nos encontramos al final del verano. La Hechicera ya se ha convertido en una sombra en el borde de mi vista; un rumor susurrado en las oscuras calles del pueblo. Ella duerme con los lobos en los bosques orientales. Viaja de un pueblo a otro, disfrazada, dejando que los pobres beban de lo que queda de su sangre. Deslizo la mano por una roca que se encuentra a mi lado, sobre la imagen toscamente grabada en la superficie: una serpiente y una zorra.

Con manos temblorosas, saco la pequeña bolsa de cuero del bolsillo de mi falda y la sostengo entre mis manos, de modo tal que queda ligeramente abierta. La bolsa es sorprendentemente liviana, teniendo en cuenta lo que contiene: el corazón de la Hechicera. Puro poder, pura vida, en pedazos.

En el interior, las piedras grisáceas destellan iluminando la noche, que se oscurece a mi alrededor. Calientan mis manos, incluso a través de la tela de la bolsa. Son grises y brillantes bajo la luz del atardecer, manchitas doradas que relucen y se refractan entre mis dedos. Hilos pálidos de intensa luz dorada parecen revolotear sobre cada piedra: un pequeño rayo del corazón de la Hechicera, luchando por liberarse.

Una sombra se mueve a lo lejos.

Como si estuviese respondiendo, el calor estalla con fuerza dentro de la bolsa. La aprieto contra el pecho, aunque las piedras parecen carbones encendidos, demasiado calientes para sostenerlas.

Al otro lado del río, surge una figura oscura y esbelta.

—Caro —murmuro con debilidad y levanto la vista.

Me observa fijamente desde la orilla opuesta, la furia evidente en su posición erguida, en la dura inclinación del mentón... y hay una expresión herida y salvaje en sus ojos, visible incluso a esta distancia. Se acerca al río hasta que las olas casi cubren sus pies y se detiene.

Levanta las manos y se me eriza la piel mientras su poder agita el aire. Me asalta el instinto de escapar y ocultarme, pero me obligo a permanecer en donde estoy. Me levanto con dificultad mientras trozos de hielo rasgan el río, un sendero delgado y resbaladizo, y ella lo atraviesa delicadamente, el vestido arrastrándose por el agua. Cuando pisa la arena, el hielo se derrite detrás de ella. Por un largo momento, los únicos sonidos que se escuchan son el río y el viento.

Extiendo las piedras de la vida entre nosotras.

—Pensé que no vendrías —digo finalmente.

—¿Por qué justamente aquí? —Su voz es fría, controlada. Sus ojos se desvían con desdén hacia las piedras—. ¿Qué es eso?

Trago saliva e inclino las piedras hacia arriba para que les dé la luz.

—Tu corazón.

Los ojos de Caro se abren desmesuradamente y algo destella en las profundidades. Se acerca más hasta quedar a menos de un metro de distancia, desde donde podría estirarse y tomar las piedras si quisiera. Pero no lo hace.

Su boca se curva hacia abajo en lo que podría ser pena o sospecha. Por la forma en que su silueta se recorta contra la luz, con el sol del atardecer resplandeciendo tras ella, el contorno de su figura parece difuso, como salida de un sueño. O tal vez eso me parece, débil por el miedo.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta.

Trago un doloroso nudo que se ha formado en mi garganta.

—Comértelas.

Caro me observa, la mirada tan firme e implacable como el sol a sus espaldas. Sus ojos están oscuros, sus rasgos exagerados, las sombras ahuecan sus mejillas y dibujan magulladuras debajo de sus ojos. Extiendo las manos ahuecadas hacia ella, hasta que mis dedos casi rozan su pecho.

La mirada verde e imperturbable de Caro baja hacia las piedras y luego sube hasta mi rostro. Sujeta con delicadeza solo una de las piedras de mis manos, se la lleva a los labios y se detiene.

—Tú me lo quitaste todo. Todo.

Aprieto las manos.

—Solo hice lo que había que hacer para salvarte. Por favor, confía en mí.

—Mentirosa —exclama con un siseo.

Un fogonazo de furia estalla en sus ojos. Extiende abruptamente la otra mano y me sujeta las dos muñecas, aferrándome con una fuerza que nada tiene que ver con la magia. Grito de dolor mientras mis dedos se separan dejando que las piedras restantes caigan al suelo con

golpes secos. Infructuosamente, intento liberarme de su mano mientras ella levanta la piedra... la introduce a la fuerza entre mis labios y la empuja dentro de mi boca hasta que tengo que tragármela.

El dolor que me causa la piedra mientras se disuelve en mi lengua es cegador.

—Caro —balbuceo—. Por favor. —Pero lo único que puedo hacer es retorcerme débilmente mientras Caro me arrastra hacia adentro del río, obligándome a tragar una piedra tras otra. Mi vista pasa de roja a blanca y mis lágrimas se disuelven en el agua.

—Este fue siempre el plan, ¿verdad? —ruge Caro—. Pensabas matarme definitivamente y llevar mi corazón siempre contigo. Dime que no es verdad, Antonia. *Niégallo*.

Sus palabras se funden en mis oídos. El significado (aunque no la furia) se ahoga con el embate de las olas y el rugido de mi propia sangre en mis oídos. Trato de gritar, de luchar, pero una ola me golpea en la cara y el agua arcillosa del río me llena la garganta, mientras mis dedos desgarran tela.

A través del agua oscura que cubre mi boca y mi nariz, me parece ver algo rojo y brillante. Una daga de rubíes encendida por el sol que va muriendo, justo sobre la superficie del agua. Extiendo la mano hacia ella, mi vista negra y ardiente, pero mis dedos no rozan nada, en ningún lado y en todos lados al mismo tiempo, y...

Muero.





Jadeando, logro salir a la superficie, las manos extendidas para apartar a la persona que me está ahogando, y la franja pálida y brillante de cielo casi me ciega.

Ese pequeño dolor es demasiado, además del fuego en la garganta y el pánico que me deja sin oxígeno y lanza cuchilladas a través de mi cuerpo. Estiro el brazo hacia arriba para tapar el sol... y solo cuando mi brazo realmente me obedece y cae sobre mis ojos, descubro que algo ha cambiado. Me duelen los brazos y las piernas, pero hay fuerza en ellos. Y hay algo sólido debajo de mí —arena—, a pesar de que la mitad de mi cabeza aún está debajo del agua. Se me revuelve el estómago. Mi cuerpo debe haber pensado que lo estrangulaban y lo ahogaban, aunque no era así.

Con un grito de alivio, me lanzo hacia adelante y choco con fuerza contra la arena, antes de rodar y quedar con la espalda sobre la orilla.

Permanezco en esa posición un tiempo prolongado hasta que el dolor en la garganta y en los pulmones se desvanece ligeramente, la sensación resbala de mí como el agua del río por mis mejillas y mis brazos. La cañada se vuelve nítida, el agua es ahora de un verde grisáceo y no hay rastros de Caro.

Durante algunos minutos, lo único que puedo hacer es enderezarme

despacio y respirar, tratar de suprimir el pánico, los puños apretados en la arena a los costados del cuerpo. Vestigios del recuerdo se aferran a mí. El calor de las piedras del corazón de Caro, los dedos que parecían garras alrededor de mi garganta.

Un nuevo pensamiento se abre paso a través del desasosiego: traté de devolver el corazón de Caro. Las historias son ciertas.

Pero ¿qué importancia tiene?

Mientras el recuerdo completo se aleja de mi mente, el pánico que contamina mis venas empeora en vez de mejorar, mi respiración se acelera otra vez y los ojos se me llenan de lágrimas. Recuerdo la razón por la cual Elias y yo vinimos aquí... y lo que vi justo antes de que Caro me matara, brillando sobre la superficie del agua.

*El arma, el colmillo, la garra.* La daga de rubíes, que se enhebra y se desenhebra de mi mente como un hilo. Lo único que podría ayudarme a matar a Caro, a terminar con todo esto. Pero cuanto más intento aferrar el recuerdo, encontrarle sentido, más dudo de mí. Busqué la daga mientras me estaba ahogando en una franja negra del río. ¿Podría haber sido simplemente una visión, una imagen que creó mi mente desesperada? ¿Está perdida en el tiempo o se encuentra en algún otro lado? ¿O en ninguno?

Cualquier resto de esperanza que hubiera en mí muere de inmediato al recordar que Liam se halla en Everless. Caro también. ¿Ella lo sabe? ¿Podría el arma estar allí, a pesar de lo que dijo Liam? ¿Es por eso que ella fue a Everless, para quitar del mundo lo único que es capaz de matarla? Cierro los ojos y me apoyo contra la roca plana junto a la orilla, mareada por preguntas para las que no tengo respuesta...

Y me sobresalto, porque debajo de las palmas de mis manos, tallado en la roca, hay algo que me resulta familiar. Las toscas formas de una serpiente y una zorra. Suavemente, recorro el contorno con la yema

del dedo.

El mundo cambia otra vez, con rapidez y con un violento tirón en mi cabeza. Los árboles se encogen, se vuelven más jóvenes. Mi dedo continúa recorriendo las formas en la roca erosionando la piedra... pero ahora estoy haciendo que la roca se diluya por primera vez. La convierto en polvo simplemente con un leve contacto.

Detrás de mí, una voz dice:

—Hola.

Giro bruscamente la cabeza. Temblando, mis rodillas se enroscan contra mi pecho. Pero no es más que una chica de lacio cabello oscuro y ojos verdes como la hierba, a pocos pasos de mí.

—¿Qué estás dibujando? —pregunta.

Despacio, relajo las rodillas. Ella cubre la distancia que nos separa y se inclina sobre la roca.

—¿Una serpiente?

—Así es cómo me llaman, en mi pueblo. Serpiente o bruja.

La niña se arrodilla a mi lado y echa una mirada a mi vestido, que está sucio y agujereado.

—¿Es por eso que escapaste?

—Y no volveré jamás. —Asiento—. No puedes obligarme.

—Mi padre me llama zorra —comenta sonriendo—, porque soy inteligente. Algún día, sabré tantos trucos como la zorra. ¿Puedes dibujar una para mí?

El calor me invade, se desliza por mi brazo a medida que lo extiendo por la superficie de la piedra. Los ojos de la niña brillan mientras me observa tallar una zorra junto a las líneas curvas de la serpiente.

—Mi padre dijo que puedes venir a casa con nosotros. —Cierra la mano alrededor de la mía y nuestras palmas echan chispas al encontrarse.

—No tengo dinero...

Retiro la mano pero ella vuelve a tomarla.

—No tienes que preocuparte por eso. Mi padre tiene suficiente. —Se da la vuelta y señala a una figura que se encuentra a cierta distancia. Luego me mira otra vez mientras extrae un pequeño monedero del bolsillo, cuyo interior emite un destello de monedas de plata. El monedero tiene grabado un árbol cubierto de flores.

Estiro la mano y extraigo algo de mi cabello: un lazo azul de satén.

—Si voy a vivir contigo, tengo que darte algo.

Sonriendo, toma el lazo y me ayuda a ponerme de pie.

—Ya no tienes que tener miedo. Yo soy especial, como tú. Mi padre también. No somos como los demás.

El mundo vuelve a cambiar frente a mis ojos. Estoy otra vez en el Valle de la Alegría, soy Jules Ember de pies a cabeza.

Lanzo un grito ahogado de frustración, sin importarme cómo resuena por las paredes de la cañada... porque ya no quiero verme arrastrada hacia mi pasado, a ese espejo fragmentado y roto, ya no quiero moverme entre esquirlas de mí que no concuerdan. Cuando no me queda más fuerza para llorar, me levanto cansinamente y echo un vistazo a mi alrededor tratando de decidir qué hacer a continuación.

Aunque mi mente no deja de dar vueltas, tengo la sensación de que Elias ya debería estar aquí. Debería haberse encontrado conmigo en la orilla del río. Elias puede ayudar. Puede encontrarle sentido a lo que está sucediendo.

Luego... el pánico. Miro hacia el sitio al que dijo que descendería, pero solo veo el río centellando inofensivamente bajo el sol del atardecer. No hay nada allí que indique que estas aguas alguna vez me rodearon y se metieron por mi garganta, llenando mis pulmones de muerte.

Me lanzo hacia el sitio que Elias me había indicado... donde dijo que estaría vigilando que no apareciera nadie.

Cada paso es un esfuerzo, mis pies pesados se hunden en la arena. Pero aun así no me lleva mucho tiempo llegar a una curva del río, junto a un grupo de escalones angostos esculpidos en la cañada, retorcidos por las raíces de árboles. Donde Elias debería estar. No hay nadie aquí, ni una sola pisada en la arena.

Pero puedo escuchar algo arriba, más allá del borde de la pequeña cañada. Un barullo de voces, hombres y mujeres gritando y el relincho urgente de caballos. Están muy lejos como para poder distinguir alguna palabra, pero me parece escuchar la voz de Elias: tranquila, altanera.

Al principio, alivio. Luego... gritos en nombre de la Reina. Un escalofrío desgarrar mi cuerpo y me quedo inmóvil.

Mientras permanezco allí, pegada al suelo por culpa del miedo, me doy cuenta de que la conmoción parece alejarse en dirección hacia el minúsculo pueblo de granjeros que bordeamos antes de llegar aquí. De pronto, me asalta otra clase de miedo: ¿y si capturan a Elias, lo castigan y se lo llevan lejos por mi culpa? La mera idea ya es suficiente como para lanzarme atropelladamente hacia los escalones y subir hasta que puedo mirar cautelosamente desde la cima.

Y el corazón se me contrae por el pánico. En la mitad del campo, veo a un grupo de soldados de Shorehaven rodeando a Elias, con las espadas desenvainadas. Él se encuentra en el centro con las manos en alto, la cabeza ladeada hacia una figura imponente: el Cazador.

El cuchillo del Cazador está apoyado contra su garganta.

Me muevo sin pensarlo, me impulso por el borde y corro, corro hacia ellos, la tierra vibra bajo mis pies. Cuando estoy lo suficientemente cerca como para que se den la vuelta para mirarme,

extiendo las manos. Convoco a todos mis poderes del tiempo, hago que el mundo salte ante mis órdenes, sin importar las consecuencias.

Y lo hace. El tiempo se reúne a mi alrededor, alrededor de *ellos*. Los soldados se mueven más lentamente, los dedos enguantados buscan las espadas, expresiones de miedo y sorpresa salpican sus rostros. Los inmovilizo a todos, a todos menos a Elias, que echa a correr hacia mí...

Pero algo sale mal, porque cuando mis ojos se encuentran con los del Cazador a través de los agujeros de su máscara, vacilo... y él se agita, como el resplandor de un pez bajo el agua, una vez, dos veces, y luego logra liberarse de mi control sobre tiempo. Les da una orden silenciosa a sus soldados (su mano hace una rápida señal que no comprendo) y sus palabras parecen penetrar el escudo que he creado. Los soldados caen de lado, fuera del camino de mi tiempo, y mi control sobre ellos se disuelve por completo.

Ya me estoy moviendo para reunir otro ataque, pero el Cazador sale disparado hacia mí como si volara sobre la tierra. El terror —que no sentía desde que Caro mató a Roan— me atraviesa como una puñalada.

Casi absurdamente, mi primer pensamiento es dar gracias de que Liam no esté aquí, que hice lo correcto al enviarlo de regreso a Everless. Está a salvo, siempre y cuando no lo encuentren. Tengo que asegurarme de que siga estando a salvo. Si me capturan, si Caro sospecha que lo amo...

Decido, silenciosamente, que no me atraparán con vida.

—¡Jules! —llega la voz de Elias. La urgencia que hay en ella aparta bruscamente mis ojos del Cazador para hacer contacto con los suyos. Capto dos cosas al mismo tiempo: tiene la daga desenvainada y su rostro está teñido de tristeza. Recuerdo nuestra promesa: que me

mataría antes de permitir que Caro me capturase. Veo que él también la recuerda.

Dejo de respirar mientras él levanta el brazo y deja volar la daga, recta y precisa. Forma un arco en el aire y veo, más que siento, el acero hundiéndose en mi pecho.

El dolor golpea en todos lados al mismo tiempo y retrocedo tambaleándome. A escasos pasos de mí, el Cazador se detiene de repente. Con vaguedad, noto que los cascos de su caballo lanzan un rocío de tierra hacia mí. Mi vista se despega de lo que la rodea y todo se vuelve negro, negro, negro. El calor me abandona, junto con el dolor, aun cuando me desplomo sobre una rodilla.

Pienso en Liam cruzando las puertas de Everless, a salvo, a salvo sin mí.

Y algo se adueña de mi cuerpo. El tiempo que había estado haciendo girar alrededor de mis manos para atrapar a los soldados, trepa por mis brazos a través de las venas, llena mi pecho y mi cabeza. Tiempo, puro y vertiginoso, me envuelve, un temblor que sube y baja velozmente por mi espalda. Oigo los latidos de mi corazón, el zumbido de la sangre en mis venas.

El dolor me golpea otra vez, como una ola gigante, y el mundo recupera el color de manera difusa.

Me pongo de pie.

A pesar de que no lo controlo, siento que el tiempo se aleja rodando de mí como una serpiente que muda de piel. De pronto, el dolor de mi pecho disminuye y desaparece; la sangre regresa rápidamente a mi herida; las lágrimas de mis ojos, que ni siquiera había notado que caían por mis mejillas, se secan y aclaran mi vista, justo a tiempo para que distinga en el aire un destello plateado que regresa velozmente hacia Elias.

El tiempo se estremece. Estoy ilesa. El Cazador corre hacia mí y el cuchillo está en la mano de Elias, que lo mira aturdido, la expresión de su rostro es la de alguien tratando de recordar.

—¡Está armado! —grita uno de los soldados.

Estoy demasiado atontada, demasiado lenta como para impedir lo que sucede a continuación, incluso mientras me doy cuenta de cómo sucederá. Los soldados avanzan como si fueran uno solo, las espadas extendidas. Y Elias se cae, su propia daga golpea inútilmente contra los tréboles.

*No.*

El tiempo explota hacia fuera saliendo de mí. Ya casi no tengo control sobre él, ilesa, viva, asustada y furiosa. Y mientras sale disparando hacia fuera, yo también corro, por delante de la figura congelada del Cazador, por delante de los soldados en sus posturas violentas, hacia donde se encuentra Elias, arrodillado en la tierra, sujetándose un corte muy profundo en el costado.

Si logro mantenerlos a ellos inmóviles un poco más, puedo salvarlo.

Caigo de rodillas delante de él y le toco el hombro para sacarlo de la inmovilidad. Se despierta parpadeando y su rostro se retuerce inmediatamente de dolor. Me siento invadida por una ola de gratitud porque ha cumplido su promesa, seguida de cerca por un remordimiento punzante y profundo. Otra persona muerta por mí... aunque queda claro, por la confusión con que me mira, que no recuerda haber arrojado la daga.

—Voy a retroceder el tiempo para curarte —señalo poniendo una mano en sus costillas, sobre la herida. Elias se estremece y asiente y yo cierro los ojos y convoco al tiempo por tercera vez, esperando acelerarlo alrededor de su herida y curarla antes de que sangre demasiado. Pero mis pensamientos están muy dispersos, mi corazón



late muy rápido. Imágenes del cuerpo de Amma pasan por delante de mis ojos. Mi amargada voz interior me grita que soy un fracaso, que soy un desastre como Alquimista: que he hecho todo mal desde el día en que abandoné a mi padre para ir a Everless. Las lágrimas caen a borbotones por mi rostro. Me muerdo el labio y trato de concentrarme en la herida de Elias, pero mis manos tiemblan de dolor, de ira y de duda. Estoy ardiendo por dentro, me siento vacía e inútil.

—Jules. Solo Jules. —La voz de Elias brota ronca por el dolor, pero, de alguna manera, es un indicio de que su antiguo humor sigue allí.

Alzo la vista hacia él, los ojos llenos de lágrimas. Puedo sentir que su herida está sanando, pero no lo suficientemente rápido. No es suficiente. La sangre chorrea por el costado de su cuerpo e impregna el suelo, manchando de rojo el trigo aplastado que tiene debajo.

—Es solo un arañazo, me pondré bien —balbucea, su mano se cierra con debilidad alrededor de mi muñeca. Sigo su mirada; sobre nosotros, los soldados y el Cazador están detenidos en el aire, cayendo sobre nosotros con la velocidad de las nubes que preanuncian tormenta—. En serio, tienes que marcharte.

—¡No puedo abandonarte aquí! —grito, sin preocuparme por la desesperación que tiñe mi voz.

—Podrás. —Aparta mi mano de su costado—. Dudo que Caro me mate. Al menos no ahora mismo.

—Vaya consuelo —exclamo con un gruñido. Siento que el sudor brota en mi frente mientras dedico toda mi concentración a curar su herida. Pero no es suficiente. *Yo* no soy suficiente.

—Vete, Jules. Termina lo que comenzamos. —Esboza una media sonrisa.

Dejarlo es lo último que quiero hacer, pero siento que mi control sobre el tiempo se va debilitando. Pronto despertarán los soldados y el

Cazador. Y las cosas se pondrán peor para Elias —para los dos— si permanezco aquí con él.

Dondequiera que vaya a continuación, tengo que ir sola.

Elias asiente, el humor se escurre de su rostro.

—Vete ahora, Jules. —Sus palabras son la última gota de luz en la creciente oscuridad.



Volar. Ya había olvidado cómo era.

El caballo del Cazador galopa debajo de mí. El golpeteo de sus cascos, el dolor de mis piernas mientras lucho por mantenerme sentada hacen que olvide lo que acabo de hacer... cabalgamos durante horas antes de que recuerde la imagen de la herida de Elias. Me permito llorar, culpar al viento huracanado y no a mí por dejar al mejor amigo de Liam en manos de su peor enemigo.

O al menos en manos de los soldados... porque el Cazador viene detrás de mí. Lo único que me salva es que he robado su caballo, que es claramente superior a los otros, aunque no soy muy buena jinete. Durante horas, me sigue por el pequeño sendero que atraviesa el bosque, quedándose rezagado y luego lanzándose hacia adelante, manteniendo siempre el ritmo pero sin alcanzarme.

El bosque va desvaneciéndose rápidamente... y el sonido del Cazador a mis espaldas se apaga con él. Me detengo en seco, recelosa por culpa del ruido del viento en la oscuridad, que transporta el aroma de los fogones de alguna cocina en la distancia. Aunque el Cazador se haya retrasado, dejé el rastro de las huellas de los cascos detrás de mí, serpenteando a través del bosque...

Necesito un lugar donde esconderme.

La luz de la luna a través de los árboles ilumina tierra conocida; estoy nuevamente en territorio Gerling, no muy lejos de Laista, y, con cada paso, me voy acercando cada vez más a Everless. A lo lejos, diviso un refugio: una pequeña zona amurallada sobre una colina, como un minúsculo fuerte, con estandartes verdes y dorados flameando ante la verja de hierro. Al ver los colores de los Gerling, un escalofrío me recorre la espalda.

Nunca he estado aquí, pero reconozco de inmediato qué es: el cementerio de la familia de Liam, amurallado y a solo ocho kilómetros de Everless, ahora envuelto en una niebla helada. El reconocimiento no surge de los recuerdos de la Alquimista sino de las historias que mi padre solía contarme cuando era pequeña, y de los susurros de los otros sirvientes de Everless. Se dice que, si se consume, cualquier resto de tiempo que quede en la sangre de los muertos puede matarte... y, sin embargo, siempre hay gente lo suficientemente desesperada en estas tierras como para tratar de desenterrar a los muertos y comprobar la verdad de los rumores. No importa en lugares como Crofton (ningún muerto tiene tiempo para robarle), pero las tumbas de los nobles siempre están lejos de la civilización, distantes, altas y fuertemente amuralladas. Inaccesibles como las cimas de las montañas.

Desmonto, las piernas me duelen de aferrar el caballo. En la dirección opuesta al cementerio, hay una pequeña bifurcación que conduce hacia una zona donde pueden verse fuegos de cocina a lo lejos. Apunto la cabeza del caballo en esa dirección y le doy un golpe. Salta hacia adelante y se lanza por el camino, deseoso de apartarse de mí. Solo espero que eso aleje al Cazador de mi camino.

El resto del trayecto hasta el cementerio Gerling lo hago corriendo. La niebla se extiende por el muro, se enrosca como un dedo para

indicarme con un gesto que entre.

A los lados de la verja, hay dos huecos, que suelen ocupar los guardias de Everless. Ahora deberían estar allí, asegurándose de que los Gerling no sean perturbados por los vivos, pero lo más probable es que hayan sido contratados para registrar Sempera en mi busca. Envío unas palabras de agradecimiento por eso a la Hechicera: si Caro no hubiera estado persiguiéndome, no podría entrar despreocupadamente. Trepo la verja y salto dentro del cementerio.

En el interior, las altas paredes tapan la mayor parte del cielo y la calma matinal se vuelve rara y artificial. Majestuosas lápidas de mármol o de granito pulido asoman a través de la niebla, formas oscuras de bordes afilados acechando desde la nada. Otro escalofrío se desliza sobre mi piel al pararme en medio de ellas. Los sonidos normales de la primavera —los gorjeos de los pájaros, el susurro del viento— están ausentes; si no fuera por el lento movimiento de la niebla a mi alrededor, me preguntaría si el tiempo no se habría detenido. Para los muertos, supongo que sí.

No siento nada más que una insidiosa sensación de desasosiego, como si me observaran.

Una mancha de color atrapa mi mirada, un intenso carmesí contra todo el verde y el gris. Me acerco más a ella. Una lápida —una construcción de mármol blanco más alta que yo— se encuentra enclavada sobre tierra recién removida y, cerca de ella, hay flores desparramadas, rojas, blancas y verdes, delicados collares de perlas y piedras semipreciosas, pequeñas estatuillas en cobre y oro de la Hechicera, y varias copas de bronce con vino a medio beber. El aroma a flores cortadas y a perfume flota por encima del aroma a lluvia y a tierra mientras me acerco para leer las palabras talladas en la lápida.

Mis ojos encuentran el nombre *Roan Gerling* en la neblina, que me

atrae inexorablemente. Una lápida muy apropiada para el chico que conocí, que siempre tenía lista una sonrisa, una carcajada.

Mi dolor por Roan ocupa un rincón raro y no analizado de mi pecho, un pequeño recinto al que raramente entro desde que huí de Everless, algo que parece haber sucedido hace una eternidad... aunque solo han transcurrido dos semanas. Y, sin embargo, cuando me permito quedarme quieta y observar, observar detenidamente la lápida de Roan y recordar que está muerto, que ha partido, el dolor se estrella contra mí como si todo volviera a ocurrir otra vez. Su última súplica, susurrada y confusa, interrumpida por el cuchillo de Caro; sus ojos apagándose en la caída; lo pesado, completo y eterno que pareció después el silencio. Muerto, ausente, por culpa de Caro.

Sin darme cuenta me caigo de rodillas, toda mi fuerza me abandona. De pronto, siento la presencia de los muertos... siento que me rodean, un conjunto de ojos invisibles, un viento silencioso y sin aliento. El peso de las expectativas y un recordatorio de mi fracaso, que yo, que regresé una y otra vez cuando ellos no lo hicieron, pueda, de alguna manera, salvarlos, redimirlos. Mi padre, Roan, Amma. Y aquellos a los que no conocí bien: Rinn, la mujer que me reveló el nombre de mi madre, atrapada en su eterno ciclo temporal en Briarsmoor; Althea, la bruja de los arbustos, e incluso Joeb, su hijo.

Elias, que ya podría estar muerto.

Quién sabe cuántos más, retrocediendo la historia de la Alquimista.

Y, aun así, ella todavía no me ha destrozado. Durante siglos, continué luchando a ciegas, sin ganar y sin permitir que me rompiera por completo, y durante siglos los habitantes de Sempera han muerto a causa de esto.

El recuerdo de mi muerte me inunda de nuevo y siento una súbita ráfaga de estupidez... de vergüenza.

*Mentirosa. Tú me quitaste todo lo que tenía.*

«Tú también me quitaste todo lo que tenía», pronuncio las palabras en voz alta, aunque resultan raras en mi boca. Me quedo con ellas, las hago girar dentro de mi cabeza. Ahora que estoy quieta, el raro momento en el que caí al lado del río, provocado por el dibujo de la zorra y la serpiente, vuelve a resurgir en mi mente. Porque la niña era Caro, por supuesto. Y el hombre lejano, su padre...

Que me invitó a que fuera a vivir con ellos.

El estómago me da un vuelco y me pongo de pie.

La superstición no me permitiría estar tan cerca de las tumbas, diría que Roan estaba envenenado, el tiempo de los muertos puede levantarse de la tierra como un ser vivo para helarme la sangre. Pero no quiero, no puedo alejarme. Porque mientras la niebla se disipa con el sol matinal, aparece ante mi vista una hilera de tumbas detrás de la de Roan. Una hilera tras otra. Curiosa, las recorro hasta que llego a una cuyo nombre me resulta familiar:

*Lord Ulrich Ever.*

La lápida es lisa, casi desnuda a excepción de un árbol cubierto de flores que me resulta familiar, la misma figura estampada en la bolsa de monedas que Caro me enseñó cuando me encontró.

El mundo se vuelve difuso. A través de una mancha verde y gris, veo otra cara, la de mi padre. Oigo la voz de Caro. *Mi padre.*

Lord Ever.

El padre de Caro.

¿Cómo puede ser que Liam —cómo puede ser que *yo*—, no lo haya adivinado? Y, sin embargo, siento la profunda verdad que hay en todo esto, que me atraviesa hasta los huesos.

Un susurro de movimiento o de sonido, tan sutil que no estoy segura de no haberlo imaginado, es lo que me saca de mis

pensamientos.

Al principio, creo que he caído en otro recuerdo, pero el cielo permanece de una idéntica tonalidad grisácea. Miro hacia un lado, hacia el otro, buscando alguna señal de algún otro ser vivo en el cementerio. No hay ninguna, pero mis sentidos se erizan, conscientes de las decenas de lápidas enormes, los restos de niebla que podrían ocultar fácilmente a un intruso. Tal vez, es otro atribulado amigo o amante, que ha huido al verme.

Luego, algo roza mi espalda, algo pequeño, frío y afilado, y me pongo rígida.

—*Date la vuelta* —indica un susurro grave, y eso hago.

Y me encuentro al Cazador frente a mí.

Un grito brota en mis pulmones, pero estoy decidida a no dejarlo salir. Permanece delante de mí, enmascarado y encapuchado, a menos de un metro... y la punta de su cuchillo a un centímetro de mi pecho. Está quieto como un muerto, ni siquiera distingo el movimiento de su respiración. Como si fuera un fantasma, un arma de los muertos surgida para llevar a la Alquimista ante la justicia.

El Cazador se lanza sobre mí, carne, músculo y hueso, y es tremendamente real. Apenas logro eludirlo a tiempo. Siento el peso y el calor de una persona debajo de la seda negra, oigo el silbido del cuchillo en el aire, luego el golpe seco y escalofriante cuando penetra la tierra. Y se lanza otra vez sobre mí.

Retrocedo trastabillando, aún rígida y lenta por estar acurrucada en la tierra fría. Mi espalda choca contra una lápida, caigo detrás de ella y me agacho de tal modo que logro eludir la siguiente cuchillada. Me pongo de pie y camino de espaldas para no dejar de mirarlo mientras levanto las manos. El rostro en sombras del Cazador cautiva mis ojos, no puedo apartar la mirada. Con un escalofrío, recuerdo la figura que



intentó ahogarme. Por algún motivo, esa franja de oscuridad donde debería haber ojos es más terrorífica que cualquier cara.

Carga nuevamente sobre mí con el cuchillo y, esta vez, le arrebató el acero de la mano enguantada. El Cazador no pierde ni un segundo; se arroja solo con las manos cubiertas de cuero sobre mi garganta.

Ambos caemos al suelo, él encima de mí. La piedra pulida sale volando de mis manos y choca contra una lápida cercana. A través de la seda negra de la capa, percibo la dureza de la armadura, el cuero o el metal que rodea su torso y sus brazos... que agudiza el dolor que proviene de cada golpe mientras luchamos. Las botas con punteras de metal alcanzan mis canillas, los codos aterrizan en mis costillas, las manos enguantadas buscan mi garganta, más fuertes que mis propias manos rodeando sus muñecas. Una respiración entrecortada escapa de la máscara y apenas logro escucharla, ahogada por mis propios jadeos y el martilleo de mi corazón en mis oídos.

El Cazador continúa atacándome, sus manos empujan las mías con el objetivo de llegar a mi tráquea; pequeñas, enguantadas, ferozmente fuertes. Su pecho palpita contra el mío y, por primera vez, mi cabeza se aclara lo suficiente como para reconocer que su cuerpo es más pequeño y más liviano de lo que había imaginado.

De inmediato, desciende arrastrándose y se precipita hacia el cuchillo, que ha caído a un par de metros de nosotros, y se endereza para encararme... y, a continuación, sin soltar el arma, levanta una mano para bajarse la capucha.

Se me corta la respiración. Reconozco ese pelo corto y rizado... se suelta la máscara y deja que la seda caiga al suelo.

Ina.



Me incorporo sin pensarlo cuando el cuchillo se mueve velozmente hacia atrás y apunta hacia mí. Ina Gold, mi hermana, la Reina de Sempera, se encuentra frente a mí, el rostro simultáneamente calmo y encendido de furia. Respira con fuerza a través de los labios entreabiertos y tiene las mejillas enrojecidas. Pero su mano, mientras dirige el arma hacia mí, está completamente firme.

—Ina. —Mi voz brota áspera. Alivio, júbilo y miedo forman un nudo en mi pecho—. Ina, ¿cómo...?

—No hables —ordena con un furioso susurro—. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a venir aquí, donde Roan está enterrado?

Cierro la boca y la vuelvo a abrir, tratando de respirar, tratando de pensar. Mi amiga, mi hermana. ¿Por dónde empezar, cuando ella me está mirando con tanto odio en los ojos? El remordimiento se desliza sobre mí: pensé que mentirle sería una forma de protegerla. Lo hice por amor... pero nunca debí dejar que pensara que yo era la asesina. Porque ahora el aire que flota entre nosotras es denso e impenetrable, la ira y el odio de sus ojos son más dolorosos que todos los golpes que acabamos de intercambiar.

—Yo no lo maté —es lo que finalmente brota de mis labios. En voz alta, las palabras suenan patéticas, a pesar de que sé que son

verdaderas.

Ina retuerce la mano, pero su mirada se mantiene firme y ardiente sobre mí.

—Por supuesto que no —exclama con tono mordaz—. Supongo que mi madre y Roan decidieron asesinarsen a sí mismos.

—Ina, podrías haberme matado en el río —señalo con voz ronca y rota por la emoción. Me duele todo el cuerpo, pero me levanto de la hierba... despacio, despacio, sin despegar los ojos de ella—. Pero no lo hiciste.

—No. Tendrás un juicio. —Sus ojos se alejan unos metros de los míos hasta la lápida de Roan y de inmediato regresan a mí. Una vez más, me parece sentir la presencia de los muertos alrededor mío, los ojos de Roan, de Lord Ever y de todos los demás. Los muertos que están aquí y los que no lo están, los de esta vida y de las anteriores, a lo largo de quinientos años. Ina solo quiere lo mismo que yo: la verdad.

—Roan era mi amigo —le explico, la emoción traba mi voz, pero me obligo a tragar y ser fuerte para ella. Ina también lo perdió todo y es por ella que no debo desmoronarme. Como hizo Liam por mí, al principio, cuando me habló de la Alquimista, le voy entregando la verdad poco a poco—. Lo mataron para llegar a mí. Porque alguien creyó que eso me haría daño.

—¿Quién? —exige despectivamente, aunque las lágrimas tiemblan en sus ojos, amenazando con derramarse. Da un paso hacia mí y yo me obligo a no dar un paso hacia atrás, aun cuando el cuchillo está cada vez más cerca—. Hablé con los demás sirvientes. Me contaron cuánto odiabas a los Gerling. Y que muchos pensaban que amabas a Roan desde que eras una niña.

—Es cierto —respondo, manteniendo firme la voz—. No odiaba a

Roan. Nunca lo odié. La persona que lo mató... —¿Cómo decírselo? ¿Cómo podría creerme? Pero sus ojos permanecen clavados en mí, inmutables e inquisitorios, de modo que le mantengo la mirada y continúo—: Caro lo mató, Ina. Ella lo mató, y también mató a tu madre.

El color huye de sus mejillas, aunque no baja el cuchillo. Observo su rostro con detenimiento, temo alentar esperanzas, mientras procesa mis palabras. La reflexión atraviesa su rostro como nubes desplazándose con rapidez a través del cielo.

—¿Por qué? —susurra finalmente. Su voz es suave, pero penetra fácilmente el silencio pesado y tenso que nos separa, que nos rodea en el cementerio—. ¿Por qué haría ella algo así?

Me aferro al hecho de que no me haya dicho que estoy loca, atrapando esa pizca de esperanza y apretándola con toda mi fuerza. Respuestas posibles repiquetean por mi cerebro, cada una suena más absurda que la otra. Pero ahora que le he contado el principio de la verdad, ya no puedo detenerme. Estaría mal negarle el resto. Respiro profundamente y extendiendo las palmas de las manos hacia mi hermana.

—Ella quería herirme —relato lentamente—. Es difícil explicar por qué, pero Caro y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, desde antes de que vinieras a Everless. No puedo decir que lo entienda, pero estoy intentándolo. —Respiro hondo—. Pero intenta recordar. ¿Puedes contarme cuándo fue la primera vez que viste a Caro?

Los ojos de Ina se entrecierran. No lo comprende. Pero mientras se extiende el silencio, su ceño comienza a fruncirse, sus ojos se abren. Adivino qué está haciendo: buscando entre sus recuerdos el primer día en que la bonita dama de compañía, de voz suave y ojos verdes, llegó a su vida. Y no puede hallar una respuesta, porque...

—Ella siempre estuvo allí —respondo tentativamente, dejando que

el final de mi frase se curve hacia arriba como una pregunta—. Ella siempre estuvo allí, ¿no es cierto?

Ina no contesta, pero puedo ver que mis palabras la golpean, puedo ver la verdad en ellas por la manera ligera en que la hacen estremecerse.

—Porque ella siempre ha *estado* allí —prosigo—. Ha estado junto a tu madre desde antes de que nosotras hubiéramos nacido. Siempre igual: controlándolo todo, observando, esperando.

Ina se mantiene en silencio un rato más, las manos apretadas sobre el mango bruñido de su cuchillo, y no puedo imaginarme lo que debe haber sido para ella crecer sola, en un palacio, mientras su madre y su amiga desaparecían con frecuencia y de manera rara. Recuerdo la forma en que se comportaban Caro y la difunta Reina, la extraña y muda dependencia mutua, una girando alrededor de la otra sin casi intercambiar palabra alguna. Imagino que Ina se acostumbró a la dinámica después de presenciarla todos los días, pero puedo ver que ahora va formulándose preguntas mientras examina mis palabras.

Sin embargo, después parece ponerlas a un lado y me mira levantando el mentón.

—¿Esperando qué?

—Esperándome a mí—respondo. Y en cierta forma, es verdad—. Caro y yo... somos enemigas. No la reconocí cuando llegó a Everless por primera vez, ni ella a mí, pero, con el tiempo, ella descubrió quién era yo. —Tomo una profunda bocanada de aire, que me daña el pecho, y trato de contener las lágrimas que brotan detrás de mis ojos—. Ella mató a Roan para hacerme daño, porque pensó que yo lo quería. Y tu madre, la difunta Reina, lo sabía, así que también la mató, y se aseguró de que la culpa recayera sobre mí.

Una lágrima resbala silenciosamente por la mejilla de Ina y me

parece ver que sus manos flaquean un poco.

—Entonces, ¿quién eres tú? —susurra.

—Ina —comienzo a hablar, tratando de encontrar una forma de abordar el tema, una forma que no haga que mi hermana huya de mí o reconsidere la idea de utilizar los cuchillos—. ¿Qué dirías si afirmara que la Hechicera y el Alquimista todavía están vivos?

—Mi madre me enseñó a creerme esas historias —responde después de un parpadeo—, pero...

—Mi padre también —comento, mi voz reducida a un susurro sin darme cuenta—. ¿Y tú crees que ellos aún caminan sobre esta tierra? ¿Que aún están entre nosotros?

—¿Qué quieres decir? —pregunta incómoda, cambiando de posición.

—Esto te parecerá una locura —contesto—. Yo todavía siento que estoy loca, pero, por favor, créeme, Ina. —Trago con fuerza—. Yo soy el Alquimista. Y Caro... Caro es la Hechicera.

Mi hermana me mira desconcertada. Lo que parece ser un minuto completo transcurre en un vibrante silencio.

Finalmente:

—Lo que sentí en el valle, cuando te atacamos a ti y a tu amigo, ¿eso era... magia antigua?

Asiento enérgicamente y las lágrimas vuelven a presionar mis ojos.

—Ina, ¿conoces la historia en la que el Alquimista ofrece devolverle el corazón a la Hechicera y le entrega doce piedras para que las coma?

Ina asiente secamente. *Sí*. Su mano baja un poco.

—Las doce piedras eran el corazón de la Hechicera, dividido en doce partes. Cuando me mataron, volví a nacer.

Los ojos de Ina destellan.

—Soy la Alquimista —afirmo, sin nada de la resonante autoridad

que debería acompañar a esas palabras. Retiro la mano y coloco los brazos alrededor de la cintura, como si fuera a desmoronarme y no pudiera impedirlo—. La número doce, la última. Caro quiere matarme y recuperar lo que le robé en mi primera vida.

—Su corazón —agrega Ina.

—Sí. Pero primero tiene que romperlo. Es por eso que... —Pero no puedo continuar, las lágrimas que amenazaban con caer finalmente se liberan y se deslizan por mis mejillas, una detrás de la otra.

—Es por eso que mató a Roan —concluye Ina por mí, la voz suave e incrédula—. Porque tú lo querías.

Asiento. No puedo hacer nada más. No puedo volver a preguntarle si me cree y arriesgarme a que me diga que no.

—Jules... —Da un paso hacia mí. Extiende las manos, sin tocarme, pero algo ha cambiado en ella, entre nosotras. Sus ojos se han suavizado, siguen confundidos, pero el odio que ardía tan intensamente se ha disuelto. Y ha quedado ella, ni el Cazador ni la Reina, solo una chica, mi amiga, pálida y desamparada.

—Siento no habértelo dicho —musito, la voz cargada de lágrimas—. Debería haberlo hecho, debería haberlo intentado con más vehemencia, pero no me di cuenta de que yo...

—¿Por qué a mí? ¿Por qué tendrías que habérmelo dicho a mí? —pregunta, con la confusión destellando en los ojos.

Casi me río ante su desconcierto, porque es esta parte de la verdad la que más me asusta. Pero recupero el control y prosigo.

—Cuando nos conocimos, tú confiaste en mí... querías conocer los secretos de tu nacimiento. ¿Aún deseas saberlos?

—Supongo que sí —afirma, después de un instante de vacilación.

—¿Recuerdas cuando fuimos al orfanato y el hombre que estaba allí me habló de Briarsmoor? Nosotras nacimos allí, Ina, las dos, el mismo

día... de la misma madre. —Respiro con dificultad—. Somos mellizas y nuestros padres se perdieron durante aquellos trastornos del tiempo de los que nos contaron.

—La Reina me encontró allí —murmura Ina. Su voz aún es monótona, carente de sentimiento, pero debo considerar como una victoria que todavía no haya salido corriendo o me haya atacado. Ina sigue aquí, sigue escuchando, y eso tiene que significar algo—. Yo tenía una piedra en la boca.

—Una señal de la Alquimista —señalo—. Y era yo, yo tenía la piedra, si es que realmente existió. Pero mi padre, mi tío... *nuestro* tío —descubro, con un estremecimiento de tristeza, lo que Ina nunca tuvo —, me llevó con él. No se dio cuenta de que la Reina te llevaría a ti en mi lugar, no debió haberse dado cuenta.

—Así que Caro pensó —prosigue Ina tropezando con las palabras—. Ella pensó... que yo...

—Sí. —Me atrevo a acercarme un paso más, lo suficiente como para tocarla, y ella no se aparta—. Caro iba a matarte hasta que se dio cuenta de que yo era la Alquimista y no tú.

Ina me observa durante varios segundos, miedo, incredulidad y algo más destella bajo la cortina transparente de su rostro. Me duele el corazón al ver lo cerca de la superficie que se encuentran sus sentimientos. Lo terribles que deben haber sido para ella estas últimas semanas mientras yo estuve corriendo por todo Sempera, buscando mis recuerdos y dejándola con Caro. Pero luego, raudamente como una tormenta que se aproxima, sus rasgos se transforman en furia.

—Mentirosa. *Mentirosa*. —El cuchillo se encuentra otra vez en mi garganta—. ¿Pensaste que me creería todos esos cuentos?

Cierro los ojos. Tal vez este sea el fin... sombríamente pienso que morir bajo el cuchillo de Ina es mucho mejor que morir bajo el de



Caro. Tal vez el miedo a la muerte confunde mi mente, porque se me ocurre otra idea.

—¿Puedo intentar enseñarte la verdad? Si lo logro, ¿me creerás?

—¿Cómo? —pregunta después de parpadear.

Ina quiere creerme, estoy segura. Cierro los ojos y tomo suavemente su mano. *La memoria son momentos, y los momentos son tiempo*, pienso, utilizando las palabras de Stef e imaginando que atraigo a Ina dentro de ellas.

Lentamente, comienza a dar resultado.

De la mano de Ina, me hundo en los recuerdos, fundiéndome de uno a otro dentro de mi cabeza. Caro en Everless observando el oro líquido de mi tiempo bailando por el suelo; Briarsmoor, primero un esbozo del lugar y luego el grito agudo de Naomi, nuestra madre; Roan de rodillas, el cuchillo de Caro apretado contra su garganta...

Arranco mi mano de la de Ina y me tambaleo hacia adelante, otra vez en el cementerio. Frente a mí, mi hermana me observa fijamente, los ojos vidriosos y muy abiertos.

—Lo siento, Ina —murmuro y le toco ligeramente el brazo y siento la dureza de la armadura debajo de la capa del Cazador. Sé que las palabras no pueden transmitir todo lo que siento, mi remordimiento y mi tristeza por Roan e incluso por la Reina, y cuánto lamento que ella se haya visto involucrada en todo esto, y que, como consecuencia, resultara herida—. Siento mucho todo lo ocurrido.

Sus párpados se cierran un instante, su pecho sube y baja con rapidez debajo de la capa. Puedo ver cómo intenta recuperar el control de sí misma, que se retuerce ante algo que hay dentro de mí. Pero, finalmente, se rinde y deja que las emociones se extiendan por su rostro.

Las piernas se le aflojan y se desploma sobre mi pecho, algo que,

estoy segura, deseaba hacer desde hace mucho tiempo.  
La sujeto. La sujeto y no la suelto.



Nos quedamos sentadas durante horas en la parcela de los Gerling. Le cuento lo que sucedió desde la noche en que visitamos a la bruja de los arbustos en Laista. Ella me cuenta que Elias se recuperará... y aunque solo sea por la fuerza de su brillante voluntad, me lo creo. Para cuando nos quedamos sin nada que decir, el día está comenzando a desvanecerse, el sol cada vez más bajo en el cielo. Una irónica parte de mí se maravilla de que doce vidas y todo lo que he vivido desde que escapé de Everless puedan describirse en tan poco tiempo.

Ina continúa.

—Siempre pensé que había algo especial en ti, desde que te conocí en Everless. Un secreto, una tristeza.

Al recordar el tiempo en que estuvimos juntas en Everless (tan simple comparado con el ahora), se me oprime el corazón y bajo los ojos. Tal vez, como Ina, yo también llevo las emociones dibujadas en el rostro, aunque lo único que haya vivido sean secretos y tristeza, de modo que no puedo reconocer la diferencia.

—En ese entonces, yo no sabía nada... sobre mí. Mi padre acababa de morir. Estaba comenzando a comprender, pero no lo sabía.

—No tienes que darme explicaciones de quién eres. No lo entiendo

todo acerca de la Hechicera y la Alquimista, pero te creo.

Casi le pregunto por qué. Lo más increíble de todo es este poquito de confianza que me ha conferido. Pero las lágrimas obstruyen mi garganta y no digo nada.

—Al menos esto explica por qué Caro cambió desde que mi madre murió —señala—. De lo único que habla ahora es de venganza. Quiere que reúna a un ejército, Jules, que elija a soldados de todas las ciudades y pueblos de Sempera. Habló de invadir otras naciones, de extender la sangre de hierro a sus costas. Ella ha sangrado tiempo de personas inocentes. Nunca había sido tan sanguinaria.

—Lo era. —De pronto, no puedo mirar a Ina a los ojos, así que bajo la vista a la hierba—. Simplemente nunca lo demostró, hasta ahora. Caro dijo que mataría hasta encontrar a la persona que habría de romperme el corazón. Todos aquellos a quienes quiero, o que me quieren, están en peligro. Mucha gente que intentó protegerme murió por esa razón.

—¿Crees que todo fue una mentira? —pregunta apartando la vista.

—No lo sé. —Mi amistad con Caro en Everless solo duró unas pocas semanas antes de descubrir quién era realmente, pero Ina la conocía desde hacía muchos años. Evoco el rostro de la niña que se me acercó en el río. Dulce, abierta. Pero por mucho que trate de aferrar su expresión, la imagen de una Caro más mayor la ahuyenta.

—Cuando pienso en lo que compartimos —murmura Ina con una triste sonrisa—, estoy segura de que fue real. Una parte, al menos. Ella me quería.

—Ella te puso en peligro al enviarte vestida como si fueras el Cazador.

—Yo *quería* buscarte —exclama Ina sacudiendo la cabeza—. Fue idea mía ponerme ese disfraz. —Desvía la mirada mientras habla—. Por

muchas cosas terribles que haya hecho, Caro siempre vio una parte de mí que los demás no veían. Era la única persona que no me trataba como si fuera una muñeca de cristal. Es como si... ella hubiera visto la fuerza que había en mí. —Hace una pausa y piensa—. Es probable que eso se debiera a que pensó durante mucho tiempo que yo era la Alquimista.

—Estoy segura de que no es así —comento rápidamente, y estoy totalmente convencida de ello, con cada fibra de mi ser.

—Saber que no todo fue una mentira es peor todavía —afirma Ina con un suspiro—. Se suponía que era mi amiga —susurra, la voz suave y rota, las mejillas brillantes por las lágrimas.

Observo el rostro de Ina durante unos segundos más, todavía abrumada por el hecho de que me crea. Por algún motivo, a pesar de todo, ella me cree, como Amma. Me mira con confianza y expectativa en el rostro, como si yo supiera qué hacer a continuación. De pronto, me asaltan unas ansias feroces de estar con Liam, el que siempre sabe qué hacer a continuación.

—¿Y qué harás con respecto a Liam? —pregunta. ¿Acaso puede leer mis pensamientos?—. Tú lo quieres, ¿verdad? Lo amas...

—No digas eso —la interrumpo apresuradamente y luego la calla el miedo brutal que tiñe mi voz—. Por favor.

Pero Ina nunca ha sido de mantenerse callada y pregunta suavemente:

—¿Tú crees que es su muerte la que te romperá el corazón?

—No lo sé —respondo, aunque mi instinto me grite que mis palabras son falsas.

—Pero ¿y ahora qué, Jules? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Necesito encontrar el arma que la matará —respondo pausadamente.

—Tienes que volver a Everless —afirma Ina apretando la mandíbula.

Le presiono la mano, lo único que quiero es quedarme aquí, junto a mi hermana. No es que no quiera ir (me gustaría más que nada en el mundo) pero también deseo quedarme un poco más con Ina, ya que no sé qué forma de ira descargará Caro sobre mí cuando la enfrente.

—Tú solo quieres que me encuentre con Liam —refunfuño.

Ina echa a reír y apoya la cabeza sobre mi hombro.

De pronto, capto una tenue columna de humo que se eleva frente a la lápida de Roan. Intrigada, camino hacia adelante y veo que la piedra que me regaló Stef se encuentra en medio de un charco de vino... mientras se disuelve.

—¿Es sangre de hierro que se ha echado a perder? —pregunta Ina a mis espaldas.

—No. Era un obsequio legado por la Alquimista hace mucho tiempo. Un símbolo para enseñarte la verdadera cara del mal. —El humo flota en el aire sobre la piedra, inmóvil. Se me ocurre una idea: junto los restos de vino que quedaron en los vasos que hay desparramados cerca de la tumba de Roan y luego arrojo dentro del líquido los restos de la piedra negra, como haría si estuviera poniendo una moneda de un día de sangre de hierro en la taza de té de Lady Sida.

De inmediato, el vino comienza a chisporrotear. El humo se vuelve más denso y se retuerce. Para mi absoluta conmoción, el humo parece cobrar forma en el aire frente a nosotras, transformándose lentamente en el semblante de un hombre. Sus labios son finos, tiene cavidades profundas y oscuras donde deberían estar los ojos. Ina y yo inhalamos al mismo tiempo.

—¿Acaso es...? ¿Quién es ese? —pregunta Ina, sin aliento—. Nunca

he visto nada semejante.

—El verdadero rostro del mal —respondo retrocediendo mientras el rostro parece abrir la boca para reír... y luego se desvanece de golpe, en un suspiro, como si nunca hubiera estado allí.

*¿Quién más podría ser si no es Ever?*, me pregunto con un parpadeo.

Ina me aprieta la mano arrancándome de mis pensamientos.

—Tienes razón... Volveré a Everless —afirmo, pronunciando las palabras, esta vez, con auténtica intención—. Si el arma no está allí, entonces es probable que encuentre otra verdad que me ayude a derrotarla.

Resulta sombríamente lógico. Tengo que concluir esto donde todo comenzó: tanto mi conocimiento de la verdad como la historia de la Alquimista y la Hechicera.

—¿Y después qué, Jules?

Miro a Ina y veo mi propio miedo y mi propia esperanza reflejados en sus ojos.

—Ponerle fin —susurro.

—No tienes que enfrentarte a ella, aún no, si no estás lista — comenta con aspecto solemne—. Puedes venir a Shorehaven conmigo...

—Estoy segura. —Es lo único de lo que estoy segura y me aferro a ello, aunque me produzca terror en todo el cuerpo. Pensar en lo que Caro podría hacer si descubre que Ina sabe la verdad me estremece hasta la médula—. Estoy lista.

—Bueno, yo te ayudaré. —Ina permanece quieta un momento más y luego aparta las manos de mí. Se aparta algo del pecho y se quita la capa negra de los hombros, la sombra se materializa. Debajo, lleva una túnica sencilla y mallas, lo mismo que Amma y yo habríamos llevado en Crofton. Extiende la capa sobre el brazo y levanta la mano hacia la

nuca para desatar la tira de seda negra que había cubierto su nariz y su boca... y me entrega su antiguo disfraz.

—Así podrás entrar a Everless —explica en respuesta a mi expresión de desconcierto—. No detendrán al Cazador.

Me inunda una profunda calidez. Nadie me ha cuestionado tan poco como Ina en este momento, aun cuando retornar a Everless sea lo más peligroso que hice en mi vida.

—Es una idea brillante, Ina. Gracias.

Se muerde el labio mientras piensa.

—Antes mandaré un mensaje para pedirle a Caro que salga del castillo. Ya pensaré en algo. No puedo garantizarte mucho tiempo, pero... será mejor que nada. Eso al menos te dará algo de tiempo para buscar.

Miro a Ina, la miro en serio, ella no es la princesa ingenua y sonriente que llegó a Everless hace menos de un mes. Ahora hay en ella una seriedad, una firmeza en sus hombros erguidos y en la forma en que mantiene en alto el mentón.

Aun con ese atuendo sencillo, parece una reina.

Me doy cuenta de que no tengo que temer por ella... o, más bien, de que es probable que tema por ella, pero no es una niña que necesita protección.

Mi hermana me sostiene la mirada, firme y fuerte.

—Cuídate, Jules. Que la Hechi... —Se detiene de golpe, emite una pequeña risa y luego me envuelve en un fuerte abrazo—. Supongo que ya no necesito más a la Hechicera, Jules. Te tengo a ti.





Cuando subo al caballo, Ina ya se ha marchado, la confianza que traje consigo se la ha llevado el viento huracanado. Everless se cierne a lo lejos, una mancha negra en el cielo. Aquí es donde combinamos por primera vez el tiempo con la sangre. Desde entonces, una fuerza ancestral e inexorable me ha atraído de regreso al castillo... tal vez ha estado llamándome una y otra vez, desde que mi padre y yo salimos de sus muros muchos años atrás. Un hilo de seda entretejido a través de esos jardines, torres y pasillos, el otro extremo hundido profundamente en mi corazón y que ahora tira de mí para que vaya hacia él.

Si existe una respuesta en algún lugar de Sempera, algún arma enterrada, alguna forma oculta de terminar con Caro, lo esperable sería que estuviera allí.

Tomo las riendas e impulso al caballo hacia adelante, hacia Everless.



Cabalgo sola y sin detenerme a través del espacio oscuro que se extiende entre Everless y yo. Con cada paso que doy, la llamada del castillo se vuelve cada vez más fuerte detrás de mi esternón. Una rara quietud ha empujado cualquier otra sensación, cualquier otra debilidad fuera de mi cuerpo. Como si mis propios huesos supieran que estoy acercándome al final del camino.

Después de tanto merodear en las sombras, es raro viajar a la vista de todos, aunque sea con el uniforme del Cazador. El traje me queda perfecto: la capa negra es fresca y ligera, y la capucha me cubre los ojos. Viajo por el camino por primera vez en muchísimo tiempo mientras va cayendo la noche. Las personas y los carruajes que pasan por el camino se mantienen lejos de mí.

Los pensamientos se arremolinan dentro de mi cabeza, planes y contingencias acerca de lo que sucederá cuando llegue al castillo de los Gerling. De todo lo ocurrido entre Ina y yo en el cementerio, una respuesta permanece en el centro del torbellino, un centro alrededor del cual gira todo lo demás.

Los secretos de Everless le pondrán fin a esto, para siempre.

Después de todo este tiempo, la visión de la propiedad de los Gerling todavía me quita el aliento, incluso después de todo lo que he

visto. Mi primer hogar como Jules, el lugar en donde la Hechicera y el Alquimista, según las historias, sufrieron y se destruyeron a manos del primer lord. Aparto de mi mente el persistente recuerdo de mi infancia, tengo que concentrarme en lo que está delante, no en lo que está detrás.

Casi no me doy cuenta de que he dejado de cabalgar, de que me he detenido en medio del camino, a los pies de Everless. Todo está tan oscuro, tan vacío, solo unas pocas luces titilan en las ventanas. *Caos*, había dicho Liam, los cofres vaciados y los sirvientes que no fueron despedidos se mueven en una especie de limbo, mientras los buitres que él tiene por familiares rivalizan por el poder. ¿Estará allí dentro, en algún lugar? Ahora que solo quedan su madre, su padre y él, ¿cómo será recorrer esos pasillos donde resuenan los ecos de su hermano muerto?

Me envuelve una brisa fría y se me retuerce el corazón. Liam está ahora allí dentro. Concentro la mirada en una luz tenue y parpadeante en su torre y, de pronto, mis sentimientos se vuelven puros, claros y simples.

Lo amo.

Mi caballo se lanza hacia adelante.



Es como Ina dijo que sería. Oculta bajo el uniforme del Cazador, cabalgo directamente hasta las puertas de Everless. Seis guardias vestidos con los familiares colores verde y dorado flanquean la entrada, tres a cada lado. Alzan bruscamente la vista cuando escuchan el ruido de los cascos de mi caballo en el empedrado. Me siento un

poco como si flotara fuera de mi cuerpo, como si estuviera observando la escena a la distancia, como sucede a menudo cuando controlo el tiempo. Puedo ver su miedo cuando aparezco ante ellos: una figura acaba de emerger en mitad de la noche. El miedo no se desvanece cuando me acerco lo suficiente como para que vean la capucha del Cazador.

Afortunadamente, antes de tener que preguntarme si debo hablar, todos me saludan al unísono. Uno de los guardias hace señas frenéticas a los que se encuentran sobre el muro. Un momento después, las grandes verjas se abren solo para mí.

Y con la espalda erguida, sola y con el aspecto de un guerrero, cabalgo hacia el interior.

El castillo parece respirar delante de mí, su oscura apariencia parece algo vivo mientras cruzo el parque, los sonidos de los cascos de mi caballo devorados por el silencio. Es primavera: debería haber flores asomando descontroladamente desde las ventanas y en los jardines que rodean al castillo. Los jardineros deberían estar moviéndose entre ellas, incluso ahora, utilizando sus habilidades durante la noche para que los Gerling despierten ante un parque bonito e inmaculado, una interminable alfombra de flores y verde. Pero, en su lugar, todo está oscuro y prácticamente en silencio. Tan callado que puedo escuchar el sonido tenue del lago al otro lado del castillo, las olas rompiendo monótonas contra la orilla rocosa donde, hace solo un mes, lloré la muerte de mi padre.

Y, a pesar de todo, no está vacío. Al ir acercándome, diviso las siluetas de los guardias arrastrándose por los costados del edificio y sobre los muros, colocados en las vastas y pequeñas salientes del castillo y pasando delante de las ventanas. Mi corazón late con fuerza. Hay más guardias que nunca, incluso cuando Ina y la Reina llegaron

por primera vez al final del invierno. Y sé, de inmediato, que están buscándome. Esperando que el conejo regrese a la trampa. De pronto, la capa de Ina me parece poca defensa.

Pero me obligo a no demostrar miedo mientras me acerco al patio que separa el parque del castillo. Los guardias que rodean la entrada me miran con el mismo miedo que los anteriores. En algún momento, esto me hubiera producido una sensación excitante de poder, pero ahora solo me llena de terror. Me bajo de mi caballo prestado y le extiengo las riendas al guardia más cercano, que se cuida muy bien de no tocar mis manos. Cuando finalmente entro en el castillo, respiro profundamente y parte de la tensión sale de mi pecho.

He llegado a mi hogar.

Salvo algún guardia ocasional, colocado en un rincón o patrullando algún tramo del vestíbulo, los pasillos están completamente vacíos. Buena parte del trabajo de los sirvientes se lleva a cabo de noche: fregar y barrer los salones, llenar de leña las chimeneas, mantener encendidas las antorchas. Pero nada de eso está sucediendo ahora. Everless ha cambiado, aún más que cuando regresé después de haber estado diez años lejos. Siempre fue un lugar duro y cruel para aquellos que estaban más abajo, lo sé. Pero esto es diferente, los pasillos vacíos y desiertos, las puertas cerradas ante una amenaza más oscura y peligrosa que cualquier crueldad aristocrática. A pesar del vacío que reina en todos lados, me siento observada... vigilada. Un escalofrío recorre mi espalda, y no deja de crecer hasta devorar todos mis planes.

*Corre, Jules, me dice una vieja voz. Corre y no mires atrás.*

Empujo la voz hacia abajo, pero continúa susurrándome desde un oscuro rincón de mi mente.

Me afirmo y camino por el vestíbulo principal. Las cortinas corridas

y polvorientas, las urnas de los nichos sin flores. Me siento tan perturbada que, cuando vuelvo a toparme con un guardia, que camina de un lado a otro por el ala este, me inunda el alivio y lo agarro del brazo.

El hombre se sobresalta y busca su daga, pero deja caer la mano cuando ve mi capucha y mi máscara. Es joven, la pelusa de un bigote sobre el labio superior y el emblema de Shorehaven reluciendo en su chaleco. Un hombre de Caro, no de los Gerling.

—¿Dónde están todos? —pregunto sin pensar, el miedo instintivo a los soldados reemplazado por un pánico aún más profundo.

—Mi-milady —tartamudea el hombre—. Es el toque de queda que ordenó su Majestad. Ningún residente de Everless debe salir de su cama después del atardecer.

Le suelto el brazo, el terror me revuelve el estómago. ¿Cuánto han sufrido los habitantes de Everless (tanto nobles como sirvientes) en mi nombre?

Me alejo de él obligándome a mantener la cabeza alta y el paso firme, sin importar lo perturbada que esté. Nombres, reivindicaciones repiquetean en mi mente: *Tam*, *Bea*. Me siento desgarrada, estirada en distintas direcciones: hacia la cocina, el dormitorio de las sirvientas, los establos. Pero una atracción es más intensa y más urgente que el resto, la certeza hunde sus garras en mi pecho. Liam.

Tengo que encontrar a Liam, contarle lo que sé, asegurarme de que esté a salvo.

Aunque todo mi interior grite que primero debo encontrar el arma, sé que si las cosas no salen como quiero, esta podría ser mi última oportunidad de verlo, de decirle lo que siento. De despedirme.

Cuando estoy segura de que el guardia se halla fuera de vista, echo a correr. No me detengo hasta llegar al ala donde se encuentran los

aposentos de los Gerling, tan oscura y silenciosa como el resto del castillo.

No había estado aquí arriba desde que era una niña, y aun en aquellos tiempos, solo una o dos veces: cuando Roan estuvo confinado a su habitación después de alguna pequeña fechoría y reclutaba a sus amigos sirvientes para que le llevaran buena comida de la cocina. El recuerdo brota de la nada y el dolor por nuestras infancias perdidas me golpea como un ariete en las costillas. Me apoyo contra la pared hasta que pasa... y luego me paralizó al escuchar voces elevadas desde el otro extremo del pasillo.

Al echar un vistazo, descubro que la puerta más grande y más majestuosa, que tiene que conducir a los aposentos de Lord Nicholas, se encuentra entreabierta y una luz tenue brilla en el interior.

—Vuelvo a formular la pregunta —ruge alguien, la voz ronca por la bebida, a quien reconozco como Lord Nicholas—. ¿Cómo puedes esperar tener algún tipo de autoridad después de estos sucesos? Nuestro nombre ha quedado en medio del caos.

—Este sigue siendo mi hogar, no es el hogar de Caro ni de Ivan. — La voz de Liam. Me embarga una mezcla de alivio y miedo, y me acerco a la puerta de Lord Nicholas casi sin darme cuenta. Un terrible escalofrío corre por mi espalda cuando algo golpea con fuerza dentro de la recámara, como una taza contra una mesa. Luego se oyen pisadas, y, antes de que pueda pensar o moverme, Liam sale al pasillo hecho una furia. Solo tengo tiempo para notar que parece demacrado, que hay oscuras magulladuras que parecen sombras debajo de sus ojos, antes de que eche a andar por el pasillo, tan concentrado en algún problema personal que no repara en mi presencia.

Me muevo sin tener la intención de hacerlo, siguiendo la sombra de Liam por el pasillo... y hacia el interior de su dormitorio. La puerta

está completamente abierta y deja ver una habitación de gran tamaño que da la sensación de ser más pequeña por la cantidad de estantes rebosantes de libros que cubren las paredes y que también están apilados debajo de las ventanas. Cuando la puerta se cierra con fuerza detrás de nosotros, por un momento, lo único que puedo oír son los latidos de mi corazón y el rugido de la sangre en mis oídos; lo único que puedo ver es a Liam dándose la vuelta para mirarme, su rostro ensombrecido por la titilante luz de su mesa de noche, pero no lo suficientemente ensombrecido como para ocultar el miedo que brota en sus ojos antes de apagarla de un golpe.

Un temblor se desliza visiblemente a través de su cuerpo y retrocede hacia el centro de su habitación alumbrada por velas. Lo sigo casi inconscientemente. Nunca antes había estado en su dormitorio y, con una punzada repentina, recuerdo lo poco que sé de su vida. Miles de comentarios egoístas me asaltan al mismo tiempo. Todo está más desordenado de lo que esperaba. La alfombra está enrollada en un rincón; debe tropezarse constantemente con ella, la cabeza sumergida en algún libro. Hay un escritorio y una mesilla de noche, ambos cubiertos por pilas de papeles, y una cama. Las mantas de la cama están gastadas pero no andrajosas, y me pregunto si las tiene desde que era un niño. También están arrugadas y retorcidas, lo cual, combinado con los círculos oscuros que tiene debajo de los ojos, me hace pensar que no ha estado durmiendo últimamente.

—Liam —murmuro.

—Pensé que te vería pronto por aquí —comenta, la voz baja y ronca—. ¿Has venido a matarme, mi Reina? ¿O eres Caro?

Al principio, me siento confundida, pero después me doy cuenta de que Liam piensa que soy el Cazador. Da un paso hacia mí, las manos abiertas y vacías a los lados del cuerpo. Tiembla muy ligeramente,



pero sus ojos arden de ira y de vida.

—Es cierto lo que la gente anda diciendo —susurra—. Ayudé a Jules Ember a escapar de Everless. Viajé con ella. La amo.

Se me corta la respiración mientras las palabras de Liam van aterrizando una por una en lo profundo de mi pecho. *La amo*. El impacto de esas dos palabras me estremece y afloja mis miembros de la parálisis en que se encontraban. El nudo sigue en mi garganta pero levanto las manos y desabrocho la máscara. Luego me bajo la capucha y me quito ambas al mismo tiempo mientras alzo el rostro hacia la luz de la vela.

—Jules. —Mi nombre escapa de él en un susurro mientras retrocede vacilante—. Pensé que...

Mis palabras brotan con mucha rapidez, en una veloz exhalación.

—Esta era la única manera en la que podía entrar, yo...

En tres raudos pasos, cruza la distancia que nos separaba, y me envuelve entre sus brazos, apoyando la cara en mi pelo. Mis brazos rodean su cintura y lo agarro con fuerza mientras siento que tiembla. Parece que hubieran pasado años desde que nos separamos: toda una vida entre nosotros, una eternidad de palabras no dichas. Mi cara contra su pecho, respiro su aliento, alzo la cabeza y busco sus labios con los míos.

Jadea en mi boca, una mano vuela para aferrar el respaldo de la cama mientras la otra rodea con más fuerza mis hombros, atrayéndome hacia él. Cierro las manos sobre la parte de atrás de su camisa y la levanto violentamente, mis nudillos rozan su espalda desnuda, caliente, sorprendentemente suave. Mientras nuestros labios se mueven juntos, él tira de la capa del Cazador, rompe la hebilla y la seda negra cae alrededor de nuestros pies. Jadeo —no puedo evitarlo— y él me aprieta aún más.

Nuestro último beso tuvo lugar en una escena onírica de pánico para mí y de sueño para él, una sensación de irrealidad rodeándonos a los dos, mitigando cualquier preocupación por las consecuencias.

Lo de ahora es completamente distinto.

Por más que estemos en mitad de la noche, ambos estamos feroz y desgarradoramente despiertos. Esto no es suave ni lento. Hay algo semejante a la desesperación en la manera en que los labios de Liam se mueven contra los míos, moldeando algo que podría ser mi nombre, pero mi sangre ruge demasiado fuerte como para oírlo. Sin embargo, le contesto, atrapando su labio con los dientes, hundiendo mis dedos en su espalda, intentando acercarlo aún más a mí. Puedo sentirlo entero, la forma de su cuerpo apretado contra el mío. Y lo quiero todavía más cerca, por todas las veces que lo alejé.

Extiendo mis manos en su espalda, siento sus músculos moviéndose debajo de su piel desnuda. Él se desprende del beso y un gemido de protesta escapa de mí... pero luego sus labios están en mi mejilla, en mi mandíbula. Inclina mi cabeza hacia atrás con las manos en mi pelo y me besa el cuello, sus labios dejan un rastro de fuego sobre mi garganta, y todas las razones por las cuales le temí, temí por él, todas las razones por las cuales lo mantuve alejado de mí, se desvanecen en el aire.

En este momento, no soy la Alquimista. Soy simplemente Jules, sola, asustada, esperando, deseando, y Liam Gerling se extiende hacia mí, una mano a través de la oscuridad. Ha estado allí desde que lo besé en Montmere... o tal vez antes de eso, quizá desde que me encontró en Shorehaven, cuando me rescató de Everless. Hay una parte de mi corazón que sigue siendo humana, totalmente yo, y, en algún momento del camino, esa parte ha terminado perteneciéndole a él.

Hay una turbación, miedo incluso, en la respiración entrecortada

que compartimos. Hay cientos de formas pequeñas y humanas en las que él podría destruirme. Tantas en las que yo podría —y probablemente podré— destruirlo a él. Tal vez eso sea el amor, tal vez no haya nada más que hacer excepto abrir los brazos para recibirlo. Y entonces abro mis brazos, sin temer a los atronadores latidos de su corazón.

Lo único que sé es que ya me he cansado de esperar.



Durante un rato, duermo serenamente, siento que es el mejor sueño que he tenido en años.

Pero no puede durar.

Demasiado pronto, me despierto. Por un momento, no recuerdo dónde estoy ni por qué... solo sé que me siento segura. Feliz. Pero es una seguridad provisoria, una felicidad provisoria. Sé que, fuera de los límites de este pequeño espacio, el mundo aún espera, listo para enredarme en sus peligros una vez más.

Liam se mueve a mi lado y el resto regresa como una avalancha. Está de lado, de espaldas a mí, sus hombros bañados por la luz plateada de la luna, que entra por la ventana. En la oscuridad, su respiración es suave, su calor tangible aunque estoy a varios centímetros, y ansío su proximidad. Estiro una mano y la apoyo entre sus omóplatos. Se mueve pero no se despierta.

Quiero acostarme de nuevo. Por una vez, dejarme invadir por el sueño. Dejar que este momento dure un poco más. Pero no puedo olvidar la verdad. Hasta que Caro regrese a Everless, mi tiempo —tal vez todo el tiempo que me queda, pienso con un estremecimiento,

porque no sé qué pasará cuando la enfrente— se está acabando. E incluso, aunque realmente cerrara los ojos otra vez, no podría dormir sabiendo que está tan cerca la llave que puede romper mi corazón.

La conciencia de la situación me aplasta, la amenaza de un dolor desconocido me oprime los pulmones. No puedo olvidar lo que debo hacer: encontrar el arma que matará a Caro. Pero ¿por dónde empiezo?

Mi corazón se vuelve más lento, cada latido suena como el amenazante redoble de un antiguo tambor.

Solo que no es mi corazón: un sonido sube hacia la habitación, el repiqueteo de la verja de Everless seguido de gritos urgentes. Me levanto, corro hasta la pequeña ventana de Liam y miro hacia afuera.

Se me hiela la sangre. Caro ha vuelto.



Reprimo el pánico creciente mientras me alejo de la ventana, el corazón martilla mi pecho. Caro está aquí. Caro está aquí y me encontrará. Encontrará a Liam.

*Piensa.* Tengo que encontrar algún lugar relevante, una clave como la que encontré en el claro y en el valle... pero tengo demasiados recuerdos infantiles de Everless. Es probable que mis pies me guíen hacia mi escondite preferido, donde jugaba con Roan, o a la forja, que incendiarnos accidentalmente. Liam dijo que él también había registrado Everless y no había encontrado nada.

Durante un instante, considero la idea de despertarlo. Aun con Caro cerniéndose sobre mí, él estaría encantado de resolver el enigma. Podría arrastrarlo en este viaje, arrebatarse los últimos instantes junto a él antes de que llegue Caro. Pero parece tan sereno acostado en la cama, el ceño sin las arrugas y los ojos sin las sombras que marcaron su rostro —aun durante el sueño— desde que lo conozco. Liam ha perdido casi todo por mí; no quiero quitarle lo único que le queda.

Además: algo dentro de mí susurra que debo hacer esto sola.

Así que salgo sigilosamente de debajo de las mantas. Un temblor me envuelve de inmediato, más frío aún de lo que correspondería a una noche de primavera, como para instarme a olvidar todo durante unas

horas más. Pero esta sensación de opuestos, como si Everless estuviera consciente de mí y, al mismo tiempo, tratara de estorbarme, me reafirma todavía más en mi idea de buscar la verdad.

Mientras bajo de la cama, vacilo. Si Liam despierta y no me encuentra, seguramente saldrá a buscarme, y no debería estar deambulando por el castillo cuando llegue Caro. Por muy valiente que sea, no sería rival para ella.

Antes de cambiar de opinión, extendiendo las manos hacia Liam y me dejo invadir por los recuerdos de unas pocas horas atrás. Cierro los ojos y deseo que el tiempo caiga suavemente sobre él, como un velo, instalándose sobre su piel y dejándolo paralizado, en mitad de la respiración. El tenue movimiento hacia arriba y hacia abajo de su espalda se detiene y me estremezco. Pero, al menos, mientras esté inmóvil, estará a salvo. Es la única protección que puedo brindarle hasta que yo mate a Caro... o ella me mate a mí.

Busco la enagua, el vestido y las botas. Levanto la máscara y la capa del Cazador y me las pongo otra vez, cerrando la hebilla lo mejor que puedo y esperando que nadie se fije detenidamente en que la capa cae torcida. Le echo una última mirada a Liam (el deseo enciende desde dentro cada centímetro de mi piel), pero me obligo a alejarme.

Si sobrevivo al inminente encuentro con Caro, la próxima vez que duerma junto a Liam será todavía más dulce porque estaremos a salvo. Me digo esto mientras salgo al pasillo, con el único farol de su habitación. Si Caro viene a buscarlo, verá la oscuridad y pensará que el dormitorio está vacío.

Tengo que convencerme de alguna manera, de lo contrario nunca me marcharé.

Desde las ventanas del pasillo que miran al este, puedo ver que falta menos de lo que pensaba para el amanecer. En el horizonte, el cielo de

color hollín se va iluminando hasta quedar color ceniza. Estas ventanas dan a Laista y, más allá, a un trecho de tierras de labranza rodeadas de bosque. Echo un vistazo hacia el horizonte como si pudiera ver a Caro acercándose, como un personaje de proporciones épicas. Pero el único movimiento que percibo son unas pocas luces titilantes en las ventanas de los habitantes madrugadores de Laista y, a lo lejos, un aleteo rápido en el cielo, una bandada de pájaros que se recorta contra el inminente amanecer.

Me alejo y echo a andar. Como en el momento de mi llegada, los pasillos de Everless están vacíos de los sirvientes que, a estas horas, deberían llenarlos. Pero tampoco veo guardias; tal vez aún quede un resto de respeto por el dolor de los Gerling que haga que los hombres de Caro se mantengan lejos del ala residencial. Tal vez.

Bajo dos tramos de escaleras y llego al ala este del piso principal. Tengo una vaga sensación de encontrarme cerca de la biblioteca, pero el castillo parece distinto, lo cual me hace sentir insegura. La quietud resulta escalofriante. Debería haber sonidos propios de la noche: el ruido lejano de alguien realizando sus tareas, o caminando de un lado a otro en su habitación, el chisporroteo de las chimeneas o el crujido de las paredes cuando se asientan. Pero no se escucha nada, como si algo hubiera caído sobre el castillo y ahogado todos sus pequeños ruidos.

O tal vez sea yo. Mis sentidos parecen haberse agitado y luego organizado nuevamente, los extremos entre los que he virado en las últimas horas —felicidad con Liam, terror de Caro— me estiran y abren grietas en mi percepción. Mi vista parece más aguda y cada mínimo movimiento (el ondear de una cortina, el titilar de una vela) me hace girar abruptamente. Pero mi oído está amortiguado y no puedo sentir el suelo bajo mis pies ni el frío que me rodea. Como si mi

capacidad para tocar todavía estuviera ocupada por el recuerdo de las manos de Liam sobre mí y las mías sobre él, esa desenfrenada calidez.

Cuando decido evaluar dónde me encuentro, descubro que estoy cerca de la bóveda, la puerta tallada que oculta los tesoros de los Gerling se halla al otro extremo del pasillo. Dos guardias, uno a cada lado, me observan aproximarme con los ojos muy abiertos. Con una oleada de agradecimiento, recuerdo que, según Liam, la bóveda está vacía, los cofres evacuados y espero que no den mucha importancia a mi presencia. Uno le hace una inclinación de cabeza al otro, un movimiento rígido y rápido, y giran elegantemente sobre sus talones y se marchan en dirección opuesta.

Y me quedo sola.

Sin saber muy bien qué estoy haciendo, me acerco a la puerta de la bóveda y apoyo las manos sobre la madera. Hay muy poca luz como para ver claramente las tallas, pero no importa, pues puedo sentir lo intrincado del trabajo bajo mis dedos, complementando las imágenes grabadas en mi memoria. Las joyas ondulantes, las mujeres danzando con sus sinuosos vestidos de seda.

El rostro de mi padre destella dentro de mi cabeza. Nunca volví a ver su cuerpo después de que muriese, nunca volví a ver las manchas de mava de sus manos, las marcas que se hizo por intentar entrar a la bóveda. Una vida entregada para recuperar un pequeño libro... o tal vez, pienso con emoción, lo que está escondido aquí dentro. Y la tengo frente a mí, prácticamente abierta.

Me siento embargada por la convicción de que fue aquí donde todo comenzó.

Tanto mi viaje de descubrimiento hacia mi identidad de Alquimista, como la historia de la Alquimista... mi historia.

Algo me atrae más allá de esta puerta tallada y brillante, un instinto



casi animal que emana desde un lugar más profundo que mis huesos. Cierro los ojos, hurgo dentro de mi cabeza y reconozco esa conocida sensación que implica que ya estuve aquí antes de ser Jules. Muchísimo antes.

¿Qué se oculta aquí?

Veo cadenas, veo los barrotes de una antigua celda. El rostro cruel de un hombre, pesado y arrugado, observando entre los huecos de los barrotes. Pero no puedo distinguir entre la historia que escuché tantas veces y la realidad.

Y luego, mientras pienso, el terror se alza repentinamente desde la profundidad de mis entrañas y me golpea con fuerza. Es un terror tan profundo como el deseo de entrar a la bóveda... y aún más. Las imágenes salen volando de mi mente en una oleada de oscuridad, el recuerdo de un grito lejano resuena en mis oídos. Como si, en mi memoria, lo que hay detrás de esta puerta fuera demasiado terrible, incluso para llevarlo conmigo, pareciera que mi mente estuviera tratando de protegerme, ocultando parte del recuerdo detrás de un grueso cortinado.

Con el corazón repiqueteando en mis oídos, arranco las manos de la puerta, pero el terror no cede. A mi alrededor el castillo parece cambiar y reacomodarse: la tenue luz del amanecer se retira, las paredes se ciernen sobre mí, el mundo se contrae alrededor de mi cuerpo como si estuviera atrapada dentro de la barriga de una enorme bestia. Escucho una lejana risa femenina, como si estuviera dentro de un largo túnel. Escucho el rugido atronador de cascos de caballos, como si Caro y todos sus soldados ya estuvieran aquí, recorriendo a toda velocidad los pasillos de Everless hasta dar conmigo.

Y la puerta continúa esperando delante de mí, parece viva.

La ranura que atraviesa el centro de la puerta está teñida de rojo...

tal vez es solo un efecto de la luz, pero parece como si, recientemente, alguien hubiera acercado las manos a la aguja y dejado que su sangre, su tiempo, chorreara por la puerta. Pagando para entrar, con... con...

Un río rojo.

Mis manos se mueven, se elevan hacia la puerta. Apoyo la palma contra la aguja y apenas siento el dolor mientras brota la sangre y gotea por mi mano. El mundo tiembla a mi alrededor mientras mi sangre llena la fina ranura, brillando como rubíes líquidos mientras cae rápidamente hacia la tierra. Se escucha un chasquido dentro de la puerta, el leve ruido suena terriblemente fuerte en mis oídos. Y cuando retiro la mano de la aguja y empujo la puerta, se abre con una mínima cantidad de fuerza. Moviéndome como si aún estuviera en medio de un trance, o de un sueño, camino hacia adelante y me adentro en la oscuridad. Subo las escaleras como una sonámbula en mi propio sueño, como si mis pies estuvieran atrapados en un rumbo determinado y yo solo observara. ¿Y acaso no es eso real, no ha sido siempre así, desde que regresé a Everless inundada de desesperación y pesadillas? ¿Acaso cada uno de mis movimientos no fue imaginado y anticipado por Caro mucho antes de que yo naciera, incluso antes de que ella supiera quién era yo? Nunca fui más rápida ni más inteligente que ella, nunca tuve ninguna esperanza excepto que cuando ella intente destrozarme, yo le demostraré que soy más fuerte. Y ahora tengo la sensación de que gracias a todos los libros e historias que mi padre y Liam me dieron, me estoy acercando a un final importante y terrible.

El fin del mundo se desarrolla en destellos en mi cabeza mientras llego a la cima de la escalera de caracol. Si no soy lo suficientemente fuerte, si pierdo, Sempera no solo quedará atrapada en el mismo rumbo, sino que su rumbo se tornará más oscuro durante el reinado

de Caro. Unidos por la sangre de hierro, el tiempo vinculado a la sangre hasta que se rompa el frágil equilibrio de la paz y nos ataquemos salvajemente unos a otros como lobos, bajo su atenta mirada.

En el interior, todo está en la penumbra, a excepción del resplandor de una lámpara, pero puedo ver lo suficiente como para saber que, tal como dijo Liam, la bóveda está vacía, las carcacas de los cofres desparramadas por el piso. Movida únicamente por el instinto, sigo la luz de la lámpara a lo largo de las paredes, buscando cualquier indicio que me conduzca a una puerta o a un calabozo secreto.

Algo atrae mi atención. Es algo minúsculo... una pequeña imperfección de la piedra, pero me detengo y observo más detenidamente. Y descubro... que no es ninguna imperfección, sino un símbolo tallado dentro de la pared: un árbol cubierto de flores, apenas detectable por la luz de la antorcha. Tardo un instante en recordar dónde lo vi antes, pero luego... destella rápidamente en mi memoria: el recuerdo de Caro de niña junto al río y en la lápida de Lord Ever.

El miedo oprime mis pulmones y mi garganta, pero no lo suficiente como para detenerme. Presiono el símbolo, moviéndome más por instinto que por otra cuestión, y se abre una pequeña puerta en el techo, con una sacudida y un crujido intensos. Una lluvia de polvo cae sobre mi capucha, y produce escozor en mi cara y hace brotar lágrimas en mis ojos. Pero me limpio el polvo y las lágrimas, y observo un diminuto túnel vertical, apenas más ancho que mis hombros. Un hueco en la torre de Everless, una celda escondida en el cielo.

Mientras clavo la vista en la oscuridad, el terror me asalta con más fuerza que nunca. Entonces, no era un calabozo, sino una celda.

Hay una especie de escalera tallada dentro de la piedra, una serie sencilla de agarraderas y puntos de apoyo hundida en la pared. El aire que golpea mi cara es frío, aunque no debería serlo, y el sonido también parece descender sobre mí, un ruido profundo e indefinible, como el rugido del viento, un torrente de agua y una voz susurrante todo junto. Débil y lejana, pero evidente.

Quiero darme la vuelta y escapar. Pero ¿a dónde iría? ¿A esconderme en la cocina como cuando era una niña?

No. No hay nada más para mí aquí en Everless, ni en ningún lugar del mundo que Elias describió. Nunca lo hubo, me doy cuenta con una sensación de pesadumbre casi intolerable.

Me invade una sensación de inevitabilidad al entrar al túnel, enganchar la lámpara de Liam por encima del codo y estirarme hasta que mis dedos encuentran el primer hueco. A pesar de todos los avatares que haya experimentado mi vida, y los que podría haber experimentado, siempre iba a volver a Everless.

Como la ranura de la pared que abrió este pasaje, cada peldaño de la escalera esculpida en la piedra está cubierto de polvo. Al principio, cuando comencé a subir, estaban limpios, pero se van poniendo ásperos a medida que asciendo... como si las personas hubieran descubierto este lugar durante el milenio y comenzaron a subir, pero, en algún momento, comenzó a fallarles el corazón y se retiraron, ahuyentadas por el terror negro que parece emanar desde arriba como si fuera algo vivo.

Cuando mis manos y mis hombros rozan la pared, debajo de ellos, la piedra está fría. Más fría de lo que debería. Y parece que el túnel se va volviendo más angosto, aunque eso podría ser mi imaginación, la claustrofobia me va asfixiando mientras la luz de arriba se apaga hasta desaparecer, dejando solamente el precario parpadeo del farol.

La escalera continúa subiendo, hasta que llego hasta lo más alto que puedo alcanzar. El aire adquiere ese olor a tierra y a humedad tan característico de la despensa y la bodega que están debajo de la cocina... que no debería ser el caso al estar tan cerca del sol. Luego, cuando comienzan a dolerme los brazos y las piernas, y mis dedos se curvan como garras, el aire vuelve a cambiar y se vuelve más frío, el olor a tierra se transforma en algo raro y desagradablemente metálico, como la sangre vieja. Me cuesta respirar, mis jadeos aumentan por la estrechez del túnel, empeorando mi miedo, haciéndome sentir que estoy anunciándome a lo que pueda encontrar allá arriba.

Nadie ha subido esta escalera en décadas, tal vez siglos; me lo dicen el polvo y la tierra depositada que caen con cada roce de mis botas. Pero tampoco estoy subiendo hacia la nada. Todos mis instintos me lo dicen, erizándome la piel, instándome a huir, susurrándome que he entendido todo mal.

Pero no huyo. Continúo ascendiendo hasta que se abre un espacio sobre mí, hasta que mis dedos chocan contra un suelo de piedra.

Me incorporo.

Me encuentro en una recámara de tamaño mediano, la luz del farol llega lo suficientemente lejos como para iluminar la forma circular de sus paredes curvas. Las paredes y el techo son de piedra. El suelo es de mosaico, pero está enterrado tan profundamente debajo de una alfombra de polvo y de tierra que mis cautelosos pasos dejan huellas sobre él como si se tratara de nieve. Huele a tierra, a ceniza y a...

No está vacía. Una larga mesa de madera, deformada por los años, se apoya contra una pared. Encima de ella, hay una variedad de instrumentos de aspecto todavía más antiguo, el brillo del metal y del vidrio se ve opaco por el polvo que los cubre. Bajo la luz titilante, distingo los bordes afilados de cuchillos, el resplandor del polvo en el

aire. Las herramientas para combinar el tiempo, esas sí las reconozco, pero son extrañas y primitivas. Detrás, en compartimentos calados directamente dentro de la tierra, hay decenas de botellas... verdes, marrones y azules, algunas con vino, pociones o algo desconocido y aún oscuro en su interior.

Por último, dos camas angostas y tendidas, como si sus dueños acabaran de marcharse.

Me doy la vuelta para echar un vistazo al resto de la habitación y distingo dos cosas al mismo tiempo.

La superficie de pared que tengo detrás tiene un brillante mural esculpido en la piedra. Una serpiente y una zorra frente a frente, agachadas y enroscadas para pelear, sus formas guerreras captadas en líneas largas y grietas irregulares, marcas que fueron rociadas con rojos, dorados y plateados, lo cual las hace resplandecer y moverse con la luz del farol. Pero la zorra y la serpiente —Caro y yo— son mucho más pequeñas que la otra figura que se cierne encima de ellas.

No puedo evitar un estremecimiento que me conmueve hasta los huesos. Un perro, la piel erizada y la boca abierta en un gruñido, desciende sobre la zorra y la serpiente, aunque ellas no parecen notar la presencia del animal, la forma en que sus labios se retuercen de hambre.

Con la boca seca, levanto el farol para mirar más detenidamente las camas, a pesar de que parecen ser lo menos interesante, y deslizo la mano por los gruesos edredones. Guiados solo por una sensación de vértigo y de añoranza, mis dedos se mueven por debajo de la almohada y chocan contra un objeto frío y duro.

Mi corazón late a toda velocidad, extraigo una daga cubierta de rubíes con la empuñadura en forma de serpiente.

Inhalo profundamente y la dejo caer sobre la cama como si fuera

una serpiente de verdad. Parpadeo porque, durante un instante, estoy segura de que es un sueño. Pero la daga permanece allí, esperándome.

Se escuchan pisadas desde abajo.

Estiro la mano y tomo la daga.



El miedo se derrama sobre mí y me quedo inmóvil escuchando. Aferro el mango retorcido y trato de apartar la perturbadora sensación de que esto ya ocurrió antes.

Se oye un débil repiqueteo desde abajo, que solo puede ser alguien subiendo por las escaleras. El túnel amplifica el sonido de las suaves pisadas, de modo que lo que llega hasta mí es el eco de un ruido sordo, hueco y sobrenatural, que suena cada vez más fuerte. Y no hay nada que pueda hacer, ningún lugar a dónde ir. No hay cómo escapar de esta recámara redonda, salvo experimentando una fuerte caída.

Miro el arma que tengo en la mano y la aprieto como si pudiera tomar coraje de ella.

Mi respiración brota rápida y entrecortada mientras el ruido del túnel se vuelve cada vez más fuerte.

Pero no hay tiempo para pensar, no hay tiempo para arrepentirse, porque alguien está subiendo por el hueco de la bóveda. En la tenue luz del farol, veo el fogonazo de una brillante falda negra y el destello de pies calzados en delicadas zapatillas. Antes de que aparezca su rostro, ya sé quién es, su silueta y sus movimientos íntimamente familiares. *Caro*.

El pánico me asfixia. En la oscuridad, parece estar hecha de



sombras, el pelo negro suelto alrededor de los hombros, fundiéndose con su vestido negro. Se gira y me ve, una amplia sonrisa divide su cara, los dientes blancos relucen en la oscuridad. Estira la mano hacia la cintura y saca dos dagas largas como sus antebrazos. Las sostiene fácilmente a los lados, y las hace girar lentamente para que brillen con la luz titilante del farol. Luego levanta una mano, que sigue aferrando el cuchillo, y algo se mueve sobre nosotras. Un disco de piedra se desliza por encima del hueco de la bóveda, bloqueando la poca luz que llegaba desde abajo y dejándonos encerradas en el interior. Un dormitorio convertido en celda, convertida en tumba.

Un intenso pavor se filtra dentro de mí cuando nos quedamos frente a frente. Su sonrisa se ha desvanecido, pero su postura está tensa y arqueada, lista para pelear, y no me hace sentir más valiente que, en sus ojos, la confianza fría y habitual haya sido reemplazada por un ardiente deseo.

Por primera vez desde que mató a Roan, siento por Caro un dejo de tristeza, retorcido, profundo e innegable... porque ella también ha deambulado por Sempera buscando una forma de destruirme. A diferencia de mí, Caro lleva siglos intentándolo.

Aparto la compasión a un lado. Ha llegado la hora de ponerle fin a nuestra historia.

Puedo ver pasar los pensamientos por sus ojos mientras examina la habitación que nos rodea. La mesa con sus crueles instrumentos, el mural, las camas sencillas. Por su expresión de asombro, me doy cuenta de que no ha estado aquí desde nuestra ruptura.

Sus ojos caen sobre la daga que tengo en la mano y luego regresan volando hasta mí. Tiene la mandíbula firme y los ojos enloquecidos.

Si algo le pesaba, ahora parece quitárselo de encima.

—Mis guardias tienen a Liam rodeado. Tu magia no durará mucho

tiempo.

En el fondo de mi mente, registro que se ha saltado sus bromas retorcidas y habituales, aunque su voz sigue teniendo un dejo venenosamente dulce. Alza la mano derecha con el cuchillo y lo inclina hacia una garganta imaginaria.

—¿Por qué demorarlo más? ¿Para charlar un rato?

Respiro profundamente tratando de mantener la calma. El aire parece cortarme la garganta cuando desciende.

—No.

—Tú me heriste —exclama, su voz parece más fuerte y más profunda en el pequeño espacio. Da un paso hacia mí y sus ojos caen sobre la daga que tengo en la mano—. ¿Qué es eso?

Vacilo, desconcertada por su ignorancia. *Fingida*, decido.

—El arma con la que te mataré.

—Vivir de mis sobras te ha debilitado la mente, amiga mía. —Lanza una breve risotada y luego suspira. El sonido se mezcla en el espacio que nos separa y me tiemblan las rodillas—. ¿Es necesario que juguemos otra vez a este mismo jueguito?

—¿Acaso no es eso lo que tú quieres... un juego? —Pongo la voz como ella, gélida y sedosa. La facilidad con que lo hago me revuelve el estómago, al igual que el peso de la daga en mi mano. Todo lo que tengo que hacer es lanzarme hacia ella y utilizarla—. ¿Acaso no es por eso que has estado persiguiéndome por todo Sempera durante siglos, asesinando a todos los que quiero, a todos los que me han protegido?

Ante mi comentario, los ojos claros de Caro se vuelven más fríos.

—¿Que te han *protegido*? Tú nunca quisiste que te protegieran... ni cuando eras Antonia... ni ahora. Si hubieras querido, ¿crees que estarías ahora frente a mí, sola?

Me estremezco ante la verdad de sus palabras.

—¿Crees que hubieras regresado a Everless apresuradamente cuando descubriste quién eras? —prosigue.

—Regresé a Everless para proteger a Ina de ti —espeto.

—Quizá. Pero eso no es todo, ¿verdad? Averiguaste quién eras, porque, cada vez que morías y cada vez que vivías, mi corazón era la única parte de ti que se mantenía auténtica. La parte de ti que era yo. Siempre encontraste la forma de volver a la Hechicera.

—Todo está a punto de terminar —murmuro, la voz temblorosa.

Sus ojos encuentran los míos, y parecen heridos.

Caro se ha acercado lo suficiente como para apoyar la punta del cuchillo sobre mi pecho. Trago con fuerza, incapaz de moverme, de detener sus palabras con las mías, de levantar el arma. Si esta es otra trampa, otra mentira bonita, entonces me tiene atrapada como en una brillante telaraña.

—Ya no quiero tu corazón, Caro —susurro—. Traté de devolvértelo antes... traté, pero...

Ahora interpreto con soltura el sutil lenguaje del rostro de Caro, de sus movimientos. Por la manera en que sus labios se curvan hacia abajo, me doy cuenta de que está perdiendo la paciencia. Por la forma en que endereza su espalda, sé que ha tomado una decisión.

—¿Qué te parece si intento matar a Liam Gerling y veo a dónde nos lleva eso? —comenta con un distraído golpecito del cuchillo que desgarró mi vestido.

La desesperación se abalanza sobre mí y mi cuerpo toma el control, moviéndose sin mi autorización. Me doy la vuelta y manoteo de la mesa una vieja botella; la descargo sobre su mano, la que aferra el cuchillo. El acero atraviesa mi pecho pero ignoro el dolor. Ella se lanza sobre mí en el mismo momento en que yo me lanzo sobre ella, ninguna de las dos intenta recurrir a la magia en busca de ayuda. Esto

no es una batalla de fuerza sino de voluntad, descubro repentinamente. Lo que aquí está en juego no es la magia, somos *nosotras*.

Forcejamos, pero Caro reúne su fuerza y, con las dos manos, me estampa contra la pared que contiene el mural de la zorra, la serpiente y el sabueso.

Lo único que alcanzo a ver, durante un borroso instante, es al perro sobre mí enseñando los dientes mientras hundo la daga en la carne de Caro.



La sangre brota alrededor de la daga de rubíes. Antes de que entienda lo que está ocurriendo, un humo resplandeciente comienza a elevarse desde la herida de Caro, se enrosca en lazos que nos envuelven. Sus ojos reflejan mi confusión... pero luego siento el olor agrisado de la sangre de hierro que llena mi nariz y creo que lo entiendo todo.

La gema se está derritiendo, disolviéndose en el lugar en donde entra en contacto con la sangre de Caro, como una moneda de una hora en una copa de vino.

El humo se vuelve más denso y pasa de rojo a azul dorado y luego a verde. Recordando la regresión de sangre, dejo que el humo fluya dentro de mi boca como el agua. Es frío en mi lengua, y mis ojos se agitan y se cierran.

—Jules —susurra Caro, la voz suave y sorprendida, que me dice que no se lo esperaba.

El mundo desaparece mientras ciertos momentos caen como una cascada sobre mí, destellos que al principio no llego a comprender del todo. Pero después, una respuesta surge dentro de mi cabeza: la daga no contiene tiempo ni fuerza, sino recuerdos. Momentos arrancados del propio tiempo.

Una niña que se encuentra conmigo en el bosque y me extiende la

mano para llevarme a mi hogar.

Dos niñas persiguiéndose una a la otra, gritando «¡Zorra!» y «¡Serpiente!» sin necesidad de otra magia que el canto de un pájaro y el viento silbando a través de los árboles.

La construcción del majestuoso castillo de Lord Ever, los obreros marchándose por la noche, abandonando el edificio vacío y a medio construir para que nosotras lo usemos, montañas de piedras por todos lados y algunas habitaciones todavía abiertas al cielo. Caro y yo entrando sigilosamente por la noche, corriendo a ciegas por los oscuros pasillos siguiendo el sonido de nuestras voces, captando vistazos fugaces de las estrellas. Caro diciéndome: «Mi padre tiene lugar para las dos, pero compartamos mi dormitorio, así nunca tendremos que estar separadas».

Deslizándome silenciosamente junto a Caro en la mesa de trabajo de Lord Ever, con la altura apenas suficiente como para ver por encima del borde; el brillo de sus ojos observando con ávida curiosidad mientras tocaba los objetos bellos, brillantes y afilados desparramados encima.

Yendo furtivamente a la aldea para jugar con los demás niños que vivían allí, uniéndonos a los juegos de búsqueda, palos y cartas, sin decirle a nadie nuestros nombres y sin separarnos nunca, una siempre al lado de la otra.

Flotando de espaldas en ese valle en mitad del bosque, Caro a mi lado, mi mano derecha y su mano izquierda extendidas y manteniéndonos juntas, aun cuando las corrientes trataban de separarnos suavemente.

Probando nuestra magia en los árboles, sosteniendo la mano de Caro y cerrando los ojos con fuerza, concentrándonos en encontrar la corriente de tiempo que fluía por la madera. Un brote se lanza hacia

arriba, las ramas se extienden hacia el cielo como brazos abiertos, las hojas brotan con una explosión en medio de una tormenta de verde, y luego, en un segundo, se vuelve dorada y cae.

Ambas de pie en la cima de un acantilado, un viento frío azotándonos la cara, nada más que cielo azul a nuestro alrededor. Su cabello volando detrás de ella como una bandera negra y brillante, su emocionado susurro en mi oído: «Podríamos hacer cualquier cosa, Antonia. Si quisiéramos, podríamos volar».

Una nueva historia de la Hechicera y la Alquimista se desarrolla delante de mis ojos en un rápido flujo de momentos, tan veloces que no puedo contarlos. En solo segundos —o en horas, no puedo decirlo con seguridad— una amistad completa, *nuestra* amistad, florece en mi mente. Y, junto a ella, otra historia va tomando forma.

Lord Ever, examinando, entrenando. Siempre presionando, castigando. No importa lo fuertes que nos volvamos, él se vuelve más fuerte.

Persigo a Caro hacia el exterior del castillo, sin saber por qué está enfadada, pero segura de que debo confortarla. La sujeto del brazo, veo el brillo de las lágrimas en sus mejillas cuando se da la vuelta. Siento el peso de su cabeza en mi hombro mientras se desploma entre mis brazos.

Un día de primavera, reunidos alrededor de la mesa.

—Te encontramos al lado del río. Estabas sola —relata Lord Ever arrastrando las palabras, la mirada posada en mí—. Cuando te dije que yo era el último y el más poderoso hechicero de estas tierras, que vivía con mi hija en una casa de piedra oscura y rodeada de bosque, en la cima de una colina, me rogaste que quería venir con nosotros.

Ever y la pequeña Caro llevándome a la casa de piedra, que está llena de luz: sol de día, brillo de estrellas de noche. Lord Ever dice que

puede sentir el poder que habita dentro de mí, al igual que habita dentro de Caro.

—Vosotras os equilibráis mutuamente: miedo y osadía, fuerza y dulzura —señala mientras nos muestra cómo convocar a nuestro poder para convertir el plomo en oro, cómo mantener una llama en nuestras pequeñas manos ahuecadas. Cuando quema nuestra piel, nos explica que el dolor es el precio del poder. Caro asiente y yo noto que sus ojos brillan con avidez. Lord Ever también lo ve... y sonrío.

Un poco más mayor, estoy escondida detrás de una cortina, espionando a través de la abertura mientras Ever recibe la cola de solicitantes en el gran salón. Él hace aparecer cosas con su hechicería: sedas y oro, especias y joyas. Para él es muy fácil, pero ellos le entregan alegremente su sangre a modo de pago, que se convierte en metal brillante antes de chocar contra las baldosas. Caro se encuentra a su lado, recogiendo la sangre de hierro y vendando a cada solicitante, esbozando una bonita sonrisa mientras se marchan arrastrando los pies. A veces, ella les deja solo un día, solo una hora. Otro día, estoy jugando a las escondidas con Caro en el bosque cuando tropiezo con algo. Un cuerpo: una mujer que ni siquiera logró llegar hasta la aldea.

En una sesión de entrenamiento, combino la fuerza con la daga e intento matarlo. La fuerza del acero (la fuerza de diez hombres) apenas le deja un arañazo. Desesperada, recurro a una bruja del lugar y le ruego que me ayude. Ella me dice:

—La única manera de matar a la maldad pura es con amor puro. — Luego hace una pequeña maleta y huye.

A continuación, me encuentro junto a la ventana de la habitación que Caro y yo compartimos, rogándole que detenga a su padre. Hay huesos blanqueados desparramados por el parque bañado por la luna;



los lobos acechan en los límites del bosque. A la distancia, las aldeas no son más que siluetas muertas sin luz ni humo.

—Tenemos que hacer algo, Caro. Tenemos que detenerlo —susurro. En respuesta, dirige esos ojos hacia mí (de un verde intenso como alguna vez fue la hierba) y luego se da la vuelta y los cierra. Siento que el alma se sale de mi cuerpo al darme cuenta de lo sola que estoy. Y grito:

»¿Por qué te niegas a escucharme?

Sola, en mi cama, resuelvo detener a Ever sin ayuda.

Y el último momento se desarrolla con detalles muy vívidos...

El farol que tenía a mi alrededor se ha transformado en una antorcha. Caro duerme a mi lado. Nuestra habitación está oscura y silenciosa, es el dormitorio que su padre construyó para Caro en el castillo. No... *para nosotras*, susurra una voz en mi interior y sé que es verdad. Él fue un padre para mí. Hace tiempo. Piense lo que piense ahora sobre Lord Ever, por más malvado que sea, Caro lo quiere de todas formas.

Lo cual vuelve mucho más duro lo que estoy a punto de hacer.

Despacio, me siento en la cama, y sujeto sigilosamente la daga de rubíes que está debajo de la almohada. La luna se refleja en la hoja, tan intensamente que me sorprende que no emita alguna clase de sonido. Conteniendo la respiración, bajo la vista hacia donde Caro duerme a mi lado.

Su oscuro pelo extendido sobre la almohada contrasta con la luz de la luna. Duerme de lado, de espaldas a mí, sus hombros suben y bajan con movimientos lentos y regulares. Su suave respiración es el único sonido de la habitación.

Me odiará eternamente por esto.

Si logra sobrevivir.

No. Eso no puede ocurrir. No me dejaré invadir por el miedo, no ahora. Se deslizará por debajo de mi piel y no permitirá que haga lo que tengo que hacer. Aun mientras permanezco sentada allí, imagino que oigo los lamentos de los habitantes de Sempera al ir dándose cuenta del terrible acuerdo que Ever mantenía en secreto con ellos: las personas sangraban su tiempo mientras el lord acumulaba milenios en sus venas. Él es pura maldad y hay que detenerlo.

Su padre está muy deteriorado, pero no puedo vencerlo sola, necesito la ayuda de Caro, necesito su poder. Luego, una vez que tenga su poder, puedo crear el arma que derrotará a la maldad pura.

Algún día, ella me comprenderá. Debe hacerlo.

Me digo esto a mí misma mientras levanto la mano y congelo el tiempo alrededor de Caro, deteniéndola en mitad de una inspiración.

Un escalofrío se hunde dentro de mí cuando sus hombros se paralizan y sus ojos se quedan inmóviles, entreabiertos. No importa cuántas veces lo haga (llevo semanas y semanas practicando, tratando de prepararme), siempre me aterroriza y me repugna. No está muerta, pero eso parece mientras la acuesto sobre la espalda y noto que no hay pulso en su hombro ni movimiento debajo de sus párpados.

Ahora no es tan difícil bajar el cuchillo (la hoja brilla intensamente con algo que no recuerdo qué es) y colocarlo sobre su pecho, afirmándome con la mano izquierda sobre su clavícula. Imagino que ella es un mapa, los senderos de sus venas suben por sus brazos y atraviesan su pecho, hasta llegar al espacio resplandeciente de su corazón. En vez de un latido, Caro emana una especie de calor constante, que se vuelve sumamente ardiente cuando está alegre o enfadada. Ahora puedo sentirlo a través de su piel, aunque débilmente, como si tuviera la palma de la mano a pocos centímetros de una vela.

Aprieto los ojos y bajo el cuchillo. Aún detenida en el tiempo, no hace ningún ruido ni ningún movimiento mientras la daga se hunde entre sus costillas. Pero sé que, si abro los ojos, vería músculos, huesos y sangre. Y luego, debajo de eso, algo menos humano.

*Aquí.* Extraigo el cuchillo, obligándome a no pensar en la sangre, y pido que aparezca su corazón.

Mis dedos chocan contra algo que se eleva fuera de ella. Es duro y liso como el vidrio, como una joya, y el calor que emana es casi insoportable. Pero cuando envuelvo con mis dedos la forma de su corazón, es ligero como el aire. Se desprende fácilmente, como si siempre hubiera estado esperando que extendiera la mano y lo tomara.

Cuando siento que ya ha salido de su pecho hasta el último hilo invisible, me atrevo a abrir los ojos. Lo que tengo en las manos es semejante a una gema, a un tesoro... y, sin embargo, su luminosidad hace que todos los diamantes que he visto en mi vida parezcan, a su lado, un terrón de tierra opaca. Es brillante, demasiado brillante para que solo sea la luz de la antorcha refractada en su cuerpo cristalino. No, el corazón de Caro irradia luz como un corazón normal irradiaría sangre, líquida y tangible, luz blanca que llena mis manos ahuecadas y...

La luz, la fuerza en sí misma, se funde en un dorado bruñido, en rojo y en colores que no podría nombrar, hasta que ya no es algo sólido en mi mano sino algo más parecido a una criatura: movediza, viva, bucles de luz y poder que se escurren entre mis dedos. Arde, pero ya casi no siento el dolor mientras se filtra por mi piel y *dentro de mí*, el calor derramándose dentro de mi carne y la luz brillando a través de mi piel. Fuerza, más de la que nunca sentí, llena mi corazón, la fuerza de Caro y la mía retorciéndose juntas para crear algo nuevo.

Me quedo sin aliento, es tanto el poder que fluye a través de mí. Es fácil, una tontería, curar la herida del pecho de Caro, las costillas, los músculos y la piel se entretejen sin dejar ninguna indicación de que no hay nada debajo. Y luego hago desaparecer toda la sangre que nos rodea hasta que no queda ni una sola gota de rojo en toda la habitación, solo negro y plateado. Mis manos tiemblan, no de debilidad sino de poder, mientras vuelvo a colocar a Caro de lado, como si algo más grande que yo estuviera atrapado debajo de mi piel luchando por salir.

Cuando suelto los hilos del tiempo que la mantienen amarrada, sus hombros comienzan a subir y bajar como si nada hubiera pasado, aunque tal vez luce un poco más pálida.

Ahora, a crear el arma. Un instrumento de puro amor.

Observo el rostro de Caro y extraigo de las profundidades el primer recuerdo que tengo de ella, una cara pequeña emergiendo de la oscuridad. Ella sujetó mi mano y una chispa pasó entre nuestras palmas, la primera vez que compartimos nuestro poder. Cierro los ojos, con el corazón de Caro latiendo dentro del mío, y recuerdo la imagen por sí misma, la materializo, como Lord Ever me enseñó a hacer con el tiempo muchos años atrás. Imagino que la extraigo de mi cabeza y, por lo tanto, del tiempo mismo, como tomé horas, días y años para ayudar a Caro a combinarlos con sangre.

Cuando abro los ojos, puedo verla, una neblina blanca y brillante entrelazada con relámpagos. Levanto el cuchillo y lo hago girar, el recuerdo se adhiere a la hoja como si fuera una telaraña. Después de un instante, se hunde en la superficie de metal dejando solamente un resplandor.

Un momento tras otro, una imagen tras otra, un recuerdo tras otro. Extraigo las remembranzas de nuestra amistad y las combino con la

hoja de la daga, que resplandece con ellas.

También utilizo la voluntad para extraer los recuerdos de Caro... los recuerdos de su padre. Una neblina brillante se eleva desde su frente inmóvil y se une a mis recuerdos en la hoja del cuchillo. Las imágenes destellan dentro de mi cabeza y no sé si estoy mirando dentro de los recuerdos de Caro o de los míos, mientras mi mente se aferra a las preciadas evocaciones incluso mientras las robo.

Finalmente, cuando busco dentro de mi propia cabeza, solo quedan sombras, imágenes fragmentadas, que siento pero no comprendo.

Y cuando miro a Caro, no siento nada. Sé que es mi compañera, que hemos pasado aquí muchas temporadas juntas cómodamente. Pero también recuerdo a su padre —devenido carcelero—, su codicia, y que debo ser lo suficientemente fuerte como para impedir que continúe consumiendo las vidas de todos los habitantes de Sempera.

«Amor puro», susurro, y aprieto la daga en mi mano.



Lord Ever se encuentra despierto cuando irrumpo en sus aposentos, completamente vestido y entretenido en su mesa de trabajo, una versión en miniatura del gran laboratorio de la planta baja. A su alrededor, hay trozos de sangre de hierro brillante desparramados por el piso.

—Antonia. —Levanta la cabeza sorprendido, los ojos brillantes, febriles—. ¿Qué haces despierta? —Rodea la mesa y abre la mano dejando ver un puñado de joyas en bruto—. Mira... tiempo extraído de niños. ¿Quién sabe qué propiedades podría tener?

Sus ojos relucen, llenos de planes y avaricia.

Me acerco a él, empuñando el cuchillo detrás de la espalda, la boca seca y el corazón triste. No eliminé mis recuerdos de él como hice con los de Caro... no todos. Recuerdo cuando enviaba a sus heraldos por todo Sempera para decirle a la gente que podía vivir eternamente si tan solo visitaba su castillo y daba un poco de su sangre. Recuerdo los cuerpos desparramados por el suelo del gran salón, drenados de sangre y de tiempo; Ever de pie en medio de ellos, exultante, una copa en la mano y la cabeza echada hacia atrás mientras los siglos fluían dentro de él.

Ahora me mira extrañado, la cabeza ladeada.

—¿Antonia?

La fuerza de Caro vibra dentro de mí junto con mi propia determinación; la daga vibra en mi mano.

Él drenará la sangre de todo el mundo para que nosotros tres vivamos eternamente.

No puedo permitirlo.

Levanto el cuchillo y lo deslizo a través de su garganta. Mientras corta, la daga emite un susurro y Lord Ever cae muerto a mis pies.



Caro me encuentra en la sala cuando me dirijo tambaleante hacia nuestra habitación, cubierta de la sangre de su padre, el cuchillo flojo en la mano. Nos detenemos y nos miramos, y un miedo terrible me invade cuando sus ojos se clavan sobre mí. Una ira horrenda y ardiente.

—¿Qué has hecho, Antonia? —murmura. Sé que puede ver el cuerpo destrozado de Lord Ever a través de la puerta que está a mis

espaldas, en mitad de un charco de sangre. La angustia tiñe sus ojos pero, cuando abre la boca, solo brota silencio... un conmovido y desconcertado silencio. Arrancando los ojos del cadáver, se lleva una mano al pecho, floja y ahuecada como si estuviera tratando de contener algo que quiere brotar hacia afuera.

»¿Qué me has hecho?

Me arden los ojos. El pecho amenaza con partirse en dos: por el dolor, por la magia, por el corazón de la Hechicera.

—Tú querías mi poder. —Su voz tiembla con una furia apenas contenida—. Lo *tomaste*. ¿Cómo pudiste hacer algo así? —Extiende los brazos como para atacarme con su magia, pero solo se produce una débil agitación del aire, y lanza un resoplido.

Su rostro se retuerce en una máscara de odio y avanza hacia mí, las manos curvadas como garras.

Me alejo de ella y echo a correr.



Me levanto con estrépito en la torre de Everless, gritando.

Caro se encuentra frente a mí: la daga hundida en el cuerpo, el terror grabado en el rostro. A diferencia de cuando la apuñalé en Shorehaven, la sangre no vuelve a meterse en su interior. Sus ojos resplandecen mientras baja la vista hacia mí con malicia, sospecha y lo que creo que es odio. Pero ¿cómo podría ser de otra manera, dado lo que hice?

¿Cómo pude haberme olvidado?

*Un arma de amor puro contra la pura maldad.*

Entre jadeos, recuerdo que aún aferro la daga en el puño. Me muevo para extraerla del pecho de Caro, pero descubro que ya no hay ninguna daga que extraer. Los rubíes se han disuelto por completo en lo que el arma contenía: los momentos de nuestra amistad, extraídos de nuestras mentes por la Alquimista, por *mí*, justo después de robarle el corazón.

Los ojos de Caro se cierran agitándose debajo de los párpados, como si morir no fuera más que un sueño.

Las lágrimas caen a raudales por mi cara. En mi primera vida, creé un arma combinada con amor con el fin de destruir la maldad, con el fin de destruir a Lord Ever.



Y ahora, la he utilizado para destruir a su hija, la Hechicera.

—Caro. —Mi amiga, mi enemiga. Su nombre escapa de mis labios en un angustiado susurro. Un dolor agudo me atraviesa el pecho como una lanza, por la niña que fue, por la amistad perdida... la amistad que yo uní a una daga. La niña sonriente, cariñosa, vital.

Caro parpadea, una vez, dos veces. Y, en sus ojos, veo encenderse y luego extinguirse la llama del odio, junto con la media vida que la sostenía. La neblina plateada se evapora con un suave susurro de calor. Cuando ya no quedan rastros de ella, Caro se lanza hacia adelante.

El miedo cae como una catarata sobre mí, mi cuerpo toma el control y se mueve por su propia cuenta para atajarla. Estiro la mano izquierda y Caro me sujeta el brazo, lo aferra y se inclina sobre mí.

Las dos caemos de rodillas y su mano vuela hacia su pecho. Nuestros rostros están a pocos centímetros; lo suficientemente cerca como para que, aun a través de las lágrimas que nublan mis ojos, pueda ver a través de su cara cómo va tomando conciencia de tantos sucesos, que se persiguen unos a otros como nubes desplazándose con rapidez.

Conmoción.

Ira.

Tristeza.

Miedo.

—Tú lo mataste, Jules —susurra—. Tú me mataste a mí.

Solo atino a asentir. Acerco la mano hacia su semblante con la intención de secar las lágrimas que no ha llorado, pero no se aparta. Luego levanta su propia mano para cubrir la mía y siento el frío de su piel. Mi más antigua compañera: mi mejor y más antigua amiga.

—Jules —susurra nuevamente—. Es tan bonito.

El fuego trepa por mi garganta.

—¿Qué es bonito?

Caro mira mi pecho. El sudor oscurece mi vestido, pero hay algo más que se escurre de la herida que su cuchillo dejó sobre mi corazón. Una luz. Una luz dorada y resplandeciente, casi líquida, como el tiempo puro que brotó de mí en Everless, pero más brillante. Caro estira la mano y atrapa un poco de luz entre los dedos; veo cómo la encierra en la palma de su mano cuando la respuesta llega de golpe, en un angustioso estremecimiento.

Es su corazón, separado del mío, como el sello de magia que lo mantuvo allí. Finalmente libre.

Mi cuerpo se sacude. Nunca fue la muerte de Liam a lo que yo debía temer, tampoco a la de Roan, ni a la de ninguno de aquellos a quienes Caro intentó matar a lo largo de mis vidas.

Antes, ahora y siempre, era la muerte de mi amiga más antigua la que rompería mi corazón.

A través de cada una de mis vidas, el único conocimiento que mantuvo intacto mi corazón fue olvidar nuestra amistad, removerla de mi mente con la misma facilidad con que se levanta una bolsa con monedas de sangre de hierro.

¿Cómo puede ser verdad?

Y, en realidad, ¿qué otra verdad podría existir? ¿Qué otra cosa podría explicar estas doce vidas, todos estos siglos en que mi corazón se mantuvo entero e intacto?

La respuesta está aquí: escucho otra vez la risa de Caro en el valle; veo su mano buscando la mía en el bosque; veo mi corazón abriéndose a ella, mi queridísima amiga, la única que podía comprenderme, que podía lograr que mi verdadero ser saliera a la luz y que podía ayudarme a convertirme en quien soy.

Mi vista se está desdibujando, la negrura se va cerrando rápidamente a mi alrededor. Lo más brillante que puedo ver es la luz que emana del corazón de Caro y que se va agrandando y formando un círculo dorado alrededor de nosotras. Un círculo que se va extendiendo y volviéndose cada vez más fino, pero no menos bello.

Bajo la vista hacia Caro para ver si está mirando... pero sus ojos están vacíos y me doy cuenta de que es demasiado tarde. Ya se ha ido.

## Epílogo

Lo que sucede a continuación me llega fragmentado.

Estoy colgando de la espalda de Liam, la capa del cazador de Ina convertida en un improvisado cabestrillo mientras desciende por el hueco de la bóveda. Cada uno de sus esforzados pasos en los escalones me provoca una punzada de dolor, mis miembros pesados y fríos. Pero a través de la nebulosa, alcanzo a ver una luz dorada adherida al pelo de Liam, sus pestañas jugando sobre sus nudillos mientras me transporta.

Estoy acostada sobre una de las mesas de roble de la cocina, donde trabajé tantas horas después de volver a Everless, y hay un popurrí de rostros algo familiares y muy preocupados flotando encima de mí mientras Lora me venda el costado, que desgarró el corazón de Caro al salir. La luz dorada también está sobre ellos, adhiriéndose a la piel como el rocío, saltando de una persona a otra como algo vivo. Nadie más parece notarlo.

*Algo está cambiando, pienso.*

Unos días después, me encuentro en el parque de verano de Everless observando un río de luz dorada que cruza las verjas hacia el exterior. No sé qué significa, solo que cuando visité a un prestamista de tiempo en Laista y me corté la palma de la mano, lo único que brotó fue sangre; las llamas y las ampollas de vidrio no produjeron nada. Liam visitó las bóvedas de Everless y descubrió que la mitad de la sangre de hierro que estaba allí se había convertido en polvo. Me pregunto si pronto todo el reino será como Elias, libre, sin ataduras,

mientras la magia se retira de Sempera como la marea de la orilla; si ahora que la Hechicera ya no está y el vínculo entre las dos se ha roto, la sangre de hierro también desaparecerá.

Es aquí cuando finalmente le cuento a Liam lo que sucedió en la torre abovedada de Everless, cuando observé cómo la luz abandonaba los ojos de Caro antes de que el corazón pudiera meterse nuevamente en su pecho, algo que hace mucho tiempo ansiaba hacer.

Cuando Ina y Elias volvieron juntos a Everless, ocurrió algo lógico: el temple de él, el fuego de ella. Mi hermana supervisó el funeral de Caro y accedió a mi petición de que no fuera enterrada fuera, en el cementerio de los Gerling, sino en el jardín más interno de Everless, donde crece el acebo helado, la planta que la Hechicera tanto quería. Liam me ayudó a reservar un rincón para ella, alejado de los senderos por donde pasean los nobles. Un lugar adonde puedo ir cuando quiero, a sentarme y pensar, o a llorar y hablar. Ahora estamos en mitad del verano, pero el acebo helado ya crece sobre su tumba.

Le cuento lo que está sucediendo en el mundo, fuera de Everless, todo lo que no tuve la oportunidad de contarle, tanto lo bueno como lo malo, del viaje que me llevó de regreso hacia ella.

La primera vez que me desperté llorando por la pérdida de mi amiga, Liam me atrajo hacia él, curvando su cuerpo alrededor del mío, teniendo cuidado de no mover los vendajes que envolvían mi pecho, donde me abandonó el corazón de la Hechicera. Me susurró al oído que todo saldría bien, que por supuesto que todo saldría bien, mientras las lágrimas resbalaban por encima de mi nariz.

Ese día le creí y todos los días que siguieron, porque ya no quedaban secretos entre nosotros. Ya no había medias verdades ni mentiras que nos separaran.

Excepto una.



Ina es la única persona que lo entendería, así que un día, se lo confieso.

Se lo cuento durante una de nuestras largas caminatas por los terrenos de Everless y por los jardines, por fuera de los muros del castillo camino a Laista, y por el bosque y el campo que están más lejos. En estas excursiones, yo suelo escuchar más que hablar, tratando de ayudar mientras Ina me explica en detalle las dificultades de Sempera en materia de moneda, de agitación social, de cambio. No envidio sus problemas ni ella envidia los míos.

Así que le cuento la verdad a mi hermana, lo que no le conté a Liam: que aquel día en la torre, Caro tomó un poco de la luz de su corazón en la palma de la mano, mientras su respiración se volvía más lenta. Que sé, sin ninguna duda, que se la tragó y que murió con una sonrisa de complicidad en los labios. Y eso me recuerda a cuando yo, en otra vida, me tragué su corazón de piedra.

Que hay formas de desafiar a la muerte, de volver.

Para ella, para mí y solo para nosotras, porque somos distintas.

O, al menos, lo fuimos.

Algo dentro de mí —la parte que ya no teme mantener la esperanza— me susurra que espere y que vea qué pasa. Algún día, es probable que pueda hablar otra vez con mi amiga más antigua, y todo será distinto.

*Algún día* ya no tiene la carga que alguna vez tuvo, cuando cada día era una dura batalla y un duro triunfo. Mi vida se extiende frente a mí como los rayos del sol sobre el agua. Yo estoy sanando. Con

seguridad, con paz, con Liam e Ina a mi lado... no miro hacia delante con temor, sino con esperanza.

Tengo un futuro. No es infinito, pero es suficiente.

## Agradecimientos

Este libro le debe su existencia a una gran cantidad de personas cuyo amor, esfuerzo y dedicación empapan de forma invisible estas páginas. Le debo un enorme agradecimiento a toda esta gente:

Al increíble equipo de Glasstown Entertainment, pasado y presente: Lauren Oliver, Rhoda Belleza, Kamilla Benko, Tara Sonin, Adam Silvera, Kat Cho, Diana Sousa y Lexa Hillyer, que es siempre sabia y perspicaz logrando ver el gran panorama; Emily Berge, mi intrépida guía en el salvaje mundo de las redes sociales; y, sobre todo, a Alexa Wejko. Alexa, ante el riesgo de parecer un disco rallado, este libro también debería llevar tu nombre. ¡Eres la mejor!

A la brillante y sufrida Erica Sussman, cuyas notas de aliento y de asombro me incentivaron a continuar escribiendo en los peores momentos de bloqueo; a las súper estrellas de la publicidad: Olivia Russo, Sabrina Abballe y Ebony LaDelle por colmar a estos libros de tanto amor; y a todo el equipo de HarperTeen, que trabajó para acompañar a Jules y compañía en su salida al mundo.

A mi incansable equipo de InkWell Management: Stephen, Lindsey y Claire, por llevar al mundo a *Everless* y a *Evermore*, ¡nunca dejaré de impresionarme al pensar en todos los lugares a los que ha llegado esta historia!

A la encantadora gente de Orchard Books: Jess Tarrant, Stephanie Allen, Naomi Berwin y Nicola Goode; de Blossom Books: Myrthe Spiteri y Lotte Dijkstra; ¡y a todos los editores del mundo a quienes todavía no he tenido el privilegio de conocer, pero espero hacerlo



pronto!

A Jenna Stempel-Lobell y Billelis por dos increíbles portadas.

A mis primeras lectoras críticas: Korinne S., Kaitie C., Katelyn G. y Megan M. Su aliento y percepción contribuyeron a darle forma a *Evermore*. ¡Espero que algún día nos conozcamos personalmente!

A todos mis amigos escritores: Patrice, Laura, Sarah, Kit, Mark, Jeffrey, Jeremy, Cristina, Arvin, Kheryn, Lauren, Emily y muchos más. Todos los días me siento deslumbrada por vosotros. Vuestra amistad y apoyo significan mucho para mí.

A mi familia: mi madre, mi padre, Rachel, Ben y Hannah, mis primeros y mejores admiradores. Y a Henry, ¿sabías que eres mi preferido?

Y, sobre todo, a ti, lector. Tú eres quien hace que todo esto sea real.

# ¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escribenos a

[puck@edicionesurano.com](mailto:puck@edicionesurano.com)

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck\_Ed



LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra  
#EXPERIENCIAPUCK!

**PUCK**

